

Comedia Florinea, de Juan Rodríguez Florián (ed. de José Luis Canet)

Anexos de la Revista Lemir (2000)

Comedia llamada Florinea

Comedia llamada Florinea, que tracta de los amores del buen duque Floriano con la linda y muy casta y generosa Belisea, nuevamente hecha, muy graciosa y sentida y muy provechosa para aviso de muchos necios. Compuesta por el bachiller Joan Rodríguez Florián.

Vista y examinada y con licencia impressa.

Véndense en Medina del Campo, en casa de Andrián Ghemart,
1554

El bachiller Joan Rodríguez endereçando la comedia llamada Florinea a un especial amigo suyo, confamiliar en el estudio, absente.

Como sea ansí que el amor no compadezca ocio para del que ama al que es amado, ansí en mí esta tal fuerça ha hecho a mi mano sacar osadía y temor y fuerças de flaqueza para que en aquello, que el corazón desseoso de vuestro servicio y hambriento de vuestra buena presencial comunicación de amigo no puede exercitarse estando tan distantes en las moradas, a lo menos desde acá os signifique la memoria que tengo de vos. Y pues las obras son pregonero de la voluntad —según atestigua la sentencia del divino Gregorio—, quise que con esta pequeña obra —vista por los leyentes la pequeñez de mi posibilidad para os servir— veáys vos la integridad de mi amorosa voluntad en representaros, como mejor mi pluma me permitiere, aquello que, aunque aquí por comedia leerán los leyentes, vos vistes parte de ello, antes que vuestra partida me experimentasse en soledad de vuestra buena familiaridad y mi descontento me acompañasse de ociosidad; y la ociosidad me diesse nombre de historiador cómico, si a los oyentes les paresciere, que por sola vuestra causa la merezco. *Vale felix.*

Comiença un proemio del autor de la comedia Florinea, dando en ella avisos por el proemio al lector.

Muy gran daño
pare la mala
compañía.

¡O, sabio lector!, recoge tu mente
aquesta comedia queriendo leer,
do flores de dichos podrás escoger
y avisos de males que ay en la gente.

Aquí podrás ver el inconveniente
que suelen causar malas compañías
y las vanidades de las mocerías;
recoge lo bueno con seso prudente.

El amor todo lo
postpone, y nada
vee, sino cómo ame
y goze del amor.

Del buen Floriano, illustre y amante,
tendrá buen aviso, si fueres señor,
que mires qué daños le traxo el amor,
qué bascas y gastos y mal tan pujante.

Ni honra ni estado ya pone delante,
en todo pretende cumplir su cobdicia,
ni oye a Lydorio, fundado en justicia,
escucha a malsines creyéndolos ante.

Muy poco se deve
la hembra fiar de sí,
mientras fuere moça.

Pues miren las damas en la Belisea,
tan sancta y honesta y tan recogida,
que puesto que en todo no dio de caída
amor talla puso, que ya vacilea.

Y ansí ha de ser recata-
tada de todo lo que
oye y ve.

Ya tiene por bueno amar lo que afea;
Marcelia y Justina con su mal consejo
la hazen que niegue al buen padre viejo,
no dándole el sí en lo que él dessea.

Mucho afán y peli-
gro ahorra el padre
que, en siendo para
ello la hija, la da a
su marido o dispone
de su estado.

Avisen los padres tener más cuidado
de dar a sus hijas de presto marido,
que pierden congoxa y ganan olvido
de algún gran desmacho que den a su estado.

No duerman diziendo que Dios les a dado
las hijas muy castas, honestas, santeras,
que al fin ya se viendo que son casaderas,
si anda Marcelia, tendrán mal recado.

La floxedad de los
señores haze de fie-
les siervos, malos,
y de leales, ladrones,
donde no ay buen
conoscimiento.

Entienda qualquiera en bien gobernar
a sí y a su casa que Dios le aya dado;
no pierda con ocio lo que es allegado
con grandes congoxas y grande afanar.

Que un floxo señor más suele dañar
con ser descuidado a los sus sirvientes,
pues mala cobdicia despierta las gentes
de entrar en lo ageno que no veen guardar.

La nobleza de la
casta mucho ayuda
a la virtud.

Los vicios y embustes de gente ociosa,
a quien noble casta no da soffrenadas,
aquí descubiertas verás bien asuadas
si notas muy bien lector cada cosa.

Del vicio de la carne
huyr es lo más seguro
las ocasiones.

Verás la luxuria de carne cevosa,
que oy tiene en el orbe muy grande poder;
verás el peligro de pobre muger
a do no la guardan, si es moça y hermosa.

Las mugeres natural-
mente son escasas y
pedigüeñas.

Verás los embustes que saben urdir
por guardar su honra y cumplir su apetito,
del vicio en que puestas es muy infinito,
ansí en luxuria como en el pedir.

Ni a todas las taches por mi tal dezir,
mas todas las teme y estarás guardado,
que para en los vicios no andar cenagado,
orar bien por todas y de ellas huyr.

Tendrás gran aviso quando esto leyeres;
guardar la manera que cada qual quiere,
o que grave o triste, o alegre o qual fuere,
hablar alto o baxo, según que entendieres.

Y entre las malicias, risadas, plazerres,
verás las verdades de lo que ora passa:
de amos y moços y gentes de casa,
segund el estado de cada qual vieres.

Y quando encontrares en cosas lascivas
no tomes lección de malos desseos,

	mas piensa que en baxo de sus casos feos ay grandes avisos por donde bien vivas.
Comparación.	Que estando en las eras el pan si lo acribas la paja va fuera, que el grano cubría;
Comparación.	también so las hojas la fruta se cría.
Applicación.	Reprocha tú el mal, y el bien bien recibas.

Concluye con el lector

	Con tanto concluyo, lector, te rogando que des por lo bueno a Dios los loores, y suplas las faltas de los escriptores de lo que te escriven te aprovechando.
Promete para otro año continuar la comedia.	Las bodas del buen Floriano esperando para otro año de más vacación, a donde la historia tendrá conclusión, a Dios dando gracias allá nos llegando.

AMÉN

Introdúzense en la presente comedia las personas siguientes:

Floriano		<i>cavallero</i>
Lydorio		<i>su camarero</i>
Polytes		<i>paje</i>
Felisino		
Fulminato	≈	<i>criados de Floriano</i>
Pinel	˘	
Lucendo		<i>cavallero padre de Belisea</i>
Belisea		<i>donzella</i>
Justina		<i>donzella</i>
Despensero de Lucendo		
Grisindo		<i>paje de Lucendo</i>
Marcelia		<i>alcahueta</i>
Liberia		<i>donzella</i>
Gracilia		<i>donzella</i>
Un estudiante		

Divídese la presente obra en quarenta y tres scenas o actos

Argumento de la primera scena, que es como proemio de toda la obra

Floriano, después de algunos días ser passados que ovo llegado al pueblo donde residía Belisea, descubre a Lydorio, su camarero y antiguo criado, en su casa, la causa: por qué dexando su señorío y naturaleza se vino a tan extrañas y lexos tierras, y por qué hizo parada en el pueblo, donde a la sazón residía. Y después de certificarle estar herido de amores de Belisea y pedirle favor para su enfermedad, passadas largas razones entre los dos, y más terciando Fulminato, embía por su consejo una carta con Polytes a Belisea.

Floriano. Lydorio. Felisino. Fulminato. Polytes.

FLORIANO.- Ahora que el fin del caminar a dado principio a nuestra quietud, te quiero, Lydorio, declarar el intento de mi venida, porque sabida la causa, sepas ayudarme a buscar los más sufficientes medios para que mi enfermedad halle remedio y mis altos pensamientos el cumplimento de mis difíciles y árduos desseos. Pero quiero que seas avisado de dos cosas para conseguir este fin, muy menesterosas y útiles. La una es que, acompañando el silencio de tu lengua a tus oídos para me oír y atención para me entender y voluntad para me favorecer y amor para la diligencia en el obrar, tus zelosos y castos desseos no contradigan a lo que sintieren, inclinada mi voluntad. La segunda será que a tu libre y sagaz providencia la acompañe diligente presteza y avisada solicitud para buscar mi remedio.

LYDORIO.- Señor, para hombre tan sin pliegue a tu voluntad y tan obligado a tu servicio, sería escusado tan obscuro y largo proemio; sino luego, al descubierto, me di, como yo te entienda, lo que quiere tu voluntad, pues que sabes que a de ser en tu servicio el nivel de mis obras.

FLORIANO.- Siempre tu buen servicio me ha sido testigo del desseo que a mis cosas tengas. Por tanto, sin más rodeos, te quiero aclarar mi voluntad, porque la claridad de mi hablar ponga obligación en tu fidelidad para que ponga cuidado tu libre juyzio en buscar alivio a mi subjección. Y pues mi pena exterior publica bien el ¡ay! del captivo corazón, no será menester descubrirte más mi mal.

LYDORIO.- Antes te veo tan nuevo en la manera de vivir, que ni de antes te entiendo ni agora sé lo que me quieras mandar.

FLORIANO.- No sin causa es dicho ‘ser mal animal de conocer el hombre’ y difícil de entender su corazón, a Dios tan sólo manifestado. Y pues tus palabras protestan no saber tú la causa de mi mal, sabrás que el salir yo de mi casa y de mi naturaleza y el venir adonde agora estamos todo ha sido por la fuerza y poder de aquella, que par no tiene oy en el mundo en hermosura y todo buen atributo.

LYDORIO.- ¿Y quién tal podrá ser que baste a mudarte muy en otro del que solías?

FLORIANO.- Aquella cuyo merescimiento me da gran loor en sólo nombrarme y ser su captivo.

LYDORIO.- Mucho derogas a tu nobleza en te rendir, sin aver quien baste a prenderte.

FLORIANO.- No me atajes en la sentencia y noerrarás en el juzgar. Porque allá, antes que la viesse, como su fama de bondad y hermosura hinchendo el mundo viniese a mi noticia, dudoso de tanto valor y incrédulo de lengua vulgar, embié por un criado de mi casa en secreto a verla y sacar su retracto. Por el qual, visto por mí, conocí ser nada lo que nadie me podía allá contar, porque no menos ventaja haze la grandeza de mi señora a la fama que las no amantes lenguas me llevavan, quanto excede lo vivo a lo pintado y lo existente a lo por formar. Visto, pues, el retracto de su incomparable hermosura, me rindió allá por tan suyo que ya, como a perfección de mi ser, no platicava mi desseo sino de desealla, y mis ojos sino de vella, y mi corazón sino de amalla, y mi entendimiento sino de contemplalla. Y como por la muerte de mi padre me halló el amor más libre, luego me mandó dexar el gobierno del estado a mi madre y que viniese a darle las llaves de mi dichosa prisión. Vine, vila y conocí ser nada lo que de ella se me podía dezir en ausencia. Y finalmente tengo hecho pleytesía a su vasallaje, y tengo tan inclinada mi memoria a pensar en ella y mi entendimiento tan por suyo, que no puedo saber otro bien ni otra gloria sino de Belisea, a la qual de libre voluntad amo, con firme fe la adoro; y como gloria de mi corazón, no es possible apartar de ella mi memoria ni desprender mi voluntad. Y pues sabes lo que querías, provea tu libre prudencia en lo que mi captiva voluntad no puede, sino amar la muerte y descansar con el tormento. Cata, pues, suelto el enigma; mira cómo estamos ya, como dizen, ‘las manos en la masa’.

LYDORIO.- Aunque vea tu querer muy afixado en tu perdición, el mío, que muy firme está en tu servicio, no me consiente callar, donde tu señorío y mi poco atrevimiento no me dan suelta al dezir.

FLORIANO.- Pues sé que no bastarás a sacarme de mi acertado parescer en amar, yo quiero liberarte a que me digas el tuyo. Y sé bien que tú mismo aprobarás por mí contra ti, si contra mi desseo piensas proceder.

LYDORIO.- De tu nueva licencia me nasce para te hablar nueva osadía, acompañada con el devido acatamiento que mi persona a la tuya deve; empero porque aviendo testigos tus cosas irán en plaça antes que el tiempo —que aclara todas las cosas— lo pida, y también porque a tus criados no se les dé motivo de atrevimiento para con tu persona, porque viéndome hablar contigo tan de asiento sin saber la licencia que para ello me tienes dada vendrán a perder algo del reverencial temor que inferiores deven a su señor, porque ‘la mucha familiaridad pare menosprecio’; por tanto, será bien que mandes, si te paresce, a aquellos moços salir de la sala.

FELISINO.- ¿No ves, Fulminato, en qué precio de almoneda nos trae Lydorio?

FULMINATO.- Yo lo he oÿdo, que descreo del agareno y de toda la ley del Alcorán si no estoy por yr a él, y en presencia de mi amo echalle la lengua a los pies para que sepa cómo se habla de Fulminato. Y aun, si lo que yo querría se me pone en defensa, dexársela por pieça mayor de todo su cuerpo. Y aun espera y verás la obra comer a un plato con mi dezir.

FELISINO.- Y calla; está quedo, no te oya Floriano. E oyamos en qué se determina.

FLORIANO.- Ya me paresce, Lydorio, que buscas de corrido de lo que as pensado cómo te

escabullir sin ser conocido tu yerro. Y por tanto, quiero que aya testigos de tu confusión y mi mucho acertamiento, los cuales atribuyan la victoria a quien la mereciere.

—¿Oÿslo, Fulminato y Felisino? Llegaos acá.

Agora tú, Lydorio, procede. Y vosotros oÿd quán armado está contra mí de argumentos.

LYDORIO.- Aunque de ser contra ti me guarde Dios, y pues hazes juezes de tu causa los que de ti an de ser juzgados, digo que me paresces muy aborrecedor de tu descanso, pues sin muy manifiesto, por qué te matas con tus manos.

FLORIANO.- ¿Y cómo? ¿No causa hallas tú el morir yo por quien tan justa, devida y necessariamente muero? Agora te digo que sobre tal fundamento podrás levantar muy falso edificio.

LYDORIO.- Veo, señor, tan firmado tu parescer en tu daño, que hallo menos inconveniente el seguirte que provecho el contrariarte. Y aunque el consejo no se deve donde no ay voluntad al recibirle ni se espera fructo en el effectuarle, no empero callaré aquello que mi sana voluntad te avisa: pongas delante en lo que tu alto merescimiento se deva estimar, y la nobleza de tus antepassados, y la limpieza de tu sangre, y la qualidad de tu estado, y el cuento de tu persona. Y mira, señor, que no te dexes gobernar por la libertada y favorescida juventud sin que con el freno del prevenir de las cosas les des tales sofrenadas que puedas llevarla subjecta a la razón; en especial no te debes fiar como mancebo de ti mesmo en este caso de cobdicia sensual de la lascivia y ardor libidinoso de la cenagosa y limosa carne, enemigo tan pujante y tan notorio y continuo nuestro. Porque en la pelea de este vicio de la luxuria muy pocos acometedores vimos gozosos del triumpho de victoria, ni así pocos acometidos escapar de muerte o caÿda o herida. Y si en lo dicho te soy molesto, mándame callar en lo por dezir.

FLORIANO.- ¿Cómo? ¿Que tan presto piensas derrocar mi firmeza de que no busque mi desseo la consecución de su gloria? Cata que el amar es al hombre natural, porque el amor es obra de la virtud concupiscible.

LYDORIO.- Amor virtuoso.

FLORIANO.- Bien dize, porque por fuerça y atraÿdo de la virtud, ama hombre lo bueno. Y ansí por esto quiere Dios por sólo amor ser servido y como bien nuestro ser amado. ¿Eso no es ansí?

LYDORIO.- La mesma verdad.

FLORIANO.- Pues ansí a mí me es necessario endereçar mis desseos, como a último fin, en la gloria de mi señora Belisea.

FELISINO.- Átame essa christiandad. [Ap.]

FLORIANO.- Y esme no menos necessario confessar su poder y en mí la nobleza y todo lo demás que tú pones por estorvo para no la amar y querer y adorar, pues en ella está mi vida, y en su mano las llaves de mi muerte. Esso mesmo me demuestra que hago alevosía en gastar algún momento de mi triste vida sino en pensar en ella, porque si con sólo aver oÿdo en ausencia la fama de su valor no fuera su captivo, fuera muy de vituperar, ¿quánto más aviendo merescido mis ojos verla, no se rendirá mi corazón en amarla y morir por ella? Y si todo hombre naturalmente busca la gloria como a último fin y descanso, ¿por qué yo menos y no más que todos amaré y querré aquella gloria, a

cuyo desseo soy tan llevado y tan justamente forçado?

FULMINATO.- ¡O, hi de puta, y qué divinidad para dar gloria! ¡No basta loco, sino herege! [Ap.]

FLORIANO.- ¿Dizes algo, Fulminato? Calla, calla, dexa hablar a Lydorio. Di, di, no enmudezcas, que yo sé Lydorio que mi mucha justicia a puesto freno a tus demasías y silencio a tus reproches y enmudescimiento a tus argumentaciones. Confiessa, confiessa conmigo la potencia de mi señora. Y pues con tus consejos sabes que no as de ganar tierra en lo que yo acertando tienes tú por error, prudencia será ‘hazer de la necessidad virtud’, y de los morales consejos venir a los actuales hechos.

LYDORIO.- ¿Qué es, señor, lo que me mandas? Que lo haré, pues que ansí quieres.

FLORIANO.- Quiero que, como libre tú de tal pasión, busques algún vado por donde a mi tormento pueda venir alivio.

FULMINATO.- ¿Cómo, señor? ¿Que una sola muger a de bastar a darte pena? Calla, por Dios, que afrentas a los que tu pan mantiene. Descreo de quantos en Dios no creen y a ti no an temor, si no me as dado más pena que en mandarme hazer pieças. Avísenme quién ella es y guénme a su casa, que aunque pese a todo el mundo te la traygo a la cama. Y dame licencia; yré a tomar algunas armas. Y si aun en esto ay tardança, muéstrenme su casa y comiénçame a esperar con ella de la mano. Y veamos si abrá quién diga a Fulminato: ‘blanco as el ojo’, sino tú que huyes de conocer a quién tengas en tu casa.

FLORIANO.- ¡O, como es otra cosa el hablar a salvo de la experiencia en los peligros!

FULMINATO.- ¿Y pones duda en mi palabra?

FLORIANO.- Quiero que no hables lo que deroga al poder de mi señora Belisea.

FELISINO.- No te maravilles, señor, porque su esfuerço le haze a Fulminato sobresalido en algunas cosas. Y el camino más sin rodeos para que de tu descanso le ganemos todos es que tú, señor, escrivas de tu mano, declarando a tu señora tu pena. Porque por ventura tú penas por ella, y ella o no lo sabe o no te reconosce, que yo te juro, a pena de mentiroso, que si ella sabe quién tú eres y sabe tu mal y sabe ser ella la causadora, que ella venga muy presto a lo bueno. Porque la muger es yesca muy dispuesta adonde el tal fuego prenda, y preso no se apaga tan ayna, porque no saben tener medio en el amar, como tampoco en el aborrescer. Y pues tú estás determinado de seguir tu voluntad, y tu voluntad es de amar a essa señora, ni los consejos de Lydorio virtuosos aquí quadran ni el arriscado parescer de Fulminato es cumplidero. Porque en aquello se deve poner el hombre de honra, con que presuma no descaer de su estima, no saliendo de su intento. Y aunque el camino de mensajerías que yo digo parezca en sí más largo, pero si Dios pone la mano, suele ser muy breve, porque ‘a quien Dios quiere ayudar, la casa le sabe’.

FLORIANO.- ¡O, cómo as acertado! Bien parece que tú ayas visto el inspirante rostro de mi señora, pues de ella te fue enfundido tal consejo.

FELISINO.- ¡Infundí por aY! ¡Qué Spíritu Sancto para embiar inspiraciones! ¿Nunca el diablo le sacará de dezir heregías y de adorar por Dios una muger? [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes de merescer?

FELISINO.- Trastócame essas razones. Digo, señor, que el merescer de tu señora no se deve ansí

tratar.

FLORIANO.- ¿De su merescer hablas y tan a sobrepeyne? ¿Y cómo no miras que hablando de mi señora se an de premeditar las palabras y ser muy de peso las razones? ¿Y quién osará mirar su rostro sin quedar convertido en nuevo ser?

FELISINO.- En ser de asno. *[Ap.]*

FLORIANO.- ¿Quién pensará merescer el menor de sus favores? ¿Quién sabrá estimar su gracia, su compostura, su gentileza, su honestidad, su poder, su proeza de sangre?

LYDORIO.- Tú, Felisino, le as metido en cosa que no tendrá fin.

FULMINATO.- ‘Por mucho hablar, mucho errar’. El diablo te hizo tan reagudo, pues por tu causa no cessará oy de loar una muger. Que sólo con el buen vestido le a visto buen parescer, que también le tiene un palo ataviado, pues dizen: ‘dame vestido y darte he vellido’. Pues lóela quanto se pagare, que al fin es muger y por menos perfecta fue hecha para el hombre, como la silla para el cavallo.

FELISINO.- Calla, calla, que yo lo soldaré, que él ni oye ni entiende; y tengo por mí que ya no sabe si estamos aquí. ¡A, señor!, cata que en la tardança suele aver peligro en cosas que están en favor de fortuna, y que ‘quien passa punto, que passa mundo’. Escribe luego y no dilates tu salud.

FLORIANO.- Bien dizes. Denme aparejo, y quédate tú que la lleves.

FULMINATO.- Como esso cierto es lo que yo buscava. ¿Y ‘dite el consejo y aún quiéresme el pellejo’?

FLORIANO.- ¿Qué dizes? Que habláys muy baxo o yo estoy sordo.

FELISINO.- Digo que a no ser yo allá tan conocido, que holgaría de llevalla. Pero si como conocido en aquella casa y sospechoso con mis entradas y salidas me piden qué quiero, a no dar tal respuesta tus hechos van en plaça. Y será la primera en piedra y lo segundo va mi vida jugada.

LYDORIO.- Aÿ te esperaba, y aun tienes razón de querer vivir.

FLORIANO.- ¿Qué dizes, Lydorio? ¿Qué te paresce a ti?

LYDORIO.- Que Felisino da bastante razón en su escusa.

FLORIANO.- Pues vaya Fulminato, porque no diga que no me sirvo de su persona.

FULMINATO.- Esso sería yr yo por carne al hambriento león. *[Ap.]*

FLORIANO.- ¿Qué dizes de león?

FULMINATO.- Que me voya a armar mientras escribes, y sea presto, porque yo a los de Lucendo no les huyré más el rostro que a los caçadores el animoso y real león. Y aun sepas que si allá me tuercen ojo, que avré de hazer de las mías, porque no me sufre el corazón ni es en mi mano desenvaynar sobre cólera despierta sin manchar la espada en sangre.

LYDORIO.- Señor, no hagas mensajero sino de quien no aya sospecha, y a quien no le sea injuria una mala respuesta. Polytes, como sabes, es paje callado y cuerdo y hombrezito para todo cobro. Y también ya él tiene noticia de aquella casa.

FELISINO.- ¿Y aun cómo así? Que pocas vezes que falte en casa le hallarán sino por allá.

FLORIANO.- Pues salíos fuera y embiádmeme a mi recámara luego; y no me entre negocio ninguno.

FULMINATO.- Allá quedarás. Oy, Felisino, contemos este día con piedra blanca y digamos que oy nascimos y con dicha.

FELISINO.- ¿Que también guardas el stylo de los antiguos, que los días prósperos contavan con piedras blancas, y aquellos solos dezían que avían vivido, y los de mal successo con piedras negras, y aquéllos hallavan aver muerto?

FULMINATO.- A la fe, no en balde he estado yo en Córdoba y hallé madre en Carmona y me llaman Fulminato. Oy en día ‘servir de pelillo’, ‘buena parola’, ‘facto ninguno’.

FELISINO.- Tú eres el que yo buscava, que oy mis buenas cautelas me hizieron nascer.

FULMINATO.- Buena cosa es la conformidad de las voluntades en los que conforman en la librea, porque la paz entre nosotros y la guerra con la hazienda de nuestramo; y al señor oy en día ‘pelo y pelón’ y ‘ungüento en los caxcos’.

FELISINO.- Y aun esso es lo más seguro para pelechar, en especial que oy la justicia, con quien no tiene pluma, ‘juega a luego pagar’.

LYDORIO.- ¡Ea!, concluyd las consejas y buscad a Polytes.

FULMINATO.- Vamos, Felisino, abaxo, que he allí al paje.

- ¡A, hermano Polytes, Floriano te llama, depriessa!

POLYTES.- Alguna parlería de mastresala tendremos. Allá voy. Que si no ay testigos, negar y avisar para otro día. Y entro, en nombre de Dios.

Argumento de la scena ij

Salidas al jardín Belisea y Justina, su donzella, solazando Justina a Belisea, entra Polytes con la carta de Floriano. La qual, por favor de la Justina dexando, se va con buena esperança que le pone Justina. Y Justina lee la carta a Belisea, aunque contra su voluntad.

Belisea. Justina. Polytes.

BELISEA.- Descendamos, Justina, un rato al cenadero ya, pues va cayendo la siesta. Pues agora es el propio tiempo de gozar de su frescura y del armonía de las avezitas, que en su posibilidad alaban al Criador.

JUSTINA.- Por mi vida, que huelgo en extremo de verte de tal parescer, porque me parece que a mill años que allá no baxé, y gózanlo los pajes a su propósito. Y aun para mi santiguada, que si en mi mano estuviesse, que más me hallarían entre los claveles y frutales d'él que no como tú estás, tras treynta puertas, pudiendo gozarlo.

BELISEA.- Donosa guarda harías tú de la fruta.

JUSTINA.- Como no nos hemos de ver en esso, passando por ello torno a dezir que me espanto de tu poco salir a te solazar, en especial pues tienes padre que todo lo havrá en dicha. No sé como así eres tan diferente en condición a todas las mugeres, mayormente señoras y donzellas. No lo havrían conmigo así, que más amiga me hizo Dios de soltura y libertad.

BELISEA.- Y aun a¥ verás que pocas vezes ay dos coraçones humanos en todo concordes, porque si essa es tu condición y de todas las mugeres, la mía es muy contraria, porque no me da plazer sino el recogimiento. Y en tanto me aplaze esto, que no sólo la mala conversación me es aborrescible pero aun la buena me es molesta, por sólo no quadrar con mi voluntad. Y también, más a¥na se pierde Dios entre las gentes y se halla en la fuga y apartamiento del mundo. Y por esso haze ventaja la vida contemplativa, que lo ha con Dios, a la activa, que lo ha con las gentes, aunque por Dios.

JUSTINA.- Bien estoy en esso, pero todavía tengo por mí que, si en esso que tú quieres, que es la soledad, fueses contradicha y te mandassen no salir, que lo desseasses. Empero, porque está en tu querer, por tanto no te da pena el no te solazar; y si te privassen d'ello, lo buscarías de rincón en rincón. Porque la privación de una cosa incita el apetito a ella, mayormente en las hembras, y muy más en las encerradas donzellas. Porque así como se les vieda más, así dessean más; y por lo contrario, aquello que de fácil se nos concede, de fácil lo dexamos perder; y avido, lo tenemos tan en menos quanto menos nos cuesta. Y que sea esto así, míralo en el baxar d'este jardín, que tú que puedes cada rato nunca baxas a él, e yo que no se me concede, siempre querría hallarme en él.

BELISEA.- Por manera que, según tu sentencia, la falta de la libertad abre camino al peccado y es ocasión al mal. Por donde, a ser lo que dizes así como apruevas, hierran los zelosos padres en privar de muchas libertades a las recogidas donzellas, las quales libertades en aquello podrían perder la honra y la honestidad con lo demás. Pues la donzella sin estas dos cosas deviera ser antes

enterrada que nascida. Y la quiebra de la hembra no es como la del varón, porque ella cayendo en este deslizadero, o se levanta tarde o pocas vezes o nunca. E dado que se levanta, jamás le falta un sino en la honra y una promptitud al retorno del vicio, lo que al varón, por ser más libre de su condición natural, no le queda señal de aver caído. Y aún lo que más es, que muchas vezes a ellos les da honra el mundo en hazer cosas, en que la triste de la muger jamás dexa de perderla. Por manera que, pues tanto inconveniente y tan abierto peligro y tan notorio y gran daño se le siga a la muger de la libertad, mira cuán sin razón va fundada tu razón.

JUSTINA.- Lo dicho, por muy buen dicho loando, digo como de primero, que el vedarnos una cosa nos pone a la aver más cobdicia, porque muchas cosas a no se nos vedar no las traeríamos a la memoria, y vedadas nos perdemos por ellas. La causa d'esto denla los letrados, que yo antes lo probaré con exemplos que con razones.

BELISEA.- Dame una.

JUSTINA.- Mira lo que Faustina hizo por la llave; y aún lo que más es, lo que hizo Eva con sólo un árbol que Dios le prohibió, pospuestos todos los del paraíso que Dios les concedió comer. Y así concluyo mi intento.

BELISEA.- Bien me huelgo que sepas tales exemplos. Y determino de no tratar contigo más en esta materia, pues te veo tan del vando de los hombres contra las mugeres. Y pues baxamos a nos solazar, holguémonos.

JUSTINA.- Sea como mandares; pero no podemos –hablando la verdad– negar que los extremos más vanderizan en las mugeres que no en los hombres, y aun que a ellos les hemos de afirmar y defender lo contrario por nuestro abono. Y en lo demás, mira si mandas que llame las donzellas para que te den plazer.

BELISEA.- No quiero sino que me cantes alguna cosa, porque me cae muy en gracia tu voz; y para mí no ay otro semejante solaz mundano que oír música.

JUSTINA.- Avía de ser de buena garganta.

BELISEA.- Con la tuya me contento por el presente; y no lo vendas más caro, pues haziendo lo que te ruego liberalmente, ganas gracias.

JUSTINA.- Aunque en ello no pienso sacar vanagloria, quiero dezir uno que me viene a la memoria, pues que pidiendo la cosa de presto, obligaste a suplir todas las quiebras.

BELISEA.- Di, que a todo me offrezco.

Canción dirigida a Belisea, muy confiada en su bondad

JUSTINA.-

En la lucha del amor
nadie viva descuidado,
pues al muy más confiado
suele tratar muy peor.

BELISEA.- ¡O, cómo es cosa sentida y buena, y nueva y bien sonada! Di, di más, si sabes.

JUSTINA.- Ya pensé que con esto te enhadaras, pero pues así mandas, diré la buelta de la canción:

Sólo sale victorioso
quien con él no se ha tomado,
y el que es d'él más olvidado
se llame vanaglorioso.

Mas al cabo es muy mejor
nadie vivir descuidado,
pues al muy más esforçado
suele llagar muy peor.

POLYTES.- ¡O, qué buena oportunidad! Abierto está y no ay quién me impida el passo. En nombre de Dios, entro con el pie derecho.

BELISEA.- ¡O, cómo me pesa que acabaste, que la buelta fue aún mejor! Acuérdate que me des esa letra que la quiero aprender. Pero mira que viene no sé quién. Ve, mándalo salir; y harás al jardinero poner mejor cobro en la puerta.

JUSTINA.- Señora, un paje es. Ya pues nos a visto y él vee que le hemos visto, sepamos qué quiere. Porque o yo mal conozco o es el de Floriano, aquel cavallero de gran estima, que por tu servicio a hecho grandes gastos y fiestas y cursa mucho la calle.

BELISEA.- ¡Ay, ay! No quiero saber qué busca, sabido cuyo es, y tú sepas que recibo pena en verle.

JUSTINA.- No seas agora tan estraña de condición, pues la tienes tan buena. ¿Por qué quieres así asconderte del mundo? Mira que te dio Dios muchas causas para te mostrar. E ya que te recates, no de un paje con quien no quadra en ti la sospecha.

BELISEA.- Buena estaría la honra de la muger si sólo guardasse su honra de las manifiestas sospechas y los notorios daños de su bondad.

JUSTINA.- En cosa de bondad no alterco contigo, pues tengo clara tu victoria.

POLYTES.- Por Dios, bien me ha sucedido, que he allí a Belisea y a Justina. Esta negra carta no sé cómo la dé, pues hazer del no conocido es por demás, pues aún de los perros d'esta calle lo soy. Ya quiero a Dios y a ventura llegar, pues 'a los osados favoresce la fortuna'. Y 'quien no se aventura no navega'. Allá llevo, que como viere que me hablan yré respondiendo.

JUSTINA.- ¡A, el galán! ¿Qué buscáys por la huerta?

POLYTES.- Quiero hazer del bobo sobre sello y hablar como quien no nosce. [Ap.]

— Señora hermosa, entré con sólo intento de ver esta frescura, pero los ojos ocupados en la vuestra se olvidan de mirar otra cosa.

JUSTINA.- ¿Qué te paresce, mi señora?

BELISEA.- Todas las cosas nuevas aplazen; pero déxale dar más de sí y veremos qué tal sea,

porque al primer razonar no es conocido un hombre.

JUSTINA.- Pues alégrate, que el solaz tenemos en las manos, y verás cómo por te dar alegría me tengo que requebrar con él.

—¿Dezidme, pues, con cuya licencia entráys en lo ajeno?

POLYTES.- Señora hermosa, al principio tomé la licencia de la puerta que hallé abierta, pero agora tomándola de vos pido la enmienda en mi exceso, aunque a la verdad tal no acertar como el mío presente, notorio acertamiento es, y tal pérdida mía será contada por aventajada ganancia y muy venturosa fortuna.

JUSTINA.- Luego ¿ganancia y acertamiento llamas el venir por yerro tuyo y ventura nuestra a ponerte en manos de quien te tome la prenda?

POLYTES.- En ser prendado tuyo me contaré por bienandante, mayormente si con verme tú tal mirasses en tratar bien la prenda que ya tienes en tu poder.

BELISEA.- ¿Y qué prenda es?, que yo te la haré tornar.

POLYTES.- Por tu piadosa bondad te beso pies y manos, que gran confiança a puesto essa respuesta a mi desconfiada venida.

JUSTINA.- Bien me paresce, señora, que por sola su confesión se le puede pedir el daño que otras vezes havrá hecho en lo ajeno.

POLYTES.- Antes de agora he sido yo prendado, y aun por entero preso de vuestra hermosura; pero nunca tuve ventura de ponerme en vuestras manos hasta este punto, adonde vuestra lindeza puede como en cosa propia aprovecharse del despojo del sentenciado de vuestro poder.

BELISEA.- ¡Ándate, Justina a éssas, y ganarte as ser motejadas de fea! Valiérate más no aver hablado para no aver errado, y tras el yerro llevar el pago que meresció tu locura. Baste, pues, ya lo hablado. Y tú, hermano, vete con Dios.

POLYTES.- La majestad de vuestra presencia pone pasmo en mi torpe lengua y temor en mi atrevimiento a os pedir una merced.

JUSTINA.- Di lo que quieras que, pues tanto eres mío, soy obligada a te favorecer ante mi señora.

POLYTES.- Con tal esfuerço, tomando osadía, te suplico tomes esta carta.

BELISEA.- Bien creo que ni tu mensaje me será útil ni tus passos te dexarán de acarrear algún castigo a ti y a otros exemplo. Quítamelo de delante, Justina, que ya yo me adivinava lo que podría ser. Y harás poner mejor cobro en la puerta, que el jardinero no quedará sin su merescido. Anda, hermano, vete de mi presencia que, en saber cuyo eres, adevino tus costumbres; y en saber cuyo eres, sospecho quién te embía; y en saber cuyo eres, entiendo cuya será la carta; y en saber cuya ella sea, sé que busca de mi enojo tu daño y tu perdición por mensajero. Dado que diz que los mensajeros no merescen culpa, pero en tales casos no ay quién les escuse. Cata que no seas tú el Urías Hetheo. Y dirásle por respuesta del mensaje que no oyré a esse atrevido de cavallero que se precie de traer con otras tales tratos, y que conmigo procure todo desvío, porque ni mi honra con él gana ni mi honestidad se satisfaze con sus embaxadas.

POLYTES.- ¿Por qué tu magnífica nobleza condena mi inocencia antes de oÿr mi justicia?

BELISEA.- Sea el oÿrte que no parezcas más delante de mí.

JUSTINA.- ¡Ay, señora, no te muestres furiosa hasta saber el porqué! Cata, que como la honestidad de la donzella padesce detrimento y peligra entre los hombres, así la nobleza corre riesgo y aun se pierde con la furia. Y aun el demasiado sentimiento tuyo pone sospecha de tu bondad y limpieza y casto sentimiento delante de quien no te conozca muy bien. Y nunca condenes sin oír las partes, para no tener de qué presto te arrepentir con el tan de improviso te determinar. Veamos la carta, y vista verás qué tanto ayas de soltar la rienda al enojo; aunque a tu nobleza y estado de persona en pocos tiempos y en ninguna sazón parece bien el tan apitonado y furioso ímpetu.

—¿Cuya es la carta, gentil hombre? Y perded todo temor.

POLYTES.- ¡Qué atavío para perdelle! Quiero, empero, soldarlo como pudiere. [Ap.]

— Hermosa, he visto la ira de esa señora contra mi inocencia, la qual, con la culpa que en mí publica su pena, me añade temor de offender a quien se deve todo servicio. La carte es ésta, y es de un preso.

BELISEA.- Ni sé qué pueda preso —cosa no duecha— pedirme, ni puedo no recatarme del anzuelo encubierto en tus reposadas razones. Y porque no tengo por oro todo lo que en tu muestra reluze, ve con Dios.

JUSTINA.- Pues yo tomo, señora, la carta a todo mi riesgo.

— Y tú ve con Dios, que a la primera vista te daré respuesta en que descargaré la tempestad, que quizá se resolverá toda en solos truenos.

POLYTES.- Con vuestro favor, yéndome llevo buena nueva a Floriano, y triste para este mi vuestro corazón.

JUSTINA.- Anda, harás lo que digo. Y tú persevera, pues la perseverancia gana la corona del vencimiento en la pelea.

POLYTES.- Los ángeles queden en tu compañía, pues yo no puedo yr sin la tuya en mi memoria.

(Esto queda aun razonable para primera audiencia. Agora, loando a Dios por mi ganancia, me voy pensando como satisfacer a Floriano para ganar albricias. Aunque a la verdad, más las devo yo que no él de lo que queda tramado).

BELISEA.- ¿Qué hablavas con aquél al despedirle?

JUSTINA.- Hinchéle de viento por cumplimiento de buena criança.

BELISEA.- De tales comedimientos es libre la donzella sin caer en caso de mala criança, porque burlando ni de veras la donzella con ningún hombre en tales coloquios gana honra, si no es su marido, y aún ha de ser puesta en su poder. Porque el hilo de la honra es más delgado que el de Portugal con que tú labras. Y guárdate de todo hombre, te torno a dezir.

JUSTINA.- De hombre, bien dizes. Pero este es muchacho.

BELISEA.- De essa manera, hombre llamarás tú a mi señor, que está ya en lo más alto de la edad, quando a un mancebo tan grande como su padre y tan astuto como mercader y más hablador que relator llamas muchacho. Pues ándate, Justina, a esso con tus buenas entrañas y hallarte as burlada. Cata que dize el vulgar dicho: ‘que de los necios los infiernos, y de los perezosos los hospitales, y de las mugeres mal avisadas y menos remiradas se pueblan los públicos burdeles’.

JUSTINA.- ¡Mas vao! ¿Y si supiera la verdad, cómo le mandé perseverar? [Ap.]

BELISEA.- ¿Qué dizes de perseverar? Y mira que con persona particular hablar entre dientes es especie y señal de trayción.

JUSTINA.- De tal me guarde Dios. Sólo dixe que el perseverar en los males propuestos acarrea los daños contados. Que agora, loado Dios, a salvo está quien repica. Y dexado esto, leamos la carta. Y no te me encojas, que por vida de mi señor y tu padre Lucendo, que ya yo la lea, que la tines tú de oÿr, porque quiçá avrá en ella con qué riamos.

BELISEA.- Malas coxquillas de burla son las que lo han con la honra y honestidad. Pero haz como quisieres, que dos oÿdos tengo: uno para abrirle al oÿrlo y otro para cerrarle al consentimiento en no aceptarla.

JUSTINA.- Pues oye qué dize el sobreescrito.

Carta de Floriano a Belisea

A la muy suprema en todo merescimiento, tan libre señora de su querer quanto yo captivo de su beldad, mi señora Belisea:

Si el affligido corazón, que me dio osadía para os publicar mi intolerable tormento causado por vuestro libre poderío, me diera fuerças para poder llevar con sufrimiento mi tan grave pena, nunca con la presente osara molestaros, no meresciendo de vos aún audiencia para mi libertad. Pero a vuestra clemencia pido que se apiade y fuerce a vos mesma a leer ésta, en parte declarativa de la grave pena que por vos este Floriano siente. Y aunque mucho pido, pero suplícoos por la respuesta; y sea, si mandáys, que vuestra mano me dé en castigo de mi loco atrevimiento la acelerada muerte o algún alivio a mi padecer. Y si deliberáys, señora mía, que yo pene y viva para que en mí executéys con saña vuestra justicia, mostrando en mí vuestro poder, con el mesmo poder me dad el poderlo ya sufrir, que soy contento de os contentar, pues por vuestra voluntad vivo, vuestro querer me sustenta y mi vida pende de vuestras manos. Las cuales, humildemente besando, quedo por vuestro cautivo. Floriano.

BELISEA.- Bien era yo adevina de lo que podría dezir carta tan loca.

JUSTINA.- Antes me parece que es para tornar a leer, pues aquí poco menos que por diosa te confiessa.

BELISEA.- ¡Ay, déxame de essa vaziedades, que me llamas a la ira! Que aun no querría tomar por cosa tan sin ningún tino ni ser ni entidad ni concierto. Vamos, vamos arriba, que ya el sol nos ha privado por oy de sus rayos, demostrándonos las estrellas.

JUSTINA.- Dexada essas metáphoras, vamos donde mandares.

BELISEA.- Cierra essa puerta. Y dadme la mano a esta escalera y subamos.

Argumento de la scena iij

En que Lydorio haze gran sentimiento por la perdición de Floriano. Fulminato y Felisino se hazen a una para poder medrar. Tracta de llevar Fulminato a Felisino en casa de Marcelia. Polytes da a Floriano respuesta de su carta; y dale un collar de oro para Justina y un jubón de brocado con sus calças al Polytes, y tórname a dar otra carta para su señora Belisea.

Lydorio. Felisino. Fulminato. Polytes. Floriano.

LYDORIO.- ¡O, alto y sapientísimo Dios, qué profundos son tus secretos juyzios! ¡O, cuánta lástima es ver perder tan a vela suelta un tal cavallero, mancebo y dotado de tantas gracias y poder mundano! Grande daño es este, si el saber divino no saca algún mayor bien d'este grande mal, pues que a Dios es ligera cosa sacar buenos fines de malos principios y peores medios. Pero en tanto que Dios lo remedia, duélome con lo que veo, pues no le basta dexar su estado y su naturaleza, pero que a bueltas de todo olvide a sí mesmo por sola una muger. No en vano dixo Adán, vista la muger: **!Error de sintaxis,** (. Pues por otra parte, veo el desassossiego de toda la casa y la perdición de la hazienda; y con esto ardo entre dos fuegos. Porque aconsejar a Floriano es pensar de poner luzio el adobe lavándole; pues seguir tras su querer, no hago lo que devo a la lealtad que a sus padres di. Los de casa, a todos les parece que la hazienda de Floriano le es común. Lo uno malo y lo otro peor, de manera que 'con lo que Pedro sana, María enferma'. Porque con lo que Floriano a de satisfazer a su appetito, él pierde [d]el alma lo principal, pierde la honra, la vida en condiciones, el patrimonio se disminuye, la hazienda anda en manos de enemigos de su dueño y amigos de ella. Porque quanto menos guarda ay en la casa y en la hazienda, tanto los criados olvidan de la fidelidad y cobran del saber de lo ajeno. Porque 'el agujero llama al ladrón' y 'la ocasión combida al pecado'.

FELISINO.- Así que, hermano Fulminato, ya me havrás bien entendido y tendrás bien ojeado el camino para nuestra medra.

FULMINATO.- Calla ya, que descreo de la vida de los condenados si de plazer de nuestra conformidad para el descorchar de la colmena no estoy como fuera de mí, pues más quatro manos que dos llevan y pueden.

LYDORIO.- En lo que estamos, benedicamos. Esto es lo que yo lloro, porque si a Floriano lo aviso, tendráme más por enemigo que por fiel.

FELISINO.- Pues aun tú no pienses que lo sabes todo, porque para ruindades gran provecho me hizo ser un año estudiante y otro moço de cura.

FULMINATO.- Pues calla, que creo que todo nos será menester: tu sciencia y la mía, porque

Lydorio es sabio y virtuoso y leal y antiguo criado de casa; y con saber todos los rincones d'ella, si nos huele nos tiene de hazer daño para nuestro pellechar.

FELISINO.- Para esso, guardalle los passos, y el uno sobarcado y el otro en vela. Porque si 'un hombre apercebido vale más que dos descuidados', sí que más valdremos y más podremos y más haremos dos recatados que uno seguro.

LYDORIO.- Pues allá os espero, 'al freír de los ajos'.

FULMINATO.- Pues vamos a ver a nuestramo, y aseguremos el campo desmintiendo espías. Y aun también, si Floriano quiere, le daré en las manos una muger, que pagándoselo le traerá a su amiga a las uñas, por más encerrada y guardada que esté. Y aun d'ello me cabría a mí ganancia, si la fortuna lo endereçasse bien.

FELISINO.- Dime, dime, ¿que tienes nido?

FULMINATO.- Mas vao. ¿Y cómo oviera yo escapado del invierno sin algún hogar? Y tú tan bisoño eres que te mantiene sola vista.

FELISINO.- Pues, ¿qué quieres? Que harto çanqueo y ando y rodeo, pero no hallo cosa de asiento.

FULMINATO.- Aun no tan mal, si hazes como el cuclillo en ajeno nido. Pero encomiéndate a mí, si quieres, y duerme seguro. Pero, o descreo de los reçabitas y si no creo que nos ha oÿdo todo quanto hablamos Lydorio, que veslo está en el corredor.

FELISINO.- No havrá. Pero si quiere, hecho es; haga como se pagare.

FULMINATO.- No eres avisado en esso. Antes agora le halaguemos a sobrepeyne, porque la prudencia muchos males y daños previene.

LYDORIO.- ¡A, Fulminato!

FULMINATO.- ¿Quién me llama?

LYDORIO.- Busca al paje Polytes y sube acá.

FULMINATO.- Él que llega; acaso que me aguardó que le mentassen.

POLYTES.- ¿Qué se trataba de mí?

LYDORIO.- Sube presto. ¿Adónde andas? Al cabo de una hora que pide Floriano por ti, que no ay quién te saque de rastro.

FELISINO.- No ay ygal trabajo sin penar y morir, que es esperar.

FULMINATO.- Y aun por esso dizen, y bien, que 'quien espera desespera'.

FELISINO.- Señor Lydorio, lleguemos a la puerta todos, pues no es trayción escuchar, sabiendo lo que se ha de platicar de los que hablan.

LYDORIO.- Escuchad, pues, que tañen.

FULMINATO.- Y aun qué negro de bien. Que si él tanto sintiesse de mugeres y supiesse tanto de ser enamorado, como de la música sabe, él se guardaría más d'ellas y las tendría en lo que se deven tener, y aun acortaría su pena.

LYDORIO.- Calla, dexa esso, que cada uno haze según es y según con quien lo ha. Y escucha, que

comiença a cantar.

Glosa del mote: !Error de sintaxis, ¡

FLORIANO.-

Mi pena manda que muera;
dame alivio mi esperança
para que mi querer quiera
esperar venga de fuera
nueva de mi buena andança.

Y así con tal división
mi morir se suspendiera
esperando redempción,
por do con justa ocasión
quien espera desespera.

LYDORIO.- ¿Qué te parece, Fulminato, qué vida ha dado al refrán que tu alegaste poco ha, que no parece sino que adivinó averle tú dicho a su propósito?

FELISINO.- La capa diera por la glosa.

FULMINATO.- Calla, que en disposición está; que no parará en sola una copla, pues dicen: ‘que quien haze un cesto, hará ciento’.

POLYTES.- ¡A, señor! Mira que te aguardo con la respuesta de la carta que llevé a tu señora Belisea.

FLORIANO.- ¡O, nombre de toda suavidad, que en lo oyendo vivificó mis ya muertos sentidos! ¿Dime, mi querido y secretario de mi bien, ha mucho que eres venido y me aguardas, para que yo me castigue de mi tardança en te oÿr tal nombre?

POLYTES.- Señor, porque tengo pocas palabras, aunque passaron y precedieron a la respuesta muy duros empujones y gran peligro de mi vida, pero con el favor de una su donzella, todavía le dexé tu carta. Y sabe que, si no fuera por aquella donzella no era possible, ni yo parar ante su furioso y honesto sentimiento. Pero todavía, si a la donzella no la afloxa falta de gualardón, me mandó tornar por respuesta.

FLORIANO.- ¿Gualardón? Para tan gran beneficio no le hay. Pero llevarle has mañana de la pieça de altibaxo azetuní, que saqué para las fiestas pasadas, diez varas para una ropa, rendiéndole de mi parte las gracias por lo hecho, y conocimientos grandes para gratificar lo por venir como yo pudiere.

LYDORIO.- Así, Así, que por esse camino habrá de yr esso y lo al todo con el diablo, pues se gasta en su servicio.

POLYTES.- Señor, no podré llevarle tanto bulto sin ser visto y aun descubierto, en que no ay poco pelirgo.

FLORIANO.- Muy bien dizes. Pues llevarle as el collar de los esmaltes morisco que yo algunas vezes traygo.

FULMINATO.- ¡O, descreo del que de Dios desconfía! Con tal desmallar, ¿no se hizo él con cien castellanos? Ya, ya no es de sufrir esto, que por ser yo negligente me he perdido este lance que me sacara de lazería.

FELISINO.- Calla. No gruñas tanto que te oyrán.

FULMINATO.- ¡O, pesar de quien te cosió la ropa! ¿Y cosa es de callar ésta?

FLORIANO.- Agora, pues, me di: ¿con qué semblante te recibió por mío?

POLYTES.- Con un tan gracioso enojarse, que por ver la claridad que su rostro enojado mostrava y sus ojos resplandescientes llenos de rayos de amor, holgaras de verla enojada.

FLORIANO.- Pues, ¿qué confianza me das?

POLYTES.- Mandóme que no paresciesse ante ella.

FLORIANO.- ¡O, sin ventura Floriano! ¿Para qué nasciste en esta vida acompañado de tanto atrevimiento y desnudo de algún merescer? ¿Pero qué digo? Que bástame a mí que sepa ya mi señora sepultarse mi corazón en tormentos por ella para que me sea muy grande precio de mis trabajos. Pero, ¿dime, dime, mi Polytes, dónde la viste? ¿Con quién estava? ¿Qué hazía? ¿Qué semblante mostrava oyendo mi nombre?

POLYTES.- ¡O, pesar de la vida, con tal interrogatorio! Aún creo que me havrá de coger en palabras. [Ap.]

FLORIANO.- Dime, dime, pues, algo.

POLYTES.- Digo que para primera entrada, que está ganado mucho, si no perdemos aquella donzella suya. Y ansí me profiero que llevándole el collar te traeré mañana respuesta de otra carta, si luego me la dieres, aunque es tarde.

FLORIANO.- A mucho te offreces. Pero al fin, házeslo por mí, que te lo he de agradecer, Dios queriendo. Y luego escribo. Ve tú y llámame al camarero. Y tú toma cuidado de salir con tu promessa.

POLYTES.- Quien tiene el cuidado andará el camino.

— ¡A, señor Lydorio! ¿Ya oÿste como te llama Floriano?

LYDORIO.- Agora lo oyo y entro.

FULMINATO.- ¡Ola, vos, don muchacho, maestro havréys de salir d'esta buelta! Pues guárdaos de tomar los grados del magisterio sobre escalera con un açumbre de miel y la vestidura de un pato.

POLYTES.- Essas mercedes se dan a los tales como tú, que yo sirvo a mi señor. Y si más me tratas ansí, sabrálo Floriano, porque más es la afrenta suya que no mía, que soy mandado y le devo servicio.

FULMINATO.- ¿Qué, qué? ¿Y cacareáys en el caxcarón? De Dios no descreo si no os despierno.

FELISINO.- Buelve acá, hermano Polytes, no des enojo a Floriano.

POLYTES.- Que él ha de saber si se me ha de atrever un rufián por yo hazer su mandado.

FULMINATO.- ¿Qué vays gruñendo? Espera.

FELISINO.- Por Dios, llevas talle de medrar enojando al que adora Floriano.

FULMINATO.- Pues sólo esso me haze detener, aunque el pesar del collar yrá conmigo a la sepultura.

POLYTES.- Brabear, panfarrón. *[Ap.]*

FELISINO.- ¿Qué dizes, hermano? Sea este ñublado agostizo; y calla, que todos somos compañeros.

POLYTES.- No lo quiere él conservar.

FULMINATO.- Y creo, hermano, que lo tomavas de veras.

POLYTES.- ¿Pues cómo se avía de tomar, sino como se dezía?

FULMINATO.- Más palacio pensé que avía en ti.

FELISINO.- Baste ya, que todo fue burla, y vamos abaxo.

POLYTES.- Ydos vosotros, que yo quiero esperar al camarero.

FLORIANO.- ¿Estás a¥, Lydorio?

LYDORIO.- Señor, sí, rato ha.

FLORIANO.- Pues quiero que sepas mi alegría, porque el gozo comunicado cresce.

LYDORIO.- En todo recibo merced.

FLORIANO.- Pues sabrás que mi señora, por favor de una su donzella, después de sus enojos está aplacada, y le quedó mi carta allá —que me aconsejastes que le escribiesse—. E porque la donzella no desmaye en me ayudar, con otra carta que quiero escribir a mi señora llevará Polytes a la donzella el collar de los esmaltes moriscos, y a él darle as el jubón de brocado bordado con las calças que saqué para estas fiestas. E aunque no sea paga, será principio de lo que pienso darles. Porque la prueba del amor son las obras, y el que recibe cárgase de obligación o al pagar o al servir o al ser desconocido.

POLYTES.- Bueno va esto. Veamos como tercia el camarero.

LYDORIO.- Señor, la liberalidad es anumerada por virtud, pero quiere por compañera la temperancia para no ser prodigalidad, que es vicio.

FLORIANO.- Cata, Lydorio, que para tachar un acto de suyo bueno muchas causas ha de aver. Porque ni en dar yo esta miseria allego a lo que a mí mesmo devo, sin respecto a otro alguno, ni tú en defender esso vas fundado.

LYDORIO.- Bien sé que si de tu parte es de permitir el magnífico dar, pues contigo han de medrar los que te sirven, pero bien sabes que el copioso dar y sobrado recibir no merescido suele acarrear desconoscimiento e ingratitud a Dios y a las gentes vicio intolerable. E satisfacción ni es de parte de la donzella el dar una carta por un tal collar, ni de parte del paje —aunque más meresce— el havella

llevado, para lo demás. Porque con tales portes y por tan poco camino, muchos se hallarían por dichosos mensajeros. Y también el premio al que afana suélese dar al fin de la jornada, porque siempre vi: ‘a dineros pagados, braços cansados’.

FLORIANO.- De mayor precio es mi contentamiento que toda la hazienda.

LYDORIO.- Ansí es.

FLORIANO.- Pues luego, dar yo quanto tengo es muy poco a trueque de un contentamiento tal, porque la hazienda se ha de tomar como por medio para ganar la holgança del espíritu. Y en tal caso, antes ovieras de aprobar el excesso en el dar —aunque agora no le ay—, que no la avaricia en el retener, porque el mucho dar es vigilia del mucho recibir. Ya que a esto mires, quanto más que siempre se atiende a la largueza del que da y no a la condición del que recibe.

LYDORIO.- Ansí dizen del franco Alexandro, que dando una ciudad a un hombre baxo que le pidió merced, y él quiso dársela, siendo retraído del que la recibía por ser tan excesivo a él, diz que dixo el monarcha: para ti, que lo recibes, es mucho, para mí, que lo doy, es muy poco.

FLORIANO.- Pues luego oye y aprueba y ponlo por obra, y havrás gualardón de quien te manda.

POLYTES.- Este diablo es ‘el perro del ortolano’. Quiero atajar la plática escusada con mi presencia a mí provechosa, porque viéndome delante ‘juegue a luego toma’ e yo ‘a luego daca’. Y pues, ‘me dan la vaca, acudo con la sogá’.

— ¡A, señor!, el maestresala a llegado dos vezes con el manjar.

FLORIANO.- ¿Y es ya hora de comer?

LYDORIO.- Dadas eran las doze quando yo entré. Mira, señor, lo que havré estado contigo y verás qué hora será.

FLORIANO.- Pues por el relox que gobierna los compases de mi vida aún no es amanescido, porque hasta que la luz de mi señora despida las tinieblas de mi corazón, acompañadas de mortal tristeza, jamás havrá día para mí.

LYDORIO.- Cata, señor, que con esso tal matas a ti, desconciertas tu casa y desasosiegas los tuyos. Y si miras en ello, ni podrás conservar la vida sin comer, y perdida la vida, pierdes tú la esperança del gozo de tu señora. E aun tu señora no podrá ni aliviarte ni atormentarte, porque si se ha de servir de ti, ha de ser vivo, porque muerto servirás a la sepultura. Ansí que trátate bien, si no por ti, como tuyo, sea por tu señora, cuyo te dizes ser. Pues que quanto más la amares, has de amar y tractar mejor sus cosas, pues dizen que ‘quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can’.

FLORIANO.- Por te ver tan del vando de mi señora, quiero hazer lo que me aconsejas por tratar bien las cosas de mi señora. E pues yo suyo soy, por ella vivo, su amor me sustenta el espíritu, tráyanme de comer para el cuerpo. Y tú ve, da a Polytes lo que mandé, y entiende en que me den de comer luego.

Argumento de la scena iiij

Fulminato lleva a Felisino en casa de Marcelia. Felisino les promete una cena por amor de la hija de Marcelia, llamada Liberia. Felisino no puede vencer a Liberia, aunque haze Fulminato un entremés para ello, Buélvense los dos a casa de Floriano, quedando ellas en su casa.

Fulminato. Felisino. Marcelia. Liberia.

FULMINATO.- Agora que, hermano, nos hallamos desembaraçados de ruyn compañía, te quiero dezir algo de lo que me apuntaste en la sala, adonde el lugar estorvó a tu desseo. E pues, en casa entienden en llevar el manjar, demos un arremetida y bolveremos a la ración de palacio.

FELISINO.- ¿Y dónde yremos?

FULMINATO.- A la cal Nueva. A donde si algún día faltare en casa me puedes hallar, más cierto que por las estaciones de la semana sancta, porque las andan todos.

FELISINO.- Agora confirmaste el amistad que me tenías en darme parte de tus cosas, pues que entre los amigos el plazer y el pesar ha de ser de por medio: ‘un sí en el sí y, y un no en el no’. E pues voy con quien me entiende, procede y guía.

FULMINATO.- Tú sabrás como ‘la Fortuna, que favoresce a los osados’, me dio ventura en ganar travacuenta con una viuda de hasta treynta y quatro, que en aspecto está como de diez y ocho. Ésta ‘no tiene en casa padre ni madre ni can que la ladre’, mas de sóla una hija bonita y harto muchacha, de diez y siete para menos. Ésta le sirve en casa de moça, y fuera de hija y authorizada donzella. Y porque en todas las cosas ‘la experiencia saca maestro’, encaminemos allá y verás mi buena posada, loando mi felice ventura. E aun, si yo puedo y tú te das maña, tú hallarás allá presa y ‘jugaremos dos a dos’, mofando de los desnudos.

FELISINO.- En lo que de mí dizes te agradezco; pero no te ofrezcas a más de lo que puedas en casa ajena.

FULMINATO.- Calla ya, no tengas esos escrúpulos. ‘A la prueba, buen amor’, que verás que en su casa, donde yo asomo con la voluntad, luego lo acompaña la obra. Y donde yo pongo el pie pone ella los ojos para contentarme. Que no pienses que estoy tan de emprestado, que voto a la casa de Mecha, que no faltan sino las palabras y bendiciones para pacífico matrimonio. Pero de esto, guarda fuera, ‘horro Mahoma’...

FELISINO.- Cata, Fulminato, que estos amores tan fundados suelen ser muy costosos.

FULMINATO.- Ya te entiendo. A la fe, ‘una vez en la semana, como viernes’; y aún entonces, de priesa y aunque lo tenga por fiesta; porque si andáys a su contento son insaciables.

FELISINO.- Por la bendición de mi padre, que eres marcado. ¡Mira cómo me entendió! Que no digo que son costosos, sino de parte del dar.

FULMINATO.- Ya, ya. ¿Dar o qué? Así se puede secar, esperando que se me caya blanca de la bolsa, que tras un quarto doy quatro ñudos. Antes sabrás que ha de pitar con ruegos y dineros si

quiere tablaje.

FELISINO.- Todavía te digo que si recibes avrás de dar, porque dizen: ‘manos que no dades, ¿qué esperades?’ Y el amor quiere liberalidad. Y no me hagas entender que tú solo tengas las cubas llenas y las suegras beodas.

FULMINATO.- Malo eres de persuadir. Pues vamos, que a la vista te espero.

FELISINO.- Bien que sea como dizes, pero yo por mí juzgo, que las mugeres tienen la lengua larga en el pedir y las manos abiertas al recibir; que a todo dizen *adveniat*, porque pensemos que rezan el *Pater noster* por nosotros.

FULMINATO.- ¿Cómo? ¿Y porque tú seas boçal, lo ha de ser Fulminato? ¿Quieres tú ser ‘don Ximeno, que por su mal juzga el ajeno’? Pues calla, que estamos a la puerta, que yo te enseñaré a vivir a uso moderno.

FELISINO.- Dentro hablan. Huéspedes deven aver en tu ausencia.

FULMINATO.- No me digas esso, si quieres mi amistad.

FELISINO.- Anda ya, que no serás tú solo, que dolencia es muy usada. Y que oy se tiene en menos que el mal de las bubas, que otro tiempo espantava a las gentes. E aun también mira que tú ni tienes título de prescripción por antigüedad ni te han dado el **¡Error! Marcador no definido.** de matrimonio para que como eres un huésped no pueda aver otro, y otro si menester fuere; y aun tú, que te has de hazer a la malla.

FULMINATO.- No te piques de jurista y escucha lo que passa, que yo ya sé lo que me tengo.

MARCELIA.- ¿Dime por qué quieres dar alguna afrenta de ti y de mi? ¿No te tengo retraído el ser tan ventanera?

LIBERIA.- ¡O, desventurada yo, si ha de aver día de paz! Pues tanto me hará que le haga sospechar, sobre hecho fue. [Ap.]

FULMINATO.- Y aun a esso te espero.

FELISINO.- Bien dizen que ‘no ay mejor cirujano que el bien acuchillado’. La madre, como deve de bardar su vergel, piensa que planta la hija.

FULMINATO.- Al fin es madre; y aunque le dé mal exemplo, es bien que le dé buen castigo.

FELISINO.- A la fe, así es, y fue y será. Que en la enmienda agena todos sabemos mucho y podemos mucho y hablamos mucho, y en la propia las manos atadas.

FULMINATO.- No quiero contigo argumentos. Llamo. Ta, ta, ta.

MARCELIA.- ¡He, mira, hija, quién llama a tal prisa!

LIBERIA.- ¡Ay, madre, que es Fulminato y otro que viene con él!

MARCELIA.- Ve, abre la puerta, y en tanto pondré en cobro este par de perdizes que nos embió el dispensero de Lucendo, porque en mesa de viuda pobre este manjar engendra sospecha.

LIBERIA.- ¡Ay, Jesús, y cuán mala es de abrir esta aldava, como se abre pocas vezes!

FULMINATO.- Mas creo que, como se cierra menos, abre de mala gana y cierra de peor.

—¡O, que norabuena estés, hermana Liberia! ¿Con quién eran las questiones?

LIBERIA.- Ni sé qué te diga ni estoy para esso.

FULMINATO.- Pues subo, que yo haré las amistades. E tú, hermano Felisino, mira qué pieça de paño para el invierno que vendrá. Por esso no quedé por ti.

LIBERIA.- ¡A la he! Dios lo guarde al gracioso. Anda, ve; sube tu escalera y calla.

FULMINATO.- Ansí lo hago.

FELISINO.- Señora de mi vida, ¿quién os enojó? Que yo os daré vengança.

LIBERIA.- Anda, gentil hombre, tras el compañero y calla, que quiero cerrar esta escalera, porque quien viniere llame antes que salude.

FELISINO.- Todo me paresce de oro. Subo por no te enojar.

MARCELIA.- ¡A, Liberia!, ¿en qué te detienes?

FELISINO.- Señora, seguro soy. Quedó a cerrar la puerta.

FULMINATO.- Anda, señora, déxate de esos enojos y comamos.

MARCELIA.- Los manteles nos quedaron en la mesa, como ves, que acabamos de comer essa lazería que tenemos, más que a Dios merescimos. De manera que trayendo qué, siéntate. Pero dexando una razón por otra, di, ¿cómo hallaste la huella del camino? Que si hierva oviesse, nunca la quebrarías mucho con tus pisadas.

FULMINATO.- Si dizes que vengo tarde, pues vengo, no tardo. Y aun agora ten en mucho cómo me pudo traer acá Felisino, que por le hazer plazer, que deseava verte y conoscerte y saber tu casa, vine.

MARCELIA.- Bástame por testigo de que sea ansí tu desamor, y ansí a él le agradezco la visita.

FELISINO.- Por Dios, señora, que está burlando, que con sólo desseo de verte —y con gran razón— viene. Y a mí trae por testigo de su buena ventura en tenerte por señora.

MARCELIA.- Dios lo mejore todo, que por dezirlo tú, passaré por ello.

LIBERIA.- A la fe, madre, él viene a ver si le aguardamos a la mesa con el pan y queso que hemos comido.

FULMINATO.- Ni te dan tormento ni lo riñas a mí, que yo paz quiero. Y como dizen, ‘a la boda vengo’.

FELISINO.- Mas no tuviesses paz con ella, que no faltaría quién te lo retraxesse.

MARCELIA.- Calla, bova, ya que vienen tarde, no digan que con mal.

LIBERIA.- Yo, con Fulminato lo he, que a estotro galán desseo servirle.

FELISINO.- E aun yo me preciaré de servirte por mi señora.

MARCELIA.- ¡Ea, no passe más adelante la plática!

FULMINATO.- Y calla, no seas tan zelosa y no lo quieras todo para ti, ni muestres pesar del plazer ajeno. A la he, harías mejor en darnos con qué beviésemos.

MARCELIA.- El **¡Error! Marcador no definido.** trae tú, que el **¡Error! Marcador no definido.**, por mucha pobreza que aya en casa, no faltarán un par de vidrios, aunque no sean de Venecia.

FELISINO.- A la fe, señora, para tal combidado sobran de Cadahalso. Y aunque fue la respuesta qual la pedía la petición, ¿quién jamás vio venir hombre y galán a comer vianda en casa de hermosa,

si no la oviesse él mandado, y aún entoncesavía de ser combidado y rogado?

FULMINATO.- Si te bulle la bolsa, haz de las tuyas para ganar tierra, que yo en mi possession me estoy.

FELISINO.- Ni voluntad ni poder faltará, a Dios merced, mientras oviere este real de a dos en la bolsa.

FULMINATO.- ¡Cómo ‘hablas en derecho de tu dedo’! E dime, ¿quién de todos quatro puede yr por nada a la plaça, que no quede el tercero solo? Mira que no somos más de dos por dos, y guarda tu rucio para otro alarde, que no faltará ‘su San Martín’ si antes no te desmancha.

MARCELIA.- Pues por mi salud, que me hallo muy sola sin moça para semejantes casos, que Liberia e yo en nuestro ordinario, el lunes nos proveemos para toda la semana.

FELISINO.- Mucho es no se corromper las viandas así añejas.

LIBERIA.- Las que estos de palacio comen delicadas, corromperse han. Pero, madre, el pan y queso de nuestro ordinario no se corrompen así.

FELISINO.- Esse es manjar de ratones.

FULMINATO.- ¡O, Felisino, cómo te engaña Liberia! Cata, que más avisado pensé que eras.

MARCELIA.- Miralde el saco de malicias, que siempre viene con alientos de pupilo de mesa pobre.

LIBERIA.- Tú, madre, tienes la culpa en tenerle mal vezado a sufrirle sus malicias.

FULMINATO.- Agora, Liberia, no ay quién pueda contigo. Pero dime, ¿eras tan brava antaño?

LIBERIA.- Y aún tanto más que te espantaras. Y guarte de furia de muger.

FELISINO.- Que por Dios, señora, que tienes justo, y que a tales palabras, peores abrían de ser aún las respuestas.

FULMINATO.- ¿Y qué, qué? ¿Náscente alas con el calor de la dama? Pues sey mejor comedido, sino medirse ha la amistad con los filos del espada. No pienses que será por ti dicho: ‘de fuera venga quien de casa nos eche’.

FELISINO.- A lo menos será esto, que si a estas señoras das penas con tus parlas, que las has de cortar; y que la amistad nuestra ha de ser en lo honesto, y no que en mi presencia enojos a estas hermosas.

FULMINATO.- ¿Y cómo? ¿No sabes que soy Fulminato? Descreo de los adoradores del vezerro y d’éstas que tengo en la cara, y de Dios no me aparto si echo mano, si no te hago el juego que hize a Furnil, el temeroso, en Barcelona, que de un revés le puse la cabeça par de los çapatos, sin perder el passeio por la ciudad por ser Fulminato.

FELISINO.- Ya tengo decorado esos refranejos. E sepas que a esse Furnil que tú quitaste la cabeça de un revés, yo se la havía puesto de un tajo. Y así haré a ti agora.

MARCELIA.- ¡Ay, Felisino, por un sólo Dios, que mires la honra de mi casa!

FELISINO.- Pues el callar yo por esse respecto da ocasión a Fulminato de ‘hazer del boto a tal’. Y suéltame, si mandas, que yo veré oy quién sea Fulminato.

FULMINATO.- Aún creo que el diablo me metió oy aquí. Y quán de veras ha tomado el necio lo que yo hazía por sólo dividir mesa. Pero cúpleme hazer del fiero porque me teman estas mugeres, que ellas le tienen de suerte que, aunque le pese, estará quedo. [Ap.]

MARCELIA.- ¡Y detente agora, Fulminato, por un sólo Dios! No llamemos testigos donde no ay para qué.

FULMINATO.- ¡E suéltame, que de Saturno ayuso reniego si no le hago...!

MARCELIA.- ¡Pues por mi vida que no te suelte! Y que as de venir a mi cámara.

FULMINATO.- Y aun esso quiere el moço. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué gruñes, mal acondicionado?

FULMINATO.- ¿Mira que me as rasgado la cuera y quebrado los talabartes y ciérrasme? Descreo si tal passa.

LIBERIA.- ¿Quién no se las entendiesse a mi madre? ¿Aun, aun si havré yo de començarlo oy, que acá está quien no se rogará mucho? [Ap.]

— Ciérrale, ciérrale, madre, que a estotro yo le tengo.

(Agora a mí el cargo que ellos dos se avengan. Y estotro algún asno deve ser, que me ve sola y abraçada consigo y aguarda a que yo le desempañe y le combide, lo qual aún haría si más le conociesse de oy).

FELISINO.- Por Dios, que se han quedado los dos a hazer las pazes, quanto que esto de Dios ha venido. Quiero dar un tientto a la muchacha, que desembuelta me paresce y de buen pegar.

LIBERIA.- Agora que, señor, te falta el adversario, me quiero tornar un poco a mi almoadilla, porque en esta casa si no lo trabajamos no lo comemos.

FELISINO.- Señora, ansí es en todas. Pero si alguna necessidad al presente tienes, avísamelo, como a quien dessea servirte. E con todo esso no me dexes solo, porque no sabes si hurtaré algo.

LIBERIA.- ¡Por nuestros peccados, aunque fuesses ladrón, mala medra tendría tu officio en esta casa! Pero con todo, porque no digas que no hago por ti algo, me siento a esta ventanilla a labrar.

FELISINO.- ¡O, qué gran merced! ¡Y cómo descubres al manifiesto no estar en ti la perfección de hermosura sola!

LIBERIA.- Muy de copla[s] estás, por mi salud. Pero mira que aprendas en esta casa a estar quedo con las manos. Y si vienes mal vezado de con mugercillas de al pregón, aquí sólo se da licencia a la lengua a que hable lo que sufre buen palacio. Cata que mi buen comedimiento y mi soledad no enciendan fuego a tu cobdicia. Aprende, señor, a guardar en cada tierra sus usanças y leyes, y avisa para delante, si esta casa te aplaze para más de un día, que acá no se usan essas desembolturas, ni aun a los de casa quanto más para ti que esta es la primera entrada. E también te sé dezir que ni tú as visto en mí soledad porque te me atrevas ni mi honestidad te sufrirá para otro día, excepto si no quieres esta casa para tan sola esta entrada; que si ansí es, luego la da por concluyda y puedes tomar la puerta.

FELISINO.- Mi señora, no te enojés y perdona, que mirava el cabeçón de tu camisa, que en esso poco que descubren las tocas se muestra gallarda labor.

LIBERIA.- Bien que sí. Guárdele Sant Antón, el inocente como zorra; y aún essa deve ser ella. El hurtar de que me avisaste deve ser éste, que no pequeño despojo de la casa de mi madre sería a robarme tú mi limpieza. Pues ‘por demás es la cítola al molino’, que para responder al llamado de tu dañada intención as aportado con quien no oye, y ansí puedes reposar y aver plazer.

FELISINO.- ¡O, cómo me condenas por malicioso sin por qué! Que si algo hize que no deviera, según me condenas, mándamelo tu hermosura que, como fuera de mí en tus amores transportado, no sé lo que hago.

LIBERIA.- De maravilla eres bovillo. Pues sábeta que si quisiste comer con mi inocencia, que yo almorzaré antes con tu malicia con oÿrte la lengua y mirarte las manos, y prevenirme de guarda a tus desseos.

FELISINO.- ¡Ay, vida mía, y qué robadora de coraçones soys!

LIBERIA.- ¡Ay, Jesús, y qué desvergüença! ¿Y no miras cuál me tienes parada si mi madre saliesse a la sazón? Y válgale el diablo, y ‘otra vez a doze’. ¡Qué porfía que tiene! Pues yo te seguro por oy que te quedes del agalla.

FELISINO.- ¡O, mi señora, y qué sacudida soys sin por qué! Pero yo te juro, para estas que en la cara tengo, que o yo reviente por los yjares o tú me cayas al sello de mi marca antes de seys días. Y aun quiçá, que a no salir ya los encaramados, aun, aun.

MARCELIA.- ¡A, señor Felisino! ¿Ya bien osaremos salir sin miedo de tu espada? ¿Mas qué te paresce de nuestra tardança?

FELISINO.- Que tengo por más venturoso a Fulminato que a mí. Que aun la señora Liberia, que está más hazendosa que desposada, de mal acondicionada se ha huydo a los rincones dexándome solo, encomendado al sueño, guardándoos los cuerpos como en monumento.

MARCELIA.- A la fe, hemos menester afanarlo para tenerlo en esta casa. Por esso perdona, que con estas condiciones ha de hallar mi casa el que viniere a ella si le fuere dada entrada como a ti. Y en lo demás que dixiste, aunque hablaste con malicia, te la perdono por el enojo que has avido con la muchacha. Pero quiero deshazer tu sospecha, que no caya en juyzio, con certificarte que no hizimos sino escribir una carta; sino que con estar tan furioso estotro galán, no podía acabar con él.

FELISINO.- Ansí sería, señora, pero al goznear de la cama lo pregunten. [Ap.]

MARCELIA.- ¿De qué te ríes? Que me afrentas si no lo crees.

FELISINO.- Que sí creo el Evangelio. Pero, Fulminato, torna por tu color allá dentro y marchemos, que se nos passará la mesa y perderemos ración y havremos mal grado. Y mañana nos ten, señora Marcelia, por combidados, quedando a mí de proveer el con qué.

FULMINATO.- Bien digo yo que te bulle el argén, que ‘él, ni amores y diablos y locura mal se dissimulan’.

FELISINO.- Anda, que ni ‘al gastador falta qué gastar ni al jugador qué jugar ni al escaso qué endurar’. Y con esto te queda a Dios, señora Marcelia. Y tú, mi señora Liberia, pues ya serán desfechos tus ñublados, ¿qué me mandas?

LIBERIA.- Que vayas con Dios.

(Allá yrás, diablo importuno moledor. Pero, ¡o, cómo me queda abrasado el coraçón en su amor! ¡O, cómo fuy mal avisada y descomedida en no le aplazer! ¡O, cómo si él me olvida yo soy muerta! Bien diré yo cierto que ‘no conocí el bien hasta perderle’).

MARCELIA.- ¿Qué hazes, Liberia, allá baxo?

LIBERIA.- Heme aquí, que por cerrar la puerta me detuve, que luego se fueron y de priesa.

MARCELIA.- Pues que en paz quedamos, loado Dios, sin embaraço entendamos en algo.

FULMINATO.- Bien será sanearme con Felisino, que aún me mira de concha. Y agora ni nunca me agradó el tener enemistad de veras con nadie, porque aún no me hallo tan enemigo del vivir que le quiera arriscar, y traer el cuerpo cargado de hierro y el corazón de sobresaltos. [Ap.]

FELISINO.- ¿Qué vienes hablando a solas, que parece hagas invocaciones? Si tienes algo más de lo passado, dímelo, que a todo me hallarás.

FULMINATO.- Agora me sacaste verdad lo que venía hablando entre mí.

FELISINO.- Si de mí es, dímelo.

FULMINATO.- ¿De quán de veras lo oviste en denantes?

FELISINO.- ¡O, pese a tal! ¿Y era cosa que yo pude menos, so pena de no ser hombre?

FULMINATO.- Luego, ¿no me entendiste?

FELISINO.- Entendíte, que si no oviera partidores, fuera el diablo.

FULMINATO.- Pues toma lección de mí, que soy Fulminato. Que por dividir los partidores y que la división la oviésemos con ellas y nos cayessen debaxo, como ya me cayó Marcelia, lo hize. Y aún tú, asuadas, que no heziste menos con la moçuela, según que os oña de dentro el gruñir.

FELISINO.- Ya, ya, ¿quién te avía de entender? Por esso eres tú ya marcado, e yo por boçal aprenderé de ti oy más. Pero dexando esto, ¿cómo te fue?, que gran goznear de tablados passava.

FULMINATO.- Tú me di a mí qué heziste, que yo no anduve camino que ya no supiesse de otras vezes lo aver caminado.

FELISINO.- No sé qué te diga de moça tan indómita.

FULMINATO.- Pero con todo, creo que te podré llamar yerno y tú honrarme por suegro, porque ella mucho gruñía como primeriza. Ansí que sabe agradecer la honra a quien te la haze, Y sufre y calla y guíate por quien sabe, si quieres medrar.

FELISINO.- Esso te agradezco con tu buena voluntad. Pero tampoco pienses que se hizo la cópula, aunque o yo podré poco o ello se concluirá presto.

FULMINATO.- Pues mira que al sangrar no la manques y tú desmayes.

FELISINO.- Aunque bovo, no pienses que lo soy en todo. Yo sabré qué haga, visto en el caso. E pues estamos en casa, callemos, y déxame entender en mi provisión.

FULMINATO.- Pues mira que, aunque seas avisado, jamás hizo mal consejo de amigo. Lo que te aviso es que salgan del cuero las correas, y ‘a buen entendedor no más’.

FELISINO.- Ansí será, porque bastará poner yo un real para aloxa, si fuere menester, y en todo lo demás que me acorran despena y botillería, pues yo en servicio de mi amo me gasto.

FULMINATO.- Ya te podrás graduar de maestro de baratar. Y ansí sea, que a los amos y a los enemigos comellos y roellos, y después sisar para dos reales para componernos. E con todo esso, en este caso más es menester hazer que no dezir.

FELISINO.- Entremos, que al cabo lo verás, Dios queriendo.

Argumento de la scena v

Floriano y Lydorio passan grandes pláticas sobre la fuerça del amor, y Polytes lleva la carta a Belisea.

Floriano. Lydorio. Polytes. Fulminato.

FLORIANO.- ¡O, omnipotente hazedor de todo compuesto, y cómo sapientísimamente gobiernas todas las cosas a la consecución del fin para que fueron criadas las inclinando! E con saber yo esto, añadido a mis flacas fuerças confiança de esperar comprehender y alcançar cosa de tan sobrado merescimiento para mí, como es mi señora Belisea, y en mí tal perseverancia donde falta merescimiento. Conozco que me crió Dios para servir a mi señora Belisea; porque de ver que mi desseo y mi voluntad y mi entendimiento y memoria van dirigidas a ella, así por la fuerça del delicado amor con que la amo y desseo soy violentado por mi querer a querella, pues para tal me crió Dios, e como para tal bien mío me da natural inclinación del amor, como por objecto de mi contentamiento. Pero, ¡ay de mí!, que como esta gloria que yo sigo y amo, y procuro y tengo por último fin, excede tanto a la capacidad del supuesto de mi flaqueza, temo, como no capaz de tanta gloria, ser para siempre privado de ella. ¡O, amor falso, o halaguero, o engañador, o inconstante, que con saber tus amadores y los que son de tu valía y siguen tu estandarte que eres largo en promesas y muy abreviado en el pagar, tienes tantos debaxo de tu vandera, que muy sin dificultad serían contados los que aviéndote conocido se han escapado de tu subjection! ¡O, cómo te muestras en tus hechos muy villano, que a los que te siguen más sujetos, a éssos tractas más ásperamente! E como villano s[o]ez, muestras tus fuerças contra los más abatidos y menos resistidores.

LYDORIO.- ¿Di, Polytes, duerme Floriano o qué haze?

POLYTES.- Está haziendo consigo tanta variedad de cosas diferentes, de hombre sin ningún sossiego, que no te sabré dezir qué es lo que haze. Pero oye, que ya torna a tocar la vihuela. Y escucha e oyrás maravillas y novedades, como yo he oÿdo en poco rato que ha que estoy aguardando coyuntura para entrar.

LYDORIO.- Pues está atento.

Romance o discante de los amores de Floriano

FLORIANO.-

Quando con menos cuidado
mis cuidados yo sentía,
me conocí ser llevado
por nueva guía guiado
do mi desseo quería,

ajeno de compañía
sino sólo mi querer;
sin atrás passo torcer,
salí tras quien me guiava;
vime puesto donde estava
un sol, que el sol obscurece,
d'una dama que meresce
de nadie ser merescida,
do mi libertad perdida
hize punto a mi jornada,
de mi bien siendo mirada
siempre vía más que ver.
Propuestro, pues, de saber
nombre de tal hermosura,
en pago de mi locura
y sobrado atrevimiento,
fui lançado en un momento
en cárcel tenebregosa,
do con gran morir reposa
mi corazón afligido,
que aunque se siente perdido
se dessea más perder,
pues siente no merescer
más premio del conseguido.

LYDORIO.- ¡O, quán en alto stylo a discantsado en principio de sus amores, mostrando bien su pena y señalando bien la causa!

POLYTES.- Pues oye, oye, que ya torna a la deshecha.

Deshecha al romance

FLORIANO.-

No se compara mi pena
con qualquier mal d'esta vida,
ni ay pena más merescida.

Letra

Es mi pena tan sobrada
quanto en mí falta poder,

del poder do está encumbrada
la gloria de mi querer,
que aunque sobra mi perder
a qualquier mal d'esta vida,
no ay pena más merescida.

LYDORIO.- Bien dizen los philósophos que la vexación o necesidad, si no se toma con sobradas fuerças, que abiva el entendimiento, y que los amores hazen eloquentes aun a los mudos. Entrar quiero, que no es razón de no comunicar contino con un hombre de tan vivo entendimiento y tan claro juyzio y tan buen razonamiento, y tal que, aunque enferma y daña a sí, aprovecha a los oyentes.

FLORIANO.- ¿Está alguno aY fuera?

LYDORIO.- Señor, agora llego yo a ver si mandavas alguna cosa.

FLORIANO.- Quiero, si tú me quieres bien, que me ayudes a dar fin a mi tan penada vida.

LYDORIO.- Quitarla querría yo a tus enemigos y dártela a ti, y todo descanso si en mi mano estuviesse.

FLORIANO.- ¡O, qué bien dizes: estuviesse en tu mano!, pues quiso Dios que mi vivir pendiesse de Belisea, y mi muerte está en su querer y mi descanso en su libertad y mi salud en su deliberación y alvedrío, y todo mi bien en su disposición, pues tiene universal dominio en este inferior mundo que da habitación a los mortales.

LYDORIO.- Mira, señor, que hablas fuera del lenguaje de la fe, que afirma —como es ansí— ser Dios principio y causa y gobierno de todo lo causado, inferior y superior.

FLORIANO.- ¿Dime, Lydorio, tú no sabes que en el disponer de las cosas sujetas al Criador, que es Dios, y a las celestes influencias, que ay causa primaria y general que es Dios y causas secundarias? ¿Y no sabes que a estas que llamamos segundas causas, con darles Dios poder de influir sus qualidades en lo elementado, también a las vezes les dexa el gobierno de algunos particulares effectos, para que después del concurso general de Dios, estas segundas causas se puedan llamar principio o causa en algún compuesto?

LYDORIO.- Sé bien que, según philosophía, algunas vezes causas segundas producen algún compuesto, pero con tanto que el tal ser dependa del de la primera causa, que es Dios. Como paresce al sentido que la revolución del sol y planetas y elementos produce la alegría de los campos en la seca tierra, trayendo el verano. Pero todo esto y otros effectos que haze la influencia del sol lo dispone aquel primer principio que todo lo crió con la palabra. Pero esto, ¿a qué fin? ¿Para provar tú, señor, que una muger, que en género de criatura es menos perfecta que tú, te pueda ser causa de vida, ni alegría ni las demás qualidades o accidentes que en ti pueden causar las celestes influencias, que como segundas causas te disponen a lo que Dios te quiere inclinar y ordenar de ti? Ansí que no sé cómo puedes dar a tu señora poder de algún effecto causal.

FLORIANO.- Aunque avía otras cosas que resultan de tu departir, a que te podía responder

reprovando tu hablar, en ser —si fuesse como dizes— menos perfecta mi señora o no, porque sé que el tú dezillo fue sólo yerro de lengua, callando en esto, passo a lo que de principal dudas: ¿cómo sea mi señora la que después de Dios disponga en mí su querer? Ya sabes que en quanto mi ser sea derivado de Dios, del qual no menos emana mi señora, que ansí entramos —aunque en gran desigualdad— tenemos respecto a Dios como primera causa y hazedor. Pero yo que conozco que todo quanto en mí puso Dios lo puso con obligación y debaxo de condición que fuesse governado por mi señora, ansí por no faltar de la ley natural como del querer de Dios, que en mí quiso esto, quiero y amo y desseo y adoro a Belisea.

LYDORIO.- ¡Ay, por Dios, señor!, que te moderes en tal desenfrenamiento de hablar, pues basta ser ella muger y tú ser hombre.

FLORIANO.- E aun como hombre y tan buen entendimiento y ley, como tú dizes, conoxco bien lo que affirmo ser ansí. Porque ni tú en ello, para me incusar, tienes razón, ni yo excusable excusa, sino confieso que consiste mi felicidad en la memoria de Belisea. Ansí es y ansí lo affirmo y ansí lo confieso. Agora di contra mí todo lo que te pluguiere, pues me conoces ya bien firme en la fe de mi señora. Y aún más te digo, que si el ser de hombre dize perfección —como tú dixiste—, que en ninguno la ay tal ni tanta como en mi señora, que para mayor manifestación del poder de Dios, que puede poner las perfecciones donde quiere y como le plaze, por particular privilegio fue hecha muger y en ella assentó el Criador sus perfecciones, y la comunicación de las mías y el retracto de las del orbe.

LYDORIO.- A la fe, señor, guíalo como te plaze, pero la necessidad haze conocer quién sea el varón para tener ánimo generoso, y en esto muy al descubierto discrepa el varón de la hembra. Porque en tener buen dezir, buena muestra, dorados meneos, en presteza de lengua, en viveza de juyzio para de repente —mayormente para mal—, en pensar insultos, en inventar trayciones, en hablar maldades, en descubrir sotilezas de engaños, en forjar mentiras, en hazer embaucamientos, en querer abominaciones, en cometer insultos, en tractar adulterios, en dessear homicidios, en amar crueldades, en tener sobervias, en affectión de glotonías, en sin freno en luxurias, en caminar por extremos, en querer siempre la suya en pie; si me dizes que en éstas y otras tales consiste el ánimo y fuerça o perfección del ser varón, pocos varones ay tanto como ellas, si a lo menos no en el ser natural, en el ser vicioso.

FLORIANO.- Anda, que esas universales siempre admiten algún excepto. Y aun también como la perfección de que tú dizes ser dotado el varón ha de ser de género de virtudes, y vemos comúnmente aver más bondad moral en las mugeres, quanto más que algunas van en la cumbre en esto, y ansí lo está mi señora Belisea en todo atributo de bondad.

LYDORIO.- Bien te confieso, señor, que a lo común las mugeres son más devotas, más rezaderas, más estacioneras, más molles de corazón para en quien se imprima la piedad; y de entrañas más compassibles y tiernas para con los affligidos, y más sermoneras; y finalmente más dúctiles para ser persuadidas a devoción y a la virtud exterior. Pero esto, las que no lo hazen de fingido, házenlo porque Dios y naturaleza las hizo subjectas, y a los hombres más libres. Pero ansí como son blandas para la impresión del bien, ansí son también más flexibles al mal. E la que cae de veras y al

descubierto más daño haze que un hombre, por la inclinación que puso Dios y naturaleza para la amar, y amándola seguilla, y siguiéndola imitarla. E tornando a mi intento, sin dezir de ninguna en especial, hallarás muchas vezes grandes maldades e insultos e embustes debaxo de las largas y honestas tocas y faldas. E ansí dize el vulgar que ‘grandes males encubren faldas’. Porque si las miran a defuera, yendo parescen unas senadoras, con gran gravedad de cuerpo y con gran terneza de pies y descaymiento de piernas, que parece que han menester cuentos para se tener como casa vieja; y verlas heys con una gravedad y serenidad de rostro, que no ay que pedir más ni qué poder tachar. Pero tengan lugar y tiempo y libertad y ocasión —o si no, ellas la buscan— que allí os digo yo que no ay en su posibilidad gamo por collados ni hardica por montes, ni conejo hasta el vivar, ni pega de rama en rama, ni rebeço de peña en peña, que ansí se desembuelvan, y aun, si ay arboleda o frutales, que no ay mona tan trepadora ni oruga tan destruydora. Pues a los hombres que las han de sustentar son tan costosas, que si las quieren complazer todo el tiempo se yrá en **!Error de sintaxis, ¡**. Finalmente no ay más que dezir, pues no se acabara de escribir lo que ellas jamás acaban de imaginar e inventar e usar y engañar. Pues si miras en ello como curioso, verás que con los verdugados cubren quiebras y defectos del cuerpo; y con sus lágrimas someras dissimulan y encubren males de la voluntad y falsías de ánimo deliberado, que contra los que más muestran amor suelen tener en el pecho. Y porque no me digas que hablo de coro y que las infamo por mi cabeça, no acotando qué digan los que las conocieron y qué vieron de ellas los que las tractaron, mira en lo primero al sabio Salomón, que tanto las amó y tanto daño le vino por ellas, lo que de ellas dize en sus escrituras quando se le offresce hablar de mugeres. Lee al Mantuano en una égloga; mira al Petrarca; escucha al Ovidio y atiende al Juvenal; y finalmente quantos sabios gentiles, judíos, christianos, moros, paganos, offreciéndoseles en sus escritos materia en que hablar de mugeres, afanan y se desvelan en cómo avisar a los leyentes que se guarden de sus conversaciones. Porque si os han menester, se os muestran muy humildes, muy halagueras, muy amorosas, muy dúctiles, muy affables, muy conversables, muy subiectas y muy temedoras de enojaros. Pero si salen con su facto y tienen la suya en hito viendo la vuestra discaŷda, luego tornan muy altivas, muy çahareñas, muy mandonas, muy mal suffridas, muy señoras, muy sacudidas, muy esquivas. Finalmente, si os tienen molleja, luego piensan comeros. E si os les subjectáys un poco, vos ‘les days el dedo y ellas toman la mano’ en todo y por todo, porque os quieren dar a entender que las ayáys menester. Pues, hablando de lo que refieren de ellas los escrivientes que vieron de hechos muy atroces y feos, ¿mira quán canina fue a todo el humano linage la golosina y sobervia de la muger primera del mundo? Pues ¿quién por cobdicia de oro hiziera lo que Tarpeya, en dar el Capitolio romano a los enemigos? En género de luxuria torpe, ¿quién hiziera lo que Pasiphae ni Minerva? ¿Quién perpetrara lo que Scylla, hija de [N]iso, en matar a su padre? Pues, ¿quién se atreviera a lo que Judith ni a lo que Jael, puesto que lo aprueba la escritura sacra? Y si no fuesse fastío recopilar males agenos, sería no acabar de contar cosas atroces y feos hechos de audacíssimas mugeres. Pero, concluyendo mi plática prolixa a su breve intento, digo que atiendas, que en te affectionar a una muger has de mirar que tú eres hombre y criado para mandar, y ella es muger y criada para servir.

FLORIANO.- Ya no puedo suffrir ni oŷr las blasfemias que tu dañada y canina intención declara

por tu lengua contra las mugeres, por sólo dañar a la que yo tengo por ángel en forma de muger, a la qual amo y adoro y estimo y temo reverencialmente.

POLYTES.- ¡O, hi de puta el diablo, y cómo ha entretexido alta y compendiosamente muchas cosas Lydorio a un fin! Pero quiero oÿr qué dirá Floriano, que está hecho un ciego de amor.

LYDORIO.- Pues que por aquí empeora y se pone más obstinado y dize más errores, quiero, tomando de dos males el menor, hablalle en cosas de amor. *[Ap.]*

FLORIANO.- ¿Qué dizes del amor?

LYDORIO.- A la fe, ‘do el corazón, aÿ las mientes’. Señor, no digo sino que he oÿdo hablar a muchos y escribir a muchos contra las mugeres, los quales, dexando sus dichos y mirando sus hechos, veo que se perdieron unos, y otros fueron puestos del lodo por su amor. Y espántome cómo avisando sabiamente a otros, ciegamente yvan ellos cayendo.

FLORIANO.- E aun yo huelgo que tú te vayas levantando de tu tesonía, y mires cuán grande sea el poder del amor.

LYDORIO.- Dizen los que le discantan que tiene poder sobre todo hombre, y aun sobre todo el hombre.

FLORIANO.- Los que dizen ansí, en lo primero hablaron como sabios, y en lo segundo escribieron como experimentados. Porque el que es tocado del tal poderío, ninguna potencia tiene que no sea más del amor que no del proprio cuyas son las tales potencias, porque está de sí mesmo ajeno.

LYDORIO.- Una cosa tengo por averiguada, y es que el libre alvedrío del hombre no admite subjección sino a Dios. Y ansí tengo por difícil que una buena apariencia de una muger baste a privar a un libre hombre de su propria libertad, en la qual Dios, aun de ordinario poderío, vemos que no quiere meter la mano. A muchos lo he oÿdo y en muchos lo he leído, y en ti, señor, veo esto y no puedo persuadirme a que no aya otra cosa que al hombre fuerce más que el amor, en quanto sólo amor.

FLORIANO.- Bien muestra la desemboltura de tu lengua no aver sido tocado tu corazón de su flecha. Porque si supieses del poder del amor, sabrías que contra él ni ay letras ni astucias, ni fuerças ni artes, ni cosa que estorvar pueda su querer.

LYDORIO.- Oÿdo he que todas las cosas vença y subjecte a su poder toda viviente criatura elemental. Pero como los dichos remuevan menos que los exemplos, refiérome todavía en creer lo que veo. Porque si un hombre tiene cuenta de tornar por la honra de su nobleza y libertad con que fue del Criador adornado, que no caerá al primer traspie, si no quiere enfermar su propia voluntad.

FLORIANO.- ¡O, Lydorio, y cuánta suavidad trae el hablar de la guerra en la quietud de la paz!, que donde interviene el amor ni ay honra ni fama, ni libertad ni antojo, ni parecer proprio ni negar ni conceder, ni odio ni amistad, ni muerte ni pérdida de la vida que se le anteponga para que no haga lo que quiere y nosotros no le obedezcamos. De manera que te digo que si fueses suyo, como eres agora tuyo, verías cómo del tu dezir al su hazer ay mucho, y verías que uno es dar documentos estando sano al que está doliente para que sane, y otro es poder y saberse aprovechar de ellos

mesmos en el mesmo menester puesto.

LYDORIO.- Oÿdo he, señor, discantar, y a muchos discantar del poderío del amor, pero en nadie le he hallado con tantas fuerças como contigo.

FLORIANO.- Bien creo yo, Lydorio, que esos que escribiendo lo discantavan y diffinían como maestros, que aún no devieron entrar en su escuela del amor como discípulos. Quiero dezir que tractan del amor como letrados e ignóranle como experimentados. E ansí dizen que ‘no ay más sabio cirujano que el bien acuchillado’. E ansí digo que el que no fuere tocado de su dorada flecha mal sabrá conoscer la fuerça que el amor haga en las voluntades, y cómo enagene toda libertad y mude todo humano querer y ocupe todo el entendimiento.

LYDORIO.- Holgaría saber de plática algo de su poderío para ver si me podré persuadir a tenerle por tan poderoso y bravo como le pintavan, aunque deve ser la pintura del león, que quanto más fiero le pintan paresce mejor león.

FLORIANO.- Puesto que te falten principios en esto que quieres saber ya como maestro, pues no eres tocado de su rabia, pero lo que del amor yo te puedo declarar por tu contentamiento y mi deleyte en tractar en él es que aquesto que en nosotros los amantes llamamos amor no es otra cosa sino un familiar y secreto enemigo, es una rabia de la qual todo humano entendimiento tocado se trastoca y desencasa de su proprio ser y querer y libertad. Por cuya razón, siendo el hombre él mesmo, dexa de ser el que era antes de ser herido de tal poder. Es una commixtura de males contrarios que, para más presto fenescer la vida, guían contra el coraçón y allí parando tiene fin la tal muerte. Es un poder que fuerça las potencias del alma y captiva la voluntad y desarrayga la libertad del libre alvedrío. Es un sello de muerte impresso en el ánima, una muerte que sin quitarnos el vivir haze nuestra vida un continuo desfallecimiento, un tan entrincado enredamiento que el más sabio no se sabe desenredar. Es un cossario robador de todo plazer; un amigo, cuya amistad es muy deseada y muy perjudicial; un confactionado veneno de cosas delectables; una suave delectación a la vista y un sobrado trabajo al entendimiento; un embaydor que nos muestra las cosas al contrario de lo que son; un astuto tahir, con quien mientras más jugamos, más desseamos y más perdemos; un ladrón casero; un amado enemigo; una voluntariosa subjección que, sin quererle nosotros dexar, nos subjecta; un flechero acertado que tiene por blanco nuestro coraçón y heriéndole lo dexa hecho ceniza; un tan poderoso que quiere y puede juntamente, por cuya causa, annumerándole uno de los sus dioses, le davan poder sobre todos ellos.

LYDORIO.- Y aun ansí creo yo que como éssos fingían dioses sin lo ser, ansí él deve tener más ser en atributo que en existencia ni potencia, si no fuere imaginada. Porque al fin, ni él es tan artero que si no queremos nos engañe, ni él es cosa actual ni corpórea.

FLORIANO.- ¡O, Lydorio!, que n[o] ay quién se le absconda ni defienda, porque es un sagaz negociante que se sabe a su salvo hazer tosco con los toscos, con los encerrados habita, a los solitarios no olvida, a los fuertes se muestra poderoso y con los abatidos se acompaña. Finalmente, es tan universal para todo lo que quiere, que se sabe hazer todo con todos para todo lo tener. A nadie desdeña: desde el pastor en su aprisquero y cabaña, que se acompaña con sólo su hato y caramillo, al tal caça, y d’él passa al emperador. Ansí que todo lo tiene y todo lo comunica y todo lo

prende, y a nadie perdona y a ninguno concede ventaja. Varía la forma, así que aun a los irracionales no da desvío, pero con toda sensible criatura tracta de su poder sin dexar aun las moradas de los peces en las profundas aguas.

POLYTES.- ¡O, qué bien discantado ha el poderío del amor! ¡Quán bien gastado es el tiempo con tal entendimiento de hombre!

LYDORIO.- Por mucho tengo su poder, pero por más estimo no ser conocido de los que le tratan, porque quien obra tan en contradicción, una vez que otra no puede dexar de ser conocido su engaño.

FLORIANO.- Para esso, ¿quién te podrá contar los diferentes estilos que tiene en hazer sus hechos? ¿Qué ayrado se muestra con los humildes? ¿Quán halaguero, cuánt soportador de injurias con quien le resiste? ¿Qué ligero quando quiere? ¿Qué grave quando es menester? ¿Qué fuerte quando siente que le temen? ¿Qué franco prometedor hasta aver prendado, y qué avariento después quando le piden? Unos le hallan piadoso, otros cruel; unos manso, otros severo; unos muy comunicable, otros muy çahareño. ¡Qué rhetórico, qué sabio, qué embaydor! Y con todo esto es querido y seguido, y revenreciado y estimado, y loado de todos y desseado del universo.

LYDORIO.- Dessearle han hallar los que a sí dessearen perder; buscarle han los que a sí no se hallaren; y ganarle ha el que fuere perdido. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes de perdido?

LYDORIO.- Digo que harto es perdido el que hallándole, con conoscelle, no le pierde.

FLORIANO.- ¡O, Lydorio!, como hablas de talanquera no ay medio para alcançar sus extremos. Porque si lo desseáys hallar ayrado para resistille y tomar ocasión para le dexar, entonces le veréys muy subjeto y muy halaguero hasta que os pesca. Pero después torna tan altivo, tan enojoso, tan coxquilloso, que perdemos de nuestra justicia por no perder su amistad. Finalmente, es tan amigable su conversación que quando más pena nos da a los que le seguimos, entonces es de nos más amado y codiciado. Y quando vivimos sin la continua muerte los que le seguimos, entonces nos juzgamos por más muertos. Y quanto más nos hallamos de muerte heridos, nos hallamos con vida vanagloriosa.

LYDORIO.- De manera que concluyes, señor, que no tiene el amor más ser de quanto le da el que le sustenta, y ansí no avrá que temer el hombre de ser derrocado de su libertad de libre alvedrío.

FLORIANO.- Más quiero, perdiendo de mi justicia, callar que, respondiendo, no te acabar de satisfacer. Que pues tan casto estás en tu firme libertad, ruega a Dios por buenos temporales y ‘no digas d’esta agua no beberé’. Porque si te tocare tal rabia, al cabo de tu libre vencimiento te daré la corona de la victoria y el pregón público de alabanza; aunque me temo que si te vieres como yo, que harás como los muchos.

POLYTES.- Y aun, quizá, ‘entrará tarde y prenderá aYna’, porque si el amor viene a braços con él, o él caerá como otros hombres más fuertes que no él, o él será ángel entre los hombres.

LYDORIO.- Ni quiero, señor, justificarme en lo que dizes ni condenarme, porque como libre de razón sé lo que devría hazer; pero no sé lo que haría por no perder mi libertad, aunque más hiziesse el amor, si Dios fuesse de mi valía.

FLORIANO.- Al fin, ‘tú hablas de la feria como te ha ydo en ella’, y tractas del amor como hombre olvidado d’él. Y pues yo no le puedo negar subjeción, llámame a Polytes. Darle he esta carta, de la qual no te doy parte por ver tu poco gusto en lo que yo me como las manos, y aun las entrañas, de goloso tras ello.

LYDORIO.- Del no me dar cuenta más me hazes merced, pues en ello no te sé ni puedo servir. Y voy a llamar al paje.

— ¡A, Polytes, entra dentro! Y ruégote que mires los passos que andas, porque ‘se traen las veneras según do son las romerías’. Y mira que por nuevo al mundo aún no sabes quejar donde te duele.

POLYTES.- Señor, todo lo entiendo y te lo agradezco, pero al fin cada qual a de salvarse por su justicia y salir por sus cavales como las ánimas de purgatorio. Que ni ando caminos que ya no anduvieron, por quien puedo guiando avisar, y si cayere, quién me da el empujón al caer me dará la mano al levantar. E ya que no, el caer de otros muchos consolará mi daño. Y con tanto, entro.

FLORIANO.- ¡A, Polytes, qué olvido tienes de la promessa!

POLYTES.- Mas aguardava a entrar llamado a sazón, que no por olvido de lo que tengo en memoria y muy de voluntad.

FLORIANO.- Pues toma esta carta, y por no detenerte no te doy avisos.

POLYTES.- El buen desseo de servirte me avisará. Yo traeré respuesta.

FLORIANO.- Para mucho serías. Pero vete luego y lleva contigo los moços que quisieres.

POLYTES.- Señor, como mi buen negociar consista más en buena diligencia y dicha que en fuerças, mejor iré solo secreto que acompañado público.

FLORIANO.- Pues no te detengas. Sigue como te plazze y avisa que me den de cenar.

POLYTES.- Señor, esso está a punto. Voyme de tu mandado.

FULMINATO.- ¡A, hermano! ¿Vas perdido? ¿Dónde a tal hora y mudado el vestido?

POLYTES.- A un negocio.

FULMINATO.- Creo que yrás a los parrales del morisco. Pues guarte del mastín.

POLYTES.- Hallado has el goloso de uvas tan caras, y aun yo hallé el adivino.

FULMINATO.- Todavía no puedo acabar con el amor que te tengo de dexarte yr solo; en especial si vas a la puerta del campo, que en tales estaciones siempre hallarás algún mal encuentro a tales horas.

POLYTES.- Agora te digo que lo acabaste de adobar, ¿como si me viesses yr mucho a tales passos y faltassen por acá mugeres?

FLORIANO.- ‘Aya argén, que en cada calle hallarás cobro’. Pero asegúrame dónde vas, porque vea si has menester mi persona, pues te quiero para más de un día.

POLYTES.- Pues yo me quiero para más de diez; pero voy por mandado de Floriano, y aun mandó que te llevase conmigo.

FULMINATO.- ¿Pues escusástele d'ello por mostrar covardía en mí?

POLYTES.- No, por cierto. Pero díxelo que iría mejor solo que sin ruydo.

FULMINATO.- E aún acertaste en no me llevar si no ha de aver sangre, como yendo yo no faltara. Y vete con Dios, pues que así cumple.

POLYTES.- A Dios quedes. Hasta la buelta.

FULMINATO.- Siquiera buevas como el trigo que passa en Asturias, que no sabe retorno. Pero, ¡o, hi de puta, y qué necio buen comedimiento el mío! Y aun él si lo aceptara, y qué neciamente lo hiziera él en pensar que yo hablava de veras; e yo mucho más en hazerlo, aunque lo mandaran siete Florianos. Aunque al fin, como tuve el **¡Error! Marcador no definido.** fingido, si le viera que lo aceptava, tuviera el dissimulado. E con tanto, me subo arriba, que ya llevan el manjar. Quiçá se me pegará algo con que más medre que con la yda con estotro. Que dudo yo si él de allá buelve, sino en lengua de quien diga que queda muerto. Y contento, pues que yva él. Quiero afufar, no se arrepienta y buelva por mí. Pero serle Ya escusado; y tampoco lo hará, porque se pica de gallillo loquillo, que le hierve la sangre —que aún nunca espada agena le ha sacado—. Dios le guíe; allá se avenga, y a nos no olvide acá.

Argumento de la scena vj

Polytes lleva la carta. Passa grandes pláticas con Justina; dale el collar. Lleva respuesta de Belisea a la carta de Floriano. Polytes da cuenta de sus passiones propias a Justina. Queda muy en su gracia y danse palabras de casamiento.

Polytes. Justina. Belisea.

POLYTES.- Agora que voy en mi cabo, quiero prevenir con el entendimiento los passos d'esta jornada. Porque según el delicado sentimiento de Belisea, y lo que de ella este día pude collegir en sus palabras sangrientas, no está en más mi vida de antojársele a ella, que no ando en passos de su servicio ni le busco su honra ni tracto de su ganancia. Porque estas señoras y donzellas muy recogidas, la honra las suele tornar tan tímidas y sospechosas que, en lo que a ellas se les assienta una vez, tarde salen de tal escrúpulo; y con tal alteración, la pulga les parece toro. Pues si mis passos y tramas salen en luz, descreo de la vida si al mejor librar sobre justo ve'l injusto, mientras saben cuyo soy y mientras conocen que soy pariente de Floriano. Y de mientras acude Floriano por su honra y mi favor, sino me atacan las calças de color con algún jubón incarnado, bordado de la tignería y respuntado por algún gurrea. Pues guárdeos Dios, de hecho es, que no me lo quitará Floriano. No en balde dizen: 'que estando con el conde, no mates el hombre'; ni 'en huzia del favor, no seas malhechor'; 'porque quien adelante no mira, atrás se halla'. Pues querer yo librar a Floriano tan a mi costa es bovería, porque por otro tengo yo, y devo poner lo que él pondría por mí. Y por Floriano perder yo o arriscar lo que perdido me podría él restaurar, justo era. Pero la vida ni la honra mala suelda tienen; peor es que el vidrio, que al fin quedan las pegaduras a mejor librar. Pues pensar que me hiede ya el vivir quando aún apenas comienço, no es razón. E también yo sé que por librarme no dará Floriano muchos passos, aunque yo doy hartos por él y con assaz peligro de la persona. E oy en día, siempre en los palacios quieren los señores los criados sanos, bulliciosos, atrevidos, trabajadores, callados y no pedidores; pero si tantico afloxáys con el trabajo o mostráys cansancio de la carga, al punto no vale el criado nada. Y junto con esto páganle los servicios atrasados con una desgracia presente, y aun a las vezes con embia[r]le al hospital, sino tiene de proprio heredado y confía en lo ganado. E si por aventura, por sus buenos y muchos servicios passados, la razón les calla la lengua en el despedirle, también la ingratitud les ata las manos en el darle y les tulle la memoria en el acordarse d'él para acorrerle. Por manera que de las ningunas mercedes tome él causa para se yr. Y así no le dizen que se vaya, mas házenle obras con que él se commida, y ellos huelgan de tomar ocasión para escusar su ingratitud, diziendo que él se fue. Así que mancaos en su servicio que no faltará quien eche menos vuestro trabajo, aunque no aya quien mire en hazeros algún beneficio. ¿Pero yo qué digo? ¿Con quién lo he? ¿Yo no voy solo? ¿Quién me hizo a mí tan tímido en el daño que o será o no? Yo mesmo me parece que llamo al desastre, pues lo lloro ya por presente. A la burla, que mientras el hombre hallare dónde poner los

pies, siempre yrá adelante; que si cayere, buscar el remedio; y en tanto, holgar, pues Dios sabe lo que será, que los males, si han de venir, no se escusan. En tanto, tomar placer, que el pesar él verná sin buscallo. E aun, quiçá, que primero que venga, ‘o morirá —dizen— la burra, o quien la tañe’. E la obligación, que yo más que ninguno de casa tengo a Floriano y su liberalidad, es razón que quite mi tibieza. Y lo que más me deve animar es la buena esperança que tengo de aver a Justina, y de ambas partes me viene la ganancia al ojo. La muchacha es como un oro, y su señora la ama; así que si quajassen las cosas, todos podríamos ganar y gozar. Porque con el gozo de entrambos, crescerles ʔa la franqueza en el dar, y nosotros en el recibir la medra, porque ‘a río buelto, ganancia de pescadores’. A la puerta estoy, y no sé qué camino tome. Gran temor me rodea. ¡Cuán cierto es acompañar el temor al mal hazer! Pero si ello ha de ser para servirse Dios, Él me encaminará, pues muchas vezes de malos amores salen sanctos matrimonios. E aun agora va Dios delante, porque ay combidados de cena en casa de Lucendo. ¡Qué gran tavahola passa! Entro, encomendándome al nieto de santa Anna, que entre muchos no seré yo echado de ver. ¡Ea, Polytes!, si quieres honra y provecho, cata que ‘a los osados ayuda la fortuna’, y ‘el que no aventura, no passa mar’, ‘ni aun se toman truchas a bragas enxutas’. Quiero buscar algún paje que me llame a Justina. Diré me ser su pariente, que basta que los seamos de parte de Adam. Pero, ¡o, qué buena ventura la mía!, que allí la veo por so el corredor a una reja de los entresuelos baxos. Y aun creo que me ha visto y conocido con la clara luna que reverbera del patio acá, en lo abscondido de la sombra. Allá voy, que me llama.

JUSTINA.- ¡Hola, paje! ¡A, gentil hombre!, con perdón del atrevimiento. Dadme un guante, que se me cayó en el suelo.

POLYTES.- Poco es daros vuestro guante quien os tiene dado su corazón.

JUSTINA.- ¡Ay, mala landre me mate, si no es el paje de Floriano! Quiero escusarme con ser obscuro para mejor y más sueltamente hablarle, pues él es bien razonado. Y haré que no le conozco.

[Ap.]

— ¡Ay, Jesús! ¿Y quién soys, que tan suelto habláys sin saber con quién?

POLYTES.- Más sin medida es vuestra crueldad, contra quien por conosceros no conoce a sí mesmo.

JUSTINA.- No siento quién soys ni me cumple sabello; ni sé qué responder a tales pláticas.

POLYTES.- Vuestra hermosura me tiene tal parado que no es mucho no sepa yo deziros quién soy ni vos desconocerme, porque por vos mil vezes me hallo ser muerto; y sin jamás despedir la vida, siempre ando a los braços con la muerte.

JUSTINA.- ¡Ay, váleme Dios! ¿Y si soys algún cuerpo fantástico?

BELISEA.- ¿Qué hazes aʔ, di?

JUSTINA.- ¡O, qué buen salteamiento! Oye, oye maravillas de aquel mi requebrado, que acaso llegó aquí.

BELISEA.- Mas, ¿quién es?

JUSTINA.- El paje de Floriano, el de la carta de ayer del jardín.

BELISEA.- ¡Ay, ay, quítate acá! Vamos, que ya cenan los combidados.

JUSTINA.- Por tu vida, que oyas si buscas plazer. Y oye, que llama; no sienta que estás tú aquí.

POLYTES.- ¡A, mi señora! ¿No queréys el guante?

JUSTINA.- Ya le quisiera en la mano, y aun a vos absente, pues no me dezís quién soys.

POLYTES.- Tomad, señora, vuestro guante; y perdonad que os le doy en la punta del espada, pues quedé tan baxo de cuerpo quanto en mérito ante vos.

JUSTINA.- ¿E cómo puedo saber vuestro mérito sin conoscer vuestra persona?

POLYTES.- Soy el que tiene puesta su vida en vuestras manos.

JUSTINA.- ¡Ay, que no mirava en ello, pues devo ser médico! O si no, ¿cómo dezís que estáys enfermo y está en mis manos vuestra vida?

POLYTES.- Verdaderamente con sólo vuestro querer me podéys quitar del todo la vida y tornármela a restituyr, pues vos sola bastáys a hazer movimiento en todas mis potencias; y sola podéys dar remedio a mi mal.

JUSTINA.- ¿Qué te paresce, mi señora, si me puedo loar de tal requebrado?

BELISEA.- Digo que bien sabe encarescer su pena.

JUSTINA.- Pues espérate, que yo le haré desbastar más.

—Dezid, galán, ¿conoscéysme por ventura, o cómo me veys con las tinieblas de la noche?

POLYTES.- Porque la claridad de vos procediente tiene lumbroso el circunstante ayre donde yo ando.

JUSTINA.- Lo que entiendo de lo que dezís es que devéys de tener ojos de mochuelo, que veen de noche.

POLYTES.- Como yo siempre ande en la noche del penar y en la obscuridad de mi tormento, como a vos os contemplo en mi memoria y os hallo en mi corazón por la pasión que por vos padescer, viéndoos, pues, en tal manera, no puedo sino veros en la noche, porque quanto más os contemplo, más por vuestro amor soy puesto en obscuro tormento.

JUSTINA.- Como no os entiendo, no sé qué responder a esso, mas de que, pues sin más me conoscer, os mostráys tan penado por mí que no me maravillo que ansí engañéys a las no avisadas y recatadas mugeres con vuestras lástimas, que los hombres decoráys para las dezir, dentro de las quales va, como anzuelo en cevo, abscondida su perdición.

POLYTES.- Tanto yo, mi señora Justina, os conosco, quanto por vos olvidando a mí no sé cómo llamarme, sino vuestro. Ni quiero sin vuestro conoscimiento conoscerme a mí.

JUSTINA.- Ya, ya. ¡Jesús, Jesús, y qué ciega he estado en este punto! Porque en la desemboltura del hablarme te uviera de aver conocido. Pero, ¿y qué mandas a tal hora, donde acaso te vi, cosa no acostumbrada?

POLYTES.- Quería hablarte, señora, sin pregón. Y también traygo una carta.

JUSTINA.- Pues no tengo de quién me recele, bien puedes hablarme, porque ‘el que anda sin malicia -dizen- que anda sin temor’. Ansí que, ¿para quién o cuya es, que no nos oye nadie?

POLYTES.- Señora, perdóname el declararme más en cosa que a otro toca. Y si no me has entendido, entiende, que ‘las paredes suelen oÿr’, mayormente de noche, donde la vista no anteviene la distancia del sonido de la voz.

JUSTINA.- ¡Ea, mi señora! Dame licencia para que entre por esta portezuela del entresuelo, aquí tan sólo en esta sala.

BELISEA.- Anda, déxame, que ni ya puedo oÿr las vaziedades de aquel sandío ni a ti te querría tan golosa de tal habla. Pero porque no acabaremos oy contigo y también porque quiero avisar a esse paje que no aborrezca su juventud con tales venidas, anda, ábrele.

JUSTINA.- ¡A, gentil hombre!, tocad a essa portezuela, que la dexó un paje en denantes sólo apretada que salió por aÿ, y tornándola pasito a apretar, subid.

— Y tú, mi señora, esfuérçate a forçarte en hablarle y responderle, pues ya oÿste que te trae carta.

BELISEA.- Mucho deroga a su bondad la honesta muger en admitir mensajes semejantes, como quiera que vengan, y no menos abre puerta a su perdición en pararse a dar respuestas. Porque en estas cosas lo mejor es tapar los oÿdos y baxar los ojos, y tapiar la lengua y huyr el cuerpo. Porque ansí como el fuego de una morceña en otra se atisa y sube llama, ansí no menos de un mirar toman ocasión de hazeros señas, y de atendelles las señas en hablaros; y de oÿrles las sus hablas viene, por ventura, a ser abrasada la hembra y él enloquecido.

JUSTINA.- Anda, señora, que al fin, aunque oya y él sea atrevido, la hembra con dura respuesta despide la importuna petición, y el duro adversario amansa las furias.

BELISEA.- Bien dizes. Cierra essa ventana y descubre aquella vela porque nos veamos.

POLYTES.- Dios prospere vuestra magnífica gentileza y prosperidad de estado.

BELISEA.- Vengas, paje, en buen hora. Y porque de ley de mensajero no merescas pena, aunque no te limpias de la culpa, quiero acortar razones contigo. Yo sé que me traes carta, y aunque me uviera de escarmentar tu mensaje e inocencia de raposo en lo passado, pero por ver que nunca acabarás, quiero concluir tus mensajes no buenos. Da la carta a essa donzella, que yo ni la tomaré ni la leeré. Y espera luego por la respuesta.

— E tú, Justina, alúmbrame a este retretillo y darásme alguna huelga con ver que hago lo que tú quieres. Agora, por contentarte, me lee essa carta, que de mi provecho ni bien yo sé que vendrá desnuda.

JUSTINA.- E calla ya, mi señora, que ni tú eres ya vieja para no holgar y passar semejantes palacios, quedando entero tu señorío y bondad sana, y honra sin quiebra y honestidad limpia. Cata que éstos y otros tales suelen ser los seraos de las damas, que ríen y mofan de los galanes de corte, pero ¿por esso son tenidas algo en menos? E tú mira que n[o] has de ser monja, pues no querrá tu padre perder su heredera de mayorazgo. E dado que lo fueses, aún no te estrañarías tanto sino fuesse a más no poder, como passa entre las que se conocen para ello. Y dexando estas razones, te leo la carta, que trae buena letra.

Carta de Floriano a su señora

Es ya tan intolerable mi tormento, que con dolorosos sospiros que el mi tan penado de vuestro corazón os embía, y con penosos alaridos y grandes vertientes de lágrimas que lançan de sí los ojos por mandado del triste corazón, las duras y secas piedras insensibles tienen ya blandas y las indómitas irracionales fieras tienen inclinadas a mansedumbre y llenas de piedad, y dolorosas de compasión de la poca que yo tengo de mí mismo por vos, mi señora. Empero con todo esto, como el gran estado de vuestro merescimiento mora tan en la cumbre, y mi baxeza y poco merescer me tiene a mí tan submergido en el profundo, no alcançan las voces de mis alaridos ni las muestras de mis dolores a subir al audiencia de vuestra misericordia. Porque de otra suerte, bien sé que oyéndome vuestra nobleza, en oÿrme os despertaría a benignidad; y sabiendo vos tan gran daño, no sufriría vuestra generosidad no remediarme. Y esto sólo alcançaría para mí en vos vuestra bondad, sin tener atención en mis atrevimientos, viéndome tan perseverante en pedir os favores con la gran fe que en amaros tengo. E pues las passadas peticiones no tuvieron audiencia, merézcala ésta con más algún favor. No porque agora me piense ser más ante vos, pero porque en el mérito de la tolerancia de la pena me juzgará el amor por mártir vuestro, e porque vuestra misericordia se vea tan al claro como vuestra hermosura. De aquí confío en vos que respondiéndome me mandéys un **¡Error! Marcador no definido.** de que o viva para más penar y en ello más os servir, o un al mi vivir, para que se concluya la pasión d' éste que se osa firmar por vuestro. Floriano.

BELISEA.- ¿Paréscete, Justina, que a un tan público adversador de mi honra y honestidad, que le devo de oÿr ya más? Dame, dame tinta y papel, y salte fuera, que no quiero que se me passe la ira, para que con ella le dar su merescida respuesta.

JUSTINA.- Aquí todo a punto. Y mira, mi señora, que la pasión es un género de embriaguez que ciega las potencias. Y el ciego, aun llevando guía, no va bien seguro por llano que sea el trillado camino. E no te digo más. Y sálgame hasta que llames a esta sala.

BELISEA.- Pon cobro allá fuera, y mira que no vean esse paje. Y no entre acá nadie, hasta que yo salga.

JUSTINA.- En todo tendré cuydado.

(Allá quedarás, que agora, de Dios me ha venido este rato que lo avremos Polytes e yo, y veré qué tiene tras el buen razonar).

POLYTES.- ¡O, qué gran merced a sido ésta, en no me dexar sin tu presencia en estos oscuros palacios!

JUSTINA.- Pues agora que ay candela, no te congoxarás. Pero dime: ¿en mucho tienes esto que hago por ti?

POLYTES.- Por gran parte de mi gloria.

JUSTINA.- Anda, que plaziendo a Dios y andando el tiempo más haré y más podré, pues mucho más tú merescas.

POLYTES.- ¡O, qué alegría me ha puesto tal esperanza! Porque tu valor y mi baxeza quebravan las alas de mis altos pensamientos para esperar de ti algún favor.

JUSTINA.- Anda, señor, como sea amor no ha de estar ocioso en que no obre algo el que ama por el que es amado. E, pues, por tu bondad yo te amo de un amor limpio y casto y seguro, no puedo no te servir y hazer todo plazer. Con tanto, me di cómo le va a Floriano y dime si está ya con más esperanza de sus desseos.

POLYTES.- Toda su esperanza tiene él en ti, e yo toda mi gloria.

JUSTINA.- Pues por mi salud que puedes tú dezir lo que te pagares, pero que me es el bien en cargo, aunque más lo es a ti, porque por ser tú el tercero soy yo acá de contino su abogada.

POLYTES.- Pues por la solicitud tuya, para primera vista del processo te embía mi señor este collar de oro, no de poco precio ni menos galano; y embíate a dezir por mí que le perdone, que para más días le tienes y a mí para siempre por tuyo. E por tal, te pido esas manos y licencia para ponértele por mi mano al cuello.

JUSTINA.- regracias de agradecimiento por tan magnífica
merced. E tú tampoco te atrevas con mi soledad y buen amor a ser descomedido.

POLYTES.- Perdóname, que mirava cómo pareces una reyna.

JUSTINA.- ¿Sí? ¿Qué bien, pues, que te encomiendas para alcançar perdón?

POLYTES.- Aquí me pongo de rodillas hasta que me perdone y me des esas tus manos por mi señora.

JUSTINA.- Algo es bovo el moço. Estamos a solas y ¿pónese en cortesías? [Ap.]

POLYTES.- ¿Qué dizes, vida mía?

JUSTINA.- Que no hagas esos esos extremos tan sobrados y te sientes luego en tu silla.

POLYTES.- No quiero desobedescerte.

JUSTINA.- Pues menos me debes de destocar. Cata, amigo, que andas por quedarte solo. Mira que te quiero bien y tú no tienes razón ni ocasión de enojarme, ni lo aciertas, y descubrirte así tan al primer golpe, no viendo en mí por qué.

POLYTES.- De enojarte me guarde Dios. Cátame aquí hecho un cordero.

JUSTINA.- Mucho necio ha comido el mancebo, que luego me cree que digo que me enojo. ¡Y él creo que piensa que le tengo yo de dezir que se desenbuelva! [Ap.]

POLYTES.- ¿Qué dizes, mi vida? Que temo enojarte y tu hermosura me engolosina a ello.

JUSTINA.- ¡Pues está quedo ya! Y baste, que aunque mi hermosura dizes que te dé licencia, mi honestidad te vieda tales atrevimientos, quando no oviesse muy descubiertas ocasiones en mí.

POLYTES.- Señora, ésta ha sido la fruta de palacio, y las señales de tenerte yo en obligación por señora y en amor perpetuo por esposa, pues que en tal vínculo, o a ti o a ninguna daré el sí.

JUSTINA.- Pues yo a ti no menos. Y pues tal ha querido Dios, de aquí adelante te llamo de verdad mi señor; pues que, con el hazerte yo todo plazer, has querido que mi honra no tomase quiebra tomándome por muger.

POLYTES.- Digo que soy el dichoso en llamarte mi muger, y por tal, como en rehenes, te pido. Y tomo este abraço.

JUSTINA.- ¡Ay, por Dios, que te baste ya! Pues agora me has de querer para más de un día. Y dexa de quebrantar más, que sale ya mi señora. E, pues, no hay más tiempo agora, toma éste en señal de marido; y para otro día que ordenares nos veamos.

POLYTES.- En todo me hazes merced.

JUSTINA.- Apártate, que pues para lo hecho no llamamos testigos no los tomemos en mala sospecha.

BELISEA.- Toma, paje. Darás esta carta a el tan sobrado de tu amo. Y tú no veas más mi cara con tales embaxadas. Cata que la furia más alcança a los cercanos. Dígolo porque huyas de darme enojo. Y ve con Dios. E tú, Justina, cierra la puerta baxa y vente tras mí a mi recámara, que te aguardo.

JUSTINA.- ¡A, señor! No sé qué llevas en essa carta allá, que las muestras de lo que acá queda no son de bien.

POLYTES.- Lo que yo sé que llevo es que llevo respuesta a Floriano y voy yo amenazado de tu señora; y de ti muerto, aunque muy favorito. E así me tendrás cada día por acá, si tu voluntad no me lo vieda.

JUSTINA.- Ya no podré quitar tus venidas, pues serán descanso mío. Pero ruégote que como por cosa tuya mires ya por mi honra, porque quicá el amor que te tengo me pondrá a mí en esto descuydada alguna vez. E pues, ya de mi bien y de mi mal es tuya la parte, encargándote el silencio en lo hecho y el miramiento en lo por venir, te digo que no afloxes en tus embaxadas. Porque con el curso de los tiempos se mudan a las vezes los paresceres a las personas; y con mucho se tractar una fruta se haze madurar o ablandar antes con antes; y concluydo lo principal, avrá lugar nuestra ganancia y aún la publicación de lo que hemos hecho con nuestra honra. Y pues eres cuerdo, no pidas más para entenderme. Y en pago del collar y en señal que doy contigo por aprovado todo lo hecho, te doy este anillo de oro con este jacinto, el qual quito agora de mi mano y le pongo en tu poder para que quando tú te ovieres entregado en mí de todo en todo de lo que queda, me lo tornes. Y en tanto, sepas que éste te sea memoria de que traes contigo mi corazón, y acá quiero me quedes el tuyo. Y ve con Dios, que viene lumbre por el patio; no encamine acá y se borre lo bien escrito por ser tan al fresco. E no des en mí mal cobro de aquello que, para te servir, yo tanto amo, que es mi honra.

POLYTES.- Las entrañas se me arrancan en esta partida. Pero ‘donde fuerça hay, derecho se pierde’. Y en lugar del anillo te quedo mi corazón en este abraço, y tráctamele bien como cosa tuya.

JUSTINA.- ¡Ay, señor mío, no te querría tan olvidadizo ni tan atrevido! E pues en el despedir avré yo de hazer comienço, me perdona que cierro la puerta. E quando vinieres, o sea por este lugar o por la puerta. Y ve con Dios.

—Pero agora que se va resfriando la herida, veo, captiva yo, cuán desmandadamente me he governado, como mal prevenida donzella. Pero, pues, ‘a lo hecho no ay enmienda’; y no lleva más de voluntad y palabra, aún no es de llamar yerro el mío, pues el matrimonio Dios le manda, y Él lo

encamina. Y encomendándolo a su majestad todo, me voy a mi señora, bien descuydada de mis cosas. Y ansí veo en mí que de pocas mugeres es de fiar su honra propia, libertadas.

POLYTES.- Desde aquí a casa en mi cabo quiero retornar sobre las palabras tan sangrientas de Belisea, porque a lo que ella mostró y dixo, e yo veo, yo ando el más cercano al peligro. E ansí, si mal sale, luego es en mi casa; y el mal que a otros costaría hazienda, a mí costará la vida, que no hallará en otra cosa donde tope. Pues, ¡ay de quien muere si no va al cielo! Y el yr al cielo no es de todos los que mueren, aunque el cielo se hizo para todos los que vivieren con razón de hombres. Pero dexando esto al saber divino, bovería mía es querer yo calças y jubón si los tengo de atacar con la vida. Pues yo muerto, ¿para qué quiero huerto? Pero también, ¿que dexe yo de venir a gozar de mi Justina? ¿Y que huya yo la cara al favor de la Fortuna? Quiero seguir tras mi venturosa dicha y buscarla y amarla, y tenerla y morir por ella. ¡O, mi Justina!, no creas a lo que éste, tu anillo, te dixere de lo que agora en mí habrá sentido. Fuera estava de mí, no pensando en tu gracia en hablar y donayre en el meneo y aventajada hermosura. Nunca pensé ganar de ti lo que oy; nunca pensé ser recebido a tu servicio. Y que agora llevo el sí de muger, al estilo de nuestra christiana Yglesia; y que de oy más pueda verte y hablarte, aun sin ofensa de Dios ni tuya ni del mundo. ¡O, qué semblante de tristeza de amor me mostró al despedirme! Fuera, fuera ingratitud, que pues Dios me busca quiero salirle al camino. Y con esta deliberación, pues ya estoy en casa, me acojo a buscar de cenar, que la respuesta mañana daré a Floriano, pues ‘duelo ageno del pelo cuelga’, y pues, ‘ración de palacio, quien la pierde no ha grado’. Entro al hilo y bullicio de la gente, que a buen tiempo llego, que si me echaren menos a la mesa en el servicio, no me echarán menos en la mesa agora al mi provecho.

Argumento de la scena vij

Felisino lleva a Fulminato y a Pinel a la cena aplazada, y quédanse a dormir en casa de Marcelia, donde Felisino alcança a Liberia y Pinel a Gracilia, prima suya.

Felisino. Fulminato. Pinel. Marcelia. Liberia. Gracilia.

FELISINO.- ¡A, hermano! Según veo que tan de *re, mi, fa, sol* aparejas el sentarte a cenar agora, no debes tener memoria que será tarde para lo que tenemos que hazer.

FULMINATO.- ¿Y qué es? Que juro al sancto calendario que se me ha colado de la memoria, que traygo dividida en cosas que penden de mí. Di, di, que pienso que es el tracto que se ha de dar al bodegonero de la plaçuela, viejo por la demasía de su lengua en lo que ayer se dexó descoser. Pero reposa, que todas las cosas tienen tiempo. Y en esto está seguro, que está en manos el pandero que le sabrá tañer. Y cata, que también ‘quien no assegura no prende’. Ni pienses que más de mi espada y braço sólo tengo de embaraçar en tan poca pesca, como él y toda su casa, ni aun me llevará vanagloria de cuchillada, porque espaldarazos o palos, o coces o talegazos le han de dar castigo, y aun quiçá que muerte y a otros escarmiento. Que ni pienses que ni tú con aquel borracho perderás sueño ni mi espada la vayna.

FELISINO.- Agora te digo que no vamos por un camino todos.

FULMINATO.- ¿Y cómo? Agora adivinas que ‘uno piensa el vayo y otro el que lo ensilla’. Pero dime qué es, antes que la cólera más reyne en mí sin saber el de qué.

FELISINO.- En mí avía ella de reynar contra tu desacuerdo. En lo que sabes que se ha embiado a donde sabes.

FULMINATO.- Que de Dios no me aparto si te entiendo; que en mi lenguaje no ay más de ‘pan por pan’.

FELISINO.- ¡O, qué memoria de Aristótil? Anda ya, que es tarde para yr a la cal Nueva.

FULMINATO.- Ya, ya, al cabo estoy. No nombres más que es de noche y ay muchos oÿdos. Vamos, que tal puesto no es de perder, que para esso llevarme has por un cabello sin quebrarle. Pero dime, ¿qué has embiado?

FELISINO.- Porque no vayas con temor de aver hambre te lo diré. Allá estan dos pares de perdizes y tres aves y una pierna redonda de carnero, y un solomo de vaca y una gran puesta de pernil para hazer la olla.

FULMINATO.- Vianda ay para diez abbades. Pero si no ay más no voy allá.

FELISINO.- Ya te entiendo. Allá tengo de lo bueno de Toro, que passa de dos açumbres, tintillo; y de Madrigal blanco, poco menos.

FULMINATO.- Pues marchemos, que la fruta de ante y pos yo la perdono con tales çumos.

FELISINO.- Pues aún de esso ay provisión de dos dozenas de camuesas.

FULMINATO.- Fino hombre eres. Pero mira que con tales embiones, presto desmancharás el

partido, aunque ‘mal pagado y bien servido’.

FELISINO.- Anda, vamos, e iréte leyendo una lección de baratar, porque veas que no lo sabes tú solo todo.

FULMINATO.- Pues dime, ¿tienes de acá algún tercero?

FELISINO.- Porque no creo que tendrá allá compañía de plato, no le llevo.

FULMINATO.- A la fe, no creas, hermano, en tal sancto. Hi de puta, ¡pues qué cosa mugeres, para en oliendo un tal cevo no acudir como moscas a la miel! Y nunca faltará un dezir: **!Error de sintaxis, ¡**. Porque bien sabes, y si no lo sabías sabráslo, que ay primas que son para continuar el parentesco, y primas para travar nueva parentela. Y éstas llamo yo en mi lenguaje: primas para enbaxo de grado.

FELISINO.- Primas de solo plato y cama, debes de dezir.

FULMINATO.- Tales las hallan, pues, estas mugeres que buscan vida gananciosa. E ya que no pueden vendérolas por primas, véndenlas por parientas o, como dixen, por vezina llamada para en vuestro servicio. En manera que quieren que les agradezcáys lo que ellas hazen por vuestra costa y su provecho. En especial que como en aquella casa vean que entran mancebos, luego acudirán como buytres al cevo. Pues después que las veys en torno de la mesa, no es gentileza no dezirles que alcancen del plato, y aun del hato.

FELISINO.- Caladamente hablas, pero sean las que fueren que ‘mientras más moros más ganancia’. A Pinel, que me ayudó a llevarlo de acá, será bien llamar, que es mancebo de bien y de pecho.

FULMINATO.- Eslo, cierto. ¿Pero ya ellas no sabrán allá que para él que ha de aver compañía? Pues allá lo verás sino ay tercera. Y llámale y movamos, que son cerca de las diez y tañerán a queda.

FELISINO.- Pues, ¿qué tienes tú con las campanas? ¿Temes quizá al aguazil?

FULMINATO.- Hallado as quien no dessea hallalle.

FELISINO.- Pues de mí ve seguro, que te acompañaré.

FULMINATO.- E aun, pues, por saber yo de ti esso y por conocerme, que si lo topamos, con que presuma estorvarnos el passo, que con la vara le tengo de quitar juntamente la vida. Por tanto, no querría necessitarme a que se dilatasse la cena un hora por mi espada. E aun esto, si bien sabes, no es covardía, mas antes fortaleza, porque a la fortaleza acompaña la prudencia.

FELISINO.- Es ansí, que no es de sabios y fuertes todo acometer, ni aun de necios ni covardes todo huyr, quando el esperar no espera vitoria.

FULMINATO.- Pues esso sabes, vamos, que cata allí a Pinel a solas.

PINEL.- ¿Qué se tractaba de mí? ¿Y dónde bueno?

FULMINATO.- Que vamos a hazer cierta riça en unos contrarios.

PINEL.- Pues a mí me tenéys a todo con persona, espada y capa y buena voluntad. Y vamos.

FELISINO.- Pues ha de ser adonde ayer me ayudaste a desembarcar y acá a hurtar.

FULMINATO.- Agora que vamos fuera, me aclara esse punto.

FELISINO.- El botiller y despensero te lo dirán al echar de su cuenta.

FULMINATO.- ¿Qué, por Dios, qué escotaron?

PINEL.- Mas pagar, dixeras mejor; porque si en todo lo que allá está, ellos están confiados para el gasto de acá, saldrán del agalla con ‘el sueño del perro, buscando tocinos donde no tienen estacas’. Aunque al cabo todo lo paga Floriano, y del cuero salen las correas. Sólo les costará un item más de otros dos renglones.

FULMINATO.- Descreo de los adoradores de Mars, sino soys los que yo buscava. Agora te digo Felisino, que avrá tercera y aun quinta donde vamos, porque ‘de la miel del modorro, a cucharonadas’.

PINEL.- A la fe, a la cuenta de sobremesa, si oviere más de para cada sendas, seremos tres a tres; y a las demás, dalles señal para otro día vaco. Pues todos los días no son yguales, ni todos los años abundosos.

FELISINO.- Hablas al punto.

PINEL.- A la fe, hablo a uso de mi tierra.

FULMINATO.- ecedad es poner cartel quien no piensa salir con el campo. Ni con mugeres es bovo el que aun de lo que puede no les quita algo para tener que les dar otro día.

FELISINO.- Anda ya que, dando lo que puedo, cumplo; pues ley humana ni divina no obligan a más del poder.

PINEL.- De ley, así es, y de razón. Pero no con las mugeres, que en tal desseo les falta ley y razón, porque no quanto puedes, sino quanto quieren te pidirán. Porque después de ser amigas de todo extremo, an en recibir y ganar el tal extremo, ya que salen con lo que quieren de mal contentadizas. Pocas vezes muestran que hazéys lo que y cómo lo dessean por quedar fuera de obligaciones de os dar gracias.

FULMINATO.- No aguarda Fulminato a que me den las gracias, sino tómolos yo en cessar a la obra, mayormente en esta tecla; porque dizen que antes la muerte que la hartura hallan a la muger carnal.

PINEL.- Yo no jugava tan al descubierto. Pero pues tú guiaste, baste que en el comer y en el vestir son tan altas de pensamientos y de tan reales estimaciones de su merescer, que jamás hallan causa de satisfacerse de lo que les days por parescerles todo menos de lo que quieren y merescen. Y siempre en sus cosas querrían ser solas: solas en governar, solas señoras de todo passatiempo, solas en no ser contradichas, solas en su parescer, solas en mandarnos, solas en salir con sus temerosas porfías donde les vale el porfiar, solas en buscar arreos, aposturas, invenciones para embaucar los sandíos hombres. Y en todo lo que hazen quieren solas el loor, solas la estima, solas el servicio, solas el dar consejo. Pero en un caso, a mi ver, nunca se querrían solas.

FULMINATO.- En la cama.

PINEL.- Aÿ sí, la compañía y no de mujer por temor de las fantasmas, pero de varón; y tal varón que no las dexe dormir en toda la noche. Y si él se descuyda, ellas como son tan medrosas, de puro miedo se meten en él, de manera que le sacan de aro. Pues después, desque os hallan el que quieren, luego os acuden con: **!Error de sintaxis,** (De manera que al cabo de la labor le pagan al pobre su

afán con un sobrecejo enojoso e ingrato.

FELISINO.- Bien dicen que ‘del agua mansa me guarde Dios...’ Espantado me tienes, Pinel, con lo que sabes.

FULMINATO.- Así han de ser los hombres de seguida.

PINEL.- A la puerta estamos.

FULMINATO.- Ya te parece que querriás verte en la colación de sobre cena.

PINEL.- Óxala ya estuviésemos en la color del paño, que todo sería, a faltar tiempo, acompañar parte de la mañana con la noche. Pero temo de quedar lavando mis manos, mientras vosotros amoláys los gañivetes. Porque vosotros ya traéys ojeados sólos dos platos de vianda que ay en esta casa, y entonces a mí ‘paparme han duelos’; y vosotros vestidos mofaréys de mí desnudo, diziendo: ‘pésame de vos el conde’.

FELISINO.- Anda, que no hizo Dios a quién desmampare, que a donde oviere dos camas o dos platos para nosotros no faltará algún escaño o salsereta para ti.

PINEL.- Así te honren tus hijos desde los tengas. Pero, pues que no me embiaste al establo a despollinar pesebreras, me heziste honra. Pues ‘avisa, que carne assan’. Que te digo que tengo tanto y más mullida y segura la cama que tú, y no de peor ropa.

FULMINATO.- Mas, ¡vao!, que venías tan a lumbre de pajas.

PINEL.- Anda, que todos sabemos la cal Nueva; y escucha si ay dentro caça, porque de tales no ay que fiar si os hazéys del bueno.

MARCELIA.- No es possible, hijas, que no les ha sucedido algún embaraço que así tardan.

GRACILIA.- ¡Ea! Mira, prima, por essa gelosía.

LIBERIA.- ¡Ay! A la puerta están tres. Pero no serán ellos, que no avían de ser tantos.

GRACILIA.- Anda ya, que también somos acá tres. Que Pinel, el un compañero suyo, será, que es un angelonazo.

LIBERIA.- Bien me dava a mí el corazón que algo esperavan tus rodeos [Ap.]

GRACILIA.- ¿Qué dizes entre dientes?

LIBERIA.- Digo, prima, que todas andamos tras una pesca.

GRACILIA.- ¿Pues qué quieres, prima, que guardando la honra con algo ha de mantenerse oy la persona? Y aun esto haze a tu madre acoger a estos moços, que más ayna desgajan el real que el hydalgote peynado, que os paga con largo haré. E tú prima, pues me entiendes y tienes tiempo, no aguardes allá a la vejez al caer de la hoja, quando entra el arrugado y triste y encogido frío. Y mira que con sola essa verdugada cada día, pocos inviernos harás.

LIBERIA.- Pues así me remedie Dios. Esto para contigo: que con entenderlo todo y ver la poca renta que nos quedó de mi padre, hago de la bova con mi madre. Porque bien mantenernos oy no pueden sóla rueca y almoadilla. Y buen vestido y pobreza no compadescen limpieza. Y la pública necesidad apregona lo que haze y no haze la muger. Por tanto, dessimulo por ver que quiere mi madre que reluzgamos al mundo, que no sabe perdonar cosa.

FELISINO.- ¿Miras algo, Fulminato?

FULMINATO.- Pensé que venía el aguazil y quíseme yr a él.

FELISINO.- Con la justicia, que tiene horca y cuchillo, no te burles, porque al fin buscan cómo se mantengan de hazienda de bovos.

FULMINATO.- Mala la tienen conmigo, que no me para blanca.

PINEL.- Mal de muchos es éste. Pero si no con la bolsa, pagarlo ¿as con la gorja. Y al fin, 'la sogá quiebra por lo más flaco'.

FULMINATO.- Sea lo que fuere. Llamo y quitaremos achaques de calle. Ta, ta, ta.

MARCELIA.- Anda, anda, Liberia, abre sin llamar sospechosos vezinos, veladores sobre vidas ajenas durmiendo las suyas.

GRACILIA.- Anda, que yo voy a abrir. Apareja tú la mesa.

FULMINATO.- Oye, oye, que esta voz no es de mis ovejas.

PINEL.- Anda, calla. Entra, sea quien fuere, que dentro podrás tomar tu ración. Y cada qual al tanto.

GRACILIA.- Nora buena vengán los galanes, aunque tarde.

FULMINATO.- ¿Esso me dizes?

FELISINO.- Pues yo te sigo. Pinel acompañará a esta hermosa y cerrarán la puerta.

GRACILIA.- ¡Ay, señor, que me heziste caer la candela de la mano! ¡Ay, por tu vida, que me dexes, que daré gritos!

PINEL.- Daré yo voces. Y tú gruñe, que al fin eres muger.

GRACILIA.- Asuadas, que otro día que yo me guardaré de ti. ¿Y qué tan atrevido eres? Sube, por amor de Dios. No des cuenta de ti y de mí a quien la podemos escusar.

PINEL.- Perdóname y sígueme.

—Buenas noches, señores.

MARCELIA.- En buen hora vengas. ¿Y cómo subís a oscuras?

FULMINATO.- Calla, entendamos en cenar, que se correrá la hermosa.

PINEL.- ¿Pésate, o qué te va a ti de los otros?

FULMINATO.- Que te digo que eres hombre de chapa. Siéntate, y tu señora Marcelia oy sea campo franco.

MARCELIA.- Por amor de Florisino, yo huelgo de todo lo que la mesa altar permite. Pero, pues la mesa es grande y no ay quién sirva, todo estará en la mesa y cada una coma con el suyo. E cata a¿ los plateles; corte cada uno lo que más le agradare, pues que sabéys que donde ay hombre siempre ha de servir de trinchar.

FULMINATO.- E la muger ha de servir de plato de corte.

LIBERIA.- Ya dizes malicias acostumbradas.

FULMINATO.- ¿E tú, que no la entendiste?

PINEL.- A la fe, la señora Marcelia haze bien, que anda tras el vino.

MARCELIA.- No dizen que ‘toda buena cena del beber comienza’.

FULMINATO.- Ansí dizen. Pero el vino más templado y no tan empinado, porque ansí pudrirte ha los hígados, siendo tan rezio.

MARCELIA.- Bien sabes de médico. E tú no sabes que la muger que es de su naturaleza fría, e que por tanto ha menester calor, y ansí verás que usamos chapines todas. Y los hombres, si traen corcho, son pocos y necessitados de calor.

PINEL.- Yo de mala gana traería corcho. Pero menos me atrevería a ygualarte en essa corrida, porque con tres bocados de assado as bevido ya dos reventones. No sé qué harás al cabo de tanta cena.

MARCELIA.- Aunque ‘oveja que bala, bocado pierde’, no dexaré de te satisfacer. Y sepas que el vino más cumple a la muger que no al hombre, que es más fuerte. Porque a la muger confórtale la virtud natural flaca, ayuda a la digestión, cría nueva y limpia sangre, alegra el corazón, quita mal de madre, conforta la vista, sana la memoria, haze buena tez, pone color viva al rostro, limpia la dentadura, da buen anhélito, ayuda al calor natural para el parir, cría leche y alegra la cría de las que dan teta a los niños.

FELISINO.- Luego tú debes andar en essas ocupaciones.

PINEL.- Calla ya, que la virtud sin el acto no hazen effecto.

FELISINO.- Bien dizes, Pinel, que no miré que no era casada la señora Marcelia para el parir o criar.

MARCELIA.- ¿También tú eres malicioso?

LIBERIA.- Anda, madre, que algo [se] le ha de pegar con quien tracta.

FULMINATO.- Haga las pazes entre mí y ti, hermana Liberia, esta taza de tinto. ¡Que bevas, por amor de mí, porque te ayude al parir!

LIBERIA.- Si no por la mesa, dixérate que pariré para ti.

GRACILIA.- Graciosamente das antes que amagues, Liberia prima.

LIBERIA.- Más gracia tienes tú en empinar.

PINEL.- Házelo por cortar bien las flemas y dormir mejor.

FELISINO.- Veo que el que peor lo haze no ha menester yr a Francia.

MARCELIA.- Anda, que ‘el buen instrumento saca maestro’, y ‘el buen vino, él se beve’. Y este que anda por la mesa es tal, porque tiene buen olor y buen color, y buen gusto y mal dexo.

PINEL.- Antes, lo que mejor ha de tener es buen dexo.

MARCELIA.- Pues que no me entendéys lo que digo: **¡Error!Marcador no definido.**, quiero dezir: **¡Error!Marcador no definido.**, que de mala gana se dexe por ser tal.

LIBERIA.- Y aun por ser él **¡Error!Marcador no definido.** y nosotros guardalle essa condición, nos ha dexado antes que le dexemos.

MARCELIA.- Pues yo limpio este escamocho por assentar la cena.

FULMINATO.- Siempre buscáys achaque para lo que os cumple.

GRACILIA.- Dexemos las pláticas, pues ya la vianda está parada.

FULMINATO.- ¿Pues aun, cuerpo de mí, que de los mal librados tú fuiste ya la mejor, y aún ya se te haze tarde?

MARCELIA.- ¡Ea, digo, todo el mundo quedo! E tú, Felisino, no te desmandes con Liberia. Y tú, Pinel, no te quiero tan retoçón de mi sobrina, que soy muy zelosa, mayormente que aún estamos a la mesa.

PINEL.- Pues si la mesa lo estorva, yo acá me aparto. Buena pro haga.

GRACILIA.- Ea, prima, guardemos todo esto; cada cosa en su lugar.

FULMINATO.- Pues porque la fiesta sea entera, oye, señora Marcelia, una puridad al oÿdo.

MARCELIA.- ¿Qué dizes?

FULMINATO.- Que como al plato, seamos tres por tres al lecho.

MARCELIA.- ¡Ay, Dios me guarde! No, no, tal cosa no en mi casa. Bástame que yo pequé contigo sin que dé a otros causa, en especial que Liberia sería por demás aunque yo quisiesse, porque no imagina ella cosa de varón en tal manera.

FULMINATO.- Pues mal sería yrse a la calle, y yo con ellos a tal hora.

MARCELIA.- A Dios gracias, para esso camas avrá en mi casa, que aunque pobre no faltarán un par de camas.

FELISINO.- ¡A, Pinel, qué secretos de sobrecena son éstos de los dos! ¿Y las muchachas qué, se nos trasportaron?

PINEL.- Luego, ¿no has entendido cómo Fulminato gana la voluntad de la huéspeda para que nos dé las muchachas?

FELISINO.- Pues terciemos jugando de mala, que por Dios, que es marcado compañero Fulminato. — ¡A, señora Marcelia!, danos licencia al compañero y a nos, que es tarde.

MARCELIA.- Esso me estava diziendo Fulminato, que no se quiere yr; ni aun sería hora de abrir la puerta ya, porque tenemos vezinos sospechosos.

— Hija Liberia, aposentaréys a esos dos galanes en la cama del entresuelo, y tú y tu prima en estotra camareta de arriba, par de la mía.

FULMINATO.- Pues que a mí me dexas solo, enséñame la cama, que luego marchó.

MARCELIA.- Y espera, que sólo eres para ti. Daré cobro a estotros.

LIBERIA.- Cuidados agenos matan a mi madre, sobre tener ella su cobro. ¿Pues, mándote yo? [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué dizes, hija?

LIBERIA.- Que pierdas cuidado, que todo se hará bien.

MARCELIA.- Pues, tú, sobrina, mira por la casa. Y a acostar todo el mundo, no oya yo más a nadie.

GRACILIA.- Mira, prima, lo que ha de ser conviene que sea; tú alumbrá abaxo a Felisino que yo llevo a Pinel a estotra cama, y después allá cada uno hara como viere.

LIBERIA.- ¡Ay, Jesús!, no osaré yr sin ti.

GRACILIA.- ¡A, señor Felisino!, mi prima te yrá alumbrar y enseñar la cama, y sea luego. Y no la dexes subir sola, que es medrosa. Y tú, señor Pinel, sígueme.

FELISINO.- ¿Cómo vas así tan rostrituerta y de mala gana conmigo, sabiendo cuánto soy tuyo, mi señora?

LIBERIA.- Esta es la cama, aY queda essa vela; y quédate. Buenas noches.

FELISINO.- Mi señora, perdóname, que me avisó tu prima que eras medrosa.

LIBERIA.- Pues ya que soy medrosa, ¿y para qué cierras la puerta? ¿Y éso, señor Felisino? ¿Y forçarme quieres en mi casa?

FELISINO.- Perdona tu hermosura mi atrevimiento, pues me fuerça tu amor a te forçar sin poder hazer menos.

LIBERIA.- ¡Ay, por su solo Dios, que me dexes!

FELISINO.- Perdóname, pues aun tú no me lo tendrías a bien en tal tiempo comedimientos, pues bien sé que te has de quejar.

LIBERIA.- ¡Ay, cuitada de mí! ¡O, deshonrada de mi madre, y qué mala hija tienes ya en mí y qué mal huésped en Felisino! ¡Qué mal te ha pagado el buen hospedaje!

FELISINO.- Pues que yo estoy desnudo y tú, vida mía, no te has de yr esta noche d'esta cámara, y lo hecho ya es hecho, para en lo por hazer te ayudo a desnudar, que es tarde.

LIBERIA.- Pues mi madre dio la ocasión, y tú, Felisino, tienes de mí lo mejor, y yo soy forçada y 'donde fuerça ay, derecho se pierde', no te quiero negar lo restante. Y cárame aparejada a cumplir toda tu voluntad en todo mi daño y perjuyzio.

FELISINO.- Pues, sobre tan soberana merced, mato la vela. A buenas noches.

Argumento de la scena viij

Esperando Floriano a Polytes con la respuesta de Belisea, glosa el romance que atrás por él cantado avía. Dale la carta Polytes de su señora y con ella él se desmaya. Va Polytes por mandado de Lydorio en busca de Fulminato, que busque alguna alcahueta o hechizera.

Floriano. Polytes. Lydorio.

FLORIANO.- ¡O, el más triste de los tristes y el más sin ventura de los cavalleros, dime, muy confiado Floriano, qué esperança te promete tu atrevida confiança! ¡O, mi fiel mensajero, cómo te veo en gran afán para cumplir tu palabra! ¡O, cómo tu buen desseo te hizo no mirar primero el ningún favor que para tu mensajería te deva mi poco merescimiento! Bien veo que vas más acompañado de lealtad para servirme que de justicia para librarme con buena nueva. Mira, mira, que desconfío de la vida por pensar que no avrás revocación de quien me condena a la muerte. ¡O, cómo pienso y temo que negociarás solícitamente!, ¿pero alcançarás lo que un desfavorido puede en árduos e importantes negocios? ¡O, mi señora! ¡O, mi vida! ¡O, más que humana Belisea! ¿A qué has de mirar para el librar mis negocios cometidos a sólo un fiel paje? ¿Qué te ha de obligar, al responder a mi petición, algo de lo que pide tan atrevidamente? Porque si miras a mí, fáltame merescer; si a tu alteza, no podrás humillarla tanto; si a mi justicia, tengo mala probança. Pues mire tu poder a tu sola misericordia y a la inocencia del medianero y abogado. Porque aun así hallará entrada tu piedad delante el acatamiento de tu majestad para dar la vida a este muerto.

POLYTES.- Agora que he cenado y complí conmigo, voy a cumplir con Floriano. E si duerme, aÿ está el día de mañana, porque en males agenos poco ay del lunes al martes.

LYDORIO.- ¿Qué haze?

POLYTES.- Aun agora llego a esta puerta de la cámara, y según me paresce está tañendo.

LYDORIO.- Pues oye si cantasse algo de bueno.

Glosa al Romance de la scena quinta:

!Error de sintaxis, ¡

FLORIANO.-

La gloria que me esperaba
del morir por quien ya muero,
quando en mí sólo mirava
porque bien no me empleava,
me mudó mi ser primero.
Y ansí me vi ser robado
del poder que en mí tenía,

y fuy de muerte llagado
quando con menos cuidado
mis cuidados yo sentía.

LYDORIO.- Oye, oye, que me parece que glosa el Romance que compuso este día.

POLYTES.- E aún me parece que va para merescer atención.

FLORIANO.-

Llagado, pues, de tal suerte,
alegre con ser herido,
con ser el golpe muy fuerte,
holgava llamar la muerte
del vivir ya despedido.
Y así, puesto en tal estado
que nada de mí sabía,
me conocí ser llevado,
por nueva guía guiado
do mi desseo quería.

Sin punto saber do fuesse
jamás un passo torcí,
y aunque mi dolor cresciesse
y mi fuerça fallesciesse,
de mi fe no fallescí.
Pero sin perder la guía,
con verme más fallescer
proseguí con mi porfía,
ageno de compañía
sino sólo mi querer.

Y aunque sentí inconveniente
caminar sin ver do fuesse,
con desseo muy ferviente
a todo mal consentiente,
quise ver lo que viniesse.
Por do con tal parescer,
pues de mí ya me olvidava,
puesto a todo padecer,
sin atrás passo torcer,
salí tras quien me guiava.

De las penas que sentía,
lo que más pena me diera
era ver que, aunque moría,
ni la causa bien sabía
ni el origen do saliera.
Yo que en tal pena penava,
menos que mi mal meresce,
para ver de do manava
vime puesto donde estava
un sol que el sol obscurece.

Cuyo nuevo resplandor
alumbró mi entendimiento
para ver claro y mejor,
que fue poco mi dolor
para tal restauramiento.
Pues si el corazón padesce
pena tan cruda y sabida,
con la gracia se engrandesce
de una dama que meresce
ser de nadie merescida.

Y aunque vi la que buscava,
con verla me vi perder,
porque vi cuán alta estava
la gloria que desseava
por dar fin a mi arder.
De nuevo perdí la vida,
mi muerte ya desterrada,
pues subiendo di caída
do mi libertad perdida
hize punto a mi jornada.

Hize punto al caminar
faltoso de atrevimiento
de poder imaginar,
ni me osar determinar
ver su gran merescimiento.

La fuerça de amor sobrada
muriendo me dio atrever,
aunque con vista turbada
de mí, mas siendo mirada
siempre vía más que ver.

De mí, con un nuevo olvido,
olvidado mi tormento,
me mostré ser atrevido,
subir do nadie ha subido
los ojos sólo un momento.
Hufano de tal me ver
en tanta gloria y altura,
yo que lo arisqué a perder,
propuse, pues, de saber
nombre de tal hermosura.

Mas [porque] más mi castigo
dilatado me perudiesse,
aquesta dama que digo
no luego se fue conmigo
según que yo meresciesse.
Su silencio con mesura
pagó mi mal miramiento,
porque calló con cordura,
en pago de mi locura
y sobrado atrevimiento.

Mas porque yo no llamasse
su tal callar consentir,
sin que punto más tardasse
me vi, sin que tal pensasse,
condenado a no vivir.
Y por más saneamiento
de mi muerte tan rabiosa,
dando yo consentimiento,
fuy lançado en un momento
en cárcel tenebregosa.

Vime puesto en compañía
de otros que se atrevieron
a seguir do yo seguía
sin más fuerça ni valía,
y así también perescieron.
Allí mi alma gozosa,
que el penar siempre ha querido,
huelga en muerte rabiosa,
do con gran morir reposa
mi corazón affligido.

Pues nascí para penar,
siento gozo en tal muerte
y esso llamo descansar,
con que siento más pesar
de pena rabiosa y fuerte.
Pues vive tan sin sentido
el corazón, a mi ver
de muy penado y affligido
que, aunque se siente perdido,
se dessea más perder.

Concluye.

Que mirando la alteza
de aquélla, por quien padescer,
y a la su propria baxeza,
se propone con presteza
a qualquier mal que se offresce.
Ansí que el más padescer,
mi corazón tan herido
llama gloria al parescer,
pues siente no merescer
más premio del conseguido.

Deshecha.

Que yo bien me lo sé
que a tus manos moriré.

Soy ambicioso de gloria
y así busco el tal tormento,
que me da merescimiento
de ser puesto en tu memoria.
Esta es mi mayor victoria,
por cuya ganancia sé
que a tus manos moriré.

LYDORIO.- ¡Por Dios!, que si los amores no diessen tal inquietud en este hombre, que por oÿrle tales cosas avríamos de dessear que siempre así penasse. Pero, pues, ya calla, quiero entrar a despertarle de su desacuerdo, que passan de las dos. Veamos si quiere oy dormir, porque si con tanto desconcierto y cabiéndonos tanta parte su mal turasse, antes que él sane enfermaremos todos.

POLYTES.- Entra, entra, señor, que ya todos duermen; e yo, que no me quedo en la posada, pero guardo la puerta.

FLORIANO.- ¿Quién me despertó del sueño del olvido de todo el mundo, y de la vela del acuerdo de mi señora?

LYDORIO.- Déxate ya, señor, de eso y duerme, antes que el sol amanezca a otro día.

FLORIANO.- No busques en mí otro sueño sino el de la muerte. Porque como mi vivir sea un sueño de muerte, viniendo en mí su contrario, que es la vida, avría de deshazerse la unión d'este compuesto para ser de nuevo governado con gobiernos de vida. E así te digo que, si quieres que no muera, no me apartes del gobierno de muerte con que agora mi vivir se sustenta. E si quieres mi descanso, incita y despierta y aviva mis passiones ya cansadas de affligirme. Porque mientras más cedo, éstos me acabaren; más aÿna hará punto en mí mi presente morir y comenzará la vida de mi gloria en morir por Belisea.

LYDORIO.- Mira, señor, lo que hablas.

FLORIANO.- Esto que oyes.

LYDORIO.- Pues mira que eso es contra la razón, porque matarte poco a poco o matarte en un punto, causándote tú la muerte, todo es homicidio que llaman voluntario.

FLORIANO.- Pues dime, ya que eso, según sentencia de la razón sea matarme, ¿cómo podría yo ejecutarla sin sentencia o licencia de mis señora? Sí, que Belisea me sostiene; Belisea me da el ser de glorioso penado de amor que tengo; por Belisea vivo; por Belisea tengo de morir.

POLYTES.- Adóbame essa christiandad...

LYDORIO.- ¡A, señor, mira que lo que hablas deroga a tu cathólica nobleza!

FLORIANO.- Pero no contradize a la voluntad de Belisea. Porque yo, que tengo el vivir de su mano, no puedo sin su expreso consentimiento poner mi vida en las manos de la actual muerte,

porque esto sería, hurtando, quitar a nadie lo que es suyo. Lo qual es, como sabes, contra todo derecho civil y canónico, divino y humano.

LYDORIO.- Scrupuloso se me tornará entre manos. Este es el pecado de la lentejuela. No haze caudal de la charidad para con Dios y consigo en hazer o no hazer lo que Dios manda o vieda, y haze hincapié en la charidad, —o por mejor dezir— locura para con el próximo en lo que no le toca, sino por sus imaginaciones. *[Ap.]*

FLORIANO.- ¿Estás a¥, Lydorio?

LYDORIO.- Esso, sí; esso, sí, para que la locura te salve en las heregías. *[Ap.]*

—¿E cómo? Estoy, señor, pesuadiéndote al sueño de que tienes y tenemos necesidad y ¿dízesme si estoy aquí?

FLORIANO.- ¡O, cómo no miras más de lo presente! ¿Cómo podré para dormir despedir los ansiosos y temerosos cuidados que de aver acontecido a Polytes estoy lleno? Porque yendo él a lo que me cumplía, si le avino algún desastre por donde, peligrando su vida, mi honra ande a la vergüença por las plazas y a donde de mi señora se pudiesse dezir alguna quiebra, ¿esto pensando, quieres que duerma?

POLYTES.- En tal coyuntura entro, porque seremos más en ayudalle a la pena y tomará alivio, porque el dolor quanto en más partes es repartido es menos en cada parte; y el gozo comunicado le cresce.

—¿Cómo está tan callado?

LYDORIO.- Está tal que le temo y he compasión.

POLYTES.- ¡A, señor, toma esta carta escrita de mano de Belisea!

FLORIANO.- ¿Quién me nombró a Belisea? ¡O, mi mensajero! ¿Y tú eres? ¿Qué carta es ésta? ¿Es la mía, que no la pudiste dar? Desengañame luego. Mira que no te creo, sino que es la mía. Cata, amigo, que no estoy para sufrir burlas.

LYDORIO.- ¡O, perdido de hombre! ¿Dime, señor, no conoces tú la tu letra? Cata que esta letra es de muger.

POLYTES.- Es de Belisea.

FLORIANO.- ¿De Belisea?

POLYTES.- Sin falta.

FLORIANO.- Mucho dizes.

LYDORIO.- Ábrela y veráslo.

FLORIANO.- Bien hablaste. Pero ya, ya en el temblor de mis carnes, que del temor reverencial del papel que deve aver estado en manos de mi señora es. Dime, dime, dichoso papel, ¿quién te hizo de tanto mérito?

POLYTES.- Por mi fe, que pienso que aunque a solas se viesse con ella, que no hiziesse sino adoralla. *[Ap.]*

FLORIANO.- ¿Qué dizes, mi Polytes? Mucho te devo, cierto. Pero dezid, ¿por qué no os gozáys con mi tal huésped?

LYDORIO.- No, sin causa, dicen ‘ser de temer la próspera y no pensada fortuna tanto y más que la adversa’. ¡A, señor, mira, por Dios, que con tanto llorar a ti consumes y la carta deshazes!

FLORIANO.- Calla, que el gozo obra en mí más de lo que yo siento. Y también temo que sea sueño esto o ilusión del demonio, que muestra una cosa por otra por engañarnos.

LYDORIO.- Amuestra. Leértela he y verás y creerás.

FLORIANO.- ¡Ay, que el nombre de mi señora no ha de andar en todas manos! E aunque yo no la meresco, la leo. Alúmbrame essa vela.

Carta de Belisea a Floriano

Es ya tanta tu demasía en ser atrevido, perseguidor importuno de mi honra, que me ha confirmado del todo en tu aborrescimiento. E así con tal intención forcé a mí mesma a te escribir ésta de mi mano. Y no la tomes como favorecido en respuesta de tus vanas palabras y locas peticiones, pero como aborrescido la toma por despedida a tus devaneos. Y el **¡Error! Marcador no definido.** que me pides sea: que si más cosa tuya viene delante de mí, que con darme a mí pena tú no ganarás honra, porque te tengo por manifiesto enemigo de mi descanso y destruydor de mi honra, y en esto podrás saber con cuánto tu desamor quedó por tu mortal enemiga.

POLYTES.- ¡O, váleme Dios! ¡Señor, señor! A essotra puerta. ¡Tan muerto es como mi abuelo!

LYDORIO.- ¡O, gran desastre y bravo mal! No sin causa temía leerla. Bien dicen que pocas vezes el corazón se engaña. Échale de essa agua de azar, que desmayo es. ¡O, qué suspiro tan de las entrañas!

FLORIANO.- ¡A, mi señora Belisea! ¡O, ángel mío! ¿Quién te indignó contra mí? Mucho te engañó quien te me vendió por destruidor de tu honra. Pero, pues, no puedo no te amar, ni tú quieres sino aborrescerme, a lo menos podré servirte últimamente con matarme.

LYDORIO.- ¡A, señor, despide essas congoxas!

FLORIANO.- No puedo, porque alegría no avrá lugar en mí. E, tú, Polytes, acabadas son tus leales pisadas e molestas mensajerías. Salíos fuera y cerrad puertas y ventanas; y no me entre luz hasta que la muerte acabe lo comenzado.

LYDORIO.- Anda acá, Polytes, cierra essa puerta, que gran mal es éste. Llama, llama a Fulminato y a essos continos y gente, y armados acométase la casa de Belisea y tráygase a Floriano, que mejor se deliberará después con la justicia que agora con la tan determinada muerte.

POLYTES.- Mas, yo voy en busca de Fulminato, que es registro viejo de males y sabrá de alguna alcahueta hechizera que esto negocie con el demonio, pues que Dios no quiere en ello parte.

LYDORIO.- Pues, a tuerto o a derecho, haz cómo ya se remedie y no me digas más en ello hasta ver lo que allá acordaredes, pues esta cosa es peor encaminalla por vía de buen juyzio. Y entiende en esso, que yo me voy a descabeçar el sueño que ya amanesce. Y quando fuere menester me llamarás.

Argumento de la scena ix

Despertando todos en casa de Marcelia, yéndose Marcelia a la missa de alva que solía, encuéntranse ella y Polytes a la puerta de su casa yendo en busca de Fulminato. Passando sus razones, ella se va y subiendo llama a Fulminato con los demás, que se van a palacio.

Fulminato. Marcelia. Felisino. Liberia. Pinel. Gracilia. Polytes.

FULMINATO.- ¡O, cuán intorelable es el calor d'estas noches! Y en ser largas, no creo lo fue más la en que Hércules fue engendrado.

MARCELIA.- Dime essa historia, por mi vida, que hasta oy no la sé cómo fue.

FULMINATO.- Tampoco soy poeta. Pero dizen que Júpiter, enamorado de Alcmena, muger de Amphytrión, estando con ella, por parescerle pequeña la noche la hizo de espacio de veynte y quatro horas. Y de aquel juego salió concebido el Hércules.

MARCELIA.- A lo menos, si esso fue así o no, poco te aprovechas de ello, porque a media noche andada nos acostamos, y agora toda la noche es de siete horas y aun, con apenas alborescer, ya te querriás ver mil leguas de mí.

FULMINATO.- No te maravilles, que el fuego mucho gasta.

MARCELIA.- ¿Pues qué fuego hallas so las sávanas?

FULMINATO.- ¿Qué? ¿Que hazéys de la bova? Pues oy cerradas son velaciones.

MARCELIA.- ¿Que aun responder no me quieres? Pues espera, que yo te quedaré a solas.

FULMINATO.- ¡Allá yrás, diablo! ¡Qué caro me cuesta la cena de anoche, y ella mal pagada! Quiero agora dormir un poco.

FELISINO.- ¡O, cómo es ya gran mañana!

LIBERIA.- Por mi vida, señor, que te he manzilla, que no has pegado ojo. Voyme arriba de presto, que ya siento pisadas de algún levantado; no nos halle aquí mi madre.

FELISINO.- Pues, mi corazón, aprieta la puerta y no me olvides.

LIBERIA.- Ya por demás es, pues me tienes por tuya. Pero, ¡o, cómo me hallo muy fuera de mí por Felisino! ¡O, qué robado ha mi corazón! ¡O, cómo me hallo agena de mí! ¡Y como tal no puse más guarda en mi honra! ¡O, cómo he mirado mal lo que he hecho! Pero, pues, yo lo desseava y he ganado un tal amigo, perdiendo mis queexas por demás, voy a ver a Gracilia.

GRACILIA.- ¡Ay, señor, déxame ya, que entrava mi prima y creo que de empacho se tornó.

PINEL.- Mas deve de andar al regosto por acá.

LIBERIA.- ¿Duermes, prima? ¿Que aún andáys en esso? ¡Donosa bova he sido yo con mi madrugada!

GRACILIA.- ¡Ay, espera, que me despertaste!

LIBERIA.- Mejor te ahorquen que tú dormías. Pero de presto remédiese cómo mi madre, que ya se viste rato ha, los halle a los dos juntos.

PINEL.- Pues espera, que como un trueno me voy con el hato acuestas con Felisino, porque ayamos el día en paz.

LIBERIA.- Mas, ¿no viste cuán liberalmente nos desembaraçó con todo su hato?

GRACILIA.- Ansí han de ser los hombres.

FELISINO.- Cata, cata, ¿cómo vienes huyendo?

PINEL.- Porque no nos halle juntos Marcelia, que ya es en pie.

FELISINO.- Bien acordado fue. Échate presto y durmamos si nos dexaren, que creo que lo avremos menester.

MARCELIA.- Buenos días. ¿Qué hazéys, hijas? Bien me paresce veros desembaraçar la casa. ¿Y aquellos galanes?

LIBERIA.- E tal qué sabemos, mas de que deven dormir, que abaxo algo está aparejado al no madrugar y ellos que no lo han de costumbre.

MARCELIA.- A la fe, hija, ‘yerva pasce quien lo paga’, dicen. Ellos sirven buen amo; son muchachos; al mundo tienen en nada. ¿Quién les quitará el sueño una noche que acá se quedan?, sino que duerman y se harten. Y vosotras, ¿durmistes bien juntas?

GRACILIA.- Antes muy mal.

MARCELIA.- ¿De miedo?

GRACILIA.- Parte de esso, pero yo de dolor de estómago que me ahogava.

MARCELIA.- ¡Hi, hi, hi!

LIBERIA.- ¡Cómo se ríe mi madre del mal ageno!

MARCELIA.- Anda, bova, que fue la madre, que se te alteró con el cenar tarde y acostaros luego, y salir de ordinario en el estómago. Que andando se te quitará y no te desarropes.

GRACILIA.- ¿Pues, dónde con manto y sombrero tan de mañana?

MARCELIA.- A Nuestra Señora de los Remedios. Luego, en oyendo la missa primera soy de vuelta. No te vayas oy; quédate con tu labor hasta la noche, pues sobró vianda en abundo y aun para parte de la semana.

GRACILIA.- Sea como mandares. Ruega allá por todos.

LIBERIA.- Gran cosa es ésta, que no ha de faltar mi madre esta missa. Pero haze bien, que siempre trae su par de panecillos y algo para ayudar de costa.

GRACILIA.- Ya ves, prima, por tal señora lo haze. Pero no en balde dize ella tanto bien del sacristán, y agora veo que tiene razón. ¡Ay, prima, prima, qué boçal eres! Pero verás y sabrás y harás, que las que no tenemos otra renta, sino la labor, es menester que lo çanqueemos para sustentarnos. Pero dexando esto, entendamos en algo.

POLYTES.- ¡Aún cuál será, si pierdo el tino a la casa? Pero aquella que se abre es, que quizá madrugan para salir sin testigos. Cata, cata, por Dios, que la ensombrerada es la amiga de Fulminato, y aun que no le hiede el huelgo. Pues que ya ella me conocerá, allego.

—Buenos días dé Dios a tu lozanía, señora Marcelia.

MARCELIA.- ¡O, qué buena venida la tuya! Pues agora no dudaré salir de casa, pero hazer quiero una señal de tu venida.

POLYTES.- Voluntad no falta para servirte, pero ‘quien sirve a otro no es libre’. Ni aun agora, si no viniera en busca de Fulminato, no tuviera esta libertad.

MARCELIA.- ¿Pues qué ha de hazer acá y a tal hora?

POLYTES.- ¿El qué? Essotro lo sabe.

MARCELIA.- Gracioso eres.

POLYTES.- ¡Hi, hi, hi!

MARCELIA.- ¿Y qué es lo que te dio ocasión de reñr? Por mi vida, que me lo digas, si es de verme yr así. Voy de mañana a un poco, por no ser de todos conocida y por ser de ninguno juzgada; y aun también porque voy más a mi contentamiento tan endelgada.

POLYTES.- Y aun al mío, que aún te querría más desnuda.

MARCELIA.- ¿Y tú eras? Pensé que eras un sanctillo.

POLYTES.- ‘De pajares, que ardía él y no la paja’. Pero aun creo que lo lleva a las veras. Pues, ¿cómo dexas la gran prisa y te entras a dentro?

MARCELIA.- Y ven acá, que no te comeré, que aún es gran mañana y para todo tengo tiempo.

POLYTES.- Yo que te las entiendo; pues espera.

MARCELIA.- ¡Ay, mezquina de mí, que están durmiendo en este entresuelejo! Y déxame agora que, asuadas, que yo mire otro día de quién me fío; pues yo tengo el mal que merezco en sentarme contigo en este escaño por buena criança.

POLYTES.- Todas tenéys esse gruñir y desagradescimiento.

MARCELIA.- ¡Ay! ¿Qué dizes? Que con espanto de tu atrevimiento y mi daño, no te entendí.

POLYTES.- Si no me entendiste al dezir, baste que me esperaste al hazer. Pero dixes que me perdones y vayas con Dios. Pero no sé dónde vas tú y otras muchas, que he topado una vez que he madrugado, que van de la suerte que tú.

MARCELIA.- Eso ellas lo saben; yrán a lo que yo.

POLYTES.- Tampoco sé esso. ¿Y tú dónde vas?

MARCELIA.- A la missa de Nuestra Señora de los Remedios.

POLYTES.- Ni aun soy tan bovo como esso, que agora passé por junto a la Trinidad y no ay sueño de abrir la puerta.

MARCELIA.- Y aun esso quiero.

POLYTES.- Peor es de entender una muger que un concejo. Pero, atento que vas a missa donde no ay puerta abierta, ¿las que como tú he topado disfraçadas, cruzando callejuelas, dime, van contigo a representar autos de comedias en cas de los abbades o van por las llaves para abrirte la puerta donde tú vas?

MARCELIA.- Asuadas, que no eres tú todo bueno, maguera muy mansito. ¡Ay, ay, ovejita de Dios, el diablo te tresquile!

POLYTES.- No te rías tú de mi malicia. ¿Y no me confirmarás en el desseo de lo que te pregunto?

MARCELIA.- Algunas yrán a lo que yo, y otras en estaciones.

POLYTES.- ¿Y van a rezarlas con los abbades a las camas?

MARCELIA.- Y calla ya; no apures tanto las cosas, que con algo se han de mantener en honra las que se defienden de la pobreza, de lo que a mí cabe gran parte por mis peccados.

POLYTES.- Y aún creo yo que tú y las otras andáys estos passos en busca de los tales peccados.

[Ap.]

MARCELIA.- ¡Ay! ¿Qué dizes? Alguna malicia, asuadas.

POLYTES.- La mesma. Pero digo que me agradas en darme a entender que andáys estas andolencias a partir con los encerrados las quantas del rezar, y las obladas con los sacristanes, y las raciones y capellanías con los clérigos, y los beneficios con los clérigos.

MARCELIA.- Reÿr me hazes con tus malicias. Pero, ¿y dónde dexas los canónigos y dignidades?

POLYTES.- No, que éssos son bienes de por vida. Porque aunque las de éssos, aunque gastan más ropas en casa, no riesgan tantos chapines en yr y venir, pero están a pan y mantel; y en éstos se suffre mejor que en los otros. Ansí, porque la furia del provisor y justicia no alcança a los tales, como también porque la renta no suple para todo el vicio toda la costa, que en los desseos pienso que todos corren las parejas, quál menos, quál más, a ello inclinado.

MARCELIA.- Malicioso eres.

POLYTES.- Tu madrugada de herrero me da por qué. Como si tuviesses grandes tractos que proveer, ni las otras grandes males que remediar, para antevenir el día.

MARCELIA.- Y di, ¿agora sabes que el madrugar que no es para los ricos ni los viejos? Porque los unos, con el no tener neccessidad, y los otros con no poder más, guardan las camas hasta medio día.

POLYTES.- Antes hallo yo por mi cuenta que el madrugar es para los viejos, porque con la falta de virtud, no durmiendo quando quieren, toman el sueño quando pueden. E ansí levántanse de mañana para ocasión de cansarse para después poder dormir, y también por temor de no tomar sepultura en la cama. E aun porque como crezca en ellos la cobdicia, y falta la virtud natural para ganar hazienda, levántanse de mañana para no perder la acaudalada. Y en esto son como el sapo, que piensan que les faltará la tierra. E aun creo que lo hazen porque como ya viejos han conocido el mundo y sus engaños, y ansí temen que quando ellos le han más menester, que no él a ellos, los dexará en vazío la hoja de todo lo en él adquirido. Pues los ricos, el temor de ser robados les quita el sossiego; y el poco sossiego no les da holgura en la cama; los desvela, y la mucha vigilia les quita el sueño; y la falta de sueño les añade congoxa y solicitud, y ansí antevienen al día por hazer perder el sueño sabroso y desseado y aun necessario a los de su familia y trabajadores para que su trabajo más largo de ellos y sudor les dé a los ricos más con qué poder regalar los cuerpos, que después serán saco de gusanos. Pues los malhechores también antevienen al día por perpetrar los males e insultos, que las rondas de las justicias les estorvan de noche; como también, sabiendo que el alguazil se pagará del sueño a la mañana por lo que le quitó el rondar de antenoche, y ansí los

malhechores húrtales el cuerpo con madrugar. Y por tanto, creo que madrugan las arreboçadas, y no lo digo por ti.

MARCELIA.- No quiero más altercar contigo. Mira si acá buscas algo, que me voy.

POLYTES.- Que me saques a Fulminato de rastro de so el cielo.

MARCELIA.- ¿No sé qué te dizes?

POLYTES.- Digo, porque me entiendas, que me saques de so el cielo de tu cama a Fulminato.

MARCELIA.- Muy suelto eres en todo.

POLYTES.- ‘Mal me quieren mis comadres porque les digo las verdades’.

MARCELIA.- Que ya por demás es andar contigo, sino a las claras, pues todo lo entiendes y en todo soy tuya. Sube y llama primero, y hallarle has. Y quédate a Dios, hasta que nos veamos más de assiento, que me tardo.

POLYTES.- Bien hazes en ser apresurada en el servir a Dios. Pero al diablo la doy, que pegadiza es. Ya, ya, ¿acá está la vezina? Asuadas, que ovo capiroxada. ¡Y guay de la despensa de Floriano, que lo suda todo!

—Buenos días, hermosa.

GRACILIA.- Vengas en buena alborada.

POLYTES.- ¿Dónde están Fulminato y los demás?

LIBERIA.- Asuadas, que aún duermen. Que no se les pega más cuidado a estos de palacio sino holgar en la mocedad y poblar los hospitales en la vejez.

POLYTES.- Por muchos acontece esso; pero helo, sale quien tiene las culpas.

FULMINATO.- Buenos días. E, tú, Polytes, ¿a qué tan de mañana por acá?

POLYTES.- A ver estas hermosas y en busca tuya, que eres bien menester.

FULMINATO.- ¡O, descreo del inventor de la idolatría! ¿Y qué me dizes? ¿Son muchos o están muy armados? ¿O está puesto a saco el palacio?

POLYTES.- Será de ti y essotros, según yo barrunto. [Ap.]

FULMINATO.- Gran mal deve de aver, pues no me lo osas dezir, y bien paresce que falto yo de casa. Dímelo ya, porque llame la ira para dar a conoscer mi espada a los que no la conocen.

POLYTES.- Pamforrear. [Ap.]

FULMINATO.- ¿Qué dizes? Habla claro, que me pones perplexo. Guía y dime por qué calle comience a descabeçar.

PINEL.- ¿No oyes, Felisino, qué obra passa Fulminato con Polytes?

FELISINO.- Vámonos, que no tienen cabo las cosas de Fulminato, y despidámonos de las muchachas y dexemos a este hombre.

FULMINATO.- ¿Pues no dizes en qué calle començaré?

POLYTES.- Déxate de tanto orgullo delante de mugeres y vámonos, que ya van abaxo los compañeros.

FULMINATO.- Pues sepamos si llevan las armas competentes al caso para que no se escape nadie.

POLYTES.- Anda ya, que basta solicitud y cordura para que viva Floriano y tú medres.

FULMINATO.- Eso me aclara agora que las moças se baxaron.

POLYTES.- tu mano alguna muger hechizera o alcahueta que acorra a Floriano, que ya sabes qual está y siempre empeora.

FULMINATO.- Ya, ya. ¿Eso es? Pues dalo por hecho. Pero mira que el provisor anda riguroso y la justicia es mucha. Y cumple que esto se sienta, no se diga, porque en Dios val afrentan una muger de bien.

POLYTES.- Al cabo estoy. Vamos, y verte has con Floriano, que te embía a buscar.

FULMINATO.- Alto, hermanos, marchar para casa que ay bien que hazer. Y las hermosas perdonen por agora.

FELISINO.- Señora Liberia, perdóname; y tú, señora Gracilia, que Pinel y yo daremos buelta en concluyendo estas prisas.

GRACILIA.- Señor Felisino y todos, vays con Dios.

FULMINATO.- Alto, vamos con reposo, porque si hay alguien recatado no le avisemos.

GRACILIA.- Prima, ellos son ydos; y bien sé que te pesa y me pesa, pero ‘un día viene tras otro’. Vamos arriba y cierra essa escalera, y aderecemos estas camas y casa, que parece mesón. Pero dime, ¿cómo te fue con la compañía?

LIBERIA.- ¿Y cuál? ¿Luego no me sentiste tornar anoche luego a la alcobita de la chimenea?

GRACILIA.- Yo otra cosa pensava. Pero si así es, como dizes, restitúyote la honra, aunque bien dizen que ‘se toma antes el mentiroso que el coxo’. ¿Y estas sávanas qué dizen, prima? Agora te digo que te avías guardado mucho, pues hasta esta noche no estropeaste donde hiziesses sangre. Y dichoso Felisino, que tal joya se lleva.

LIBERIA.- Aunque me afrentas, que no es sino lo que suele avenir a las mugeres.

GRACILIA.- Mas, ¿mira qué duda? Y no mires en esso ni te corras de mí, que también como muger passé por lo que tú esta noche. Mas ni aún por tanto, al nombre de las gentes donzella me llaman y así me dirán mientras la persona hiziere, pero guardaré la honra. E mira, prima, que oy en día muchas son donzellas, y aun de alta guisa, y pocas lo son; o muchas no son vírgines, aunque se casan por ello. Y así lo serás tú, y por tan donzella te tendrá tu madre como ayer. Y cata, que mejor es esto que no andarte deshaziendo de dentera de lo que hazen tus vezinas. Y no te me vayas, que quisiera aquí a Felisino para que me vengara de esse tu empacho. Guarda bien essas sávanas que dixerón la verdad que tú me encubrías, no las vea tu madre; que a mí el cargo que presto la sigas sus passos, porque ‘bien aya el que a los suyos parece’.

LIBERIA.- Calla ya, que me hallo confusa.

GRACILIA.- Agora te digo que eres bova; sobre hecho es. Toma plazer mientras turare esta triste vida.

Argumento de la scena x

Lydorio halla a Floriano hablando a solas, y queriendo entrar le a ver, sobreviene Fulminato y tractan los dos del remedio de Floriano. Entran a él y házenle levantar

Lydorio. Floriano. Fulminato. Polytes.

LYDORIO.- Quiero yr a ver a Floriano, porque no sería justo desmamparalle en tal coyuntura. Él es mancebo dotado de bienes de fortuna y de natura, y está tocado de gran rabia. E, pues, en las afrentas se ha de ver la buena voluntad vestida de buenas obras, porque ‘obras son amores que no buenas razones’, aunque, por Dios, que quisiera no serle tan obligado por gozar de sus desatinos que haze y de los dichos delicados que dize. Cata, cata, razonando está. Oÿr quiero él con quién, antes que entre no llamando.

FLORIANO.- ¿Cómo es possible, mi señora, que con vuestras tantas y tan altas virtudes quepa una tanta indignación? Mira que en lastimarme a mí eres a ti enemiga. Mira que pensar tú matarme pierdes tiempo, porque a no me conocer por muerto por ti desde que a ti conozco para te amar, en vengança tuya sería verdugo mío yo mesmo.

LYDORIO.- ¡O, qué lástima es verle tan ciego, que piensa él agora que está delante la señora!

FLORIANO.- Y aunque a mi baxeza deva tu merescido silencio en respuesta, a ti mesma debes de satisfazerte respondiendo a esto que digo. Pero yo quiero responder sin tu licencia por ti a mi poca justicia, como no merescedor de oÿrte. E digo y confieso que justamente es castigado mi atrevimiento. Pero sea así, que me libertes para vengarte de mí en mí mesmo, porque no seas tenida por cruel en poner fuerças contra tu captivo y en matar al muerto ya de tu hermosura. Y así yo ganaré honra y loor de los que supieren que yo fuy merescedor de vengar tus injurias. Pero pídotte una sola condición y merced, y es que sepa yo que tú sabes mi muerte ser por ti, para que yo me apressure al morir por ganar antes la gloria para que el amor me tiene. E tú firmarás la sentencia que yo execute para más certinidad mía de que tú sabes el por qué de mi morir, porque así el clamor del verdugo publicará delante tu majestad el por qué de tu justicia y mi pena. Y así sabrás ser tú el tal por qué; y así sabré yo que muero para descansar.

LYDORIO.- ¡O, qué bien travado razonamiento! Pero ya toca la vihuela. Oyo

FLORIANO.-
Belisea, dime, di,
si en saber que por ti muero,
si te acordarás de mí.

Letra.

Con aquesto soy contento
del dolor que por ti passo,
con que sepas mi tormento
y el gran fuego en que me abraso.
Pero dime si en tal caso
que aquesto pido de ti,
¿si en saber que por ti muero
si te acordarás de mí?

Otro gualardón no quiero
en pago de lo servido,
sino que sepas que muero
y el dolor con que he vivido.
Mas dime lo que te pido,
que es, vida, saber de ti,
¿si viendo que por ti muero
si te acordarás de mí?

Aunque sé que mucho pido,
pues que pido tu memoria,
dámelo, pues me despido
con este bien de más gloria.
Pues muriendo, más victoria
no espero sacar de ti;
lleve cierto, pues, que muero,
el quedar viviendo en ti.

No pido que no me mates,
pues no puedes no lo hazer,
mas pido que me rescates
de tan largo padescer.
Qu'esto puedeslo creer,
que muero sólo por ti,
y así pido Belisea
viva Floriano en ti.

LYDORIO.- ¡O, qué lastima es ver perder un tal entendimiento! Fulminato viene. Quiero darle espuelas en buscar algo porque, aunque sea por malos medios, si Dios de ello se ha de servir, lo endereçará en bien.

FULMINATO.- ¿He tardado con mi acorro?

LYDORIO.- Anda allá por essa sala un poco, y luego sabrás esso.

FULMINATO.- Pues de presto; y concluye, con que sea por vía de espada.

LYDORIO.- Pues aún no estoy muy lexos de ello.

FULMINATO.- Pues estarlo he yo, si puedo. [Ap.]

LYDORIO.- ¿Qué dizes?

FULMINATO.- Digo que no acabaremos de otra guisa, porque ‘la fortuna es de los osados’.

LYDORIO.- Y aun, a vezes, contra ellos. Pero dexando esto, ya sabes la falta de sosiego que ay en casa, porque faltando la salud en la cabeça no pueden estar los miembros buenos.

FULMINATO.- Todo lo alcanço y en todo te entiendo, que hartos ratos hurto a mis ocupaciones para pensar qué fin ha de aver esto y qué remedio se podría dar; y no siento sino uno de dos.

LYDORIO.- Essos me di.

FULMINATO.- Lo primero, entrar en casa de Lucendo, porque avrá para Floriano que goze y para nosotros que robemos. Y para esto, si a mí me encargan el facto y me conceden el saco, ni la dama se quedará por traer ni arca por mirar. Y aun si fuessen menester dos dozenas de espadas como ésta, presto las hallará para tales hechos Fulminato. Ansí que boquéame esto tenerlo por bueno y presto verás hazañas, pues ‘estas son mis missas’.

LYDORIO.- Desvarío sería pensar tal cosa, pues ¿en esso se han de poner los hombres con que piensen poder salir?

FULMINATO.- Mas no, sino ponte a ello. ¿Y piensas que me tendrás? Que en balde te confiarás en mí. [Ap.]

LYDORIO.- ¿Dizes algo?

FULMINATO.- Digo que ¿para qué pides mi parescer, pues me conoces, si no me has de tomar el consejo? Mas no, sino espérate a ydas y venidas de un muchacho para que la tempestad, viniendo de golpe, nos atrampe a todos.

LYDORIO.- ¿Pues, qué quieres? Vase Floriano tras esto sin freno; y al cabo del tiempo, y aun la hazienda, no sé qué cogeremos de la sementera.

FULMINATO.- Pues a peor librar, si mi primer consejo de ser por armas no se toma, algo más haría yo, pues con el argen en la mano hallaré alcahueta o hechizera que se la ponga en las uñas.

LYDORIO.- Si esse era el segundo camino, no sé de qué me asga. Floriano se va a la muerte, su casa se desasosiega, su hazienda se dissipa. Mal aquí, peor allí; sospecha me pone todo. Pero al fin, dé do diere y guíalo por do quisieres tú, [Fulminato], que si de Dios es, Él sacará de malos principios buenos fines.

FULMINATO.- No sé lo que Dios querrá, pero yo digo que vale más buena espada y mala posession que sólo buen derecho.

POLYTES.- Mucho me he detenido en no entrar a Floriano porque, si ay más mensajes con tal porte como los passados, presto caerá el pelo malo.

FULMINATO.- Pues, señor Lydorio, si no te determinas en lo que yo deseo, entremos a esperar el parescer de Floriano.

LYDORIO.- ‘Mal differencia el ciego los colores’. Pero aY viene Polytes. Entre a ver qué haze o si acuerda de comer oy.

FLORIANO.- ¡Pajes!

POLYTES.- ¿Señor?

FLORIANO.- Di, Polytes, ¿qué buscas? ¿Qué, ya concluyéronse tus mensajerías?

POLYTES.- Señor, entro a ver a quién llamas.

FLORIANO.- ¿Yo? A Belisea llamo, a Belisea invoco, a Belisea apellido; por Belisea suspiro, por Belisea vivo, por Belisea muero, por Belisea doy voces, aunque no espero ser oYdo. ¿Pero dime qué hora es?

POLYTES.- Las doze.

FLORIANO.- ¿Del día o de la noche?

POLYTES.- Señor, medio día es.

FLORIANO.- ¡Ay, que aún a mí no me ha amanescido por la claridad de mi señora! Pero, pues, así es, di al cavallerizo que me apareje un cavallo, que quiero yr a Sant Pablo a missa y encomendaré mi alma tan perdida a Dios, pues el corazón tan ganado tiene mi señora. Y ve, di al camarero que me trayga una ropa que vista.

POLYTES.- ‘Donosa será la madrugada a la muger del pastor, que a la noche se compone’, me paresce Floriano. ¿Y mira, pues, a qué hora y dónde busca missa? Que no salen más de círculo por sus compasses los frayles que relox bien regido, y viven más a punto en su recogimiento y cerimonias que gente de vela.

— ¡A, señor Lydorio!, Floriano pide vestido a gran priesa, y manda ensillar un cavallo para yr a San Pablo a missa.

FULMINATO.- Quiçá yrá a tener novenas o meterse frayle, porque a missa, sino es para con vísperas, no sé a qué vaya oy a Sant Pablo.

LYDORIO.- ¡A, señor!, aquí traygo el vestido. ¿Mira si mandas abrir las ventanas de la quadra?

FLORIANO.- Ábrelas, porque más claro veas mis tinieblas, pues no es essa la luz que a mí me alumbra.

LYDORIO.- Mucho te eres, señor, enemigo.

FLORIANO.- Antes lo sería si no conociesse esto y me tractasse mal, pues mi señora se sirve de mi pena.

LYDORIO.- Mi fe, si ella se quiere vengar de ti, si tú te matas, mal podrá executar en ti su furia. Y así te digo que te debes buscar la vida si quieres bien a tu señora, y a ti por ella, para que le des lugar con que en tu paciencia con su persecución se sirva de ti, executando en ti su rigurosa justicia.

FLORIANO.- Bien dizes. ¿Pero cómo sabré yo que ella, como cruel, aún se acordará de mí para matarme? Pero, ¡ay!, que me heziste llamar cruel a la misericordia. ¡Perdona, perdona, señora, el sólo yerro de lengua!, pues tan proprio tuyo es el perdonar como mío el offender tu merescimiento, pues que sola tú te mereces, y sola tú reconoces, y sola tú puedes hablar de ti mesma sin que se te haga injuria; y te sea gran bax[ez]a andar tu nombre en lengua ajena sino fuere tú lo queriendo, que darás en tal caso con la ocasión, méritos y tú perdonarás los defectos, pues obligas a ellos, porque no ay entendimiento humano que te entendiendo no sea rudo, ni memoria que no sea faltosa, ni voluntad que baste, ni lengua que no enmudezca, ni manos que no tiemblen, ni servicio que no te sea poco.

LYDORIO.- ¡O, qué encarescimiento tan bien travado, aunque sin razón, porque por perfecta que ella sea, al fin es muger. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes? ¿No te parece, Lydorio, que ocasionalmente y con razón me culpo? Dilo, dilo, que pues yo cayo en mi yerro, holgaré oírte la verdad.

LYDORIO.- Quiero otorgar con él; quizá por aquí le guiaré mejor. [Ap.]

—Bien veo, señor, que tienes razón. Pero también querría que mirasses que, pues eres de Belisea, aunque por ser tuyo te obligavas a te tractar mal siendo como te publicas suyo, debes te tractar bien por ella, cuyo te conoces. Pues aún dize el vulgar que ‘quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can’.

FLORIANO.- Bien veo que aciertas en esso, porque como todo yo sea suyo, yo me devo aver bien conmigo porque ella no reciba agravio en mí. Y por tanto, me levanto y quiero yr a Sant Pablo.

LYDORIO.- Señor, dexa los frayles agora en su acostumbrado y loable recogimiento, y concierta tu casa y sustenta la vida, que dizes tener por tu señora, y come, que es aun tarde para ello, quanto más para yr a missa a donde tractan ya de yr a vísperas.

FLORIANO.- Pues anda allá fuera y llévenme al cenadero de comer para gozar de la música de las avezitas, que cantan con el mal que yo lloro.

FULMINATO.- ¡En el nombre del señor San Julián, y qué risueño sale Floriano! Quiero yr por parte de su risa, porque con el plazer quizá se emburujará algún pedaço de medra.

—¡O, señor, y cómo el corazón no me cabe de plazer de verle ya en sí!

FLORIANO.- Yo te lo agradezco. ¿Pero, por qué no me vees?

FULMINATO.- Como por acá ande en tu servicio, la falta de merescimiento me quita la osadía al entrar esperando ser llamado, lo que no haría en el acometer [a] diez offensores tuyos.

LYDORIO.- Señor, siempre tiene más negocios que buen solicitador de causas.

FULMINATO.- A la fe, siempre me precié ser uno entre los buenos, y hazer por todos.

FLORIANO.- E dime, ¿tienes ya algún conoscimiento en el pueblo?

LYDORIO.- ¿Y cómo? Así que faltando un rato de casa le buscan más gentes de espada y broquel

que me espanto.

FLORIANO.- ¿Y qué gente es éssa?

LYDORIO.- Los que acompañan los alguaziles, que llaman acá porquerones.

FULMINATO.- Alguno que tiene embidia a su officio les llaman tal nombre, porque por él les hazen el buz más de diez peynadetes. Y por su temor no osan andar de noche hartos valientes de nombre. Pero Fulminato, y aun los de su librea, por su causa no les molestarán passo.

LYDORIO.- Y aun así les desbarretas tú por ti y por todos.

FULMINATO.- ¿E tacha hallas a la buena criança, que a tantos haze bien?

FLORIANO.- En cargo te son mis criados y ternán por qué te acatar.

LYDORIO.- Y aun como —y con razón—, como a padre de desconsolados y a remediador de huérfanas le vienen a buscar más hijas de maldición, que es una admiración. Y así como a las tales hijas les halla tales hiernos, todos le honran como tal padre de su consolación, y aun perdición.

FULMINATO.- A la fe, por más que digas malicias, si hijas tengo no es con lo que tú les dotas.

FLORIANO.- Pues que avéys bastado a me hazer reÿr, quédese para otro día la plática así apuntada y denme de comer. Y tú, Fulminato, ve que me adereçen de gineta un cavallo.

FULMINATO.- Señor, yo voy a cumplir tu mandado y con desseo que nos mandes presto tornar a la plática travada.

LYDORIO.- Ve, que en casa me hallarás para cada y quando.

Argumento de la scena xj

Tractando Polytes de yr a ver a Justina, Felisino le lleva a casa de Marcelia, y ansí le estorva su viaje.

Polytes. Felisino. Marcelia. Liberia.

POLYTES.- Algún buen *Pater noster* se avrá oy rezado por mí, pues que con ya no yr Floriano fuera oy, el desseo con que oy me levanté de visitar a Justina creo que avrá sazón y effecto. Quiero agora dar conmigo en casa de Lucendo.

FELISINO.- ¿Adónde tan cogitativo?

POLYTES.- Si oviera qué te comunicar, créeme que a ti antes que a otro. Pero acá pensava conmigo cómo hazer cierta cosa.

FELISINO.- Ya sabes que essa manera de no te me declarar es combidarme a más querer saber lo que sea. Porque si es de las puertas a dentro, te seré amigo, y si de las puertas afuera, acompañaré tu persona con mis armas y presta voluntad.

POLYTES.- Dios te lo pague. Y yo lo agradeceré en semejante menester, que si no es la moneda no sé quién mal me quiera. ¿Pero mira si tienes dónde yr y guía?

FELISINO.- A lo que dizes de la moneda: ‘dolencia de muchos, bueno es’, agora tan usada como el mal francés. Y a lo segundo, no tengo, por mis peccados, dónde me alvergar. Pero querría yr a la cal Nueva por un guante que olvidé en la posada de Fulminato ayer.

POLYTES.- Anda, vamos, que calçar debes de querer el guante. Pero, guarda, no te desuelles las manos con el menudear.

FELISINO.- Pues me entendiste sin me declarar, sabes ya, hermano, que, siquiera por cobrar buen crédito a los principios, es menester orgullo. Pero después de bien posseýda la heredad, una vez en la semana como pan bendito.

POLYTES.- Para contigo basta y aún sobra. Pero, como tomas pleyto con quien sobre tal hazienda no sabe tener medio ni perder hambre de tal mantenimiento, piensa que tendrás trabajo. Y mira que entras a nadar en piélagos donde otros más expertos nadadores que tú no hallaron vado. Y avisa que competidor tienes, que pocas vezes le hallarás satisfecho, no sólo con lo suyo pero aun con todo tu caudal y tiempo y fuerças, porque aún harás todo lo que puedes. Y si descaes del ordinario, y que sea hartó ordinario, te meterán a ojos vista otro en la heredad, y te harán que la veles y el otro disfrute y tú no lo creas. Cata que no te contentes en esta feria si compras con sólo marcar la mercadería, y aún esto no sé si avrás hecho.

FELISINO.- Andando hazia allá, te diré cómo me pienso aver. Abezar el estómago a poca vianda, y ansí quando tuvieren extraordinario, tomándolo, loarán a Dios por poca cosa que sea, como pupilos de plato tassado.

POLYTES.- ¡Hi, hi, hi! ¿Qué ordinario quieres tú, donde quantos escrivieron d'esto no hallan en mugeres medio, sino uno que en esto las pone en extremos de contentamiento?

FELISINO.- Pues yo no lo que los libros, pero lo que mis fuerças basten les daré; y aún de allí quitando algo, y si más quisieren que musen.

POLYTES.- Si así lo guías, tú serás vezino de Cornualla, y tendrás possession en Cervantes conocida, a donde andes a caça de cuclillos.

FELISINO.- Por esso bien, que no tienen mi palabra por más de quanto turare el uso y fruto, que por temor de essas aves temo el perpetuo vínculo. Y así más quiero andar a lo fresco: oy aquí, mañana allí, que perpetuar casta.

POLYTES.- Si así te sabes aver, serás sabio; porque gran afán es buscar carretas y requas a cada passo, andando en estos palacios para llevar hijos, quiçá que hechos a medias.

FELISINO.- No, no, ¡horro Mahoma!, 'todo mi axuar a cuestras, como el caracol', porque 'buey suelto, bien se lame'. E ya que aya de tomar estado, será en mi naturaleza, porque 'cada gallo canta en su muralda', y 'en la tierra agena la vaca acuerna al buey'.

POLYTES.- Y aún así es lo acertado. Porque el que se casa en tierra agena toma la muger mala, y házense la buena. Y aunque vea el gayón, que calle el cornudo y vaya a trabajar; y aun siempre le dirán que todo lo huelga, que todo lo gasta. Y aun, hermano, en esta tierra vende en la tienda la hermosura de la muger que te dieran de día, y después a la noche, desnudándose quando le pidieres virgo, darte ha la verdugada, o emprestada o alquilada. Y a la mañana todo lo paga la sangre de un palomino, y lo ha de llorar el triste paciente.

FELISINO.- No creas tal cosa.

POLYTES.- Si estos principios no sabes, presto venderás cestos, y aun quemarás en tu casa cuernos y te lo harán olor de ámbar gris o menjuño. Y pues estás a la puerta, mira por ti. Y quédate a Dios. Y mira que llames antes que saludes, si no quieres ser mal recebido en estas casas de tracto secreto, con presumpción de buena fama y humos de honra; en especial que arriba ay gran trastavillar de pies, que te avrán visto, y avrá algún trasparamiento o puerta falsa —si la tiene esta casa—. Y voyme

FELISINO.- Perdona, que has de ser testigo de lo que oviere. Y llamo. ¡Ta, ta, ta!

MARCELIA.- Presto, acaba, hija. Pon en cobro esse galán, que no escusamos abrir a Felisino y Polytes.

LIBERIA.- Anda, ábreles la puerta, madre, y detenlos algo mientras le echo por la puerta del corralejo.

POLYTES.- Cata, que aunque me llamas sospechoso, la tardança en abrir y el bullir del sobrado saca mi malicia cierta y mi sospecha verdadera.

MARCELIA.- ¿Quién llama a la escalera tan apriessa? ¡O, qué buen encuentro, por cierto!

FELISINO.- Bueno le es para nosotros en verte. ¿Pero pensavas averlo a solas?

MARCELIA.- De tal compañía huelgo yo en mi casa. Pero, ¿dónde te subes?

FELISINO.- Señora, quedóseme un guante este día, y aunque no tiene adobo, pero porque no aprovechará éste a mí ni el otro solo a nadie, le voy a buscar. Y con achaque d'él, vine a te ver.

MARCELIA.- Bien parescen unos guantes a un galán. ¿Pero tú, señor Polytes, buscas guante?

POLYTES.- Sí buscaría si me aprovechasse.

MARCELIA.- Pues cata, que muchas vezes hallan unos lo que pierden otros. ¿Pero qué priessa es éssa, Felisino? Y espera, que todos nos subiremos.

POLYTES.- A mí me perdona, que me voy a un negocio de prisa.

MARCELIA.- Pues sabe que en esta casa ni comen a los hombres ni te quieren mal. Y tú, Felisino, sube, que tras ti me voy. Y ten en mucho fiártese la casa ansí.

FELISINO.- Ansí lo tengo, por cierto. Pero mejor te ahorquen, que no te las entiendo. Pues 'anda, que sendas no tendremos', que si a ella le contenta el muchacho de abaxo, a mí la muchacha de arriba. [Ap.]

LIBERIA.- ¡O, bendito Dios, que me libró de hombre tan moleador! Pero buen albalá de quatro reales me queda en las uñas, sin lo que dio a mi madre. Bonica, pues, me estuviera yo royendo con hambre de mi casta honestidad, molestada de mil desseos de los que agora me vienen a manos llenas. Y pues que mi madre con su dissimular aprueva mi hecho, andémonos a ellas. En cargo soy a Felisino, que con pensar que me robava, me libertó; para que siendo suya de nombre pueda vestirme de tales ropas como la que agora desnudé. Pero, ¡o, qué dicha la mía! que, helo, venía ya tras mí, y por poco no me topó viendo su possession que él primero labró. Pero hase de hazer a la carga, y aunque lo vea y no lo crea, sino que piense que sueña. Pero algún embaraço tiene mi madre que ansí le dexó subir. Aunque no se me da nada, que ésta, que es la primera y no será la postrera, no me la quitarán ya.

FELISINO.- ¡A, mi señora Liberia!, vengo a verte porque no sossiego sin ti. ¿Qué hazías por allá abaxo?

LIBERIA.- Norabuena vengas. No sé si te crea esas entradas, que decoradas tenéys todos, para embaucar a las que os atienden en lealtad. Y vosotros: **¡Error! Marcador no definido.** y **¡Error! Marcador no definido.** y **¡Error! Marcador no definido.**, y nunca morýs, ni aun os acordáys sino de lo que gozáys por el momento que tura.

FELISINO.- Anda, que no me acuerdo de mí por tu causa.

LIBERIA.- Pues ya que digas lo que quieres, dexa estar mis tocados, y mira que estamos solos y subirá mi madre.

FELISINO.- ¿Y que esso me dizes y éntaste a la cámara? Pues espera.

POLYTES.- Señora Marcelia, sube a poner cobro en tu casa, y perdona mi priessa.

MARCELIA.- ¡O, válasme Dios, qué desamorado eres! Quitémonos ya de la puerta y subamos a este entresuelo, que te quiero preguntar un poco mientras baxa tu compañero con el guante.

POLYTES.- Al fin avrá de salir con la suya. [Ap.]

MARCELIA.- Mucho te agradezco esto, pero mira que no seas tan atrevido como este día; y toma de mí la sana intención y llana conversación.

POLYTES.- Ya no puedo con honra dissimular más, pues que hartó se me declara en dichos y meneos. *[Ap.]*

—Señora, perdona mi pesadumbre, porque no quiero que taches mi covardía.

LIBERIA.- Paréscete pues, señor, que si mi madre agora subiera que ¿dabas donosa cuenta de mí?

FELISINO.- Anda, mi señora, que ya me querías ver fuera porque tendrás otro que más ames que a mí.

LIBERIA.- ¡Ay, perdida yo por quererte, pues ya me juzgas por mujer común! ¡Vete, vete de delante de mí!, que aunque quede escarnida mi inocencia en te amar, avisará a mi malicia en tener de ti el crédito que devo.

FELISINO.- Anda, vida mía, que me burlava.

LIBERIA.- Y aun así lo veo yo, que te burlas de mí. ¡Desdichada, que me robaste mi limpieza! ¿Y por ti engaño a mi madre, que piensa que soy la que ella me tenía? ¡Anda, anda, engañador, destruydor de mi honra! Y de oy más no te fíes en mi llaneza y fidelidad que te he tenido.

FELISINO.- Agora que tu sentimiento me pregoná tu bondad, te tendré y querré más. E ya sabes que ‘los amigos ciertos son los provados’.

LIBERIA.- Vete luego de delante de mí.

FELISINO.- Pues dí que me perdonas y no quedas enojada e yréme.

LIBERIA.- Vete, y no quedo.

FELISINO.- Pues a Dios quedes.

MARCELIA.- ¡Ay, cómo te has avido mal conmigo! Pero yo me tengo la culpa, que conociéndote me fié de ti sola.

POLYTES.- Donoso tirar de alesna es ésse. *[Ap.]*

FELISINO.- ¡A, hermano, baste ya! Y vamos, y tú, señora Marcelia, perdona y haz las pazes de arriba.

MARCELIA.- ¡Doy al diablo! El majadero derrama solazes. *[Ap.]*

¡Ay, señor Felisino, no te escandalizes de que a solas estava, preguntando a Polytes un poco! ¿Pero qué son las enemistades?

FELISINO.- ¿Adónde le acudió? Digo que nos hagas amigos a mí y a Liberia, que le perdí una aguja por tomar mi guante.

MARCELIA.- Tráele una dozena y hechas serán las pazes.

FELISINO.- A Dios quedes, que yo lo haré.

MARCELIA.- Dios os guíe. Y tú, señor Polytes, no olvides esta casa.

POLYTES.- Pierde cuidado.

(Allá quedarás, diablo, bagassa, que para tu hambre, ésta y no más, si puedo).

FELISINO.- Pues, para yr ya tú a otra parte no tendrás tiempo; encaminémos para palacio. Y dime, ¿cómo te fue, que demudado saliste de color?

POLYTES.- Que quisiera que baxaras antes, pero creo que también huyes tú la compañía.

FELISINO.- ‘Y aunque si bien lo supieses arregañarías’, dixo el Bizcaíno. Pero la viuda de buen fregado es, y en ti que hallaría buen coçadero para su comezón.

POLYTES.- No sé qué se halló en mí, pero sé que en el pueblo no la avrá muger tan lasciva. Y no tengo en nada ser amiga de Fulminato, sino como no es ropa común, pues no será menester rhetóricas para halagarla ni fuerças para derrocarla.

FELISINO.- Pues no piensa el otro sino que tiene thesoro en caxa.

POLYTES.- Bien mantendría estotra con palabras huecas del otro su gravedad, y con sólo su pasto su hambre.

FELISINO.- ¡Aún creo que te abrió la bolsa!

POLYTES.- Abrió para echarme en ella este real de a quarto con que me compró, y aún barato, para nunca más.

FELISINO.- Esso no diga nadie, que no caerá otra y otra vez, si Dios no le guarda. Pero ésse yo se le vi a Fulminato, con que ayer hazía alarde. Y según veo págate sus cuernos con los quatro sueldos.

POLYTES.- Pues no tengas esto en nada que me diessen para comprar ropa tan basta y de balde costosa. Pero mira que tú no los pagarás con los quarenta si el otro con quatro. Porque el pato ya te costó una cena, y aun apenas entraste en la confradía de los de esta casa, porque la hija ha de aprender de la madre.

FELISINO.- Anda, hermano, que si me costó caro el pato, compréle y degolléle y comíle fresco, y trichéle de mi mano.

POLYTES.- Dichoso fuyste, pues con esos adherentes compraste barato. Y aun creo que te vendieron lo que tenían gana de echar de sí, y que aparaste vianda que otros te coman del mismo plato y abriste por donde te entren al melonar. E ruega a Dios por salud, que verás cómo en casa del herrero todos aprenden a majar hierro, y en casa del escrivano a escrevir, y la hija aprenderá el officio de la madre.

FELISINO.- Calla ya, que no entiende ella más las algaravías de su madre que si nunca la conociera.

POLYTES.- ¡Ay, peccadora de la bovilla! Tú eras proprio para casado, porque en tu opinión siempre fuera buena tu muger, y vivieras con las hechas sin las sospechas.

FELISINO.- Mal me conoces. Antes, por provarla, la pedí zelos sin por qué, y así saltó como granizo en alvarda.

POLYTES.- Y aun por aY me confirmas en mis sospechas, porque ‘quien se quema, ajos ha comido’.

FELISINO.- Anda, que quando ay algo, malo es de encubrir.

POLYTES.- Tú debes llamar algo el hallarle en la cama.

FELISINO.- Di tú lo que quisieres, que yo bien sé lo que me tengo en Liberia.

POLYTES.- Una trabajosa guarda si ella no quiere ser guardada.

FELISINO.- Y aun, porque conozco yo en ella muestras de muy buena, no dudo de su seguridad.

POLYTES.- Pues si tú crees las muestras y compras el paño por la lista, yo dudo de las obras. E si tú eres cierto de su seguridad, yo no seguro de su bondad, porque al fin es hija de madre y de unas puertas a dentro, de manera que ‘con quien pasce y de quien nasce...’ Pues mira, si bastando lo uno, a que se le pegassen de sus maternas costumbres, ¿que será viéndola y entendiéndola, siendo ya para lo que ella sin mancarse ya en la lavor?

FELISINO.- Anda ya, que es tan buena que no la derrocará la madre, aunque sea más peor que tú la pintas.

POLYTES.- Pues mira que, si buena fuera la hija, que no se diera a ti; y si no aprendiera de la madre, no supiera ya cumplir contigo. E al cabo, dámela tú muger y dártela he incostante; dámela moça, daréla peligrosa; dámela que se vea algo hermosa y no sea muy guardada, que yo te la doy por perdida; dámela loquilla y golosa, que yo te la doy por barata; dámela novicia o principiante en el officio o lavor que tú la enseñaste, que yo te digo que para ver si podrá cansar y por ver si podrá matar tu desseo, ella busque cómo experimentar sus fuerças y obrar sus desseos y aprovechar sus mañas y cumplir su nuevo apetito experimentado, aunque viejo en ser desordenado.

FELISINO.- Aún dirás algo que me pussiesse temor, pero es muy desapegada y çahareña. Lo qual, como no tenga su madre, veo que cada una sigue por su natural inclinación: la una al vicio y la otra a la virtud.

POLYTES.- ¿Y cómo? ¿Agora sabes que por muchacha que sea, que quando les cumple, sacan de las del saco? Y así se saben mostrar buenas y honestas y çahareñas, y halagueras y amorosas y muy pegajosas, y muy sacudidas y desamoradas. Y quiero que sepas, si no lo sabes —y si lo sabes oye mi opinión—, y es que las que más sacuden de sí los hombres y hazen de las honestas y turbadas de vergonçosas, éssas por la mayor parte con la turbación estropieçan y caen, no de manos como el gato, pero de lomo. Y más te digo, que lo querría yo aver —tractando en lo que tractamos agora de ellas— con las que a los primeros golpes son más sacudidas, porque todo lo que tienen de furia lo muestran luego. Y como se aceleran en el combate y gastan la munición de cólera que tienen, al segundo tientto —si vos como boçal no desmancháys a los primeros golpes— como no ay que hablar que no ayan hablado, ni que reñir que no ayan desembolsado, ni cólera furiosa que no ayan gastado, quedan unas flemáticas turbadas para caer y sanguinas de bien acondicionadas para conceder; y aunque la melancolía de mala inclinación les haga huyr, los chapines y faldas las hazen estropeçar sin que aya en qué, mas de las duras piedras que ellas os tiraron a los principios.

FELISINO.- Moverme Ýan tus maliciosas y caladas razones vivas si no supiesse yo que ella no espera aún las primeras palabras. Porque aun conmigo, que tiene por qué conocerme ya, no quiere sufrir de tres palabras arriba estando solos, que luego me dize: **!Error de sintaxis, ¡ !Error de sintaxis, ¡ !Error de sintaxis, ¡**. Tanto que ya me da pena verla tan sentible.

POLYTES.- No la has aún entendido. No querría tres palabras sin luego obras. Y no querría que no se quebrasse su honra, porque si con el hazer no pierde el buen crédito, haze y goza y mete moros, y siempre es la que era. Y descuyda los otros de que miren por ella, y con los otros se descuydar,

quédanle a sus apetitos más lugar. Y si teme el venir la madre es porque quiere que no dilates el pleyto, sino que luego concluyas y pongas los tus testigos a la prueba; y enséñate que el que ha de pleytear no ha de temer el gasto y ha de hablar poco y obrar quanto pudiere. E ansí dizen las tales allá entre sí en sus audiencias, blasonando y mofando de los que en esta causa somos pleyteantes que ‘gato muy miador, nunca buen murador’. E si no digo la verdad, dime tú si puesta en juego si se pone mal al jugo, y entonces condéname.

FELISINO.- No sé. Peligroso eres. Yo te prometo que, aunque no por antiguo, pero que por maestro podrás ya bien leer en esta escuela y ser abogado en estos pleytos que dizes.

POLYTES.- Pues que ya estamos en casa y en esta plática recibes pena, entiende en buscar las agujas y ata bien la bolsa y mira bien por el amiga. Y perdona, que yo marchó arriba a ver qué aya.

Argumento de la scena xij

Passando Marcelia consigo y después con la hija pláticas de la bondad de la hija, el despensero de Lucendo les haze un banquete de cena. Y sobreveniendo Fulminato y Pinel; haze Marcelia a Fulminato guisar lo que el otro avía de comer. E sobre cierto achaque, Fulminato se va huyendo y viene el despensero.

*Marcelia. Liberia. Despensero. Fulminato.
Pinel. Gracilia.*

MARCELIA.- ¡O, mezquina yo, y cómo se me abrasan las entrañas y me acompaña gran soledad en la ausencia de Polytes! ¡O, cuán sin ventura soy, pues siento que no me ama, y yo me aborrezco a mí y mi honra y casa, y a todos por él! ¡O, amor, qué grande es tu poder! ¡O, cómo si la honra no contradixesse a la voluntad y me atase los pies tras él yría desbalida, como tras cosa necesaria a mi descanso! Pero, ¡o, desacordada de mí! ¿Yo qué digo? Quiero subir a ver qué haze esta muchacha. Porque si la mano de Dios no la sostiene, y ella no es muy inclinada a virtud, con mi perdición, o ella es perdida tras mí o no escapa de serlo. Porque el no poderla yo proveer, como yo querría y mi honra pide, me haze dissimular con ella en algunas desembolturas con la conversación de éstos que tractan en casa. Y quiera Dios que no aya tomado para su mal las libertades que yo le doy, y que mi mal hazer no la aya enseñado a perder simplicidad y a abrir puerta a la deshonestidad. Porque el mi no hazer con qué enmendarla me ata la lengua al corregirla, ni puedo castigarla; donde mi vida me muestra a mí digna del castigo y me embaraça el poderla yo a ella abonar. Porque poco monta ser madre reprehensora de lengua con vida y obras viciosas y ocupación reprehensible, porque el enseñar ha de ser obrando y platicando bien yo.

LIBERIA.- Mi madre sube; quiero ganar por la mano en mi abono para que de quantas ella haze, que haziendo yo alguna errada, o no la vea o no la crea, como ella piensa que no la entiendo yo sus urdiembres. Ansí, ansí, ¿y no vistes cuán de reposo se anda mi madre de iglesia en iglesia y dexa la casa franca a quantos van y vienen? Dios me libre de tan buen crédito como tiene de todos, que piensa que son, como ella, a las buenas. ¿Y no vistes qué descuydo? Que harto tengo que sacudir de mi importunidades de locos que, con la buena confiança de mi madre, a mí querrían robar de mi limpieza y estragar mi inocencia, y deshorrar su casa y amenguarla a ella.

MARCELIA.- Buenas nuevas de mi hija son éstas. Pero quiero halagarla, pues mi vida no me permite reprehender su inocente vida.

—Calla, hija; no me reñas, por tu vida, que vengo de encomendarme a Nuestra Señora. Pero dime, ¿fuese el de endenantes?

LIBERIA.- Y aun, después que no deviera, vino Felisino.

MARCELIA.- Ésse, como por de casa, le dexé subir, que le encontré a la puerta. ¿Y fuese ya?

LIBERIA.- ¡Tal venía él para parar mucho con él yo en casa! Y anda ya, madre, déxame allá con tus confianças que de todos tienes, que estos son hombres y de palacio, y oy aquí y mañana allí. Ansí como no paran en lugar, ansí no dexan cosa de intentar ni aun muger por burlar.

MARCELIA.- ¿Y qué hizo?

LIBERIA.- ¿Qué? ¿Qué hiziera, me di, si yo lo dexara! Que lo que hizo fue poco en rasgarme la labor y perderme una aguja, que según lo que quisiera fue nada.

MARCELIA.- Déxalo, que él lo pagará, que es un burlón. Pero calla, que llaman.

—Suba quien es.

DESPENSERO.- Dios guarde la honra y gentileza d'esta casa.

MARCELIA.- ¿E tú eras? Perdona el no te aver respondido antes. Pero no sé por qué olvidas tanto esta casa do no te dessean mal.

DESPENSERO.- Mis ocupaciones impiden mi voluntad en te servir.

MARCELIA.- Y aun por una onça de libertad que tengo en mi casa suffro una arroba de pobreza, porque la vida arriscan los hombres por la libertad. E ansí dizen que 'mi casa y mi hogar cien sueldos val'. ¿Pero qué es lo que mandas agora?

DESPENSERO.- Tengo un poco de olanda, y vengo a saber si me podrás vestir de tu mano de unas camisas al moderno.

MARCELIA.- Por cierto, sí para otros, pero no faltará tiempo y voluntad para lo que tú quisieres.

DESPENSERO.- Pues, señora, porque este es para mí tiempo muy ocupado en mi officio, me perdona, que luego embió el lienço; y mandaré con que cenes. E si mandas vendré, sossegada la gente, a te ayudar a quitar los manteles para que sobre mesa me cortes las camisas.

MARCELIA.- Por tu servicio huelgo de ello, con que mires que ay vezinos que velan vidas ajenas en este varrio.

DESPENSERO.- Yo proveeré de venir en quietud de todos; y por señal que soy yo, tiraré tres piedrezuelas a esta ventanilla por no pararme a llamar. Y con tanto, me da licencia, y perdonando mi pobreza, toma este real de a quatro para que se aya proveído de fruta.

MARCELIA.- No le tomara a no incurrir en mala criança. Ve con Dios, que en todo se proveerá. (Allá yrás, majadero, que acá dexas para la lámpara de los necios y después darás para la vela de los cornudos).

—Cata, hija, que 'a quien Dios ama, la casa le sabe'. Mira qué haze este hombre de hazernos bien sin darnos ninguna molestia. Pon, hija, esse hogar a punto, que yo aseguro que no tarde en embiar, y aun que sea menester desembolverte.

LIBERIA.- Yo bien tengo para mí que él proveerá, de suerte que aya para nos y aún las vezinas. Pero no te congoxes, madre, que para todo avrá tiempo. Yo voy a mi prima que se passe acá, y con ayudarnos al trabajo ahorrará ella la costa.

MARCELIA.- Bien dizes. Ve luego y buelve, que me quedas sola.

(¡O, bendito el que lo gobierna todo, y cuán sin resabio de malicia anda mi hija sobre tantos estropieços como yo le pongo por esta negra de honrilla y ganancia, que pocas vezes son de

una mesa estas dos cosas. Pero, cata, cata, ¡y qué presto y qué gimiendo viene! Asuadas que trae cobro).

—¿Qué es eso, loquilla, que si fueras casada pensara que te hacía gemir tanto la preñez?

LIBERIA.- A la fe, ya que nos libró Dios de esos afanes, cátanos aquí en otros de más provecho y ganancia. Y plega a Dios que tales gemidos nos visiten cada día. ¿Pero no veys qué prisa se da mi madre, viendo que no puedo con la carga?

MARCELIA.- Anda, bova, que de alegría no mirava en tanto; pero muéstrame esa bota de buen año. ¡O, qué cosa de ángeles! ¡Por tu vida, que es de Madrigal, y aun de más de tres hojas!

LIBERIA.- Ansí, ansí, madre, si truxera ponçoña, del lodo estabas.

MARCELIA.- Bien sé yo que tan buen liquor no podría sufrirla. Pero desembaráçate ya, y ássese un capón de esos y essa ternera ençorça, que harto avrá.

LIBERIA.- Anda, madre, que el día de mañana no le vimos, y no diga que lo hurtó el moço, mayormente que ya verná Gracilia, y aun de aquí a la noche acudirá alguien más al buen olor.

MARCELIA.- Dizes bien. ¿Pero qué fue del lienço?

LIBERIA.- ¡Como que no entiendo yo que sabe mi madre qué corte de camisas busca el otro!
[Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué dizes, hija?

LIBERIA.- Que no pudo el moço traello todo.

MARCELIA.- Nunca y no, que la paga acá está. Aÿ viene tu prima. Desembolved esso. Yré yo por una ropa limpia de mesa a mi arca.

FULMINATO.- ¿Tienes, hermano Pinel, qué hazer?

PINEL.- No lo avrá para no ocupar la persona y las armas por ti.

FULMINATO.- Pues vamos a un salto.

PINEL.- Pues espérame quanto visto un jaco de malla y tomo una rodela.

FULMINATO.- Anda, que aquí va mi valenciana.

PINEL.- Pues porque no temas que busco excusas, guía.

FULMINATO.- ¡O, descreo de los desconfiados de Dios y miedo en Fulminato! Pues, sígueme, que tú verás esta noche quién es Fulminato, y cómo por ser tú no lo tomo por injuria.

PINEL.- ¡Al diablo encomiendo tal hombre aún oy! Pero si me pusiere en más de lo que puedo, que lo haga a solas. Tomar viñas, porque otro día avise en lo que mete a los amigos. [Ap.]

FULMINATO.- Ya creo que te arrepientes de venir.

PINEL.- No quieras de mí más de un sí.

FULMINATO.- Pues guío por tras Sant Julián, que me salieron esta noche unos tres a quitar la capa; pero a no tener buenos pies, pagávanme el pato.

PINEL.- Pues por essas callejuelas, lugar es para esse officio. ¿Pero cómo te libraste?

FULMINATO.- No quisiera que me lo acordaras, por el enojo que de mi poco correr tengo.

PINEL.- Dizen que ‘el que va a hazer mal, que ya va medio herido’.

FULMINATO.- Por el sancto molde de la Litanía, que a no me conocer en el denuedo del

desenvaynar, que avían acometido con buen semblante.

PINEL.- Si ello fue así, tenían la vida en los pies. Y así dicen que ‘vale más salto de mata...’

FULMINATO.- Mal me salió la peroña, pues sin priesa estoy ya a la entrada de la cal Nueva. [Ap.]

PINEL.- Y aun aý serían las tus bregas. Pero en esta calle, quando Dios amanesce, aún hallo yo día.

FULMINATO.- Y aun yo os descubrí este Perú, y vosotros mal agradecidos.

PINEL.- De Dios avráslo bien hecho. Pero, pues ya estamos a la puerta de tu manida, cata que ay bullicio arriba; no sea que los que te huyeron acullá, se te acogieron aquí.

FULMINATO.- Pues por esso sólo subo sin llamar, a puerta abierta.

MARCELIA.- ¡Ay, mezquina yo, que quedó abierta la puerta, que no sé quién sube!

FULMINATO.- Sí suben, que por tanto me llaman a mí Fulminato. ¿Y ésta qué burlería es?

MARCELIA.- ¡Ay, qué fiero viene el desuellacaras, triste de mí! Pero reniego de la leche que mamé si, sobre hazerle oy cornudo, no le hago que guise la cena al otro. [Ap.]

PINEL.- No te turbes, señora, con los de casa.

LIBERIA.- ¿Y cómo no nos hemos de turbar de la voz de hombre de súbito, viviendo tan descuydadas a la llana?

FULMINATO.- ¿Y ésta qué boda es?

MARCELIA.- No tuya.

FULMINATO.- ¿Pues, cuya en esta casa?

MARCELIA.- ¿Oyste, necio? ¿Y no veys qué señor de la posada?

FULMINATO.- Sácame d’esta duda antes que haga algo.

MARCELIA.- ¿Y qué has de hazer? A la fe, en mi casa no devo sino a Dios y al rey tributo, que aunque pobre de todos, sino de ti, soy honrada.

PINEL.- Ni aun pienses que Fulminato te haga desaguisado, sino que viene enojado de unos que se le fueron por los pies.

MARCELIA.- Pues nadie se deve ensañar si no tiene buen desensañadero. Y váyase allá, que aquí no le deven centeno.

GRACILIA.- Y calla, señora tía, que estos de palacio son así, maliciosos.

LIBERIA.- No es sino el diablo que reyna en ellos como ociosos, y así son tan absolutos y aun dissolutos.

GRACILIA.- Calla ya, prima, que vendrá el señor tu tío y no hallará la cena hecha.

MARCELIA.- ¡O, astuta moça! [Ap.]

LIBERIA.- En cargo me eres, prima, llamarte a tomar enojos escusados.

PINEL.- Anda, señora, que no ay nublado que ture un año; que si no me tuviéssedes por de casa, nunca acá asomaría ni sería amigo de quien tal no fuese, aunque Fulminato e yo seamos de un señor.

FULMINATO.- E aun, por tanto, passo yo por tus desafíos y en presencia de amiga.

GRACILIA.- Todas le queremos bien; no digas esso.

FULMINATO.- Bien paresces que hazes la salsa, que te quemas con ella.

PINEL.- Mas con todo, no seamos, Fulminato, estorvo donde no traemos pro.

FULMINATO.- Baste que esta confradía nos trayga a nosotros pro.

MARCELIA.- Mejor te ahorquen.

PINEL.- Dexémoslas, que será alguna apuesta de comadres.

FULMINATO.- Pues seamos nos compadres.

GRACILIA.- Que por demás es tener la boca llena de agua, sino dezirles la verdad. Que esto se adereça para un hermano de mi tía que vino oy de fuera, que es tutor de mi prima y vendrá agora, que anda a visitas de parientes.

MARCELIA.- ¡O, bendición de Dios en tan sagaz moça! [Ap.]

FULMINATO.- Pues para hombre tan de casa yo quiero assar estos capones; y si viniere, conoscerme ha por amigo.

PINEL.- Pues yo rodearé las perdizes; y quiera Dios que no sea afán de caçuela, que dizen, guisarla y no comella.

GRACILIA.- ¿Pues qué te paresce, tía, cuál están los pacientes?

MARCELIA.- Que eres como as de ser, y ansí temo que Liberia nunca valdrá nada. Pero mira que a Pinel tengas tú cobro d'él, que al otro yo le mostraré la puerta y aun el cuerno al ojo.

PINEL.- ¡O, pesar de la vida con los bellacos! Dos pedradas han dado en la ventanilla.

FULMINATO.- Aun si han de tener los abbades oy responsos si son los que te dixen, Pinel. Baxa, baxa, defiéndeles la escalera que yo salto por la puerta del corral a tomarle el passo antes que sepan que yo estoy acá y se acogen.

PINEL.- Pues anda, que nuestros son, que en el portal suenan.

FULMINATO.- Pues calla, no me sientan, sino ʔrseme han como la otra vez. Pero aun el diablo avrá parte oy en estas bagassas, si no creo que nos han vendido. Pero si yo llego a mañana no se me yrán sin el pago. No ay nadie; bien está. Yo me acojo para palacio, que después todo será dezir mañana a [Pinel], si no muere de bovo agora, que se me acogieron por pies.

MARCELIA.- Ya se fue aquel panfarrón. Detén, sobrina, a Pinel, que va muy denodado, pues ya sabes quién llama. Y tú, Liberia, ve y cierra el corralejo, que el esforçado no le esperemos por agora.

PINEL.- ¿Dónde vas, hermana Liberia? Espera, yo voy contigo, que aún por Dios no entiendo esto de estos entremeses, aunque con todo no sé si me tienen por seguro.

GRACILIA.- Anda, ve, que la bondad de mi prima assegura las partes.

LIBERIA.- Aun, pues, no sería mucho que te burlasses para mi sanctiguada, porque el buen aparejo abre la dañada voluntad a las vezes.

PINEL.- Por Dios, que agora a solas me paresce mejor la moçuela. Y aunque si no fuesse por la parentela suya y de Gracilia, que aún, aún...

DESPENSERO.- Buenas noches, señora Marcelia. Y perdona que no esperé que me alumbrassen por deslumbrar sospechosos. Pero dime, ¿quién salió de la puerta del corral de tu casa?, porque es el más suelto de pies que jamás vi, porque pensé que fuese algún ladrón. Y seguíle como le vi salir de corrida; pero como alcanzar un galgo, así le pudiera yo alcanzar ogaño si así corre siempre.

MARCELIA.- ¡Mal peccado! Aunque fuera ladrón no tenía qué llevar, si no nos llevase los mantos. Pero dime, ¿vístele la cara?

DESPENSERO.- ¡Por Dios!, que aunque reconoció que yo solo le seguía, que no pareció sino ave. Hacia Sanct Benito me desapareció.

GRACILIA.- Asuadas, que era el valiente que mejor se amañava a assar que a defender lo assado. Pero pues no soy ya menester, me da licencia.

DESPENSERO.- No consiento que te vayas porque yo vengo.

GRACILIA.- Ya sabe mi tía que tengo huéspedes. Voyme por la puerta del corralejo porque la cierre mi prima, y perdóname.

MARCELIA.- Ya, ya, agora te entiendo. Dize bien, que tiene con quién cumplir.

DESPENSERO.- Pues, porque no me consentirán acompañarte, no porfío a ello. Pero lleva un capón d'éstos que cenes, y perdona.

GRACILIA.- Muchas mercedes. Y a buenas noches.

MARCELIA.- Mira, sobrina, al oÿdo. Tráctame bien al galán. Dirás a essa muchacha que cierre bien la puerta y se suba luego; y anda con Dios.

LIBERIA.- ¿Dónde te vas, prima, por aquí?

GRACILIA.- A mi casa. Sube presto, que está tu tío aguardando para cenar. Y tú, Pinel, pues acá no serás menester, te allega conmigo a mi casa.

PINEL.- De muy buena voluntad.

LIBERIA.- ¿Hasta la puerta dize? Yo seguro que sea hasta la cama. Y aunque esta es más venturosa que yo, pero algún día vendrá Dios por mi consuelo. Voyme arriba.

MARCELIA.- ¡Ay, señor, qué mal lo has hecho conmigo! Siéntate y dissimulemos con comer, que sube mi hija.

DESPENSERO.- Por mi fe, señora hermosa, que con poco más no os aguardáramos a la mesa.

LIBERIA.- Haga buena pro, que yo ya he comido dos bocados, que me bastan agora.

MARCELIA.- Ni aun yo puedo passar bocado sino a poder de beber, que pensando que tardaras más comimos sendos pocos.

DESPENSERO.- Pues yo allá cené. Por mí no se detenga la vianda.

MARCELIA.- Sueltamente lo hazes. Pues no pienses yrte así. Anda acá, que te quiero dezir un poco a esta mi cámara. Y tú, hija, pon en cobro esso como te pareciere.

LIBERIA.- ¡Asuadas, que agora se corten las camisas! Pero allá lo aya mi madre, que yo quiero cenar de mi espacio e yrme a dormir, que mi madre ya tiene ocupación hasta el día. Y aun para mi santiguada, que si yo puedo que me tengo de entregar. Que no me lleve de oy más, pues así juega, carta de más ni embite que no se le rebide, Dios queriendo.

Argumento de la scena xiiij

Fulminato cuenta a Lydorio el destroço que hizo esa noche, y entran a Floriano. Y encárgase Fulminato de buscar alcahueta que remedie a Floriano.

Fulminato. Lydorio. Floriano.

FULMINATO.- ¡O, reniego de Venus y aun de mí si aquellas bagassas no me lo pagan! Y si no tengo por mí que me tenían entrampado, que por secreto que salí aún uvo gente para mí. Pinel, como visono, haría rostro, y haríanle criba. Perdónele Dios, que era buen mancebo. Y aunque él fue por mi causa allá, no tengo yo culpa de su muerte, pues no deviera él de hazer más que el compañero. ¡Ya, ya, no más de noche!, que aunque bien sé que no me alcançaron, aún pienso que me hirieron. Muchos me parecieron; nunca en tal peligro me vi de veras. Quiero oy llamar mi día primero y buscar cómo mi huyr no menoscabe mi estima, pues ya bien me atreveré a correr el palio. He allí a Lydorio y muy denodado. Aun el diablo sería si acá saben ya de la muerte del triste de Pinel y de la huyda del gozoso Fulminato.

LYDORIO.- ¡O, qué malo eres de descubrir, Fulminato!

FULMINATO.- Si es cosa de armas, dime el qué y por dónde comience, que verás si halla defensa esta valenciana.

LYDORIO.- Anda, que pones gran dubda en tu ánimo con andar tan prevenido en acometimientos de armas. Porque pocas vezes vi ‘perro que bien apresasse que mucho ladrasse’.

FULMINATO.- Agora lo vieras qué passé.

LYDORIO.- ¿Qué fue?

FULMINATO.- En el doblar de campanas lo sabrás; por unos tres que no conociendo mis golpes me acometieron solo.

LYDORIO.- Si así es, bien te fue, pues solo y sin armas te libraste. Pero vamos a Floriano, que ya oviera de aver cenado. Y espera a ti para encargarte sus negocios.

FULMINATO.- Vamos, que descreo de Mars, si no se concluy[e]n presto estos negocios y aun a costa de más de tres cabeças.

LYDORIO.- ¿De aves serán? Pero entra passo hasta ver si duerme.

FULMINATO.- Agora os digo que estamos todos de un son. Y cantando está. Oye, oye.

*Lamentación de su pena, dirigida a su señora,
llamando Floriano la muerte.*

Salga la voz lastimera
publicando mi pasión

y tormento;
salgan mis suspiros fuera,
que riesguen mi corazón
al momento.
Ábranse ya mis entrañas
si tú, dama, eres servida,
y verás
las mis bascas tan estrañas
y dolor tan sin medida
que me das.

En el campo del amor,
yo sin armas desafío
al que dixere
aver tan yguar dolor
ni tormento como el mío,
ni se espere;
porque yo, triste penando,
ni espero gualardón
ni soy creydo,
y mi pena publicando
siempre cresce la ocasión
de ser perdido.

Toda pena d'esta vida
con la mía comparada
gloria es.
¡O, muerte no fenescida!
¡O, vida desesperada!
¿Qué me quies?
Dime en qué te aya offendido,
muerte buena para mí,
pues me huyes;
pide licencia a Cupido
que a él vengas y a mí
si concluyes.

Ya me falta sufrimiento,
pues tanto cresce mi fuego

tan rabioso;
ya mis dolores no siento,
y a tino voy como ciego
sin reposo.
Porque doquier que ya fuere
yré la muerte buscando
con clamores,
pues mi tan querida quiere
estar siempre cevando
en mis dolores.

Concluye

No sé qué remedio halle
para de mí más vengarte,
mi señora;
si el remedio es que yo calle,
callaré por no enojarte
desde agora.
Que aunque yo quiera otra cosa,
pues tú mi lengua gobiernas,
no podré;
¡o, linda más que la rosa!,
con que mires que me infiernas
callaré.

FULMINATO.- Ya calla. Y mal aya hembra que a un tal hombre se niega, que es para mover a compasión a las fieras. ¡Que de las que en la cara tengo y de todos los talmudistas reniego, si Floriano quiere, si no le traygo la dama a las uñas! Que todo es ayre andar ruando y trobando y sospirando, sino dezir y pegar. ¡Que descreo de quantos adoran el sol si me uviera yo puesto en amar a Belisea, si no la uviera yo havido y aun quizá aborrescido, porque al fin donde las otras lo tendrá, y de carne!

LYDORIO.- Calla, que si te oye esso no cabremos en casa, porque la tiene por dechado de hermosura; aunque a la verdad ella es joya tal.

FULMINATO.- Pues si con la hermosura no tiene cordura, la tal cae más ayna; y las tales caídas son peores de levantar, y aun de hartar.

FLORIANO.- Pajes, metedme una vela o abrid las ventanas, si es de día.

LYDORIO.- ¡A, señor, mira que arden dos velas y es media noche! Y aquí está Fulminato que

mandaste llamar.

FLORIANO.- ¿Y para qué?

LYDORIO.- Para que te buscase remedio.

FLORIANO.- No le ay, sin el de Dios, fuera de aquella que me mata.

FULMINATO.- Si no quedassen más muertos que los que me acometieron, bien les yrá.

FLORIANO.- Muerte corporal para mí vida es. ¿Pero qué fue eso?

FULMINATO.- Que haze Fulminato de las que suele.

LYDORIO.- Holgarás oÿr las cosas de Fulminato de su boca.

FULMINATO.- A la fe, qualquiera que diga verdad te contará que de los seys que me salieron, los cinco les valieron buenos pies; pero el uno, que por sus peccados alcancé, aunque por no afrentar la espada le di de llano; y por tener la mano cargadilla le hize a seys golpes perder la habla. Y aun yo seguro que ya le estén llorando, si tiene quien le duela.

LYDORIO.- Doy a la muerte este lebrón, que así descose mentiras. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes, Lydorio?

LYDORIO.- Que él me avía dicho, poco ha, que eran sólo tres, y agora ya son seys y mañana serán diez.

FULMINATO.- ¿Y qué, los bocados me cuentas? ¿Pues no sabes que no trae contradicción de antes tres y agora seys, pues que tres es la meytad de seys? Y a ti bastava dar cuenta de lo medio que yo hago, pero a mi señor de todo. Y con esto te quiero tapar la boca y soldar tus malicias.

LYDORIO.- Más me la taparas con la verdad, porque ya sabes que ‘el que en mentira es asido, quando dize la verdad no es creÿdo’.

FLORIANO.- Cata, Fulminato, que no quiero los de mi casa reboltosos. Basta mi desassosiego sin que le aya en mi casa. Y tú no andes solo hasta que esso se aplaque, en especial que estás en tierra estraña.

FULMINATO.- A la fe, señor, mis obras me la hazen ser tierra propia. Y por esso te suplico no encomiendes ni fíes tus cosas de muchachos, pues yo pondré la vida por tu sosiego. Y piensa que lo que me encargares que saldré con ello.

FLORIANO.- Mira lo que dizes.

FULMINATO.- ‘A la prueba buen amor’, porque al fin ya yo sé dónde ay la pura y la buena, y la alcahueta y la hechizera en el pueblo. Y aun sé por qué canales ha de venir el agua que amate tu fuego.

FLORIANO.- Di, ¿serás para traerme retorno de una carta?

FULMINATO.- Y aun a la dama, si menester fuere. Pero ha de ser con que me hagas una merced.

FLORIANO.- Pide.

FULMINATO.- Que luego me desembaraces. Y tú que cenes, que es medianoche y duermas a sueño suelto.

FLORIANO.- ¿Qué te paresce, Lydorio?

LYDORIO.- Que te aconseja como leal, y que cumplirá lo que dize como animoso, en especial si tú le animas con alegrarte.

FLORIANO.- Luego me traygan de cenar, y en tanto escribiré. Y tú vete en tano a cenar; y cenen luego los que tú quisieres que vayan contigo. Y tú, Lydorio, darás a Fulminato la mi cuera de búfano con la guarnición de carmesí pelo y passamanos de hilo de oro; y darásle para calças quatro pieças de oro; y darásle de mis espadas la que quisiere, con que me dexes la que al presente anda en los talabartes, que agora yo suelo ceñir. Y a la respuesta le haré las mercedes.

FULMINATO.- Pues yo espero con mi buen negociar recuperarte el alegría y salud.

LYDORIO.- Luego voy a entender en que te den de cenar, y a todo lo que más mandaste.

FLORIANO.- Pues yo escribo luego. Tú, Fulminato, buelve luego acá.

FULMINATO.- Señor, ni me detengas ni escribas, sino ‘sí por sí’ lo que quieres de allá, que yo me voy a poner a punto.

LYDORIO.- Mira, Fulminato, que salgas con lo que te has encargado, pues las mercedes ya antevienen al servicio. Por tanto, huye de la ingratitud. Y vamos, daréte lo que me mandó. Y sábetete que no me pesara que fuera más, pero ‘no se hizo Roma en un hora’.

FULMINATO.- Pues créeme, señor Lydorio, que as de pensar que labras tu heredad, porque en mí no perderás tu buena voluntad y trabajo. Y piensa —dexando uno por otro y que bien veo—, que si no fuesse por tu cordura, que yva de caÿda la casa de Floriano, porque la cabeça enferma no les puede yr bien a los miembros. Y aun esto veo por los que andamos en lo suez del mundo, que no podemos rehusar algunas no buenas compañías algunas vezes, y de ellas, con la ayuda de nuestra perversa inclinación, más nos damos a lo vicioso que a lo virtuoso. Y ansí proveyó Dios que en una casa donde ay tanta juventud y tan suelta a los malos apetitos, con estar la mano que nos avía de castigar enferma, que aya en ti un seso más viejo en saber que experimentado por los días para que a los unos, como yguales, vayas a la mano, y a otros aconsejes como sabios, y a otros loes como virtuosos, y a otros reprehendas como viciosos.

LYDORIO.- Dios lo remedie todo de su mano, que Dios sabe el temor y lástima que tengo a Floriano. Uno, de la perdición presente; y otro, del temer que aún vaya a peor y que se pierda rocín y mançanas. Por esso me dí qué remedio piensas tú poner.

FULMINATO.- Conténtate que ‘tiene manos el pandero que le harán sonar’, y no me pidas más hasta que veas al claro cuánto puedo yo con ayuda de Dios.

LYDORIO.- Pues no quiero sino dextarlo nadar como corcho en agua. Toma lo que te mandó dar Floriano y no tengas en poco la merced, que es más de lo que piensas. La cuera, ella dize su valor; pero esta espada vale un cavallo. Y toma las pieças de oro y no falte tu servicio, porque sobrará tu ingratitud.

FULMINATO.- En esso dexa hazer. Pero en lo que dizes de la espada, quiero que sepas que no sufre qualquier hoja los golpes de mi braço, y que ha menester el ser tal para turar conmigo. Y aun la cuera, que quizá avrá de mandar una dozena a Cervantes por mis caseros tras los que allá tengo, que gran maravilla será si esto colorado no entorpece oy alguna bovilla para que desmayada me cayga en los braços.

LYDORIO.- Pues luego entra a Floriano, y desembaráçale presto porque cene.

Argumento de la scena xiiij

Fulminato sale de hablar a Floriano con la carta, y va en casa de Marcelia luego de mañana. Marcelia asconde al despensero en la cámara; apazíguanlo, al fin, madre e hija. Fulminato da la carta a Marcelia, en que pone ella ciertos polvos.

Fulminato. Marcelia. Despensero. Liberia.

FULMINATO.- ¡O, reniego de ti, Mahoma, con hombre tan sin cabo como Floriano! Por más tengo verme ya libre de sus importunidades que el salir anoche de casa de Marcelia. Por donoso concierto de casa es este si va adelante, que ya es amanescido y aún no he podido coger sueño. Bien dicen que ‘un loco haze ciento’ y un desconcertado regidor desconcierta un pueblo. Yo no he dormido, pero pasé cochura por hermosura. Oy tomemos la medra por sueño, que al contrario cada rato passa el poder dormir y el mal medrar. En la ropa voy hecho un cardenal, cevo de bovillas; y en la bolsa voy un papa, pues lleva oro, qual es muy raro en mi posada. Por la sancta Letanía que si agora yo fuesse a llevar la carta a Belisea, que presto recaudasse la dama para mí y los cuernos para mi amo; y aunque no me curasse de mucho dezir porque me entendiesse, y aun porque se contentasse, sino llegando y pegando y *a Dio madona*. Pero tornando en lo que me podría costar la ropeta, descreo del que a Dios desama si no temo que esto, barato dado, me salga caro llorando. Porque yo quedo obligado a ser alcahuete de mi amo, porque este es nombre que tiene el tal officio que yo llevo. Y aun quiera Dios que este bermejo no anuncie algún derramamiento de sangre de Fulminato. Pues si muero por esto, ni me enterrarán con ello ni aun por ello me dirán más misas que en Córdoba, porque dirán que no es mío para venderlo y gastarlo por mí; y aún, oxalá que me digan: **¡Error! Marcador no definido..** ¿Pero a mí quién me mata? Que agora bueno va, él dos vale con dos doblones en bolsa, ¡que no son ya buenos de aver!, que paresce que ellos y los virgos han aborrescido ya el reyno. Agora que yo ando bien y estoy pagado, mirar por mi persona y con los negocios y mensajerías a Marcelia; y como dicen: ‘échese a doze y nunca se venda’. Porque con lo poco que ella sollicitare y lo mucho que yo mintiere, entrará en la fiesta del loco Floriano, pues ya está en la vigilia. Y con la locura y mi buen embaucar, vendrále la franqueza; y lo que a mí me cupiere, mío, y lo que a Marcelia, la primera y mejor parte de Fulminato. Y d’esta manera avrá medra, porque esperar el partido ello es poco y págase mal y gástase bien, por manera que a la vejez hospital. Con esto, pues, ya es día claro y podré yr seguro. Doy co[n]migo en casa de Marcelia, y veré si enterraron a Pinel y qué se diga de mí. Y si viere la mía, daré un traspíe a Marcelia y haránse las amistades, porque todos los enojos de la muger aplaca el hombre en la cama. Y con tanto, salgo en nombre de Dios.

MARCELIA.- ¡O, cuán en un soplo se ha ydo la noche!

DESPENSERO.- No sé si ha sido soplo, que aun con no me aver vacado para soplar las manos un

momento, y aún mal contenta la señora. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué dizes?

DEPENSERO.- Que es tarde.

MARCELIA.- Anda, que será el lunar.

LIBERIA.- ¡Válasme Dios, y cuán sin perro he dormido!, aunque no sin pena, porque esta cama me avezó a querer compañía en la cama, y por tanto nunca me quadró mongía, porque a cada uno inclina Dios para lo que es. Pero dexando esto, me voy [a] abrir la puerta de la calle, que a mi madre no la espero tan ayna. Y también, por el empacho de no les ver salir juntos de la cámara, me baxo al portal, que quizá en tanto me deparará ventura alguna buena dicha.

DEPENSERO.- Señora, tarde es, y Belisea a de yr oy en romería a Prado, y tengo de dar cobro para ella y sus mugeres que no lleva hombre ninguno. Y madrugarán, que querrán yr disfraçadas; por tanto, perdona para de más espacio.

MARCELIA.- Holgara de yr con ella, pero dicen que la sirve un cavallero.

DEPENSERO.- No me meto en esas cuentas. Allá lo aya, que muger es y no le faltará un hombre. Levántome.

FULMINATO.- Bien me ha ydo, que ya estoy a la puerta, y aunque de mañana ya está abierta. Estas mugeres, en durmiendo solas, luego madrugan. Allá subo, que Liberia va por la escalera arriba.

LIBERIA.- ¡O, válgale el diablo de mañana! Siempre vendrá quien no cumpla. En pleyto veo la casa si Dios no remedia, y saldrán las cosas de mi madre a plaça. Quiero hablar alto por avisar a mi madre y que vea si le cabe dormirse en las pajas.

—¡Ay, válasme Dios, bien pareces ladrón de casa, Fulminato, que así subes sin llamar!

FULMINATO.- ¡O, pesar de la vida! ¿No sé de mí y quieres que mire en esos puntos a tal tiempo? ¿Y qué fue del galán, aún duerme?

LIBERIA.- ¿Y qué galán? No ay hombre en esta casa para dormir después que mi padre faltó de ella.

FULMINATO.- ¡Qué maestra está ya la muchacha! [Ap.]

—A la fe, hermana, quando tú nasciste ya yo sabía la litanía; y piensa que adonde tú agora vas, yo ya vengo.

LIBERIA.- Déxate de burlar con tus malicias y refranes viejos.

FULMINATO.- ‘A otro perro...’, hermana, que agora no tienen sazón las burlas.

MARCELIA.- ¡O, mezquina de mí, y si no está allí un primo mío! Y como no quiere Dios que queden los males sin castigo, y el castigo en la honra es muerte.

DEPENSERO.- Y calla, señora, no llores. ¿Cómo se llama esse primo?

MARCELIA.- ¡Ay, triste yo! ¿Qué? Fulminato.

DEPENSERO.- Oŷdla a la puta. ¡Es d'en cas del diablo el otro y agora primo! Y aun él tiene tal fama que el diablo quiçá me empastel[e] oy aquí. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué dizes, señor?

DEPENSERO.- Que salgo a él a sacalle el alma.

MARCELIA.- ¡Ay, deshonrada yo, no hagas tal! Espera, oyamos en qué para la muchacha.

FULMINATO.- ¡Ea, pues delante y respóndeme!

LIBERIA.- ¿Y a qué te he de responder, pues no sé si preguntas? Y calla, que duerme mi madre.

FULMINATO.- Pues, ¿y el hermano?

LIBERIA.- ¡Miralde, y qué escarnio haze! A la fe, luego en cenando le llevaron unos parientes consigo sin poderse descabullir de ellos.

FULMINATO.- Y aun pese a tal con tal gente. Pero voy a ver qué ay dentro. Y déxame, que me riesgas la ropa, si no aún atreverse ha hombre a la parentela.

LIBERIA.- ¡Ay, Dios le guarde de mal, pues no yrás de aquí agora, aunque más gruñas y digas malicias!

MARCELIA.- ¡O, mezquina yo! Escóndete, señor, tras esa puerta. Y si entrare a abrir la ventana, saldráste. Y perdóname. E salgo allá, no se nos entre de rondón.

DEPENSERO.- ¡Allá irás, diablo! Pero, por Dios, que aunque este diz que es un matasiete, que Dios lo ha de remediar todo.

MARCELIA.- ¡O, qué buena venida tan de mañana! Pero, ¡ay!, ¿cómo me dexaste sola anoche? Bien parece que no amas en mí sino tu interés.

FULMINATO.- ¿Qué, qué? ¡O, reniego de los Jebuseos! ¿Y quién, sino yo, tiene tu honra en pie?

MARCELIA.- A la fe, gracias a Dios y a mi buen vivir. Y si no, veldo en lo de anoche, aún sin aver por qué, Dios loado.

FULMINATO.- Aún será él diablo si sabe que huŷ. Pero quiero hazer del bravo y atemorizalla porque no se me atreva. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué hablas entre dientes, que es género de trayción?

FULMINATO.- ¡O, reniego de quantos a Dios perdieron! ¿Y palabra es éssa para dezir a Fulminato?

MARCELIA.- ¡[Ay], mezquina, y qué fiero está! Quiero halagalle, no salga el otro y tengamos que llorar. [Ap.]

—¡Ay, no le habléys, que ha de salir a los toros con su carmesí!

FULMINATO.- Y aun allá verás en lo que hago, que si hombre fueras agora no quedara tu palabra sin castigo de la vida.

MARCELIA.- Y calla, mi amor, que me levanto descontenta.

FULMINATO.- Ya te entiendo. Péstate porque fuy anoche tras aquellos y no torné. Pues anda, allá diréte el por qué.

MARCELIA.- ¡Ay, perdida yo, y torna acá!

—¿Y qué buscas? No me abras la ventana. Anda tú, señor Dispensero, salte de presto.

DEPENSERO.- Voyme y bien burlado de ti, que si no por mi honra oy nos oyeran los sordos. Pero ‘más días ay que longanizas’.

MARCELIA.- Allá iras, necio. [Ap.]

FULMINATO.- ¡O, descreo de Mahoma! ¿Y quién botó fuera? ¡Y tal traición, doña bagassa! Pues espera, que yo te haré pieças al gayón.

MARCELIA.- ¡Ay, mezquina y deshonorada y sola! ¿Que así me has de parar en mí casa?

FULMINATO.- ¡Qué lagrimas de puta!

LIBERIA.- ¿Dónde vas, la espada sacada, tan demudado? Quál hará si te mordió aquel perrazo que va huyendo que no me dexó gota de sangre, porque pensando que rabiava me venía huyendo para ti.

FULMINATO.- ¡Suéltame!

LIBERIA.- Mas, por mi vida, ¿mordióte? ¿Y si mordió a mi madre? Que yo no sé cómo durmiste, madre, sin sentirle. Él parecióme al perro de mi tío que era grande, que desde anoche harto se echaría debaxo tu cama.

MARCELIA.- A Dios gracias, que aclara las cosas y salva los sin culpa. ¡Mezquina yo, que no vea este hombre lo que padezco por sustentar la honra y que hago quiebra en mi casa por complazerle, y que me lo paga con malas palabras y peores injurias!

LIBERIA.- Y calla ya, madre. Entremos a ver si hizo el perrazo algún daño en tu cámara.

FULMINATO.- Aún avrá de ser perro, aunque me pese. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué murmuras entre dientes? ¿Ya estás confuso de tus malicias?

FULMINATO.- Que digo que, pues no me aprovecha lo que veo, que te he de llevar por testigo a que averigüemos el daño que hizo el perro.

MARCELIA.- ¡Ay, déxame, déxame, que no osaré yr con tal hombre!

FULMINATO.- Aunque ya gruñas, tú vendrás a la melena. Y con el llover se aplacarán esos terremotos.

LIBERIA.- ¡Ansí, ansí, con el diablo, que no parece oy mi madre sino mortero de concejo! Pero al muy avisado vendísele por perro. A la fe, avézese a suffrirlos al ojo. Y aun el otro triste, qué aguijar lleva y aun que vendía mal estoraque. Pero pues éstos están conjurando las nubes passadas, voy a hazer la cama del entresuelo porque me da el corazón que la avré oy menester.

MARCELIA.- ¿Paréscete, amor mío, que después de averme injuriado, que agora me tienes donosa?

FULMINATO.- ¿Y qué, aún ay enojos?

MARCELIA.- No los tengo sino de mí, porque aunque la sensualidad me halaga, la honra me punge aún en medio del deleyte.

FULMINATO.- Y calla, que más enojo y deshonra mía es, que se me fueron por pies los que anoche por tu servicio oxeé de tu casa.

MARCELIA.- Antes me dixo mi hermano anoche que vido un hombre huyr sin que nadie le siguiesse, y aun por las s La affection que me haze no ver la perdición de mi honra me quita el advertir en cosas que sean contra ti, porque el amor deshaze las faltas del amante y ensalça sus loores. Ansí que conmigo puedes tú meter moros a tu salvo. Pero dime, ¿quién te dio esta ropa tan rica?

FULMINATO.- Floriano, por lo que anoche hize, aunque fue en tu servicio.

MARCELIA.- Algún por qué más avría, porque estos señores distilan mercedes y quieren a cántaros los servicios. Pero dime, ¿en qué son andan los amores de tu amo?

FULMINATO.- Si no me lo nombraras no me acordara d'él, porque pena por necio. Pero con todo, porque veas si te sirvo y me acuerdo de ti, sábetе que te tengo tan acreditada con Floriano que te manda esta carta rogándote que la llesves a Belisea en su mano. Y sabe que trayéndole respuesta, que la ganancia tuya será tal con que entrambos pelechemos.

MARCELIA.- Donoso adobo es ésse, que sobre hazerme alcahueta de tu amo partes ya mi ganancia incierta. Pero porque no puedo no complazerte, y agora ay peligro en la tardança pues que va a Prado Belisea y la podré hablar a solas, duerme un poco que voy a ponerlo en obra, con tanto que no me tengas por alcahueta sino por muger que te haze plazer.

FULMINATO.- Anda, cierra essa puerta, que esse mal nombre le ponen las malas gentes. Y Dios te encamine y a mí dé buen sueño.

MARCELIA.- Pues que ya me encargué d'esto y no cumple tardarme, quiero echar unos polvillos del cabrón en esta carta que ya los he hallado^{aprovados}, Floriano ama a Belisea y ella lee la carta, ella le ame a él; y si no, quedarse ha libre, que al fin estas cosas sólo Dios las ha de saber. Y siempre avrá alguna ganancia más que con la almohadilla. Y con esto, pues mi hija está recogida y esto está hecho, me voy.

Argumento de la scena xv

Marcelia da la carta de Floriano con cierta cautela a Belisea, que yva al Prado. Y finalmente lleva un anillo de Belisea a Floriano.

Marcelia. Justina. Belisea. Pinel.

MARCELIA.- Agora que voy en mi cabo, quiero loar a Dios que me libró de tan peligroso trance para la honra como el de anoche, y de oy más poner más cobro en mi vida, porque ‘quien yerra y se enmienda a Dios se encomienda’. Pero gran ceguera fue la mía en encargarme tan sin más pensar de esta cosa que tantas dificultades trae en la salida y tantos peligros descubre en el efectuarse y tan jugada trae mi honra, si los puntos d’esta carta de más con que yo juego son descubiertos. En especial que Belisea tiene con la bondad tanta altivez y tanto descuydo de mis telas, que como no experimentada ni herida ni usada en estos tractos tan comunes a señoras y tan públicos a las mugeres plebeyas, que si me alcança de razones yo voy perdida a remate. Pero mezquina de mí, que tomé por medio para librarme de la ferocidad de aquel desuellacaras con razón sentida, con la sospecha cierta de lo que mi obra occulta le avía errado, venir a dar en tan gran extremo que yo ‘por huyr del fuego me lancé en las brasas’. Pero pues él como de burla me encargó este negocio, yo también haré como viere la mía en seguro, porque ‘duelo ageno de pelo cuelga’, aunque la charidad me pondrá espuelas al remediar un tan eminente cavallero como Floriano. Y la esperança del buen galardón para desterrar necessidades de mi casa me necessitará a que haga todo mi dever y me atreva a todo trance, pues ‘no se gana el pan sin afán’ ni ‘se toman truchas a ropas enxutas’.

JUSTINA.- Ea, señora, que bien puedes salir, que vas tan disfraçada que no serás conocida; y aun es tan de mañana que no ay de quien seas vista.

BELISEA.- Pues váyanse todas essa mugeres por sí por otra calle, y tú sola ve conmigo por guía y encamina por San Llorente, que quiero allí encomendarme a Nuestra Señora.

JUSTINA.- Pues en nombre de tal Señora salgo.

MARCELIA.- Aún es gran de mañana para ser levantada Belisea. Quiero de passo yrme a recomendar a Nuestra Señora de los Remedios. Pero, ¡o, cómo creo que son mis passos meritorios!, pues o yo conozco mal o son las tan tapadas mis ovejuelas. Y aun la delantera cierto es Justina, y la que la acompaña como inferior o criada es la señora, porque el buen donayre y apuesto suyo la apregona por la que es. Y pues me paresce que guían hazia San allá me voy a atenderlas y el tiempo me dirá qué haga. Por mi vida, pues que no ay viva criatura en la yglesia, que quiero aventurarme a poner esta carta en la grada del altar de la Madre de Dios, porque si éllas son, no dexará Belisea de llegar la primera a hazer su oración. E visto el papel, como son inquisitivas estas señoras y saben leer, tomarle ha; y si le lee, mi hecho va bueno, y entonces podré darme a

conoscer si viere por qué; o si no, a peor librar, si ellas no entran, tomaré mi carta y buscaré otro camino. E si a dicha la criada llega y toma la carta, dársela ha; y si mal huviere, descargarán los ñublados sobre élla y podré yo llegar a poner las pazes, sobre aver sido la guerreadora.

BELISEA.- Muy de mañana deve ser, pues no ay nadie en la iglesia ni aun es tiempo de yr solas al campo. Quiero llegarme al altar de la Virgen soberana a offrecerle un Ave María.

JUSTINA.- Señora, yo me voy a otro altar a hazer lo mesmo.

BELISEA.- Alguna nómina deve ser ésta, que echaron aquí a nuestra Señora.

MARCELIA.- Bien está, la carta ha guardado. Quiero agora yrme a assentar par de la donzella como que entro agora, pues no me han visto.

JUSTINA.- ¡Ay, Jesús, y qué mal comedimiento de muger, quien quiera que es!

— Apartaos allá, señora, que harto vazío ay en el templo sin que os me pongáys delante, pues no devéys ser vos el sancto a quien yo vengo a encomendarme.

MARCELIA.- Perdone, señora, que no la avía visto.

JUSTINA.- ¡Cata, cata! ¿Y tú eres, señora Marcelia? Perdona mi demasía.

MARCELIA.- ¿Quién es? Perdóneme que no la conozco. Ya, ya, ¡o, mi hermana y señora Justina! Razón fuera, pues, que el amor que te tengo me dixera ser tú. ¿Pero aquélla es Belisea? Porque tal joya, como tú, nunca la dexaran tales madrugadas salir sin gran guarda, y con razón, porque para tal thesoro qualquiera [sería] atrevido ladrón.

JUSTINA.- ¡Ay, habla passo, no nos oya alguno!, porque vamos a Prado sin gana de ser conocidas. ¡Y núnca acabará mi señoras de visitar altares! Y a lo que dizes de mi poco salir, yo nascí en signo de servir toda mi vida, y ‘quien a otro sirve no es libre’. Y aunque yo sea poco de cobdiciar, en estos palacios a viejas y moças y hermosas, y las que no lo somos, todas andamos más veladas que fortaleza cercada de enemigos, y más puestas tras llaves que el thesoro de Venecia.

MARCELIA.- Y aun por todo esse thesoro no querría yo ver mi libertad tan al sombrío entre paredes, porque ‘buey suelto bien se lame’, y aun quiero más pobre libertad que rica prisión.

JUSTINA.- ‘Quien más no puede, comporta la carga’. Y aun también en mí, la costumbre al encerramiento me tiene en hábito de no lo sentir por pena, pues desde niñez estoy en tal exercicio.

MARCELIA.- E aun esso es lo que peor yo veo, que lo que avrás ganado en esse exercicio, que tú llamas, será tener agora menos libertad que quando començaste de niña esse uso.

JUSTINA.- La mesma verdad dizes, porque más subjección tengo agora que diez años avrá, que la niñez me libertava y la innocencia me acreditava en no me vedar las entradas y salidas ni me cortar los momentos ni me señalar los passos, de manera que agora ando como quien aprende a dançar, que assienta los pies a querer ageno y mide los passos por compases.

MARCELIA.- Pues asuadas, aunque dances quanto quisieres, que no miren que eres ya tan para dançar con compañía, que el no te aver casado te priva ya de un hijo que tiemple los pesares passados y trayga cuydados presentes. Aunque, Dios te guarde y el ángel Sant Miguel te bendiga,

tu hermosura y juventud no avrá menester dote, por el qual ahorrar te dexarán cargar de días y de desseos. Porque naturalmente, tales como tú las crió Dios para los hombres. Y porque hablemos a solas más al descubierto, la hembra así cobdicia al varón como la tierra al agua para produzir. Y las donzellas y gallardas, llenas de sangre ferviente [y] como tú hermosas, quanto soys agenas de experiencia tanto soys más combatidas de desseosos pensamientos, de lo que por el sagrado lugar me queda por dezirte.

JUSTINA.- De toda tu larga plática, porque sólo entendí el dezir que ya soy vieja para dexar de casarme, aunque sin gran carga de dote, pocos avrá que me cobdicien. Pero no ay memoria de casar la heredera de la casa, que me lleva más de quatro años, y sus romerías creo que andan pidiéndolo y su hermosura no lo desvía, ¿y quieres que la aya de mí para más de acordarse de me mandar en qué los sirva toda mi vida?

MARCELIA.- A la fe, sábeta que en palacio anduve y sé que si te duele la muela tú te has de buscar quién te la bote fuera. Porque aunque sobre los diezyocho, que puedes a más largo aver, aunque estés otros tantos años, siempre avrá de nuevo en qué servir y siempre te hallarán más obligada a ello; y siempre te querrán donzella y siempre de nuevas fuerças para el trabajo; y siempre con el **¡Error! Marcador no definido., ¡Error! Marcador no definido.,** como niña, y siempre de menos ganancia en el crédito y confiança de tu persona. Por manera que aunque te amen como a buena y honesta, no te zelen como hermosa y te guarden como a moça y te riñan como a sospechosa de ser quien me callo por tu respecto. Y así, porque concluyamos razones, digo, y quiero de lo dicho aconsejarte, que pues ya yo te aviso y tú tienes experiencia de qué passa por allá, como yo lo digo aquí, haz, amiga, lo que te cumple, pues los hombres desde la mocedad han de granjear y buscar y tomar el estado en que querrían que les hallasse la tardía y cansada vejez.

JUSTINA.- Pues me dizes lo que haga, dime el cómo, sin derogar a mi estado ni quebrar el hilo delgado de la honra, pues antes sin la vista que sin ésta me desseo.

MARCELIA.- ‘A buen entendedor poca plática’, que tú, bovilla innocentilla, quando en tan buen cevo, como tú traes, cayere algún pez de ganancia para el estado y de contento para la persona, si te faltaren mangas o no cupiere en ellas, a la fe, alça las faldas y cógele, y cogido tenle, y tenido ámale, y amado halágale, y halagado conténtale para que se te affectione. Porque siempre fue y será, que ‘quien tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente’.

JUSTINA.- Aunque mejor acertaras en llamarme peccadora, pero pues me das officio de pescadora, ¿qué cevo es el que dizes que tengo?

MARCELIA.- El primer nombre oy en día, desde el Papa hasta el que no tiene capa, le puede quedar, pues todos peccamos en Adán, dize la Escriptura. Pero pues quieres que te torne a llamar hermosa, digo que tu hermosura se haze el cevo que dixe. Y de lo al que tienes, ya me entiendes, que la vergüença de ver que es más tu appetitoso desseo que lo que yo digo, te haze baxar los ojos y cobrar color viva. Pues créeme que, si quando yo anduve al palacio no me desposara a hurtas, que nunca de allá uviera salido a governar casa por mí y tener algún libre reposo. E aun tu señora, que allí está muy rezadera, me da por testimonio si, al cabo de muy guardada, no ha de venir como cierva en tiempo de brama. Y aun las tales, tarde prende el fuego y tarde después se apaga.

JUSTINA.- Más temor tendrías aún si supieses cuán seguida es. Pero no ay mella en ella.

MARCELIA.- Todo lo sé: las justas, músicas y aun los toros de oy creo yo que por ella mueren.

JUSTINA.- Si son por ella corridos no lo digo, pero sé que huyendo de no se obligar a los ver vamos a esta romería.

MARCELIA.- ¿Y cómo va sola?

JUSTINA.- Adelante van las mugeres, que hombre no va ninguno, y a mí sola me lleva en lugar de ama por no ser conocida.

MARCELIA.- Mi fe, tan mal se cubre su hermosura con manto pobre como la liebre con la cola, porque el oro más reluze acompañado de baxo metal. Y esto no lo digo por menoscabar tu gentileza.

JUSTINA.- ¡Baste, baste! Y escucha, que no sé qué tardar es éste ni sé qué ha hallado en aquel papel, que rato ha que está mirando.

MARCELIA.- Será oración de amor.

JUSTINA.- ¿Qué dizes?

MARCELIA.- Que será la oración del Salvador, que es larga.

(Pero por mi salud, que la deve de aver leído y que debe de obrar, porque gran robador de amor es una carta bien ordenada, que hasta que ha dicho todo lo que tiene no es possible mandarla callar. En especial que los adobos que yo le puse no deven de ser poco menos que buen ruybarbo para conmover en tal dolencia)

BELISEA.- ¡O, soberana Virgen sin manzilla, y qué es esto que en vuestro templo así me desasossiega! Quiero ya, pues, salir con lo que el appetito pide y acabar de leer del todo este papel, que ni a él ni a mí bien entiendo.

Carta de Floriano a Belisea

Fuente de mi descanso, principio de mi gloria, último fin de mis desseos, la que tiene las llaves de mi vida, la que es poseedora de mi corazón y señora de mi libertad, ángel en forma humana, mi señora Belisea.

Antes de publicar mi querella delante tu justicia, invoco tu piadosa clemencia para que despierte los oídos de tu libre señorío a oír este tu captivo Floriano, el más dichoso de los cavalleros y el más penado de los siervos de amor. Bien veo, señora mía, que tengo llenas de fastío tus orejas con mis continuos y tan importunos clamores. Pero también debes tú de advertir en que para tan flaco supuesto como es el mío ya son muy en excesso los tormentos. Y así, con el pedirte perdón por el atrevimiento, te pido que cortes el hilo de mi mortal vivir o alivies la mano en el atormentarme. O si mandas, porque no seas notada de cruel executora de amor, asiéntate a audi[en]cia de mis querellas, para que oyendo tú mi justicia oya yo la sentencia de tu voluntad. Porque te prometo que si me mandares matar, que por más te servir, yo sea el executor de su sentencia, pues en medio de mis tormentos tendré tu voluntad por retracto de mis obras. Porque sepas, si no lo sabes, que no es

mi vivir por ti otra cosa que un continuo tormento muy a mí voluntarioso. Y ansí te aviso, mi señora, que si no propones de me acorrer, que no te determines de me oÿr ni deliberes poner en mí tus ojos. Porque si me miras, aunque de rigor de justicia yo meresciese muerte, la misericordia tuya te inclinaría a mandarme aliviar sin oÿr allegación de mi parte, mas de que tú viendo que yo moría, fuesses sabidora ser tú la causa. En quien confiando, quedo por tuyo.

MARCELIA.- ¡Ay, corre, corre, Justina, que tu señora se ha tendido, no sea algún desmayo!

JUSTINA.- ¡Ay, Jesús, Jesús! ¡O, mi señora y mi bien! ¿Y qué es esto?

BELISEA.- ¡Ay, captiva de mí!

JUSTINA.- ¿Qué tienes, señora? Levántate, por un solo Dios, que te hazen mal estas piedras; y vamos antes que seas conocida, que comiença ya a venir gente.

BELISEA.- Calla, que yo me esforçaré si pudiere, que fue una congoxa de corazón.

MARCELIA.- Pon, señora, la palma desnuda sobre él y aliviarásete el mal.

BELISEA.- Creo yo que montará eso poco. ¿Pero, quién eres tú?

JUSTINA.- ¿No conoces, señora, a Marcelia?

BELISEA.- Conozco, pero ¿qué hazes por acá?

MARCELIA.- Entré a hazer oración. Pero, ¿cómo te sientes? Y cata que nos vamos por aÿ abaxo hazia el río, que te hará gran bien ver las frescuras.

BELISEA.- Vamos luego, no se nos llegue gente.

MARCELIA.- Anda, señora, que yo me quiero yr contigo, que como vienes —Dios te guarde— muy endelgada y la mañana es fresca y tú no acostumbras madrugar, y también la frialdad d'estas piedras, todo esto junto te avrá hecho esse daño. Dame acá la mano, si mandas, que te acompañe y andemos.

PINEL.- ¡O, dichoso tú, Pinel, que tan a tu contento as gozado de una tal dama; y también llégasete a este gozo una alegría de saber que ansí queda el campo por mío, que de oy más no tenga puertas la casa de Gracilia para mí. Aunque si cada visita me ha de costar tanto afán, para pocos días me quieren si no me pongo en cena por no perder honra y tener aliento. Pues Fulminato anoche fue para no bolver, no quiero agora entrar en casa de Marcelia, que de mañana tiene la puerta abierta. Allá se lo ayan; quiero colarme hazia el río, que por aquí abaxo siempre suele aver buenos encuentros por las mañanas. Y quiero dar contentamiento a los ojos, pues naturalmente deleyta la vista del objecto hermoso, mayormente de mugeres. Pero hélas, van tres, y las dos muy de las manos, y aun que parece ropa de pelo. ¡Cata, cata, por Dios, que es mi comadre Marcelia! Y que me maten si no deve llevar aquellas ovejuelas al matadero; o quizá las trae de la charquería, y aun que la que lleva de mano que parece de lustre. Pues la buena criança siempre parece bien, quiero hablarlas, pues ya Marcelia me ha conocido y pensó de se me desconocer.

—Por demás es, señora Marcelia, el querérteme encubrir, que la luz de esa señora ha alumbrado mi vista al conocerte. Y ansí con su licencia te beso las manos y mira si mandas algún servicio.

BELISEA.- ¡Ay, por tu vida!, que le mandes passar de largo, que temo que me ha conocido, pues me diferenció de ti en el acatamiento.

MARCELIA.- Mala es de ver la diferencia de las dos. Pero espera, que yo le haré presto dexarnos.

PINEL.- ¿Di, señora, si mandas alguna cosa? Pues por el acatamiento de la compañera no llevo a te acompañar.

MARCELIA.- Mas antes a ella harás servicio y a mí plazer grande en que passes luego de largo.

PINEL.- Por cumplir la voluntad de essa señora y hazer tu mandado te beso las manos, y a essa dama los pies. Y perdona mi atrevimiento.

(¡O, hi de puta el diablo, y qué ojos y media frente descubrió, y qué albura de mano sacó del guante por descuydo, y qué loçanía de cuerpo de dama! ¡Doy a a la maldición esta Marcelia y si no creo que sabe cuánto bueno ay en el pueblo! Voyme por sí o por no a la posada. Quiçá yrá a desembarcar con aquel flete allá en busca de algún merchante, que si assí fuesse, venderse [ha] hombre por comprar tal joya.

BELISEA.- ¿Quién era aquél tan bien criado y que ansí te conocía y que tan presto te obdeseñó en yrse?

MARCELIA.- Es un criado de un cavallero, el más agraciado y más de los de tomo que agora pueblan la corte, y de más gloriosa fama de quantos yo avré visto.

BELISEA.- En cargo te es, que ansí le loas. Pero dime el nombre del criado y quién es esse su amo.

MARCELIA.- Este que agora va de aquí se llama Pinel, criado de un cavallero cuyo loor no tiene par; mancebo, gentil hombre y muy poderoso y de muy alta sangre.

BELISEA.- O él no tiene nombre o le tiene tal que no deve ser para oYr.

MARCELIA.- Para nombrar y loar. Por cierto, es, señora mía, aquel sin par de Floriano. ¡Ay, por Dios! ¡Jesús, Jesús, y de qué te me desmayas! ¡O, qué poco esfuerço para lo que ha de ser, si por bien es!

BELISEA.- ¡Ay!, que no es nada, sino que se me torció el pie en el chapín.

MARCELIA.- ¿Pues qué tal te hallas ya?

BELISEA.- No te lo sabré dezir. Pero sentémonos un poco en este Prado.

JUSTINA.- Cata, cata, y qué de reposo se sienta con Marcelia y qué olvidada está Belisea de la priessa de yr muy de mañana. No sé qué me diga d'estos secretos. Dios quiera que paren en bien. Allá lo ayan, que aquí apartada me siento, pues en no me llamar lo quieren aver a solas.

BELISEA.- Agora me di, Marcelia, ¿por qué me visitas tan mal y tarde, pues sabes que no se muestra pesar contigo en casa, y aun estás bien acreditada en la reputación de mi padre?

MARCELIA.- Con la enmienda en lo por venir soldaré, señora mía, las quiebras passadas; aunque yo sirvo a una señora que me da menos vagar y tiempo que yo querría para pagar semejantes deudas de visitaciones.

BELISEA.- ¡Ay!, que no lo hazes bien en servir a nadie sino a mí, ni yo lo consiento.

MARCELIA.- Y aun así confío yo en Dios que agora en tu servicio, como al presente ando ocupada, las mercedes tuyas me harán libre de la señora que digo.

BELISEA.- ¿Y quién es?

MARCELIA.- La señora pobreza, que tiene don de la honra. Ansí que se llama: doña pobre honra.

BELISEA.- Aÿna me pudieras hazer reÿr con tu señora. Dos me parescen a mí éssas, y aun que pocas casas pueblan juntas, porque de la honra también yo soy sierva. Y aun con sus importunidades de cosas diferentes que manda, pierdo yo con el cuydado de cumplirlas el sueño [y] grandes y muchos ratos.

MARCELIA.- Pues a mí me trae en vela de contino, pero ¿quál es la otra?

BELISEA.- La pobreza, a la qual tú podrás servir, pero yo no la sirvo. Dios sea servido en ello y en todo.

MARCELIA.- Mi fe, señora, pobreza a solas, sin el don que yo le doy, no la hallo yo servidumbre, porque no ay oy en el mundo gente más libre que la pobre, que de honra y todo lo es. Porque con no tener el tal o los tales qué perder, no se dexan de arriscar tras lo que les da el appetito; ni ay cosa que les sea vedada sino las que contradizen a la virtud, que a éstas la natura las aborresce. Y los ricos andan obligados a sustentar la loçanía y fausto y gala del mundo, que con ser un señor muy mal contentadizo es tan costoso que muchas vezes tras las grandes rentas les haze empeñar las almas y vender las virtudes, y arriscar los contentamientos y jugar con las vidas por vestirle de honra. Y al cabo, ni esta honra sabréys en qué o de qué es ni qué color saque ni en qué consista; porque unos le visten de lo que otros acaban de desnudar, y otros la honran y defienden donde otros la arrastran y blasphemán. Y ansí andan los ricos tras el mundo como personajes sin son, perdidos por contentar [a] uno que los pobres traen por los pies y le pierden a cada passo; porque a la verdad ni haze mercedes más de por vida ni las dadas dexa gozar sino por su antojo; ni ensalza virtud ni perdona alguna falta ni olvida jamás el vituperio. Por manera que los señores, que los pobres llamamos, que porque más le sirven más entrada tienen en sus bienes, ni nunca bien le tienen ganado ni dexan de tener el cielo quasi perdido, porque como tengan mayor carga caminan menos, y como tengan más negocios tienen menos quietud. Y ansí dize la Escripura que los ricos caen en tentaciones, aunque no lo digo por ti, pues toda general regla tiene sus excepciones.

BELISEA.- Aunque no hables contra mi persona, porque hablas contra mi estado, que voy en el cuento de los que vosotros allá lamáys ricos, quiero, tornando por mí, desengañarte, que no dize la Escripura que los ricos caen en tentaciones, sino que caerán en tentación los que quieren ser hechos ricos.

MARCELIA.- ¿Pues qué me da más, ocho que ochenta, si los ochos son diezés? Que no me darás rico que con serlo no huelgue y que no le pese con el descaer del estado.

BELISEA.- Dado que te conceda esso, aún no caes en el punto de la razón.

MARCELIA.- Pues suplícite me la digas, porque es descanso verte sabiamente tractar lo que quieres. Y aun huelgo de tener en qué ocupar tu entendimiento en otra cosa que tu mal.

BELISEA.- ¡Ay, amiga, que al fin allá quedan las raÿzes! Y esto, aunque sea mondar las ramas, pero

entiendo que ay ricos y ay desseosos de ser ricos. Los primeros llamo yo los que lo son desde sus antecessores, como los que tienen estados y señoríos de mayorazgos o herencias seguras y raíces. Y los tales, como desde que son o fueron, fueron ricos; con no tener que dessear ser ricos pueden ocuparse en hazer grandes bienes, con estar contentos con la suerte que les dio el mundo. Pero los que son ricos, no de avolengos sino por industria, fortuna y mala ganancia, que van poco a poco o mucho a mucho augmentando el caudal para hartar el avaro appetito, éstos caerán en tentaciones de usuras, logros, robos, engaños, mentiras y olvido del divino culto por la adoración de la moneda. Y así, a donde los primeros que dixe en sustentar su estado, no empeñando a Dios por la hazienda ni haciendo desafueros sino con lo que tienen por proprio, pueden servir a Dios. Allí los segundos, que quieren a tuerto o derecho —como dizen— alçar casa y fama y acaudalar hazienda, hazen mil offensas a Dios y dos mil agravios a sus próximos.

MARCELIA.- Altamente has provado tu intención. Pero dime si te sientes ya mejor que te vi en la iglesia endenantes, que estavas tan embarada que jamás pude sacarte un papel de la mano.

BELISEA.- ¡Ay, amiga, qué grande fue mi mal no pensado! Pero dime, ¿viste lo que era el papel o sabes qué dezía?

MARCELIA.- Bueno va el recado. [Ap.]

BELISEA.- ¿Qué dizes?

MARCELIA.- Que, mal pecado, no sé leer. Pero, ¿por qué me lo preguntas?

BELISEA.- Porque le hallé en la grada del altar y no sé lo que es, y temo no sea algún mal, porque luego me sentí con las bascas que me viste.

MARCELIA.- No será sino alguna nómina de algún enfermo que la pondría delante Nuestra Señora para que tomasse virtud.

BELISEA.- ¡Ay de mí!, que bien creo yo que si alguno sanó con ella que empeore yo.

MARCELIA.- ¡Mas qué tacha! ¡Ay, Dios te guarde de enfermar! Pero dime, ¿tienes algún mal?

BELISEA.- Déxame de preguntar lo que dicho no sabrás remediar. Y dime, mudando de plática porque me da pena ésta, ¿de dónde conociste tú aquel mancebo?

MARCELIA.- ¿Cuál, mi señora? ¿A Floriano?

BELISEA.- Que no, sino el de endenantes.

MARCELIA.- Tan solo en ser criado de aquel valeroso y gentil cavallero de Floriano. Pues, ¡ay, señora! ¿Y de qué te turbas?

BELISEA.- No te menees; está queda, que más mal se me va aparejando. Y desde agora començaré a esforçar mi flaqueza y a forçar mi voluntad.

MARCELIA.- Y aún así te cumple Dios y ayuda. [Ap.]

BELISEA.- ¿Qué dizes? No me hables tan entre dientes.

MARCELIA.- Hablo así porque no sabe la persona si passará alguien que de palabra saque la razón, y declare la persona lo que quiere encubrir. Pero digo que yo te tengo de alegrar oy con mi compañía.

BELISEA.- Ansí lo guíe Dios. Pero dime, ¿cómo tienes tú noticia de su amo de aquel mancebo?

MARCELIA.- ¿Cuál? ¿Floriano?

BELISEA.- Que ya le sé bien el nombre. Dime lo que más sabes d'él. Y piensa que sólo me mueve curiosidad y ocasión de tener qué hablar contigo.

MARCELIA.- ¡Ay, mi ángel! y como en nombre del buen Floriano te quiero besar esas manos.

BELISEA.- ¡Ay, amiga Marcelia!, como aunque me huelgo de te oír, no me suena bien eso. Cata que ya sabes cuánto abomino estas cosas.

MARCELIA.- ¡O, qué gracia tienes aun en el enojarte, puesto que no tienes por qué culpar mi simplicidad en el hablar! Porque si te besé las manos, lo que agora torno a hazer, más en nombre de Floriano que de nadie es, porque con parescerme que a las damas deven los galanes servir, no le ay quién a ti merezca si Floriano no. Porque algunos que en mi casa entran de los suyos oyo dezir, y no acaban de contar sus loores, su llaneza, su señorío, su liberalidad, pues la edad que es de veynte y cinco para veynte y seys, que en seso parece de ochenta. Y agora, mi señora, me dizen que anda tan malo que me ponen los criados duda en el escapar. Y si él, lo que Dios no quiera, muere, se cierra una gran puerta a menesterosos, porque a la verdad a mí me haría grande mal y a mis necesidades se quitaría un gran acorro. Y esto te digo como a mi señora, a quien desengañadamente amando doy cuenta de mis flaquezas.

BELISEA.- No vives desengañada conmigo. Pero dime, ¿qué mal es el d'esse cavallero? Que cierto, tú lo cuentas de suerte y lo encaresces tanto que me has movido a gran lástima.

MARCELIA.- 'A otro perro con esse huesso'. [Ap.]

—Señora, no me saben dezir sus criados más de que huye toda alegría y aborresce la conversación humana y ama la soledad. Y puesto a solas, tañe como lo sabe bien hazer y canta como el que tiene linda gracia novedades y canciones en declaración de su mal.

BELISEA.- ¿Y de qué en especial se quexa, si dizen?

MARCELIA.- Pues no me llevarás por aý. [Ap.]

—Señora, no sé más de que dizen, que son bascas del corazón, que algunas vezes le privan los sentidos.

BELISEA.- Por mi vida, pues que si este mi anillo se pusiesse al dedo que le fuesse bien, porque tiene esta piedra [virtud] muy apropiada contra esse mal.

MARCELIA.- Mejor anillo le serías tú, si quisieses y él te tuviesse. [Ap.]

BELISEA.- ¿Qué dizes si me tuviesse? Y háblame claro.

MARCELIA.- 'A buen entendedor poca parola'. [Ap.]

—Señora, digo que si no me entendiste, que si le diesses esse anillo y él lo tuviesse, que con el sanar te debería todo servicio. Pero como ni yo osé pedirte ni el buen Floriano esté tan en tu gracia que se le quisieras dar, así con temor lo hablé entre dientes. Pero al fin, combidarte ha tu misericordia a que te fíes de mí, con tal seguro que en él sanando o sintiendo alivio te le tornaré; o él mesmo te yrá a besar las manos y dártele de su mano a la tuya, porque a todo esto saldré yo fiadora.

BELISEA.- ¡Ay, calla!, que de ti sola lo fiaré y te lo daré para que él se aproveche tan sólo por ti.

MARCELIA.- Yo le tomo con tal presupuesto. Y te beso las manos y se le llevo luego de tu parte al cavallero.

BELISEA.- ¡Ay, ay, que no quiero que le lleves en esa manera!

MARCELIA.- Que no digo que se le dará en tu nombre sino que por tu mandado. Pues sola lo fías de mí, yo mesma se le yré a llevar, aunque en mi vida le hable. Pero más que tanto haré yo por servirte y tornártele en tu mano como me le das.

BELISEA.- Ansí lo haz. Y cierto, que holgara de verle por saber si es tanto su mal y ver lo que obra el anillo.

MARCELIA.- Eso, señora, no se lo avré dicho quando vaya de ojos por tu servicio él.

BELISEA.- No quiero dezir lo que entiendes, sino que holgara de que se offresciera ocasión de verle, porque en el rostro le conoceré yo si tiene el tal mal.

MARCELIA.- Ya, ya, entendida eres. Todo lo haré por tu contentamiento. ¿Pero dónde vas por acá oy que ay toros, según me dizen? Y aun bien sé por quién se corren.

BELISEA.- No quiero más saber de ti. Pero voy a Nuestra Señora del Prado por huyr de no me hallar a los toros.

MARCELIA.- Pues si mandas acompañarte he, aunque tenía bien que hazer. Y si has de yr, no aguardes a que entre el sol y ande más gente.

BELISEA.- Anda, vete y no dexes de yrme a ver. Y ponme cobro en el anillo, que le estimo en mucho por su virtud.

MARCELIA.- Los ángeles vayan contigo, que yo cumpliré mi palabra.

BELISEA.- ¡A, Justina!, dame la mano y vamos de aquí, que ya se fue Marcelia y vase haziendo tarde.

JUSTINA.- Sin duda, que ya me dormía. Pero huelgo que te alegraste con Marcelia.

BELISEA.- Por cierto, que tengo de mirar de oy más por ella, porque creo que padescen necesidades y es buena muger y diligente.

JUSTINA.- Buena obra harás, señora, en favorecerla, porque con el mal que te sobrevino en la iglesia endenantes, luego que tomaste aquel papel, ella mostró tanto sentimiento que mostró bien el amor que te tenga.

BELISEA.- ¡Ay, mi Justina, que no te puedo encubrir lo que se trasluze! Porque en leyendo aquel papel me sentí y siento otra que solía, y inclinada a lo que poco antes aborrescía. Y consentir el mal no es más ya en mi mano, ni sé qué mal es el mío.

JUSTINA.- ¡Ay, mala landre me dexe si no deve ser mal de aquel cavallero y que esta Marcelia lo ha urdido! Pero si este mal fuere, él se descubriría, porque ‘mal se asconde el fuego en el seno ni el amor en el pecho’. [Ap.]

BELISEA.- ¿Qué vas diziendo? Tóname estos chapines agora que vamos ya por el campo, y déxame hasta allá yr a solas, porque yré rezando mi rosario.

JUSTINA.- Hágase como tú fueres servida.

Argumento de la scena xvi

Marcelia, yendo a su casa, halla la hija acabando de despedir un galán y sobre sospecha le pide celos. Despierta Marcelia a Fulminato; vanse juntos a casa de Floriano, al qual cuenta lo que le avino con Belisea y dale el anillo, y persuádele que vaya a Prado a verse con Belisea. Floriano da un anillo rico suyo a Marcelia con otras mercedes. Y buelta Marcelia a su casa, Floriano se alegra y come, y manda adereçar para yr a Prado.

Marcelia. Liberia. Fulminato. Lydoro. Polytes. Floriano.

MARCELIA.- ¡O, cuán rica voy para mi casa! No en balde dicen que ‘a quien Dios ama, que la casa le cata’. Y si vale más ‘a quien Dios ayuda que quien mucho madruga’, más valdrán estas dos cosas juntas, que por quererme Dios a mí encaminar me hizo aceptar tan de fácil el cargo de Fulminato en la carta. Y en deliberando hazerlo, puse los pies en camino, y a pocos passos he andado gran jornada. Y ansí confío en Dios que sacaré buenos fines en este negocio, aunque los principios no sean tales. Ya estoy en mi casa, loado Dios. Arriba subo de rondón; despertaré a Fulminato y luego voy a desembarcar con mi buena nueva a Floriano, que lo ha de oír de mi boca primero que nadie, porque el alma me da que tengo abierta oy buena ventana de claridad a mi casilla.

—¿Qué hazes, hija?

LIBERIA.- Aquí me estoy velando el sueño a Fulminato.

MARCELIA.- ¿Pues quién salió agora de casa de priesa, que le vi asomando yo a la punta de la calle?

LIBERIA.- No sé, madre.

MARCELIA.- Ansí, hija, por tu vida que siempre mires por la honra, pues ves cuánto yo ando aperreada por traer alguna ganancia. Ve, cierra la puerta, que yo entro a despertar este dormilón.

LIBERIA.- Ya deve mi madre venir picavienta, que avría de aver ya mal empacho de sí y no pedirme a mí celos de lo poco que hago para la mucho que ella me enseña. Pero dichosa fuy en despedir aquel galán al punto, que a lo menos, por mucho que diga mi madre, ni me quitará ya ésta ni me llevará el realejo de a dos. Y asuadas, que si yo puedo de oy más que pocas que haga mi madre que no me las pague ni aun me lleve la delantera, si plaze a Dios, que todo es burla el estar siempre en un hito que enhada. Y el mudar de manjares más despierta el apetito al comer, si todos ellos son buenos. Yo quiero, mientras ellos salen, almorzar algún bocado, porque de oy más antes me llevará mi madre harta la missa que ayuna a las vísperas.

MARCELIA.- ¡O, Jesús, y qué dormido está! Pero, al fin, quiérole quebrar el sueño.

FULMINATO.- ¡O, despecho de la vida con tales burlas! ¿Y tú eres?

MARCELIA.- Levántate ya, que es tarde.

FULMINATO.- A la he, bien que **¡Error! Marcador no definido.** y échaseme encima. Pues espera [Ap.]

MARCELIA.- ¡O, válasme Dios, y qué pesado eres en todas tus conversaciones!

FULMINATO.- Mucho vienes gruñidera. ¿Pues, qué me mandas agora?

MARCELIA.- ¡Ay, Dios, y qué bonito y qué obediente! Vístete presto que ay mucho que hazer, que tú para la tierra donde no ay día eras bueno, que dormirías aposta.

FULMINATO.- Pues qué quieres, que andando hombre haziendo esgrimas de noche y cargado de armas, el cansancio de la noche [h]alo de pagar el dormir de día, que la medicina manda dormir siete oras. Pero véesme apunto y aun con gana de roçabillar.

MARCELIA.- Pues cúbrete y vamos a Floriano, que le llevo este anillo de la mano de Belisea y le di su carta. Que harto mal será si no nos manda dar de almorzar de alboroque, pues que yo bien lo he merescido.

FULMINATO.- Vamos, vamos, pese a la vida, que con tal entrada medra tendremos entrambos con que pobleemos las bolsas, si lo que dizes es verdad.

MARCELIA.- De ser ello así no dudes tanto como en el partir mi ganancia. [Ap.]

FULMINATO.- ¿Qué dizes de ganancia?, que con el gozo de la medra que espero no advertí.

MARCELIA.- Digo que mi perder oy de sueño meresce buena ganancia.

FULMINATO.- Anda, que para que los dos medremos algo has de perder del dormir, pues yo por contentarte pierdo mucho del reposo.

MARCELIA.- Mas, oxe necio, y ‘aún no tenemos hijo y ponéysle vuestro nombre’. Pues ‘al freYr lo veréys’.

FULMINATO.- ¡Qué gruñidora vas! ¡Y qué passo de frayle combidado y quán en silencio vamos!

MARCELIA.- Y calla ya, que no miras los inconvenientes. Voy como de huyda, porque en verme así yr contigo no sé qué dirán gentes, en especial que si de la plática cogiesse algún passagero alguna razón, no nos haría provecho.

FULMINATO.- ¡Qué negros escrúpulos de vergonçosa desposada! Dime ya, ¿qué heziste de la carta de Floriano y si la diste a Belisea?, para que sepa yo responder al punto sin que me halle desapercibido.

MARCELIA.- ¡Por mi salud que lo adobavas! ¿Vamos por la calle y nombras las personas para manifestar los hechos?

FULMINATO.- Muy secretaria vienes. Pues mándote yo que en el mensaje tú podrás saberlo sola, pero en la ganancia mi mano la primera, y aun mi porción la mayor.

MARCELIA.- ¿Qué, vas enojado? Pues calla, que allá verás cómo tú y tu amo y todos vosotros me devéys mucho, pues que os dexo ya llano el camino y la guía puesta.

FULMINATO.- D’essa manera ganancia avrá, que para mí es lo principal. Y lo al, vaya o venga. En casa estamos. Mira que no te entiendan lo que traes, porque no nos ganen nuestras albricias.

LYDORIO.- ¡Cata, cata, qué paje trae Fulminato! Aquél deve ser el cevo de su ropa de color, que él

dixo. Di, Polytes, ¿conóscela?

POLYTES.- Como a mí. Es la huésped y amiga del galán. Y, asuadas, que si no son alcahueterías que deven ser quejas de los que allá entran, mayormente si son de la sangre de su hija, que es a cargo Felisino según se suena. Y quiçá vendrá a ponerle la demanda del dote.

LYDORIO.- Calla. ¡Ay, mal honra, que ésta no tiene talle de tener esos tractos!

POLYTES.- En esta tierra a dos manos juegan las tales, porque de muchas partes les nazca ganancia.

FULMINATO.- Nora buena estén los cavalleros.

LYDORIO.- Bien vengán la señora y el galán. ¿Y qué es lo que manda por acá?

FULMINATO.- Viene a hablar a Floriano.

LYDORIO.- Anda, Polytes, y avisa a Floriano. Y tú, señora, me alegra con buenas nuevas, porque aunque te parezca nuevo el hablar sin conocerte, tengo muy gran lengua de tu bondad y gentileza de los que allá entran en tu casa.

MARCELIA.- Por el buen cumplimiento te beso las manos. En lo demás, vengo con un recaudo al señor Floriano con que confío en Dios de dexar toda alegría.

LYDORIO.- Esse tal Señor la de a ti y a todos, que es Él poderoso.

POLYTES.- Mi señor te manda entrar, señora honrada.

LYDORIO.- Pue si el escudero no me lo quita, yo te quiero acompañar.

FULMINATO.- Señor, como esta señora sea libre y yo sea tuyo, queriendo ella, a mí se me hará merced.

MARCELIA.- Señor, beso tus manos, que ni me temo entrar sola ni soy tan vieja que no me vaya por mi pie.

LYDORIO.- Pues guíala, paje.

MARCELIA.- ¡O, mi señor Floriano, cómo salen cumplidos mis desseos tan antiguos de que se me offresciesse ocasionada oportunidad, tan buena como agora para que, aunque con atrevimiento a lo menos sin vergüença y sin por qué de serme retrayd[a] por tu mucho merescimiento y mi mayor baxeza y pobre aparato, te pudiera venir, como vengo, a besar tus manos! Pero no lo he dexado por negar servicio a tu magnífica persona y amor grande que tengo a tu bondad, lo qual los más del mundo a mi parescer te deven con razonable título. Mas ya sabes, señor, que a la muger del estado de viudez no todo ni aun lo menos de lo que dessea le es concedido por el dezidor y maldiziente mundo, aunque sea de género suyo bueno y encaminado a la virtud. E con tanto, recibiendo mi sana voluntad a tu servicio, me perdona en lo passado con la enmienda de lo venidero. Y ansí, de oy más quiero que me culpes por remissa en tu servicio si, hallando en qué te servir de mí y manifestándome tu voluntad, hallares en la obra negligencia.

LYDORIO.- Y válgala la maldición si no se pica de retórica.

FLORIANO.- Mucho te agradezco la tan buena voluntad como publicas, y perdonando mi desabrimiento que la poca salud me causa, porque tu venida no vaya sin gratificación de la honra que mereciere, me di qué es lo que me quieres pedir.

MARCELIA.- ¡O, cómo se manifiesta tu illustre generosidad y magnífica largueza, pues que sin esperar a saber mis servicios me combidas con las mercedes. Pero también quiero que sepas que, aunque yo pobre y tú, señor y rico, primero te vengo a buscar a tu casa para darte que para pedirte, hasta su tiempo.

FLORIANO.- ¿Qué me puedes tú dar?

FULMINATO.- Darte ha respuesta de lo que tú mandaste, lo qual ella por te servir y a mí quitar del cuydado de las armas, me quitó del tal afán.

FLORIANO.- Si algo fue, haríalo por ti, que por mí no.

MARCELIA.- Dado que yo deva buena voluntad a los tuyos, pero como ellos te devan servicio, ya que algo yo por ellos hiziesse sería endereçado a fin de te servir con ellos. Y porque sé que te arrepentirás de me aver ocupado sin me oÿr mi embaxada, mándamela dezir.

FLORIANO.- Aunque desconfiado de que sea cosa que me pueda dar algún contentamiento, pero por ser la primera cosa que me pides, salíos vosotros todos a la sala y dexadme con esta dueña, si ella se osa fiar de mí.

FULMINATO.- Aún no del todo, voto a la consagración de mi corona, porque tu enfermedad de hambre de tal vianda es. [Ap.]

POLYTES.- ¿Qué sales gruñendo? No deven contentar a Fulminato aquellas puridades.

FULMINATO.- A la fe, ‘su alma en su palma’.

LYDORIO.- Alto, a oÿr missa, que ya no saldrá Floriano por agora a oÿrla y házese tarde. Y aun el capellán ha rato que está revestido. Tú, Polytes, te queda a essa puerta para si llamare.

FLORIANO.- Agora estamos solos. Y antes que me digas lo que quieres, me di tu nombre.

[**MARCELIA.-**] Llámome a tu servicio Marcelia; soy una pobre viuda amadora de los nobles y buenos. Y con tal desseo de te servir vengo a darte una embaxada.

FLORIANO.- ¿Cuya?

MARCELIA.- Dime, señor, ¿tú no diste una carta a Fulminato?

FLORIANO.- ¿Y para qué?

MARCELIA.- ¡O, qué grande es el poder del amor, que así le tiene desacordado! [Ap.]

— Que digo al punto, sin te tener suspenso el entendimiento, que Fulminato me dio en tu nombre una carta tuya para tu señora Belisea.

FLORIANO.- ¡O, vivífico nombre que así me ha tornado de las puertas de la muerte a la vida! Dime, por Dios, si ay buena nueva, que agora sé que sí. Di.

MARCELIA.- Pues yo se la di en su mano.

FLORIANO.- ¿Que se la viste tú en su mano?

MARCELIA.- Que se la vi una vez y otra vez.

FLORIANO.- No lo creo.

MARCELIA.- Pues, porque en conocerme que entiendo yo en tus negocios y porque tengas en poco esso, sábetelo que ella queda con harta parte de tu pena.

FLORIANO.- ¿Que sabe mi señora que yo peno por ella?

MARCELIA.- E aun que penará ella presto por tí, si yo no muero.

FLORIANO.- Agora me desconfiaste del todo.

MARCELIA.- Pues mira que soy yo Marcelia, la que si me das palabra de tornarme lo que yo te diere quando yo te lo demande, te daré una joya suya.

FLORIANO.- Luego te la doy.

MARCELIA.- Pues ponte tú esse anillo suyo en el dedo del corazón que ella tiró del suyo. Y por su mano me le dio para tí, porque le dixes quán malo estabas. Pero con dos condiciones: la una, que yo se le tornasse en mejorando tú; y la otra, con que no te dixesse que ella te le embiava, sino que yo te le traía.

FLORIANO.- Perdóname, que dices tanto que no puedo persuadir el entendimiento a creerte.

MARCELIA.- Pues, ponle en el dedo y tráele hasta mañana, que te le tornaré a pedir. Y en el obrar verás si miento.

FLORIANO.- Pues ponte tú éste, de esse diamante mío, en tu dedo, no en prenda sino por tuyo. Y estotro te le daré pidiéndomele, y no en pago de tu trabajo sino en truque de que tú me truxiste estotro. Y también, porque no es razón que ande en mi mano a la ygal de joya tan sublime.

MARCELIA.- Bueno va esto, que si la piedra es fina, ‘buenas veneras llevo de mis romerías’. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dices, mi hermana? ¿Qué dices, mi amiga? ¿Por qué no me das parte de todas tus palabras, que a mí me han resuscitado? ¿Y por qué no te gozas de mi gozo? ¡O, joya, que mereciste andar en tales manos como las de mi señora, perdonad la injuria y baxeza que se os da en ser puesta en las manos d’este captivo y siervo de aquélla cuya vos soys! Y pues sé, que agora lo creo, que ella os mandó venir a mi poder, con su voluntad venistes y con su palabra me traeréis conservada vuestra virtud, y en su fe os pongo en su memoria en mi dedo. Ya, ya, sano soy; vida tengo; resuscitado he. Bien parece aver, ¡o, joya!, otra virtud más que la tuya natural por ser tú cuya eres y querer ella que yo viva, pues tan en punto veo efectos de tu virtud en mi salud, dada por el poderío de mi señora.

MARCELIA.- ¡O, qué hermoso encarescimiento y qué bien encadenado hablar! [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dices, almario de mis consuelos?

MARCELIA.- Digo que, si me acabas de oír, que verás cuánto me debes.

FLORIANO.- Más que tengo fuera del corazón. Pero di, di, ¿puedes traer más?

MARCELIA.- Pues para que digas con verdad cuánto estas ropas pobres te pueden dar antes que te pidan, sepas que aún te puedo dar más y más y más.

FLORIANO.- Que no es posible sufrirme, aunque estoy desnudo, desde la cama no te abraçar. Y perdonarme has.

MARCELIA.- A la fe, esto y lo al te perdonaría de buena voluntad. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dices, thesoro de mi salud? No te me enojas.

MARCELIA.- No es tiempo que reyne enojo en mí, viendo tu alegría. Pero digo que quisiera tener espacio para contarte las particularidades que passé con mi tan peligrosa y dudosa mensagería, porque viesses el peligro en que me vi, por ti bien empleado. Porque sé yo bien que te dará más plazer la buena ventura que uve que tristeza te diera mi perdimiento. Pero al fin, lo que es hecho con sana voluntad por tal señor como tú nunca se pierde.

FLORIANO.- La paga, dexando para después, más por dar primero alivio a mi corazón que porque la dilación trayga en olvido lo que te devo, dime, dime, ¿cómo la viste? ¿Dónde estava? ¿Qué hazía? ¿Qué semblante mostrava oyéndote hablar de mí?

MARCELIA.- Señor, así como sientes pena en el tardarme en te contar lo que yo hize por tu servicio, también te pesará de que con estas tardanças se te passe el tiempo para lo que has de hazer más.

FLORIANO.- Pues, dímelo presto.

MARCELIA.- Que tu señora con sola la compañía de sus mugeres está en Prado.

FLORIANO.- ¿Y a qué va, mi hermana, si sabes? Y si no es venida, perdóname que a pie me voy y así desnudo tras ella, como tras la causa de mi vivir.

MARCELIA.- Y aun por esso te dixé que era tarde. No me detengas, hasta que me oyas mi plática, con el estorvo de tus encendidos desseos. Y sepas que con gran agonía me dixo que tiene desseos de verte, pero no me dio licencia que te lo dixesse de su parte. Por tanto, siguiendo mi consejo, ve tú allá de la mía o por lo que te pareciere, que después yo me pondré a la pena por tu servicio.

FLORIANO.- ¿Qué es esto que oyo? ¡Moços, moços, denme de vestir, si no así me yré!

MARCELIA.- Cata, que la próspera fortuna quiere miramiento, así como la adversa suffrimento. Come, porque vayas con más color de rostro, para que muestres lo que ha obrado la virtud de su empresa; y no llesves sino poca gente y de arte, porque es muger muy sentida. Y si te vee con aparato, por no perder su gravedad, tú perderás tu ganancia y ella le saldrá en vano su desseo. Y porque no te quiero quitar la alegre ganancia de que te he vestido este mi pobre vestir, come luego e yrme a mi casa a hazer lo mesmo, si tuviere qué. Porque allende de mi pobreza, que a las vezes no ay con qué lo comprar, oy no avrá cosa ni comprada ni guisada porque entevine oy el día en tu servicio y en él no he parado hasta agora, que he rompido más chapines que en dos meses.

FLORIANO.- Pues yo quiero comer luego, y no te quiero compeller a que comas conmigo. Pero espera. ¡Pajes!

POLYTES.- Señor.

FLORIANO.- Llámame luego al camarero. Y tú, señora y amiga, por amor de Dios, que pues me has començado a curar, que no pares hasta verme sano, que la paga no será como merescas, pues allende de ser poco quanto tengo para lo que te devo, como soy forastero no te podré dar lo que pide mi voluntad. Pero no me despidiendo de te favorecer, te avrás de contentar con lo que suffriere la oportunidad.

LYDORIO.- ¿Qué es lo que, señor, mandas?

FLORIANO.- Que luego des a esta dueña diez varas del refino que este día sacaste para mí para que se vista, y darásle para chapines veynte pieças de oro, y tendrás cuydado de mandarla cada día a su

casa ración. Y en el cuydado que de ella tuvieres quiero ver la gana que tienes de hazerme plazer. Y a mí me traygan de comer luego y denme el vestido azetuní altibaxo. Y tú, señora Marcelia, ve con Dios que de mi plato te mandaré que comas agora, que no lo tendrás guisado en tu casa. Y tú, Lydorio, manda con ella dos escuderos.

MARCELIA.- Por todo beso tus illustres manos. Pero basta que este paje se vaya conmigo porque me lleve el paño, que por lo demás bien me sé yr sola, pues no puedo mantener quién me acompañe. Y encomendándote a Dios, me voy.

POLYTES.- Al diablo encomiendo la bagassa si no la entiendo mejor que a mí. Pero montarle han poco sus mañas por oy, si puedo. *[Ap.]*

FLORIANO.- ¿Qué sientes, Lydorio, de mi buena alegría? ¿Agora no me dirás que no como, y bien? Pero dime, ¿diste lo que te mandé a aquella dueña?

LYDORIO.- Señor, todo lo lleva a su contento.

FLORIANO.- Bien heziste, porque más meresce aún. Y mándale luego este par de perdizes así calientes de presto, con otros dos platos diferentes. Y mándame adereçar de brida un cavallo de los franceses, el mejor y mejor guarnescido que a ti paresciére. Y a Fulminato le darás de vestir, o luego diez ducados para ello, con que se vista a su contento. Y mándale comer luego, porque se vaya conmigo.

LYDORIO.- Mira, señor, que para llevar sólo un moço avrías de yr más disfrazado.

FLORIANO.- Bien me acordaste, pues cavalguen los continos todos; y tú y los pajes y más gente que tú ordenares, vaya.

LYDORIO.- Come, señor, con reposo, porque mejor te preste, que yo voy a que de todo ello no falte un punto, según que cumple y tu voluntad lo pide.

Argumento de la scena xvij

Ydos Marcelia y Polytes juntos a su casa de la Marcelia, luego va Felisino con el paño, que no quiso que llevase el paje yendo con ella. Y llévale otro paje con Felisino la comida que le mandó Floriano. Felisino se convida para la cena con Marcelia. Floriano va a Nuestra Señora de Prado, donde habla con Belisea, según se dirá en la scena que se sigue tras ésta.

Marcelia. Polyte. Liberia. Felisino. Floriano. Lydorio.

MARCELIA.- ¿Qué te paresce, mi señor Polytes, cuán convertido en alegría queda por mi causa Floriano y toda su casa? Y tú vas tan mustio que paresce que te deven centeno. Cierito, que yo soy desdichada contigo en quererte como al vivir, tanto que ha podido en mí la fuerça del amor compellerme a que yo te acometa a ti en te publicar que te amo y te quiero tanto que el desseo de complazerte me prive del cuydado de la guarda de mi honestidad y honra. Y lo que peor veo en mi mal es que con hazer yo, atrevida y desvergonzadamente como muger en acometerte y requerirte, lo que tú como hombre devrieras lícita y honrosamente hazer a ley de hombre galán, amante [y] mancebo, yo me quedo con mi desvergüença y tú con mi desamor. Y mira cuánta sea en mí la fuerça de tu amor que contra la ley común de mugeres, que aunque penen y mueran con dissimulado desvío aún siendo requeridas muestran no tener memoria de lo que les dessea el corazón y les pide la voluntad, yo empero antevéngote con ruegos amorosos. Y aunque esto para una muger que quiere que la tengan en algo sea gran tormento, muy mayor es a mi ver tu desamor con que me pagas. Y la carestía de tu habla y el ceño con que me miras me ponen en una firme sospecha de tu desamor y en una sospechosa duda de que te inclinarás a quererme y en una certinidad del tu mi menosprecio, que es una de las cosas más odiosas a las mugeres.

POLYTES.- Donosa, pues, viene estotra, vendiéndome su tan jugada y aun perdida honestidad, que como ya me cuesta tan caro su hambre, la he cobrado temor de entrar en su poder. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué vienes hablando, amor mío, que aun la vista y habla, que no se niega sino a los notorios enemigos, no quieres darme?

POLYTES.- Al fin, entrar avremos en juego. [Ap.]

— ¿No sé por qué, señora Marcelia, condenas en mí lo que uvieras de loar por buen miramiento? Ya sabes, si amas como d'ello te precias, que el amor no sabe tener medio. Y como vamos tan en público no oso hablar, porque como tu amante temo caer en algún amoroso descuydo que sea pregonero de lo que ay entre nosotros dos. Ansí que la razón acompañada del amor que te tengo tienen en mí tal fuerça que posponen lo que quiere mi sensual desseo a lo que toca a tu honra. Que, por lo demás, ya sabes que la ley vulgar común dalo a los mancebos amantes bien empleados, aunque en ningún caso lo apruevan esto en la muger, pues siempre le da quiebra el crédito.

MARCELIA.- ¡Ay, ángel mío!, que con ser como tú dizes, bien veo que me quieres hazer creer sagazmente que lo que en ti causa el desamor y olvido que me tienes me digas que es por mirar por

mi honra, que yo por ti traygo muy al traste. ¿Y quiéresme tú dezir que el dexarme de hablar, que lo causa el no me amar, lo hagas por zelo de lo que a mí cumple? ¡Ay de mí, que te amo tanto que aún viéndome engañar de ti no puedo desechar tus razones, porque todo en ti me parece bien! Pero mira cómo lo que yo digo es así, que agora que estamos ya en mi casa, donde no tenemos a quién dar cuenta sino a Dios, pero ni aun por esso sales de lo que tienes en la voluntad, que es no amarme.

POLYTES.- Bien me culparas de veras si tu hija no baxara ya, que nos vio luego.

LIBERIA.- ¡O, loado Dios, que vienes, madre, a esta casa, que ni sé qué piensas de qué nos hemos que mantener, que oy no se ha callentado el hogar en esta casa.

POLYTES.- ‘Picado debes tener el molino’. Mala ferias para palacio, que a las vísperas aún es temprana la comida.

LIBERIA.- Allá haría como allá y no se me haría grave, porque dicen que ‘en Roma como en Roma, y en palacio como tal, y en mi casa según mi ordinario’.

POLYTES.- ¿Y aún porque agora sales de compás ya desmayas? Bien dicen que ‘mudar costumbres a par de muerte’.

MARCELIA.- Asuadas, que no está élla para matar el sapo con la saliva ayuna.

LIBERIA.- Y aun mi madre canta como bien harta.

MARCELIA.- Por tu vida y de todos tres, que oy no me he desayunado sino de peccados, que salen en un guiñar del ojo.

LIBERIA.- Pues bien ha un hora que tengo los manteles puestos.

MARCELIA.- Por tu vida, veamos qué tendrá que nos dar, que un combidado puede combidar a otro.

POLYTES.- Sentaréme sin mirar qué aya, porque veas quán de veras pretendo complazerte, mayormente en mi provecho, que ni miro a lo que se me pueda dar sino con qué voluntad.

MARCELIA.- Por cierto, con la que se dará en esta casa a mi hija.

FELISINO.- ¡Ea, paje, date priessa, no se enfríe esso! Y pese a tal con la bagassa —perdóneme que es mi suegra—, si después de puta no medra agora por alcahueta. Y aunque ella presto quiere, según veo, echar el pelo malo, aunque todavía algo cabrá al yerno d’este paño, que es lástima verlo condenado a cubrir tan putas carnes. Y el necio, pues, de mi amo que por mensaje de una alcahueta da lo que tiene, y por todo el sudor y vida de un criado darán un mal mes y otro para ellos; y sólo d’él: diamante y anillo, es verdad. ¡Ay, os digo yo, que como se vea con pelo, que luego se haga delicada y ociosa! Y si la ociosidad entra una vez en la casa d’estas tales mugeres, así solas y libres y no viejas, yo os baptizo por burdel la morada, aunque ya le lleva los tenores. Pero a la puerta estoy; llamar quiero, que en estas casas así cumple, porque a las vezes ay dentro quien ni ellas ni vos querriades encontrar.

—¡Ta, ta, ta!

MARCELIA.- Sube, sube, Felisino, que ya eres conocido.

FELISINO.- Quiero yo tomar a este paje esto, porque no sé qué ay arriba.

—Daca, hermano, esos platos y da luego la buelta, que serás allá menester para el alçar de mesa, que yo llevaré la plata.

(¡O, hi de puta, y qué buena viene la comida! En mala pro les entre a solas).

—Buen pro haga, señoras. Cata, cata, ¿y tú eres el patrón de la casa?

POLYTES.- ¿Y pésate de ello?

FELISINO.- Por cierto, no me pesa a mí de todo tu bien, pero aunque vengo tarde, pues traygo cobro, bien me recebirás, señora Marcelia. Y mándame tomar esto; pesan estos platos una arroba. Y mira que te manda mi señor de su mismo plato, aunque el vino hasta otro día lo avrás de perdonar, que allá en el beber contáronte por muger.

MARCELIA.- Pues más quiero entrar en el número de los hombres en el beber vino y estar sana que andar guayando y desseando. Pero bien parece de cuya mano viene la merced, cuya vida Dios prospere y prolongue. Y tú, hija, que me reñías por mi descuydo de no proveerte de comer. Cata, bova, que donde no anda la persona no haría tal sombra como ésta que vees, que ya se te ríe el ojo.

LIBERIA.- ¿Pues no te parece que me devo de holgar con la visita, de Dios presente, que desterrará a la hambre de nuestra casa oy, y la misericordia suya que espero que adelante desterrará nuestras miserias? Pero acaba ya, Felisino, y descúbrela todo.

FELISINO.- La comida ya la tienes y no me combidas, y ansí no llevarás estotro hasta que se me manden albricias.

MARCELIA.- Si me truxeras cosa, que ya la palabra de tu amo no uviera hecho mía, como es un poco de paño —que ha de ser diez varas para vestirme—, bien fuera que me pidieras albricias. Pero aunque eso ya lo tenía por mío antes que a ti lo diessen que lo truxesses, porque no quise que Polytes lo truxesse viniendo conmigo, y aunque de lo incierto se deven dar albricias, pero por lo aver traído, algo avrás.

FELISINO.- ¡A, pese a tal con la mercaduría! Pediste manto antes que tuviesse nada y agora que tienes para dobles vestidos, ¿házesete poco?

MARCELIA.- Anda, bovillo, que toda esta casa es de vosotros, que si pedí poco, pedí según mi pobreza. Y si tu señor me dio, díome aun poco según él quién es, aunque sea mucho a mí. Y mira que no me lo pidas antes de ver si lo he menester, porque como tú no vistes con sola la capa ni aun yo con solo manto, y allende que yo toda ando como desnuda, y no miras que essa muchacha que no me la vistes ni mantienes tú, ya que también ha menester si quiera una saboyana, míralo tú, hijo, que como a tal te tengo en esta casa, y tú, señor Polytes, juzga qué me podrá sobrar. Aunque no quiero que me conozcáys avarienta con verme pobre, tomad sendos cruzados en oro d'esto que agora me dieron para chapines, quien Dios guarde como a mí. Y pensad que lo quito de la boca, porque tiene la persona en su casa mil redrosacas que vosotros, libres y moços, Dios os guarde, no tenéys de cumplir porque no mantenéys carga de casa. Y sentaos y comencemos a comer, y no se hable más.

POLYTES.- Dios te lo pague, señora. Y por vida de Floriano que no consintiera que sacaras para entramos cosa, sino por no te enojar. Y tú, Felisino, ni pidas a muger hermosa ni prometas a pobre, ni devas a rico ni tomes de nadie, no te lo deviendo más de lo que te quisiere dar de sí.

LIBERIA.- Asuadas, que luego se publica la virtud donde está.

FELISINO.- Pues, cuerpo de tal, no quiebres tú las treguas de tu madre en obligarme a que torne por mí, que si me notas de mal cumplidor de mi palabra, yo te traeré las agujas que aun no soy muerto. Y porque agora no puedo pararme más, yo lo enmendaré todo con venir de assiento a la cena, adonde lo soldaré todo. Y con tanto, con tu perdón y licencia nos despide, pues sabes que en comiendo ha de yr a Prado Floriano.

POLYTES.- Pues de essa romería ya sabes, señora Marcelia, que no puedo yo hurtarme, y en el tardar haremos falta. Y la falta resultaría en nuestro enojo, de que tú no holgarías. Por tanto, a Dios, hasta otro día que de más assiento nos veamos y tengas vino que bevamos.

FELISINO.- Y aun la falta de esso y que estoy que me ahogo de sed me haze que sin más salvas os quedéys. A Dios.

MARCELIA.- Pues no da hombre más de lo que tiene. Provee a la cena lo que agora faltó e yd con Dios.

POLYTES.- ¡O, hermano, cómo te quedo en obligación, más en me aver librado de Marcelia que no por el ducado del alboroque!

FELISINO.- Y aun, porque te entendí, busqué cómo te escabullir de sus uñas, que la matrona, como te halla barbiponiente, pegársete ha.

POLYTES.- Ella se me puede pegar a mí, pero yo huyré de ella y ansí mal convernemos. Pues ‘do uno no quiere, dos no barajan’.

FELISINO.- Alarguemos el passo, que muero de sed. Y allá se lo ayan ellas, pues nos libramos y comimos y ganamos.

MARCELIA.- Agora que, hija, son ydos aquéllos, te quiero dar a entender cómo debes loar a Dios con el día de oy y hazer cuenta que oÿmos buena missa. Y mira, bova, cuán de buen pie entró esta gente en mi casa, aunque tú pocas vezes te satisfaze cosa que yo haga, lo qual conozco que nasce en ti por falta de experiencia. Pues calla, hija, que andarás por los días y gustarás de las necessidades y cargarte han los cuydados. Y començará el mundo a abrumarte y, como el çapato te vaya mordiendo y el dolor de la miseria te comience a sujetar, aprenderás. Y la experiencia te mostrará cómo te devas oy en día subjectar por la ganancia a todo el mundo. Porque ésta trae a los más ricos merchanes passando los mares y andar acosados de feria en feria. Y aun verás que el mal tiempo no les haze dilatar la partida del regalo de sus casas, porque andan al son que les haze la ganancia en las ferias. Y verlos has, hija, aquí poner tiendas y por el mercado de un día desplegar sus fardeles, abrir sus caxas, estar presos a la tienda, esperando y cobdiciando a cada qual que les vaya a élla. Pues si miras en ello, verás que a todos les van, acojen y halagan; y al dicho de cada qual plega y despliega sus mercancías, aunque los menos de los que paran le dan ganancia. Ansí tú, hija, a todos

los que vienen a tu casa muestra buen rostro y guarda tu hazienda, y echando tras la suya échales en el regaço una honesta risa y dales una buena palabra, porque no sabes por dónde te tiene Dios encaminado el bien. Por esso, hija, te ladro cada día que a estos criados de grandes señores les hagas solaz o hospedaje; porque son moços y, viéndose delante sus amos, todo lo parlan porque en algo les contenten. Y si no, míralo, hija, que Floriano sin me haver hasta oy visto ya tenía tal crédito de mí que por averle oy yo visitado, mira qué visita embió luego tras mí, con que comimos y cenaremos si a Dios plaze. E oy me visto de manto y mongilón; y para ti, por no vender mi palabra, una saboyana. Pues para la hechura y para darte botines y chapines, mira qué moneda no usada corre agora por mi bolsa. Pues tras esto, me queda este anillo, que si la piedra es la que yo pienso, que será fina. ¿Mira si con tal diamante avrá para ayuda de casarte? Que la costa de entre año ya la tenemos segura con ayuda de Dios y de Floriano y de mi industria, porque me mandó dar ración cada día. Y asuadas, que siempre sea tal, que aunque excedamos de nuestro ordinario nos sobre para ayuda de otras baratijas de por casa. Y tú ándate y no me creas, y tengas paz con todos y ‘allégate a los buenos y serás uno honrado de ellos’. Daca, daca mi anillo, que ni pienses de te me alçar con él ni comiences ya a guardarle por dote porque, aunque más se te ría el ojo, los casamientos salen como los guía Dios: tarde o temprano. ¿Qué dizes? ¿Qué me hablas, bova?

LIBERIA.- Que como veo suvida tan repente y tan alta y no veo escalón por donde nos ayamos encumbrado, temo y con razón mayor caÿda.

MARCELIA.- ¡Donosa judía de Çaragoça, que cegó llorando duelos por venir! Ansí me pareces que tú antes de gozar, llorar. Sirvamos a Dios y antes esperemos el bien que el mal, porque Dios da, y siempre da y da como quien es. Y con esto ve, cierra la puerta y dormiré un rato yo, que los cuydados del día me quitaron el sueño d’esta noche. Y tú reposa también, que ganada tenemos ya la cena; y el combidado que no faltará nos proveerá del vino que nos ha faltado.

POLYTES.- Ya estamos, Felisino hermano, en casa. Ve, da los platos al repostero, que yo quiero hablar a Fulminato que nos viene al encuentro.

FELISINO.- Con esse hombre, allá te avén, porque no tiene plática para que yo espere sin beber.

POLYTES.- ¡A, hermano Fulminato! ¿Qué ha sido de ti, que no he tenido vagar para preguntarte qué fue lo de anoche?

FULMINATO.- ¿Y qué?

POLYTES.- Que según diz que anoche corrías. Ovo algunos que pensaron que yvas a tu tierra a recobrar herencia, y aun que estarías ya allá.

FULMINATO.- ¿Por qué dizes esso?

POLYTES.- Porque diz que corrías de suerte que bien ganarás el palio si le corres.

FULMINATO.- Pues, aÿ verás quién es Fulminato, que los que fueron, en sintiéndome desenvaynar y en reconociendo ser yo, toman las viñas, de suerte que por bien que yo corro hallé anoche mi ventaja.

POLYTES.- ¿Y a quién querías tú alcançar, pues los quedavas atrás?

FULMINATO.- Quedáronseme a una buelta de calle y yo, quando advertí y bolví sobre ellos, sólo

uno que no corrió tanto alcançé, que con humildes palabras se me escabulló de una bareada de espaldarazos.

POLYTES.- Bien dizen que ‘la mansa respuesta quebrará la ira’.

FULMINATO.- Mas, por vida de tu amiga, ¿quién te lo contó? Porque si no fue persona que te lo uviesse de dezir de buena tinta, tornando yo por mi honra te diga yo la verdad del caso muy de pe a pa, porque en summa es lo que yo conté.

POLYTES.- Y aun así será. Y el resto se quede para de más vagar, porque baxa ya Floriano.

FLORIANO.- Ya, Lydorio, me tendrás entendida la razón en lo que quiero que allá se haga, y cómo essa gente se quede esperándome, cómo y adónde ya te dixe.

LYDORIO.- Señor, entendiendo en lo que mejor te pareciere en tus negocios, puedes perder cuydado en lo que me mandaste, que se hará como mejor y más seas servido.

—Moços, llegad esse cavallo y no falte nadie. Y encaminemos a la buena ventura.

Argumento de la scena xviiij

Començando a penar Belisea por Floriano y estando tractando con Justina de su mal, sobreviene Floriano, y finalmente se hablan, declarando Belisea a Floriano en qué manera le ha de amar. Y ansí se dividen, quedando Polytes y Justina concertados de se hablar después de media noche.

Belisea. Justina. Floriano. Polytes. Fulminato. Felisino.

BELISEA.- ¡O, soberana madre de Dios, Virgen Sancta María, por reverencia d'este tu sancto templo te suplico me valas! ¡O, qué gran basca siento en el corazón! ¡O, cómo me siento muy tierna en la memoria del nombre de Floriano! ¡Ay de mí, que ni sé qué mal es el mío ni sé dónde me han abscondido mis antiguos castos pensamientos! No solía yo tractar de amor de hombre, sino por Dios como a próximos. Pero agora, por la vía que aún no entiendo ni sabría dezir, me veo implicada en varios pensamientos. Quiero platicar con Justina este de mí no sabido mal, porque allende de ser honesta y sabia donzella y quererla bien, sabe oÿr lo bueno para loarlo y favorecerlo y lo malo para deshazerlo y no lo descubrir.

— Ven acá, Justina, vente conmigo a la iglesia. Y esotras mugeres, desde que ayan todas comido, sin salir de la ribera se espacien y tomen plazer.

JUSTINA.- Todo está puesto en cobro. Vamos donde mandares.

BELISEA.- Pues dame la mano y vámonos por en torno de la cerca d'esta huerta de los monjes, porque me congoxo a la sombra d'esta ribera.

JUSTINA.- Y aun por cierto, mi señora, que andas tan achacosa que no sé si lo haze tu venida.

BELISEA.- Antes que acá viniese estava ya tal.

JUSTINA.- Que no digo éssa.

BELISEA.- ¿Pues cuál?

JUSTINA.- La venida acostumbrada, que es enemiga de la hermosura a las mugeres.

BELISEA.- Ya te entiendo, que aun para esse mal fáltanme días.

JUSTINA.- Pues si en algo te puedo ser buena, te suplico te me declares.

BELISEA.- Por la confiança de tu buen serceto te quise comunicar los principios, que mi mal no le entiendo, y es que desde esta mañana leÿ una carta me siento muy otra que solía.

JUSTINA.- ¿Cúya era o qué tenía? ¿No tuviesse, mal peccado, algunos hechizos?

BELISEA.- Creo que tenía mi perdición. ¡Ay, mi Justina! ¿Qué haré? Que ya siento mi voluntad inclinada a tomar gusto y deleytarme en pensar lo que de antes aborrescía aun oÿr. Ya desmayan por mi mal mis castos pensamientos y mi meditación de Dios se me deshaze. Ya los cuydados muy veleros de la honra se me han adormescido; ya, finalmente, como por fuerça de sensualidad me siento ser traÿda a recrearme en vanos pensamientos. Y ansí quiero por una vía lo que siempre aborrescí por otra. Que no sabré dezirte qué quiero ni qué amo ni qué aborrezco ni qué busco conseguir y hallar ni qué desseo evitando huyr. Y esto por hallarme rodeada de mil contrariedades

acerca de una sola cosa, que juntamente amo y temo y busco y huyo y desseo y aborrezco.

JUSTINA.- ¡O, gran mudança de muger! Siempre me temí de Marcelia. Pero pues ya es hecho, y en lo hecho no ay enmienda, proveamos en lo por venir, que si su mal es de amores ella dará más señal, y si es de enfermedad otra no le faltará quien la cure, ni medicinas ni regalos. ¡O, poderoso Dios, y qué sospiros tan de las entrañas alança! ¡O, qué alteración de rostro! ¡O, qué olvido de compostura! Ya, ya, asuadas que yo adevine. Mirad qué acuerdo, que me llamó para hablar conmigo y apostaré que no se acuerda ni de sí ni de mí. Bien dicen que ‘mal vezino es el amor’. ¡Jesús, Jesús, y cómo se ha tendido!

—¿Qué desmayos son éssos, mi señora?

BELISEA.- ¡Ay!, que de la muerte. Y lo con que más muero es desconfiar que no me matarán, porque así pensaría descansar, pues el morir es necessario a todos los mortales.

JUSTINA.- ¡Ay, por tu vida, que te esfuerces! Y mira que viene gran tropel de gente.

BELISEA.- Pues tornémonos a la ribera con las mugeres.

JUSTINA.- Anda, que no ay quién nos conozca, si a dicha no son los escuderos que vienen por ti.

BELISEA.- Yo dixe a mi padre que no viniessen por mí, que me bolvería como vine.

JUSTINA.- Pues huelga, que la gente se queda atrás y viene sólo uno de a cavallo y dos de a pie; y así será un cavallero que vendrá a hazer oración.

FLORIANO.- Di, Fulminato, ¿qué mugeres son aquellas dos que allí están a la sombra de aquellas paredes del monasterio?

FULMINATO.- Voya a hazerlas venir a que las conozcas. Pero si alguien que ciña espada presumiere de defenderlas, ¿dasme licencia que le saque la vida?

POLYTES.- ¡O, maldito sea este panfarrón, amén! [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes tú?

POLYTES.- Que parescen gente de pelo. Pero ya, ya, acá está Belisea.

FLORIANO.- No lo creas.

POLYTES.- A la una he reconocido, que es Justina, a la qual tú eres muy en cargo porque te es muy servidora en tus negocios.

FLORIANO.- Pues donde éssa está, bien podré yo llegar. Tú, Fulminato, no te partas de a¥ por si fueres menester. Y tú, Polytes, ve a la puerta de la iglesia y mira quién entra y sale con aviso.

FULMINATO.- Aun el diablo creo que aya parte oy en la venida, que aquella deve ser la dama, que las dos ya parlan entre sí. Yo seguro que ella que deve de buscar manteles, y que si el asno de mi amo me creyesse que no devría de hazer sino llegar y embarrar, porque al fin, aunque gruñen con la boca, con el cuerpo se tienden, y luego las uñas de gato. ¡Pero, pesar de la vida, si avré oy de comprar el vestido que mandó al camarero darme con perder aquí la vida! ¿No sé quién me haze a mí querer honra tan costosa y blasonar de valiente? Que Floriano para esso me llama en tales trances, pensando que dirán mis hechos con mis dichos para guardarle las espaldas. Y él está mal en la razón, porque al primer desenvaynar, y aun quizá antes, le muestro las suelas del calçado que

oy calcé nuevo con esperança de romperlo. Porque ni pare mi madre ni me parirá otra vez; ni mi amo me restaurará la vida si de nescio la pierdo por él. Y en estos palacios, si os mancáys por ellos, el alivio que os hazen es en el partido, que no lo dan sino a quien lo suda, y las mercedes en la sierra de Gata. Yo bien tengo por mí que tal donzella como ésta que no vino sin escuderos, con quien me guarde Dios tomar contienda de día ni aun de noche; y éstos en lo sintiendo son con Floriano. Y él, según es loco, pensará que con tenerme al lado y la dama delante que no ay más que temer; y quando mirare por mí, hallarse ha del agalla, que a la fe, pues busca la carne y solo la querrá trincar y solo comer, que sólo la compre. Que ‘quien solo come en el plato, que solo guarde el hato’.

JUSTINA.- ¿No has mirado, señora, qué lindezas ha hecho aquel cavallero? ¿Y qué saltos haze dar al cavallo? ¿Y qué entero anda en la silla? Que por mi vida, que algunas vezes de ver el cavallo tan enarmonado me pone pavor no le avenga algún desgayre, porque es cavallo muy desapoderado y paresce un elephante.

BELISEA.- ¡Ay, guardarlo ha Dios, que holgado me he de verle! ¡Y cuán sin tacha y cuán gentil hombre le hizo Dios! Y aquel vestido le arma muy bien, y aquella cadena de oro le adorna mucho.

JUSTINA.- Y aun élla, que es harto rica y grande. Pero ya sé quién es, y si no te enojas dirélo.

BELISEA.- No creo que ay por qué enojarme, que él me ha parecido hasta agora bien. ¿Dime quién es?

JUSTINA.- Es aquel gran cavalero tu servidor, Floriano. ¡Ay, por Dios, no te desmayes así! ¿Qué tal te sientes?

BELISEA.- ¡Ay, que no sé! Pero déxame, que el lugar tan público y mi honra y mi honestidad me mandan sacar fuerças de flaqueza; y así me esforçaré más que puedo por no dar señales de mi mal.

FLORIANO.- Toma este cavallo, Fulminato, y passéale un rato.

FULMINATO.- Pues si en algo más me uvieres menester, ¿mandas que le suelte?

FLORIANO.- Anda, que sólo yo devo tener temor por verme ante tanta majestad.

FULMINATO.- Pues a la obra verás si ay temor en mí. Pero allá yrás. ¡Qué buen achaque tengo agora para escabullirme!, porque si algo fuere diré que con el passear del cavallo no lo vi, y con el rixar suyo no lo oí. Y aun si viere que son muchos, suelto el cavallo, y él por los campos a huyr de mí y yo tras él a huyr desotros. Y otra vez avisará mi amo, si escapare vivo, en no echar las cargas todas a uno. Pues esperar socorro de la gente es por demás, porque todos se han tendido por los campos a buscar sombras; que Floriano está tal que ni sabe si haze calor, si frío. ¿Ea, pues, vos, don cavallo, también tenéys el mal de vuestro amo? Quiero me yr a una sombra por aquí, donde a mi seguro pueda huyr en despertando si algo uviere; y allí dormiré a mi sabor, que Floriano y las damas ya se van encontrando y yo seguro que tiene plática para tres horas.

JUSTINA.- Señora, el cavallero se viene hazia nosotras con su varica en la mano. Y pues os havéys visto entrambos, háblale, que la buena criança entre los más nobles reluze más. Y pues ya está cerca, yo quiero mover la causa de la plática, no como más sabia pero como más atrevida y más libre.

—¡A, cavallero!, no paséys adelante sin licencia d'esta señora, que yo os defenderé el passo.

FLORIANO.- Por cierto, si como es essa señora la que con justo título posee mi voluntad y tiene el sí y el no de mis obras en su querer, fuera yo el tal possedor —aunque posseyera mal—, yo os obedesciera luego. Y ansí os ruego no me tengáys a mal el esperar esse mandamiento de su boca, desacatándose mi atrevimiento a vuestro libre mandar. Y en esto no pretendo injuriar vuestro merescimiento en no me subjectar a vuestro dicho, pero por no quitar la obediencia a quien sobre todas las del mundo todo buen entendimiento de hombre conocerá serle deuda forçosa, y a quien más que todos y sobre todos y solo entre todos amorosamente soy subjecto, y esforçadamente defenderé por solo mía la deuda de tal servicio. Y ansi, a vos, hermosa, por muchos respectos, desseo hazeros plazer fuera del presente discrimen.

JUSTINA.- ¿Pues cómo tan aÿna conoscéys quién sea cada una de nos, posponiendo a mí y anteponiendo a esta señora, aviéndoos yo hablado la primera?

FLORIANO.- Dexando muchas causas que me han movido en lo hecho, si algo ha sido contra vos, y respondiéndolo no en excusación de lo que tan acertadamente yo dixe, pero para sólo dar razón de lo que me pedís, digo que el temor reverencial que mis potencias han mostrado en mí tener a essa señora me abrió la ciega vista de mi enajenado entendimiento, y alumbradas mis potencias con rayos de tanta gloria presente, ni tanta majestad se podía ocultar a mi vista ni mi voluntad, que a élla hizo homenaje sola, permitiera hazer tal alevosía que a nadie diera otra obediencia. Y ansí, por el gozo que siento en hablar en esto, tórnome a declarar cuyo soy, porque vos veáys a quién sola devo de obedecer. Porque en llegando, la presencia desterró mi tristeza y dióme nueva alegría; y la tal alegría avivó mis sentidos, despertó mi memoria, abrió la clausura de mi entendimiento. Y vi luego las prisiones de mi corazón y el gozo de tanta gloria, haziéndome atrever a levantar de mi baxeza los ojos de mi tan irradiado e iluminoso y claro entendimiento, vi el de dónde procedía mi tal alegría. Y finalmente vi en las manos del querer de essa señora las llaves con que, quando perdí mi captiva libertad, vi aprisionar mi glorioso y libre llagado corazón por suyo. Cuyo, desde que le conocí, le vi tan altivo y tan grandioso, y tan estimado y lleno de tanta hufanía con su prisión, y tan gozoso con su herida y tan alegre con sus mortales dolores, que ni quiere buscar cómo salir de ellos ni hazer semblante de acatamiento menos que a tanta majestad. E ansí, ni vos tendréys en mucho el no averos yo obedescido ni essa señora me culpará en ansí me aver en su presencia, como absorto y olvidado de mí, desacatado con desemboltura en el hablar y firmeza en el llamarme por suyo y a ella por mi señora; aunque ella de esto sea injuriada, pues en ello soy yo el bienaventurado y gozoso.

JUSTINA.- ¡A, señora! Pues no oso delante d'este cavallero sino llamarte mi señora, ni yo puedo sufrir que en tu presencia tal me tracten, ni delante de quien ansí me deshaze osaré parar más, por esso me da licencia e yré por unas horas, que oyendo missa esta mañana se me quedaron en la capilla, porque viene gente y no me las tomen. Y vos, cavallero, mirad que aún no os doy entera soltura para que sin mi licencia habléys a otra dama.

BELISEA.- Anda. ¡Maldita seas, chocarrera, y estáte queda!, que pensará esse cavallero que hablas de veras.

FLORIANO.- Ni yo sé, mi señora, con más de sola una que tiene mi coraçón tener veras, ni con vos puedo tratar debaxo de alguna burla.

JUSTINA.- ¡Ay, señora, señora! ¡Mezquina yo, qué toro tan lleno de garrochas viene de hazia el río! ¡Huye, huye! ¡Acojámonos a la iglesia, que yo no oso parar aquí más!

BELISEA.- Cavallero, por vuestra fe, que passéys vuestro camino que mi compañera se me ha ydo, e yo me voy a poner en salvo, aunque las piernas me han cortado el temor de tan feroz animal, aunque viene algo lexos.

FLORIANO.- Mi señora, el toro se ha passado a nado huyendo. E pues los otros en vuestra ausencia han muerto por vos, éste morirá en vuestra presencia por el que los dio a la muerte, más muerto que ellos por vos.

BELISEA.- ¡Ay, sola de mí, que soy muerta, que hazia acá encamina!

FLORIANO.- Más solo me hallo y más muerto sin vos, aunque me sustenta la fuerça de vuestra hermosura. Pero porque veas, mi señora, qué fuerças son las tuyas que ansí temes a un bruto animal y a mí tienes tan sin temor tal parado, suplicote veas cómo las fuerças del tu vencido quitarán la vida al que ha puesto temor a quien sóla yo tanto temo.

BELISEA.- ¡Ay, por un solo Dios!, que no tomes debate por mí, que me puedo acoger a seguro, tan a tu peligro con quien no sabe hazer diferencia de merescimientos.

FLORIANO.- Harála, aunque no quiera, del poder. Y sin te mudar, me perdona, antes que más llegue, porque se viene hazia nosotros y muy denodado.

POLYTES.- Anda, anda, mi señora, que agora el temor del toro te puso en la prisión del que tú tienes tan muerto.

JUSTINA.- Sin falta que son grandes y muy a cada passo vuestras muertes. Pero déxame, triste yo, que ni sé qué fue de mi señora, que pensé que venía tras mí. Y déxola sola, y lo hize mal. Y tampoco yo me recatava de ti.

POLYTES.- Anda, mi vida, acojámonos a la iglesia, que ella allá tiene quien le va más que juramento en guardarla.

FULMINATO.- ¡Cata, cata, qué fiero toro! Y por las reliquias de Sant Salvador de Oviedo, que es Floriano con él. ¡O, hi de puta, pues qué animalejo, que no ay cosa de que yo más tema en esta vida, después de temer a las superiores potestades! Pero póngome a cavallo por sí o por no, que este quatupeo me pondrá tierra en medio. Pero, ¡o, hi de puta el diablo!, qué soltura y destreza, y coraçón y fuerça de hombre que ansí le esperó y de sólo un golpe le ha desjarretado. Pero tal mirador tiene, muerto le deve de quedar, que ya se torna limpiando la espada. Agora que sé que el toro no vendrá por acá, me torno a mi officio, ‘la barba sobre el hombro y los pies en primera’.

BELISEA.- ¡O, qué hazaña y soltura de cavallero! ¡O, cómo no sé por qué vías soy violentada más

y más de cada momento a le amar! Y pues él se torna para acá y no excuso rendirle gracias por lo hecho y tengo buena ocasión para le hablar, quiero intentar de saber sus desseos, que tanto en todo y por todo publica ser en mi servicio.

—¡O, bendito el Señor que te libró! En merced tengo, señor, lo hecho por la parte del temor que me quitaste y pena que tenía de te ver yr a tanto peligro.

FLORIANO.- Nunca pensé merescer, mi señora, tanta piedad de vos ni verme tan vivo delante de quien me mata.

BELISEA.- ¿Y quién es la persona que así se ha con vos?

FLORIANO.- ¡Ay, ángel mío!, que si tal merced de ti me atreviera a pensar de alcançar como es el hablarme, tuviera pensado el cómo responder a tu pregunta.

BELISEA.- No tengas en tanto la habla, que a nadie aborresciendo la niego.

FLORIANO.- Por merced grande tengo el hablarme, pero por principio de mi alivio tengo el saber que a nadie desamas, porque así pienso que no ha sido tu intención en lo passado que yo muriesse, pues tu clemencia a todos querría dar vida. De donde pienso que si fueras antes sabidora de mi pena y supieras el ser por ti y conocieras el ser tú la causa, que si no por yo lo merescer, a lo menos me uvieras acorrido por tu benignidad, sintiendo pesar de la pena de mi atrevimiento. Porque a yo más acabar de morir, mi tormento atrevido fuera pregonero de mi culpa y tu inocencia.

BELISEA.- Pues tan al descubierto me dizes que yo te doy pena, querría saber tu nombre para conociéndote conocer si tú tienes la culpa de la pena que dizes que tienes.

FLORIANO.- La pena que yo he padescido confieso que ha sido merescida por el atrevimiento d'este tu Floriano. Pero pues tu hermosura dio alas a mi atrevimiento en te yo amar, suplicote —como por cartas te pedí— que en el gualardonar mis tormentos, no teniendo respecto a mi culpa, la tengas a tu misericordiosa compassión; y con ésta detengas la fuerça de tu justicia no executando tu riguroso castigo. Y si quieres castigarme más y más, si mayor castigo puede aver en las cárceles de amor, propón de me dar en el sufrimiento mío mayores fuerças tuyas para que en mí tu indignación executando seas más vengada, si tu merced en me atormentar es servida y tu benigna misericordia no injuriada.

BELISEA.- Antes de agora uviera yo de conocer, Floriano, quién fuesses, cuyo nombre tus atrevidas cartas me avían dicho. Pero mira, Floriano, que si tú como hombre buscas tu desatinado descanso, yo como donzella mamparo mi delicada honra. Y si tú buscas la consecución de tu infectionada voluntad, yo defiendo mi libertad. E si tú quieres guiar tras tus venenosos y no limpios desseos con tu amor, desamado de mi honestidad, yo tengo de cerrar la puerta a toda habla que ni a mi ánimo trayga limpieza ni a mi espíritu reposada castidad. Por tanto, como a hermano en tal amor te ruego me ames, si me amas y me quieras bien para mi bien y no de suerte que queriéndome quieras mal pata ti y peor para mí. E con hazer tú esto podrás ganar en mí un amor que a bienqueriente de mi honra te tendré. De otra guisa, desamarte he como a enemigo de virtud y perseguidor de mi honra, y menoscabador de mi limpieza y matador de mi inocencia en mala inclinación, y derramador de mi fama y destruydor de mi reposo, y asolador de la casa de mi padre

y ensuziador de mi alta sangre. E si te han mentido de mí otra cosa, desapégala de tu imaginación. E si te han dicho que me pesa de tu mal, si tu lo entiendes como yo quiero y pretendo que lo entiendas, sey cierto que tú me tendrás que agradecer y yo ocasión con que más y más te mostrar por las obras el limpio amor de mi voluntad senzilla. Y si eres hombre, yo muger, y entramos hechos para Dios y formados a su imagen y criados para gozalle y obligados a amarle; y en Él a nosotros y a nosotros por Él y para Él. Y si holgué de verte fue por desengañarte. Y en esto, concluyendo mi plática, verás quán en limpio amor te amo, que tú bien vees me he esforçado a forçarme a te hablar sola sin te haver aún conocido. E pues te consta mi voluntad, si te guieres por ella procuraré tu salud; holgaré de tu bien, buscaré tu descanso, aceptaré tu conversación, oyré tus mensajes, responderé a tus castas peticiones. Pero de otra manera, aborresceré tus costumbres, huyré tu persona, blasphemaré tu nombre, evitaré tus hablas, quitaré tus visitas, perseguiré tus fuerças por assegurar mi flaqueza; y desamaré y olvidar me he de tu salud exterior por no perder la mía interior.

FLORIANO.- No menos sabia te has mostrado, mi señora, en el hablar que honesta en el rehuyrme y hermosa en el malherirme, y poderosa en el matarme y señora en el mandarme, y paciente en el oÿrme y sagaz en el despedirme. Yo me doy por pago de lo que padezco con el dezir que me amáys, aunque no es el amor que yo pido, pues es más del que yo os merezco. Pero todavía te suplico que, pues ausente como a próximo necesitado me mandaste este tu anillo, cuya virtud por sólo ser tuyo me revocó de las puertas de la muerte, que agora que me has visto presente no permitas que mi gran fuego de pena me consuma, siquiera porque se vea, mi señora, que, como pudiste herirme y matarme, puedes también sanarme y darme vida. Y de oy más sustenta mi vida para que en mí executes tu saña con el castigo si otra cosa no te merezco. Y esto siquiera porque, pues yo me publico por tuyo, vean los que no lo son quán bien sabe tractar a los tuyos para que todos lo cobdicien ser, aunque yo sólo lo querría tener por mío, porque solo me tuvieses por tuyo.

BELISEA.- Ya te di seguro del amor que te tengo y tendré, mientras tu mal gobierno no lo perdiere de mí. Y con esto te ve con Dios, que sale Justina y vendrá mi gente, y no quiero sospecha donde yo no tengo ocasión ni la quiero en ti.

FLORIANO.- Sin más altercar a tu mandado, quiero hazer vuestra voluntad en me yr bien contra la mía, pues jamás saldrá de tu servicio, cuyas manos besando me despido de tu presencia, encomendándosete en ausencia este tu Floriano. Que agora que me encomendé a ti me voy al templo a encomendar a Dios el alma, y a ti a quien encomiendo mi coraçón.

JUSTINA.- Anda ya, señor, que estas no son cosas para tractar en este lugar. Baste que en el jardín, y a la hora que te aplaze, hablaremos lo que queda. Y mira que viene tu amo acá; yo quiero dexarle entrar e yrme sin que me vea para mi señora.

POLYTES.- Pues con esperança de la yda, me voy a la puerta de la iglesia, do él mandó esperarle.

BELISEA.- ¡ Anda ya, Justina, maldita seas! ¿Y cómo me dexaste sola?

JUSTINA.- Mi señora, fue tanto el temor que cobré al toro que con pensar también huyeras

conmigo me acogí. ¿Pero, y el toro?

BELISEA.- Anda, vamos a la ribera con las mugeres. Y dame la mano, porque tractemos de yrnos para casa.

JUSTINA.- Pues si mandas, daca y vamos. Pero, ¡ay!, que está allí el toro.

BELISEA.- No le ayas temor, que aquel cavallero le mató y aun muy desembuertamente.

JUSTINA.- Pues vamonos por par de él y verémosle.

FLORIANO.- Di, Polytes, ¿vino gente alguna mientras allí estuve?

POLYTES.- Señor, no.

FLORIANO.- ¿Y qué hora será?

POLYTES.- Señor, sería poco más de la una quando llegamos y los monjes han dicho sus vísperas ya, y aun han dado las quatro en el reloj.

FLORIANO.- Pues no me paresce que ha media hora que llegamos. Di a esse moço que me trayga el cavallo.

POLYTES.- Señor, ya viene con él, que siempre ha estado allí cerca Fulminato.

FULMINATO.- ¡Boto a la sancta Litanía que se acogieron las damas! Y helo, sale muy devoto Floriano. Allá voy con el [cavallo].

POLYTES.- ¡Por Dios, que barrieron presto las señoras! Y Floriano no sé qué ha negociado que va mustio, y aun él que tuvo harto tiempo si fue para ello. Aunque quicá que hizo algo. No le quiero condenar para poco, pues yo fuy para harto menos. Aunque a la verdad, la reverencia del sancto lugar me ató las manos donde andava bien suelta la voluntad.

FULMINATO.- ¿Cómo va hecho mudo nuestramo, di, hermano Polytes?

POLYTES.- ¿Y con quién ha de yr hablando? Pues con nosotros la disparidad de las personas lo estorva.

FULMINATO.- ¡O, pesar de la berbería! ¿Y cómo, no soy yo hombre que por mi persona puedo hablar con el rey? Cata que la sangre todos la tenemos bermeja, ¿pues la casta? De Adám baxamos todos, que no está en más la disparidad que llamas, sino en el tener. Sí, que el yr a cavallo y llevar ropa de seda y cadena de oro no nació con el hombre; y como lo tiene aquél lo podía tener yo. Pues si por hazañas se gana la casta y valor, ya puede Fulminato tener más blasones que cabrán en un paramento. Pero al fin, como no me conosce ni estima el rey y el mundo, así me yré a pie.

FELISINO.- ¡A, hermanos! ¿Qué ha passado por allá? Que yo dormido he un rato atendiendo, y aun por poco me fuera, como los más lo hizieron desde hartos de aguardar.

FULMINATO.- A la fe, si tú y ellos estuviéades en vela como Fulminato guardando el cuerpo de Floriano no os enhadara la ociosidad con el cuydado de las armas y el peligro de la vida; pero al fin, todo es dicha este mundo.

FELISINO.- Alguna razón tienes, pero por tanto eres de a par de el asa. Aunque si mal uviera de haver, nosotros estábamos los primeros en el passo por donde havía de venir.

FULMINATO.- Essa disputa más tiempo pedía para dezirse. Pero ya estamos en casa; y entendamos en apear a nuestramo.

FLORIANO.- ¿Óyeslo, Fulminato? De aquí a un rato sube a mi cámara.

FELISINO.- Cata, Fulminato, como yo acerté en que eras de a par de el asa. Pues alto, cada uno entienda en lo que deve.

Argumento de la scena xix

Lydorio pregunta a Fulminato lo que passó en Prado. Floriano haze gran lamentación de su pena y quiere embiar a Fulminato a su señora; el qual, escusándosele, manda llamar a Marcelia.

Lydorio. Fulminato. Floriano.

LYDORIO.- ¿Dime, Fulminato, qué nuevas tenemos? ¿Cómo ha venido tan mustio Floriano? ¿Qué succeso uvo la yda?

FULMINATO.- No sé, por Dios, porque quando solo me vi, y allá vi la dama...

LYDORIO.- ¿Qué dama?

FULMINATO.- La que nos trae dansantes sin son. Y digo que quando conocí la cosa como yva se me alegró el ojo. Y juro, por las bendiciones de la Letanía, que ya me bullía la espada en la vayna; y al cabo, ‘mi gozo en el pozo’, porque no uvo persona de resistencia.

LYDORIO.- ¿Y Floriano habló ya con la dama?

FULMINATO.- ¿Y cómo ansí? Que bien dizen que ‘a los bovos se aparesce la Virgen María’.

LYDORIO.- Calla en mal punto, no desmandes la lengua contra quien te mantiene.

FULMINATO.- Dígolo porque ‘da Dios havas a quien no tiene quixadas’. Porque si en mi poder la viera, en la meytad del tiempo que él gastó con ella en circunloquios la tuviera yo en cinta; porque, al fin, yo juro por ella que le querrá ‘más buen obrador que buen parlador’, porque dizen que ‘gato miador nunca buen murador’.

LYDORIO.- Mira que todas las cosas quieren sazón y tiempo.

FULMINATO.- Y aun ansí es, que ‘quien tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente’. Y ‘mejor es buscar suelda para lo hecho que tiempo para lo por hazer’, porque el ser mejor es en las cosas que no la potencia.

LYDORIO.- Dizes bien en las bien guiadas.

FULMINATO.- A la fe, todo hombre obra por el fin. Y el fin de Floriano es venir a lo que yo començara por la obra, porque excusados son rodeos donde ay llano atajo.

LYDORIO.- ‘Nunca verás atajo sin trabajo’.

FULMINATO.- Ni aun ‘rodeo sin desseo’. Al fin, de dos males mejor es el yerro en el hazer que no el yerro por esperar. En especial que según la troba: **¡Error! Marcador no definido..**

LYDORIO.- Dexando, pues, esto, yo seguro que deve de haver algún alivio, pues sobre aver precedido esso te manda llamar de prisa. Ve, pues, a ver qué te quiere.

FULMINATO.- Voyme a armar, que él no me querrá sino que le vaya por la dama, allá sobre noche.

LYDORIO.- Lo que fuere allá lo sabrás. Entra dentro.

FULMINATO.- Pues porque aya tiempo para me apercebir, voy.

FLORIANO.- ¡O, captivo amante, cómo ahora del todo has conocido tu poco valor, pues tan

despedido vienes de tu señora y tan sin confiar remedio en lo que esperavas! ¡O, mi señora! ¡O, mi bien! ¡O, qué gracia mostravas en la compostura de tu honesto semblante! ¡O, qué señorío en la persona! ¡O, qué gravedad y majestad en el retraerme! ¡O, qué compendio en las palabras y qué elegante facundia en las razones! ¡Ay de mí, que el tu despedirme me lleva más para ti, y el combidarme a la guarda de tu honestidad con tus dulces y amigables palabras me pone mayor desseo de te ser en esto enemigo! Porque o tú me tienes de acabar la tan penada vida o has de perdonar mis tan importunas querellas, porque mientras más virtudes y gracias veo en ti, más de la razón soy llevado y más la voluntad me combida quererte y adorarte y seguirte como a objeto final de mis presentes desseos. Bien puedo morir en el campo del amor, pero no dexaré, mi señora, de publicarme por dichoso tu captivo, y a ti declarar por injuriada en ser mi señora; y así, vida mía, huelgo que me acabes de matar, porque gane mi victoria el triumpho de mi pelea y la gloria en acabar la vida en servicio de quien me le da. Y así, yo muriendo haré fin a mi penar y tú, mi señora, quedarás libre de mi captiverio —que en tu prisión dulce passo—, pues ya no tendré en qué te ser molesto. Pero, ¿qué digo? ¿Qué hablo? ¿De qué me querello, de quien tanto favor me ha mostrado en quererme hablar? Perdóname, vida mía, que gozoso de tu vista se me ha desmandado la lengua a dezir lo que no dieron licencia, ni yo ingrato le uviera de dexar pronunciar.

FULMINATO.- ¡O, pesar de Mahoma, con hombre tan sin acuerdo! Que haze de passear, y sin verme a mí presente habla con la otra, por aventura bien sin memoria de él que está ausente. Agora deve hablar con ella lo que ayer llevaba pensado y no osó en verse delante ella. Quiero desperatarle de su olvido, si no aquí me estaré oy.

—¡A, señor! Mira que ha rato que estoy esperando tu mandado.

FLORIANO.- ¡O, Fulminato!, ¿Y a¿ estavas? Mira qual devo estar yo que aún no te avía visto. Pero, ¿qué quieres?

FULMINATO.- (‘Otra vez a doze’).

—Vengo a ver para qué me llamaste.

FLORIANO.- Ya sé, que te llamo para ver qué sientes de mi mal y qué esperas de mi remedio.

FULMINATO.- De lo primero, por sentir tanto, quisiera que me uvieras dexado libre y así supiera responderte a tu remedio.

FLORIANO.- ¿Y qué licencia quieres?

FULMINATO.- Para dexarme hazer a mi modo, que allá donde estava ayer contigo te tomara la señora y te la pusiera a ancas del cavallo. Y con poco que la ayudaras a tener, ella fuera buena de aplacar; y en guardarte el passo dexárase a mí, pues ‘estas son mis missas’.

FLORIANO.- ¿Y tú no miras que en esso se offendía la libertad de quien a mí me aprisiona?

FULMINATO.- Anda, señor, no te captives tanto, que ella como muger hecha fue para el hombre.

FLORIANO.- En las otras así es, pero a mi señora crióla Dios sólo para sí, y a mí sólo para ella. Y como Dios sapientíssimo inclina cada cosa para su fin: a la piedra en yr a lo baxo y el fuego a lo a
mar para habitación del pece, y el mundo para servicio del hombre y al hombre para la bienaventurança; y como para mí, por particular privilegio como por tal

fin en lo d'esta vida me deputó Dios a mi señora por objecto. Ansí la amo, ansí la busco y ansí la quiero, como cada cosa busca su conservación.

FULMINATO.- Ni a mí crió Dios para tantas rethóricas ni a ti para menos que Dios. Y ansí me di luego lo que quieres que haga, porque también me dio Dios por natural el poco hablar y el mucho obrar. Y si mandas, concluŷda la provança, sea luego la sentencia el mandarme que te vaya por ella.

FLORIANO.- Esse tan libre hablar no es para contra tal poder como el de mi señora. Pero, dexando de hablar como mi pena y la razón lo pide y hablando según tu supuesto requiere, te querría me supieses cómo queda mi señora conmigo.

FULMINATO.- Bien digo yo que este hombre agora habla lo que llevaba pensado entonces. [Ap.] —Dime, ¿y quién mejor que tú sabrá esso, pues que la hablaste ayer?

FLORIANO.- Sí, que no luego se conoce un corazón humano.

FULMINATO.- Pues si mandas que en su retraymiento lo sepa de ella, dame licencia.

FLORIANO.- Pues antes que sea más tarde la noche, ve. Y sabe qué tal vino y todo lo que tú más pudieres.

FULMINATO.- Bien sé yo que ella quedó descontenta si no quedó dueña, si, con todo, otro no avía ya madrugado antes. Porque al fin, 'el que antes llega y más da, la lleva'. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes? No vayas de mala gana.

FULMINATO.- Bien me has conocido y entendido. [Ap.]

—Antes dixes que me hazes merced en lo mandado, y sería cumplida la merced en darme ya lugar, porque por el secreto cerrojo de Burgos que no escuso oy de darme a conocer con los de su casa, que me traen ya sobrejo. Y yo, picaviento, por tener la oportunidad que agora para que del todo me conozcan y aun ayunen.

FLORIANO.- Pues mira que esta cosa no a de yr por vía de fuerça.

FULMINATO.- Pues para éssó el paje Polytes ha de yr allá esta noche, sobre concierto de la su donzella. Pero, al fin, acudiendo a lo que haze al caso, voy hallarte a Marcelia, que ya sabes para cuánto es, y aunque ya ella ya no saldrá de su casa por agora, pero luego por la mañana te la hago venir dando de manos.

FLORIANO.- Pues ansí lo pon por obra. Y ve luego, llámame a Polytes.

FULMINATO.- ¡Allá quedarás, diablo! ¡Y qué pensado tenía que avía yo de yr donde me mandava! A la fe, avise el pelo, que a mi salvo de honra y persona y ganancia, y aun sin offensa de Dios, serviréle porque me lo paga. Y en lo demás, él con su locura y yo con mi provecho y vida. Y pues por el presente me libró Dios d'este moleador, será bien yr a dar un ojeo a la cal Nueva, porque la presencia del hombre quita a la muger de muchas ocasiones de deslealtad, pues dizen que 'al molino y a la muger, anda sobre él'. Y después d'esto tractaré con Marcelia d'estas cosas de Floriano; y si ella, queriendo entender en ello, piensa sacar algún fructo, yo le daré sogas de libertad; pero de lo que sacare a medias, y aun mi parte la primera, que si yo puedo con las manos de aquella bova sacaré yo agua con que me refresque. Que pues ya la cosa se va urdiendo, yo haré que por mal recatado no me alcance algún torbellino. Y en lo demás, pues me tengo buen arrimo en

Marcelia y aún no tan viejo que no me sustente este año todo, para el otro —si vivos somos y acá estamos— Dios proveerá de algún fresco. Y en tanto, pues, ella me guarda lealtad —que tampoco le cale menos—, pues bien ha de madrugar quien a mí engañe, porque dizen que ‘no hurtes hogaça a quien cueze y amasa’. Quiero llevarle a sobrepeyne, porque dizen que ‘el que mucho exprime saca la sangre’. Ansí yo tanto la podré acossar que me pierda el temor al castigo, la vergüença al offenderme, y entonces perderse Ya rocín y mançanas, porque ‘quien todo lo quiere, todo lo pierde’. Quiero ver, pues, si Felisino querrá encaminar para allá, porque ni lo quiero aguardar para más noche ni aun sé bien si Felisino perdió bien el enojo de estotro día, que aún no me mira cathólicamente, que ‘paz querría con todos y más con las taverneras’. Y con todos querría a mí, salvo mi ganancia. Que también Pinel aún anda algo de costana, porque allí los vi estar hablando a solas los dos, y tengo por ruin señal que en verme se traspusieron. Vóylos a buscar para ver en qué ley vivimos.

Argumento de la scena xx

Belisa descubre a Justina sus bascas y mal, y entramas platican de dónde proceda el amor en el hombre. Justina descubre a su señora el concierto que entre ella y Polytes avía de hablarse esa noche. Y conciertan de que le hable Belisea al paje porque sepa de Floriano.

Belisea. Justina.

BELISEA.- ¡O, donzella triste y la más sin ventura de las mugeres! ¡Ay de mí, que no sé en qué ha de parar estas mis vascas, que si quiero dar alguna razón de mi mal no la conozco ni la alcanço; si propongo dissimularlo no es possible! Mi recogimiento, mi honestidad, mi limpieza me hazen no saber cómo pueda, ni ose, ni sepa hablar la lengua lo que el affligido corazón le manda. Pues la razón, acompañada de mis antiguas virtudes, me da sofrenadas para que lo que la concupiscencia platica y representa a mi memoria mi limpia voluntad lo despida y mi castidad lo destierre y mi honestidad lo huya. Pero, ¡ay de mí!, que con la memoria de aquel cavallero me siento muy acovardada y perezosa y soñolienta a la virtud. Ya mis desseos dan lugar a mi entendimiento para que se esté cevando en su contemplación. Mis ojos lloran por verle y todos mis sentidos exteriores pierden su officio para no estorvar a las potencias interiores que se harten y ceven y sustenten en aquella meditación que la voluntad toma por final descanso. Y esta meditación y esta gloria no me proviene sino de parte de aquel cavallero, ~~queni~~ voluntad así le ama que manda a mi memoria no partirle de sí, aunque mi honestidad algo resista, pero no como de primero, porque ya se halla muy debilitada de sus primeras fuerças. Pero grande es mi mal, pues así me siento affectionar a lo contrario a mi honestidad y honra; y pues ya la razón en mí predominina, quiero obedescer y seguir tras la sensualidad y así sanaré lo accesorio —que es el cuerpo— con la muerte, de lo essencial —que es el alma—. Determinóme de no llevar tanto mal a solas; pero descubirme [he] a Justina para que como cuerda me encubra, y como fiel y libre de tal ravia me busque algún remedio, o a lo menos aliviarme en algo, pues el mal comunicado con el amigo se disminuye, y el bien y alegría cresce.

JUSTINA.- Grande es el mal de Belisea, pues ya discae la guarda de su honestidad. Y pues ella, como he oído, quiere comunicarme sus cosas, quiérole salir al camino, porque yo preguntando a ella tanga ocasión de me lo dezir con menos empacho.

—¡A, señora! ¿Qué hazes a solas? Por tu vida, que te pongas a esta rexa d'este jardín y oyrás el armonía de las aves con el frescorcito de la noche. Y mira que andas muy descaída y te haze daño toda soledad y tristeza, porque dizen que 'el espíritu triste seca los huessos, y el ánimo jocundo haze la edad florida'.

BELISEA.- Ni yo puedo tener atención a la armonía de las avezillas, por tener yo como absortos y muy ocupados los sentidos en la contemplación del suave sonido que hazen mis pensamientos en

la cosa que más me deleyta. Y también no pienso que ‘ay mal que mal me haga’, pues tengo un mal, que con le tener por gran bien, me trata de muerte.

JUSTINA.- Véote tan agena de ti que no sé qué te diga, mi señora.

BELISEA.- ¡Ay, Justina, qué gran llave de mi mal tocaste, que es no estar yo en mí! Y pues te tengo por secretaria de mis congoxas, las quales dan exterior muestra y muy clara de no ser yo la que gobierno en mí mesma, excusado será callar lo que querría saber dezirte.

JUSTINA.- Esso, pues, si mandas me aclara cómo sea así que no te gobiernes tú a ti mesma. Aunque bien sé que Dios es general causa y concurso de todo acto de vida, y así Él es el que en nosotros nos gobierna. Pero junto con esto, proveyó al hombre —sobre todo otro animal— de una razón discursiva que al hombre gobierne como un ayo, guiándole a la conservación del natural ser y vida, y junto con esto para encaminalle en el camino de la immortalidad de gloria. Y a este amor y para este gozo inclina Dios al hombre como para el fin porque fue criado. Y así la concupiscible voluntad, o potencia regulada por la razón, inclina y guía y lleva al hombre para Dios por una manera de fuerza de amor.

BELISEA.- Pues bien sabes tú que una de las obras de essa virtud que tú llamaste concupiscible, que al hombre inclina a buscar descanso, es el desseo. Y desseo no es otra cosa salvo un querer el hombre lo que no tiene.

JUSTINA.- Oído he que esta virtud concupiscible tiene obras en tres maneras, que son: desseo, gozo y amor. Y el desseo, en quanto obra d’essa virtud, encamina el bien con voluntad de delectación.

BELISEA.- Tú me vendrás a lo que yo digo, por manera que el desseo ha de ser de delectación y de cosa que la persona que dessea no tenga. Y porque yo querría lo uno, y lo otro me falta, de aquí es que por buscar el tal bien con delectación o gozo, amo el olvidarme de mí por acordarme de [él].

JUSTINA.- Dilo, dílo, mi señora, que yo también soy muger.

BELISEA.- ¡Ay, Justina, que ya bien veo que ha de poder más en mí la necesidad que la honestidad! Y pues son escusados contigo rodeos, sino que sepas que ha querido mi ventura que desseo ya oír nombrar el nombre del que tú, me trayendo algunas vezes a la memoria, fuiste retraída de mí como perseguidora de mi libertad, la qual yo he perdido.

JUSTINA.- ¿Cúyo nombre, mi señora? ¿El de aquel buen cavallero Floriano? ¡Ay, Jesús, y cómo desmayas así!

BELISEA.- Porque enflaquescen ya las virtuosas fuerzas de mis castos y limpios desseos y firmes propósitos, y levantan su estandarte en mi homenaje muy victoriosos mis enemigos malos desseos con la memoria de esse cavallero, al qual, por una violenta fuerza que me haze la virtud concupiscible —de que me hablaste—, soy forciblemente, queriéndolo yo, llevada y compellida a le dessear y amar. Y no sé cómo, ni en dónde, ni en qué, ni por qué ni para qué.

JUSTINA.- A la fe, esse tal concupiscible apetito no le baptizes así, que no se llama desseo. Porque el desseo, en quanto es obra d’essa virtud, si es guiado por la imperante razón llámase, como tú le llamas, desseo. El qual ordinariamente se toma por cosa buena y de virtud; pero quando el tal apetito le faltan estas tales condiciones, no se llama desseo ni lo es.

BELISEA.- Pues yo nunca le supe en mí otro nombre.

JUSTINA.- Pues mira, señora, que te aviso que quiero que sepas o ya que lo sabes, hablando más claro, que al tal lo llares de oy más amor; o porque mejor en ti le conozcas y conociéndole le aciertes el nombre, porque trae en ti desordenación de la voluntad y va perdiendo el amor de la virtud, también tú en ti le quita el tal nombre y llámale amores. Y perdóname, que voy poniendo la habla en singular en ti, que no lo digo sino para declarar mi intento y no para injuriarte ni darte pena.

BELISEA.- injuria, porque no s llamas a un acto solo de amar nombre de muchos, que es amores. Que aunque me parece que aciertas a lo que yo siento, pero no me declaras lo que yo entiendo.

JUSTINA.- Puesto que no lo podré mejor que tú dezir como más sabia ni experimentada, pero por hazer lo que me mandas, diré lo que supiere, como más libre y desembarçada de tal dolencia.

BELISEA.- ¿Y qué dolencia es ésta?

JUSTINA.- Diz que el desorden que acarrea la declara ser una enfermedad spiritual, propriamente mal de la voluntad. Y esta ponçoña ciega endereça sus venenosos rayos contra los ojos del alma, que son el entendimiento. Y ansí diz que pintan sin vista el amor, porque uno de sus effectos y daños que haze en el paciente o herido es ceguedad de entendimiento.

BELISEA.- Mucho me huelgo en te oÿr hablar tan delicadamente, pero querría me declarasses más qué cosa es esse amor.

JUSTINA.- Señora, si lo dicho no basta, la experiencia —según voy viendo— te sacará maestra en lo demás. Porque ni para entender tu mal he menester maestros ni consiento que más te hagas fuerça a ti mesma en me descubrir tus penas; porque sepas que estoy muy al cabo de lo que es, y también presumo lo que ha de ser. Y ansí te prometo buscar alivio a tu mal y alegría a tu tristeza, y después tomarás tú el remedio que tu enfermedad pidiere y a ti pareciere mejor.

BELISEA.- Gran consuelo es ésse. ¿Pero cómo lo cumplirás?

JUSTINA.- Embía, señora, a llamar la que tramó la tela, que essa mesma la texerá.

BELISEA.- Por tu fe, que pues no soy ya la que solía, y tú dizes que mi mal cegó el entendimiento, que no me hables por figuras lo que quisieres que te entienda.

JUSTINA.- Digo que mandes por Marcelia, que podrá haze mucho a tu caso. Ya bien me entenderás y entiendes que te entiendo.

BELISEA.- ¡Ay, mezquina yo, que ni me debes dezir lástimas ni querría me diesses pena sobre pena! Y si quieres dárme la, con que más me alivies, dame la muerte. O si quieres granjearme la vida, tráeme a Marcelia y muy en secreto y muy en breve, porque no espero llegar a la luz de mañana.

JUSTINA.- Pues tanto te congoxas por lo que luego no será possible hazerse, te quiero por alivio d'esta noche, descubriendo mis secretos, fiarme de ti, aunque como señora mía devrías castigar mis defectos. Y sabrás como a gran importunidad de aquel paje de Floriano, del qual como muy su allegado él se fía, le mandé me viniesse hablar esta noche por una d'estas rehas, y ha de ser de media noche arriba, quando el sueño asegura las partes. Entonces le podrás hablar sin que te reconozca y saber de él lo que quisieres, pues ya viste que fue con su señor a Prado.

BELISEA.- ¡Ay, Justina!, que si yo, como te he dicho, me governara a mí mesma, ni tú en hazer esso sabiéndolo yo me fueras sin castigo ni aun de ti jamás confiara cosa. Pero agora, ya que yo quiera soltar la lengua en el retraerte sabiendo que hazes mal, la voluntad me mada que te dé licencia para no más del honesto hablar, con que se haga lo que tú has dicho de mí, sin quiebra de mi gravedad y dislate de mi honra.

JUSTINA.- Anda, señora, que Dios mediante no se tractará cosa que mal lustre tenga, porque ni yo lo haría ni las rehas darían lugar a que las voluntades se comuniquen por más de las lenguas en el sólo hablar. Y tú, yendo dissimulada, sola le podrás hablar; o si no, yendo conmigo, dexa hazer a mí como allá verás.

BELISEA.- Pues que ya no puedo guiarme a mí sin errar, quiero errar por tu parescer. Y hágase como tú ordenares.

JUSTINA.- Pues tú dexa hazer a mí y éntrete a entender en cenar, porque te recojas más antes y así darás lugar a que las mugeres anticipen la hora del dormir y yo tenga más desembaraçado [el] lugar para lo que quiero y tú más segura tu gravedad y honra.

BELISEA.- Pues que hemos de procurar evitar toda ocasión de mal sospecha, quiero hazer lo que me dizes. Di que enciendan velas y entiende en que se me dé de cenar quando te paresciere hora; y mira que dexo en tu prudencia mi governación.

Argumento de la scena xxj

Oyendo Fulminato lo que Pinel contava a Felisino de lo que Marcelia passava con el despensero, según se tractó arriba, al fin perdiendo el enojo se van Fulminato y Felisino a casa de Marcelia, donde passan algunos entremeses de risa.

Fulminato. Felisino. Marcelia. Liberia.

FULMINATO.- ¡O, descreo de los retajados, con tantas trayciones como ay en el mundo! Y que tal ha de passar, como a Felisino ha contado Pinel. ¿Vida es ésta, que se me ha de echar aquella bagassa con quantos despenseros ay, y aun que les asse yo la cena? A ella yo le cruzaré la cara porque viva con su castigo y a Pinel yo le cortaré las piernas porque sepa atar la lengua. Pero, al fin, el diablo me mete en pleytos excusados, que ella no es mi muger, y como es conmigo puta lo será con quien le agradare. En especial que deve ser todo mentira, pues estotro es moçalvillo y arriscado. No quiero pleyto con él, mayormente que ni ellos me vieron quando lo hablaban ni él sabe que yo sé que él lo ha dicho, para que en no se lo demandar me tenga por covarde. Allí sale Felisino; quiero darle un tiento, y como viere así haré.

—¿Adónde bueno, hermano?

FELISINO.- Sígueme y verlo has, como vieres la ración que agora lleva un moço de despensa a la cal Nueva.

FULMINATO.- No te aclares más, que llevarme has para esso por un cabello, aunque los tengo cortos. Y sigue. Pero agora que vamos fuera, me di si me confessarás una verdad.

FELISINO.- Si lo es y devo dezirla, sí.

FULMINATO.- ¿Qué te dezía Pinel de mí?

FELISINO.- Con que te aseguro que no se hablava de tu daño, no me pidas más.

FULMINATO.- Con esso me has quitado de le no quitar las narizes o la vida. Pero porque a dicha passando quando él te hablava oÿ que me nombró, me di lo que ay, pues la amicicia sabes que la pintavan descubierto el coraçón.

FELISINO.- No me pidas de vidas ajenas, que jamás supe ser chismero, en especial que no se tractava sino de quán bien te diga la ropa del colorado, y que quizá embiaras a Cervantes alguno por ella. Pero dexando esto, me di cómo discantava el amicicia, porque es cosa que a muchos oyo asomar y aninguno oÿ el cabo.

FULMINATO.- Aunque en mí, más has de pedir obras de amigo que relación de la figura, pero diré lo que he oÿdo a otros. Diz que la tenían los patricios pintada en el Senado Romano entre las otras memorables antiguallas en forma de hombre y en edad de mancebo, con alegre rostro, con presencia robusta, la cara exenpta y sin algún sobrecejo ni ruga, la cabeça descubierta, la ropa áspera y corta y no rica, los pechos abiertos y con la mano diestra enseñando el coraçón descubierto, del qual procedía un letrero matizado de fino oro que dezía: **!Error de sintaxis,** (; de

la parte de los pies por baxoyva otro del mismo matiz que dezía: **!Error de sintaxis**, (. Y por allí diz que conocía cuál era buen amigo o no.

FELISINO.- Pues declara lo significado.

FULMINATO.- Ya te digo que me pidas a mí las obras, y las significaciones pide a Lydorio, que lo oÿ de su boca todo y no se me acuerda ya.

FELISINO.- Pues con todo esso ya estamos en la calle. Pero, cata, cata. ¿Quién será el que salió de allá y tomó a passo largo la banda de arriba?

FULMINATO.- Espérame, que cortándole las piernas le haré que te espere y tú le preguntes lo que quisieres.

FELISINO.- ¡Qué determinado va el diablo! Y al cabo, si algo ay, yo me avré de quedar solo. Aunque él no ha corrido como quien quiere pescar. Quiero, al fin, detenerle, pues veo que ama la vida como yo.

—¡A, hermano! ¿Y así me has de hazer correr por no te dexar solo?

FULMINATO.- ¡O, pesar de los Maobitas contigo! ¡Y no me riesgues la ropa, que de ver tengo qué vellaquerías son éstas!

FELISINO.- Anda, está quedo, que ni todas las cosas se han de apurar ni todos los amigos de provar ni todos los enemigos de descubrir.

FULMINATO.- Sí, que no acometo yo con esperar acorro de otro que Dios y mi espada.

FELISINO.- Bien lo veo; pero tampoco soy yo hombre que te avía de dexar solo. Y otra vez asegúrate más si quieres prender, porque madre e hija nos han sentido; y si algo han hecho, haslas prevenido para buscar suelda y trapos con qué encubrir la herida.

FULMINATO.- ¿Y qué excusa le quitará que yo no las marque?

FELISINO.- Habla sin mo[n]te, que si marcares sea tu ganado.

FULMINATO.- ¡Hi, hi, hi!

FELISINO.- ¿Ríeste? Así lo haz siempre y enójate tarde si no quieres tener siempre de qué te arrepentir.

FULMINATO.- En cosa de honra no ay paciencia sino escrita.

FELISINO.- Bien dizes, que los primeros movimientos no son en mano del hombre, ¿pero hémonos de ayrar sin peccar?

FULMINATO.- ¿Por aÿ me entras? Con las ovejas me aprisco.

FELISINO.- Pues donde no te deven sustentación no entres con enojo ni entres sin llamar a la puerta de fuera, porque no te obligues a dar pesar o ver con qué le recibir.

FULMINATO.- Pues llamo. Ta, ta, ta.

MARCELIA.- Mira, ve quien llama.

LIBERIA.- Felisino y Fulminato son.

MARCELIA.- Pues, ¿el dispensero fuese o encontráronle?

LIBERIA.- No le alcançó Fulminato, que corrió tras él, porque le detuvo Felisino.

MARCELIA.- Ve, abre la puerta, que el agudo a los ojos los verá y le haré que se le antoja, porque no sea tan sensible y se haga a la carga. Porque éstos, que lo blasonan todo, así los sé yo domar, que lleven el albarda y aun sufran el aguijón y no gruñan, y darles hemos de cevar, pues nos viene ‘de bóbilis, bóbilis’ y en tanta abundancia que lo hemos de lançar a mal. Y aun esto no es seguro, porque no gana la honra nada de la muger pobre y sola quando tales viandas rebosa[n] por las ventanas. Y tú mira que muestres mejor co[m]plaz a Felisino, pues huelga de te hablar pues comiença ya a bullir la ganancia.

LIBERIA.- Voy, madre, aunque de mala gana, que más quisiera que tractáramos de acostarnos. (Pero asuadas, que ‘no lo aya con sorda ni perezosa’ mi madre, que pues ella con Fulminato y con un hato que yo así con Felisino, porque ‘bien haya —dizen— quien a los suyos semeja’).

FULMINATO.- ¡O, descreo de Jasón y aun de Medea, con tal tardança! Aun, aun, si ay algún vasiadero o puerta falsa. Pero ya baxan. Quiero ablandar con Marcelia, porque de las ganancias me acuda con tercio y quinto.

FELISINO.- ¡O, alabado Dios, que no nos amanscerá ya en la calle! Pero con tal encuentro fácilmente se perderá la quexa.

LIBERIA.- Mas no, sino venid muy mendoças: tarde y gruñendo. Aun agradesced que se os abre la puerta.

FULMINATO.- ¿Y por qué, hermana? Esse galán lleve la pena, que tiene la culpa.

LIBERIA.- Y aun porque paguen justos por peccadores, a todos hiziera yguales.

FULMINATO.- Yo arriba me acojo, que vosotros a la lucha avréys de venir, y aun bien sé quién caerá debaxo y aun quién quedará vencido.

LIBERIA.- Nunca desbo[z]ona sino malicias.

FELISINO.- Pues que nos dexó, perdónale. Pero, dime si me has perdonado el enojo destotro día.

LIBERIA.- Más te turan a ti essas mañas que a mí el enojo. Pero está quedo y déxame, que está sola mi madre.

FELISINO.- Anda, mi señora, que allá va quien la despierte si dormía.

FULMINATO.- Buenas noches, señora Marcelia. ¡Más pesar de quantas piedras y junturas y aun roturas ay en la casa del Turco! ¿Y es cosa de passar que estés en acuerdos y yo quebrando la puerta? ¿Aún, aún, si mis sospechas han de salir ciertas?

MARCELIA.- ¿Y de qué?, que vienes muy reñidor.

FULMINATO.- De que si no pisas llano, para éstas que en la cara tengo.

MARCELIA.- ¡Ay, el diablo lleve este rufián! Quiérole halagar, no se me atreva. [Ap.]

—A la fe, sí. ¿Bien piensas que no te entiendo, que vienes corrido por el que se te fue por pies? ¿Pero quién era?

FULMINATO.- Eso me di tú.

MARCELIA.- Y qué sé yo, mi amor. Que por tu vida, no sé más de quanto aquella muchacha te conoció en el correr y habla. Pero, ¡ay!, que no ha subido Liberia.

—¡A, hija! ¿Qué haces allá?

FULMINATO.- Quedava reñiendo con Felisino.

MARCELIA.- ¡O, maldita sea tal bova, que nunca acaba por un aguja qu le perdió!

FULMINATO.- Mas no le dé el otro la suya y se rompa la tela. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué dizes, mis ojos? Que me huelgo en verte sin enojos, alegre ya.

FULMINATO.- No te espantes, pues por allá los coge hombre.

MARCELIA.- Pues no los descargues donde no te lo deven. Pero, espera, veré cómo no suben.

FULMINATO.- Anda, no seas sospechosa, que pies tienen y todos son seguros.

MARCELIA.- Sí, pero ha de dar cuEnta la persona de sí. Y déxame. ¿Dónde vas, a la cámara? Que no ay allá candela.

FULMINATO.- Pues ansí es menester para nuestra cuenta.

LIBERIA.- ¡Ay, Felisino, cómo no me deviera yo fiar de ti!

FELISINO.- Perdona, pues tu hermosura y mi pena me dan ocasión de enojarte.

LIBERIA.- Bien sabes que la muger, mayormente donzella, que haze quiebra en la honra, que amortigua su fama y menoscaba su honestidad. E pues tú te sirves de mi honestidad para tu apetito, has de no lastimar mi honra.

FELISINO.- Anda, señora, que ni soy tal que todos pierdan conmigo honra ni a ti te tendré en menos porque liberalmente me hagas semejantes mercedes. En especial que ‘donde fuerça ay, derecho se pierde’.

LIBERIA.- Huelgo yo de te servir. Y porque tengo madre y renzillosa, agora no oso subir llevando mi delicto delante los ojos.

FELISINO.- Asuadas, que no ayan estado ellos ociosos. Y si algo fuere, yo responderé.

LIBERIA.- Mas, déxame subir delante. Y tú, de aquí a un poco, subirás, ya que veas que yo avré puesto la mesa, porque piense mi madre que entonces llegastes.

FELISINO.- Pues anda, que en tanto haré yo un poco que por acá me cumple.

LIBERIA.- Cata, cata, y ascondido se han y dexaron acá la candela. Buena se anda mi madre: ‘uno ydo y otro en casa...’ Yo, pues, como bova, con uno y tarde me congoxo aYna. A la fe, creo que de oy más avremos de jugar al descubierto. Quiero, pues, allegar en torno del fuego esta vianda en tanto concluyen.

MARCELIA.- ¡Ea, pues, déxame salir!, que anda Liberia fuera y no nos aya sentido.

FULMINATO.- ¡Donosos escrúpulos te matan a cabo de rato! Pero vamos donde mandares.

—¡A, hermana Liberia! ¿Y Felisino?

LIBERIA.- ¿E yo qué cargo tengo d’él? Pues que si no quiso subir, suya la culpa.

FULMINATO.- Por Dios, que aún sospecho que el asno nunca a osado llegar a ella, como la deve hallar coxquillosa como potranca nueva. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué dizes, Fulminato?

FULMINATO.- ‘Acá lo ha Marta con sus pollos’. [Ap.]

—Digo que está bueno este guisado y que sería bien ablandar a Floriano porque se le desgaje con que siempre medremos. En especial que agora vengo de su parte a llamarte, que luego por la mañana le vayas a ver. Y, asuadas, que siempre se nos pegue de tu yda alguna ganancia.

MARCELIA.- Pues confía en essa estaca y verás adónde paras.

FELISINO.- Buenas noches y haga buena pro, que a buen tiempo vengo si la señora Liberia no está tan brava como endenantes, que de miedo de su enojo he dado dos bueltas a la rúa, hasta que desfrenasse la cólera.

MARCELIA.- No hagas cuenta de sus renzillas, que de bova aún no sabe mostrar amor a quien le tiene. Siéntate que está el pastel grande y maravilloso, y esta cena a ti se agradece, aunque Fulminato entra en ella primero. Y tú, hija, anda en un salto, cierra la puerta, que la dexaría Felisino de par en par. Y luego vente a sentar y cenaremos de nuestro plazer todos juntos, loando a Dios que nos lo dio.

Argumento de la scena xxij

Polytes va a hablar a Justina, y Pinel que le acompaña. Belisea, sin dársele a conocer, le habla. Justina y Polytes pasan grandes pláticas. Lucendo, padre de Belisea, oye ruydo y levántase a ver a Belisea.

Polytes. Pinel. Justina. Belisea. Lucendo.

POLYTES.- ¡O, inmenso Dios, y si en más no tengo verme escabullido de Floriano que haver hecho una gran hazaña! ¡Y cuán en su seso, y cuán importuno estava en el quererse yr conmigo! Descreo de tanto parlero como ay en esta casa, que apenas he dicho que avía yo de yr esta noche y ya lo sabía Floriano. Paresce que así como ay hombres que tienen cuenta con la virtud para el obrar, así ay otros que tienen cuenta con lo que oyen para medrar. E así como el virtuoso meresce lo que gana por sí mismo, así el chismoso, visto que no es para ganar con sí o por sí, acuerda de ganar con contar lo que otros hazen para esperar lo que el señor le dé. Y al fin, como el señor no le contenta el mal que haze su criado, tampoco toma buen crédito del traydor que le vende los criados. Y así con negar lo que a Floriano avían dicho de verdad, él me creyendo, a ellos quede por metirosos y a mí por libre. Y es castigo justo que a los mentirosos que les cuentan mil mentiras, quando después les contaren verdad, no tengan más crédito que la Cassandra con sus naturales troyanos. E yo, aunque mentiendo, condené delante de Floriano la verdad de los otros; suya la culpa, porque ni todas las verdades se han de dezir en todo tiempo ni a los amos y señores ha de dar hombre cuenta de todas sus cosas. Porque él, sabiendo vuestros secretos de vuestra boca, sabe que así sabrá los otros suyos también de la vuestra; y ganáys que ni se fíe de vos y que os trayga muy sobre ojo. Pero buelto a mi negocio, él me mandó agora que fuesse y llevasse algunos criados de casa en mi guarda, de manera que yo yendo en su nombre hago mi facto. Y llevo compañía la que me paresciere, sin me obligar con ellos a otro tanto; pues al fin, cumpliendo el mandado de quien los mantiene, hazen lo que yo les pido y a mí cumple. Y pues yo ya tengo las armas que me cumplen y el caso pide, aunque ‘vale más yr solo que mal acompañado’, pero quiero llevar algún moço, porque al fin el solo da ocasión que más se le atrevan. Bien está. He allí a Pinel, que es determinado a todo.

—¡A, hermano! ¿Es después de cena?

PINEL.- A tu mandado y a mi provecho. Por esso mira si ay en qué conozcas lo que haré por ti.

POLYTES.- Yo te agradezco tu liberal offerta. Y sepas que me embía Floriano a un mandado, y mandóme que no vaya solo.

PINEL.- Pues no quiero que busques otro. Y espera; en un salto subo a la cámara por algo que lleve con la espada.

POLYTES.- ¿Y cómo, ya vienes? Bien parece que tengas obra con la palabra.

PINEL.- A lo menos tendré voluntad buena. Y sin más aguardar, guía.

POLYTES.- Mucho me obligas, hermano.

PINEL.- Esto, que es acompañarte, dévalo al mandado de quien a ti te manda yr. En lo demás, hasta que veas en la necesidad —si la uviere— mis obras, no me las antepagues con gracias. Porque menos se amaña hombre a hazer por lo ya pagado que por lo que espera ser pagado, y ansí dizen que ‘dineros pagados, braços quebrados’.

POLYTES.- En todo hablas bien y fío que obrarás mejor. Y a la mano de Dios vamos de aquí, porque yendo sin testigos no tendremos juezes de nuestra yda ni sentenciadores de nuestra tardança.

PINEL.- Tú guía, o dime por dónde, que hasta caer no torceré, y después de verme caído harás como te pareciere en defender mi cuerpo, que muy al mando de tu voluntad llevas en mí.

POLYTES.- Aunque confío en Dios de nuestra seguridad, pero porque a tu voluntad buena deve mi lengua no tener callado cosa, como porque también prevendrás en lo que devamos hazer sabiendo dónde ymos, y porque no sería buena amistad comunicar al amigo los trabajos y no le dar parte en los placeres, [incluso] aquell[os] que se suffre[n] y los que no pueden ser comunicados darle cuenta d’ellos, lo qual haré yo agora.

PINEL.- Mas antes, con hazerme plazer, cumple que prevenga el entendimiento para guiar los passos de los pies y prevenir los peligros del cuerpo, porque ‘hombre apercebido, medio combatido’.

POLYTES.- Es, pues, el paradero de nuestra jornada en casa de Lucendo.

PINEL.- Ya, ya; no busques más testigos en contar lo que sea, pues sabiendo donde vamos, adevino el a qué. Y tú allá puedes hazer quanto te permitiere, que yo te aguardaré quanto tardares.

POLYTES.- Ansí lo tengo yo de ti creído. Pero pues estamos acá, ¿qué medio tendré en la entrada?

PINEL.- En esso me perdona, que no sé essos passos. Pero si miraste, luz ascondieron en aquella ventana que cae hazia la esquina de la huerta, y quiçá que hazen allí mandamiento de sangre. Por esso, si vienes llamado, será bien que hagas cómo sepan que eres venido, porque no se pierda tiempo.

POLYTES.- Bien dizes. Pero cata, que aún el relox no ha dado las doze.

PINEL.- Pues, ¿que es menester el relox para la entrada? Lo que me paresce es que mires dónde y cuándo te mandaron venir, porque en estas cosas piérdese mucho en un punto.

POLYTES.- Pues ansí te digo que por esta huerta a las doze me mandaron venir.

PINEL.- Pues, entrar dentro, la puerta no te dará lugar, excepto si no eres cuerpo glorioso o te ayudasse el demonio. E ansí digo que te subas sobre esta pared, y de aquella ventana donde vi la lumbré os podréys hablar, que viene a dar con el canto del muro de la huerta. O si uviere para qué, de allí darás orden en descender abaxo, aunque esto sea muy sobre seguro.

POLYTES.- Tu consejo quiero tomar, pero las armas me ayudan mal a trepar la pared y yo quede algo baxo para alcançar arriba.

PINEL.- Anda, que quando hombre aventura la vida por acompañarte, poco se aventura en que me enlodes la ropa con los pies en que te aproveches d’este mi hombro para escalera. Y despacha presto, que otra vez vi lumbré de passo y quiçá te hazen despertadores para que acuestes hazia allí.

POLYTES.- Pues perdona, y alto a la mano de Dios.

JUSTINA.- ¡A, señora!, toda la gente duerme. Por esso mira si te determinas a yrle a hablar por aquella rexa de la esquina que cae más sobre el muro del jardín. Y luego, que da el relox las doze.

BELISEA.- ¿Miraste si duermen todos?

JUSTINA.- Ve segura de esso.

BELISEA.- Pues sin chapines y en vasquiña me voy.

JUSTINA.- Échate essa saboyana de grana, siquiera por el sereno.

BELISEA.- No podré sufrirla, que se me hará pesada.

JUSTINA.- Pues agora has de andar al provecho y no por el contento, porque ropa de seda, que es liviana, haze mucho ruydo para en tales casos.

BELISEA.- Avisadamente hablas. Pero parésceme que ay ruydo en el jardín.

JUSTINA.- Mala eras para yr a hurtar. Espera, abriré los lienços y veré qué ay.

POLYTES.- Dame, hermano, la espada y rodela mía. Y perdóname por un rato, que bullicio oyo a esta ventana de sobre este muro.

PINEL.- Toma. Desde concluyas, dame un silvo, que por alrededor d'estas paredes andaré. Y no dilates tanto la plática que te halle a¥ el día, y por ser visto pierdas lo mucho por no perder lo poco.

POLYTES.- En todo te entiendo, y lo haré, como verás.

JUSTINA.- ¡Hala! ¿Quién anda sobre las paredes? ¿Entráys a hurtar fruta?

POLYTES.- Donde vuestra lindeza estuviere, mi señora. Ni ay otra cosa que buscar ni quién con tal guarda se atreva a hurtar.

JUSTINA.- ¡Ay, señora!, llega, que él es, si quieres hablarle a solas.

BELISEA.- ¡Ay, que querría y ni oso, ni tampoco tengo qué le hablar! Mas, ¿de qué holgaría saber? ¿Si está bueno su amo? ¿Pero para qué?

JUSTINA.- Anda, señora, que obra pía es embiar a visitar los enfermos y saber de ellos. Pero llega, no le detengamos como espantajo sobre la pared. Y mira que no dilates la plática de manera que seas vista, que yo me pongo por guarda de aquella puerta de la quadra. Y tú llega sin temor.

POLYTES.- ¡A, señora mía! ¿No me queréys hablar?

BELISEA.- ¡O, mezquina, y cómo soy forçada a hazer lo que no puede dexar de parescerme a mí mesma mal! Pero quiero condescender a esta mi pasión en esto, para ver si contenta dará lugar a que en lo demás me gobierne la razón. Quiero, pues que torna a llamar, hablarle, que él no me conocerá. [Ap.]

POLYTES.- Por Dios, que temo que soy burlado. Pero, ¿qué digo? Que de mano de mi señora vine y por ella no puede salirme mal successo. [Ap.]

—¡A, señora mía!

BELISEA.- ¿Quién soys, que ansí llamáys, y a tal hora y en tal instancia?

POLYTES.- Es el obediente de vuestro mandado.

BELISEA.- Pues dezidme vuestro nombre.

POLYTES.- ¿Para qué de nuevo preguntáys a este vuestro Polytes por su nombre, pues acordándose de vos se olvida de sí?

BELISEA.- ¿Y quién pensáys que yo soy, que ansí os llamáys tan mío?

POLYTES.- Vos soys mi señora y la que puede mandarme aventurar la vida. Soys la que después de Dios me puede quitar el vivir y tornármele. Soys la que tiene las llaves de mi querer, y en cuya mano está mi corazón y en cuya libertad mi subjeción, y en cuya hermosura mi memoria y en cuya misericordia mi libertad. Soys a mis ojos la flor del mundo y en quien la hermosura está más encumbrada, pues vos, mi señora Justina, soys espejo donde todas las damas conocen ser faltosas, y qualquier amante halla mil causas de se os rendir por captivo de vuestra hermosura.

BELISEA.- Sin duda que essa dama, que ansí loáys, os deve mucho; y a ella todas las mugeres deven loor por ser ella muger entre ellas y que ansí pone en ella el estado mugeril gran corona de gloria. Y dado que yo y las demás os devamos poco servicio, pues a sola éssa que vos amáys days la gloria y a las demás los defectos, pero porque os conozco que estáys bien empleado y por ser cuyo os publicáys, holgaré hazeros todo complazimiento.

POLYTES.- ¡O, cómo la affectión no da lugar al entendimiento todas vezes a hazer su operación! Y ansí yo agora he hablado sin saber con quién, aunque la fe que tengo en la palabra de mi señora no me da lugar a sospechar que me pueda succeder aviessamente. Y porque ésta, con quien hablo, me paresce Belisea, quiero saber con quién lo he. [Ap.]

—¡A, señora! Si mal he hablado, os suplico por el perdón con dexirme quién soys.

BELISEA.- Ni a vos haze mucho al caso mi perdón ni el saber mi nombre, pues no me conoceréys. Baste que me conozcáys por muy servidora de la que tanto y con razón vos loáys. Y porque sé yo lo que ella vale, tengo por cierto que en ser vos tan suyo avrá ella escogido conforme a su valor. Y ansí os quiero hazer tal servicio que os quiero avisar que no penséys que os ha burlado quien os mandó venir, pero por estar aún ocupada, que Belisea la ama tanto que no la parte de sí, me embió a mí a que os avisasse no toméys pena con su tardança, porque ella será luego que se desembarace de con Belisea, mi señora, que anda algo mala. Y pues yo hize mi mensaje, porque conmigo no gastéys tan mal empleado tiempo, me dad licencia [e] yréme.

POLYTES.- Señora, fuera del merescimiento que vuestra persona en el hablar representa, por venir en cuyo nombre venís me tendréys a vuestro servicio. Y tengo por muy buena ocupación la mía en semejante gastar de tiempo. Pero suplícoos me digáys qué mal es el de la señora Belisea.

BELISEA.- No ay quien entienda su mal.

POLYTES.- Pésame de ello. Pero pluguiesse a Dios que fuesse del mal de Floriano, por su mal apiadarse de los pacientes.

BELISEA.- Por vuestra fe, que me digáys qué mal tiene vuestro señor para ver qué mal es el de mi señora.

POLYTES.- Él está enfermo porque ella está tan sana; y él está sujeto y captivo por ser ella tan

libre.

BELISEA.- No penséys que tengo tal entendimiento que os entienda, si más no me habláys claro.

POLYTES.- ¡Por Dios, que todavía digo que es Belisea! [Ap.]

BELISEA.- ¿Pues no queréys dezirlo?

POLYTES.- Señora, no sé si abrá más orejas de las vuestras, pues ‘las paredes suelen oÿr a ratos’.

BELISEA.- Ved vos si de allá ay seguridad, que acá todo está saneado esse temor. Por esso me dezid del mal de esse cavallero, que acá a todas pesaría d’él, aunque los hombres sabéys dezir que morís, y morís; y d’este mal que os quexáys los menos entierran. Ansí que mientras viene la que esperáys, pues no tenemos en qué, ocupemos el tiempo yo en oÿros y vos, galán, en dezirme esto.

POLYTES.- Bien creo yo, señora, que devéys de ser tan cruda como las otras. Pero por no tachar lo que no sé loar por no os conocer, digo que en Floriano, con tener tantas gracias repartidas de Dios y tanta prosperidad de bienes naturales y adquisitos, pero veo que todo le es nada en comparación del daño que le haze acá essa señora Belisea. Porque ni le oyen hablar sino de ella, y todo es loarla y todo es morir por ella. Tanto que, si yo a ella no viera ser tan hermosa, a él tuviera por sandío en pasar tal como a ella tengo por cruel en dexar perder ansí la flor de la cavallería. Aunque no ay quien sepa bien su mal, porque él se tiene por tan ganancioso en padecer que, si no es a quien tiene muy necesidad, no dirá qué siente, pero a todos loará la que ama. Y ansí no sé, señora, qué os dezir de Floriano y Belisea, sino que él es su mártir de ella y ella la más libre y cruel para él; que a no ser mal nombre para tal dama, dixera que era verdugo de amor.

BELISEA.- ¡Pero aun si bien supiéssedes qué entera y libre muger es! Pero, ¿por qué la culpáys? Pues quiçá, o ella no sabe su mal ni deve de caer en obligación a le socorrer. Pues que passe nadie por mí lo que yo no le mando ni soy ocasión, ¿qué culpa le tendré? Mayormente que esse cavallero fingirá esse mal por mi señora, porque tales son las condiciones de los que saben estimar la honra de una muger, y tal muger como Belisea.

POLYTES.- ¡Por Dios, que me desatina esta muger y que no creo que es la que yo sospechava! Pero quiero dar razón de mí, sea quien fuere. [Ap.]

—No penséys, señora, que pongo culpa yo a essa señora porque sea buena y honesta y de tanto mérito en todo lo que de ella se dize, pero, porque guardando todo esto, pudiera ella a su salvo, sin se mostrar tan sacudida, atraer con su hermosura y con su cordura ser siempre señora de sí, y como honesta guardarse donde no le avían de forçar, que ya no se usa como solía, dado que se dessee más que nunca. Y también usança de corte es servir los cavalleros a las damas, y todo es honesto y todo es bueno. Y siempre vi que las çahareñas más aÿna caen si las siguen; y si caen, con más deshonor suya, porque ellas se avían vendido por muy fuertes.

BELISEA.- A esso no sé qué os responder, pues cada qual mirará por sí y Dios por todos. Pero dezidme, ¿quánto ha que está tan malo esse señor?

POLYTES.- Cada día anda tal, que no se peoría en su mal, pues siempre está del peor. Pero de ayer acá que pensamos —con aver por qué— que le fuera mejor. No sé si podrá escapar, según anda el pobre, que es lástima. Que tengo para mí que si ella lo viesse, aunque fuesse una leona, ablandaría, pues sus lágrimas pienso que ablandarían las piedras, quanto más los coraçones. Y todo lo que dize

a solas es razonar con ella. Y ansí está por ella, que presto pienso que rogará ella por su alma, pues tan desapiadada le ha sido del corazón.

BELISEA.- Perdonadme, galán, que oyo no sé qué acá dentro. Quiero ver si viene la que esperáys.

POLYTES.- Pues, señora, por merced, que en su venida presto me seáys favorable.

(Yda es, y por Dios, que aún me estoy en mis treze en sospechar ser Belisea).

PINEL.- ¡O, hi de puta el diablo y quien no tuviera buenos pies! El diablo traxo a cabo de rato al alguazil por aquí y tan acompañado; algo deve barruntar o aver olido. Pero quiero saber qué fue de Polytes, que si allí le topó, será bien menester que se avise Floriano luego. Parésceme que aún está allí. Bien fue. Torno a mi passeio.

BELISEA.- ¡O, sin ventura de mí! ¡O, qué gran mal es el mío! ¡A, Justina!, ¿duermes?

JUSTINA.- Sí, dormía. ¿Pero, qué mandas?

BELISEA.- Que vayas y le despidas presto; y en ningún caso le digas que era yo. Y mira que te aguardo; luego ve tras mí, que me hallo mala.

JUSTINA.- Yo voy, que asuadas que te hizo mal el sereno.

—¡Hola! ¿Quién está [a]Y a tal hora?

POLYTES.- Soy tu captivo. Y agora bien conozco que tú eres de verdad quien yo amo.

JUSTINA.- Perdóname que no pude antes aver venido. ¿Pero ha mucho que veniste? ¿Y quién traes en tu guarda?

POLYTES.- Poco a sido mi aguardar, pues merescí veros. Y en guarda de mi corazón traygo a ti, que sabrás cuál está.

JUSTINA.- ¡O, mi buen querido, y cómo con justa causa pongo yo la honra en condición por verte y hablarte! Aunque no te quisiera gozar a tanto trabajo tuyo y tanto apartamiento mío, en especial con tan poco tiempo como al presente la necesidad me concede.

POLYTES.- ¿Pues qué cosa avrá que vos no queriendo os compela a yros?

JUSTINA.- Es que va de aquí muy mala mi señora.

POLYTES.- Luego con ella he departido hasta agora, que me dixo que venía en tu nombre.

JUSTINA.- ¡Ay!, que no quise dezir sino que vine de con ella agora, y la dexo mala y me espera ya.

POLYTES.- Anda, señora, déxala padezca, en especial si padesce el mal que yo por ti y Floriano por ella. Pero dime si era la que va de aquí, que cierto en todo me paresció ella.

JUSTINA.- Escusado es negarte lo que tú conociste.

POLYTES.- ¿Y qué me quería?

JUSTINA.- Eso me dí tú a mí.

POLYTES.- No hizo sino preguntarme una y otra vez por Floriano, y al cabo que le dixze que estava muy malo, ansí me dexó tan en seco que pensé que ella yva también mala; y ansí la dexé yr.

JUSTINA.- Agora confirmaste mi sospecha. Y tú sepas de cierto que Belisea está muy rendida al amor de Floriano. Y ansí ella no me dexó a mí hablarte por te preguntar por el que ella ama. Y porque agora oyó arriba bullicio, te ve presto con perdonarme. Y espera de mi aviso que te mandaré

para quando nos veamos más a nuestro salvo. Y ve con Dios, que oyo hablar a Lucendo, mi señor.

POLYTES.- Los ángeles queden en tu guarda.

PINEL.- ¿Qué hazes, hermano, baxaste?

POLYTES.- Anda, vamos a la mano de Dios. Y dime, ¿qué ruydo fue uno que oÿ endenantes?

PINEL.- Pues que tú tuviste ventura de que ni a ti viesse el alguazil ni a mí cogiesse. Encaminemos para casa antes que torne y allá comunicaremos los ydiomas.

LUCENDO.- ¿Qué hazes, hija? ¿Cómo tan tarde estás por acostar? Asuadas, que devías de andar en tus acostumbradas devociones. Mira que te haze mal desvelarte. Y también, como otras vezes te he dicho, ‘más quiere Dios el obedescer que el sacrificar’. Y pues sabes que es mi voluntad que te temples más el rigor en estas cosas, porque sin la prudencia aun las virtudes se tornan en vicios.

JUSTINA.- ¡O, mezquina yo, y si no está mi señor Lucendo con la hija! Quiero oÿr si tractan de casamiento para ver qué esperança tendré en mis cosas.

BELISEA.- ¡Ay, señor!, y como mal peccado no soy tan devota que no sea más menester espuela que freno para mí en esse caso, y si no estoy durmiendo es más falta de salud que sobra de devoción.

LUCENDO.- Pues ansí yo vea gozo de ti que no me calles cosa tuya, porque como tengo crédito de tu cordura fíome de tu poca experiencia, en que pienso que me granjerás toda buena vejez con tu descanso y contentamiento y salud.

BELISEA.- Bien veo, mi señor, que como tantos regalos no se den ni se devan a todos hijos, que ansí tú obras conmigo como padre, y amoroso padre y regalador padre en más de lo que yo te merezco, sino es en ser tu hija. Y como esto se me represente, ansí temo el darte algún enojo, que toda mi vida me querría ver en tu mamparo.

LUCENDO.- Eso, hija, será como Dios fuere servido. Pero, por tu vida, que ansí me siento atado del amor con que te amo, que por gozar de tu vista como bien querida me descuydo en lo que devo como padre al buscar la permanencia de tu estado. Y bien sé yo que lo yerro, porque tu estado y mi edad ya piden que yo te diesse tal marido que fuesse contigo hijo para mi vejez y señor para mi casa y governador para mi estado, y sustentador de la nobleza de nuestros progenitores y aumento y gozo para mis canos días. Pero a esto me estorvan dos cosas: lo uno, el temor que al partirte de mí me pone el amor que tengo a tu virtud; y lo segundo, que como las cosas de casamiento fuera de ser guiadas por Dios consisten en un delicado punto, temo intentar aquello que asido es malo de soltar, y mal uñido peor de sufrir. Por manera que desseo no te quitar de mí; y devo y querría verte puesta en tal descanso que diesse descansado fin a mis tan canos días. Y aunque no es dado a las hijas el hablar en esto, como te tengo por tan cuerda que sin affectión ni pasión hallaré tu buen parescer, y porque antes de dezirte qual sea en esto mi parescer, quiero oyr el tuyo y tu voluntad. Y agora es muy tarde para esto. Tú te acuesta y piensa sobre ello, y declárame tu querer para que de tu

voluntad y mi desseo se haga un acertado consejo; y del consejo yo trate del hecho. Y porque agora te veo con rostro de honesta turbación de la plática, ni quiero tu **¡Error! Marcador no definido.** tan sin pensarlo ni desvelarte más, sino, por mi vida, que luego te desnudes y duermas con reposo; y hasta que yo te hable más en esto, te descuyda y reposa. Y quédate con mi bendición y la de Dios.

Argumento de la scena xxii

Ydo Lucendo de la cámara de su hija, entra Justina, y entre Belisea y ella hablan sobre lo que Lucendo tractó con la hija.

Justina. Belisea.

JUSTINA.- ¡O, cuán gran cosa es el amor del padre! ¡O, cómo me parece que ni las cosas van del talle que él piensa encaminallas con la hija ni aun pienso que ha de faltar algún grande mal, si Dios no lo remedia! Porque Belisea ya declina en el amor de Floriano y él, que no afloxa en el seguirla y Marcelia que tertia y yo que favorezco, de manera que somos muchos contra un herido y descuydado de nuestras tramas, tan a su costa. Y aunque hasta agora ella se ha mamparado con la honra y honestidad, por mi salud que si el amor levanta estandarte contra ella y comienza de tirarle al corazón sus doradas flechas que todo se le rinda, porque no ay poder, sin el del muy alto, que oy en la tierra a tal potencia resista. Entrar quiero como que no sé nada de lo que ha pasado, para que si ella me lo contare todo, veré qué se acredita de mí; y si algo me callare, también veré yo que en lo que tengo de dezille o hazer por ella que ha de ser a mi salvo, y siempre guardando algo para mí.

BELISEA.- ¡A, Justina!, acaba ya de entrar, que te has tardado mucho y no sé si mi padre te vio allá.

JUSTINA.- Pensé, señora, que aún dormías y así no entrava. Ni pienses que me vio mi señor allá, porque en le sintiendo me puse en cobro y todo se ha hecho bien, a Dios gracias.

BELISEA.- Llégate acá y siéntate sobre esta cama, que me siento con tantas penas y tan rodeada de congoxas que no querría que me dexasses sola un momento. Pero dime, ¿oÿste la plática de mi padre?

JUSTINA.- ¿Y con quién?

BELISEA.- Conmigo, que vino desnudo con sola una ropa, con dezir que oyó no sé qué ruydo en su cámara y vino a verme con pensar no sé qué.

JUSTINA.- ¡Ay, señora, y cuéntame eso! ¿Y riñóte, a dicha?

BELISEA.- ¡Ay, Justina, y cómo creo que para el descanso de su vejez y para mi mayor guarda y honestidad a él y aun a mí fuera bueno haverme él retraÿdo mis desasosiegos antes que aprovar mis obras!

JUSTINA.- Anda, que bien sabe él lo que tiene en ti. Pero dime, ¿qué fue?

BELISEA.- Bien querría contártelo punto por punto, pero díxome tantas cosas que no te sabré más de en substancia dezirte: que tiene tanta confianza de mi bondad, sin poner freno como zeloso padre a mis desventurados hechos. Y como veo yo que en esto él no acierta, así no sabré dezirte cómo dexa en mi querer y voluntad suelta toda la voluntad suya para en mis cosas, porque en ver yo esta confianza buena de mi padre bueno de su hija estimada buena totalmente en mis obras al revés,

a mí con obligarme a la virtud me redarguyó de mis vicios. Y así pienso que como forçada soy llevada a las manos del amor, y como confusa huyo de las puertas de la virtud.

JUSTINA.- Mira, señora, que soy Justina, que no cabe en mi entendimiento tantos retruégados. Y así, si quieres hablarme, a fin que te entienda habla como con tu criada y como con tu fiel sirviente, y como con la que pondrá la vida por tu mandado y honra; y finalmente, háblame claro, para que entendiéndote no yerre en lo que cumpliera a ti y a mi cargo fuere de obrar. O si no, como señora puedes guardar tus cosas y cozellas en tu pecho si no te hizieren daño a la voluntad.

BELISEA.- Bien veo que con tener tú tanta prenda de mis secretos, en tu confianza depositados por mí, hazes, porque quieres, como quieres de mí potajes a tu modo. Y esto porque bien adivinas de mí que quien te ha dicho el origen de mi pena, y todo lo que a mí es penoso, a mi honestidad afrontoso y a mi honra vergonçoso, que también en todo lo demás tocante a mis fatigas no te podré encubrir cosa. Porque ya de mí tengo menos confianza conociendo mis manifiestos defectos que de ti temiendo algunas sospechosas so las sospechas. Y por esto, nunca los hombres avrían de dar tanta parte a nadie de sí que no les quedasse para sí de sí algo guardado. Pero como tú me vayas ya a cada passo por mis obras dando alcance en mis pensamientos, no sería buen callarte lo que has de oirme tú después de mí como descuydada, sin tener que me agradecer porque te lo digo; y también por lo que tú, avisada, verás en mis descuydos, lo que mi notorio y gran mal no podrá encubrirte. Así que, viniendo al punto, te digo que ya bien tú verás y sabrás cómo no sé cómo ni por qué vía me hallo tan mudada de mí, que aunque veo que hago contra lo que devo, me siento desseosa de oír nombrar el nombre de Floriano, de mí antes tan huydo. Y junto con esto, siento ya pena de su pena y pésame de su mal. Y así me turbó tanto aquel paje endenantes en dezirme que está muy malo, que de desmayada me fue forçado dexarle tan secamente que pienso que en mis preguntas y alteraciones entendió mi turbación. Así, pues, veniéndome a mi cámara sola de sosiego y acompañada d'este mal, acudió mi señor padre con su buen crédito —sin por qué— que de mí tiene, y comiénçame a dezir que querría casarme y que lo desea. Y según las condiciones que él me puso del casamiento y lo que él querría que tuviesse quien fuesse mi marido, ni yo sé cómo de mi mal yo pueda sanar no se cumpliendo lo que al presente me pide la voluntad, pues de otra manera es escusado, ni tampoco sé cómo le responda cuál sea mi voluntad. Porque si digo lo que quiere mi voluntad, he de dezir —que no te lo puedo a ti encubrir— que quiero y amo a Floriano. Y dezir esto va muy fuera de lo que él querría; pues dezir otra cosa contra mí y mintiendo, ni lo haré ni podré.

JUSTINA.- ¿Y qué es lo que él quiere en el que querría por yerno?

BELISEA.- Quiérole como hijo; quiérole natural; quiérole que, allende de los bienes de fortuna y natura, que sea de tanta obediencia para mi padre como yo, que soy hija, y que no me saque —por la vida de mi padre— de su presencia ni de su casa y plato como agora.

JUSTINA.- ¿Y en esso te atas? ¿Y por esso te congoxas? Y calla, mi señora, que para todo pone Dios remedio queriéndolo Él, en especial en ésta. A la fe, si a ti te parece que está bien a lo que tú desseas y merescas, cierra con ello; que ello, una por una hecho, él lo tendrá por bueno, visto que no se puede deshazer. Pero, y dime, mi señora, ¿tu padre quiere cierto casarte?

BELISEA.- Él así me lo ha platicado agora; y aun también sé que lo ha intentado días ha con quien

a mí jamás cayó en voluntad, y temo que cierre con ello porque de allá le combaten. Y si lo haze sin pedir mi consentimiento primero, presupuesto lo que él cree de mí que no le saldré de obediencia, yo me veo perplexa. Porque por una parte, como a tal padre devo toda subjección; y por otra parte, es cosa muy agra tomar la muger compañía perpetua contra su voluntad.

JUSTINA.- Todo esto va bueno. Agora creo yo que Dios encamina mis negocios. [Ap.]

BELISEA.- ¿Qué dizes?

JUSTINA.- Digo que no tomes estas cosas tan por el cabo. Tracta primero con Marcelia, que lo tramó primero; e infórmate de quién sea este cavallero; sabe si es libre, que de serte merescedor, aunque tú merezcas mucho, no lo dudo yo. Y si la cosa es la que cumple y desseamos, hágase y después buscar la suelda a los remedios. Porque muchas vezes haze daño tomar las cosas y pensarlas de tan atrás, porque suelen al medio y al cabo variar los successos.

BELISEA.- ¡Ay, no digas tal cosa!, porque siempre el entendimiento ha de anteverir y guiar a la voluntad para que el entendimiento proponga y la voluntad elija, y las manos acompañen después a la obra. Porque las obras prevenidas y meditadas las menos vezes se yerran, excepto o si el entendimiento es muy torpe o la potencia para el obrar poca.

JUSTINA.- Todo, como lo dizes, es así. Pero ha de ser que el pensamiento o el entendimiento en su meditar la tal obra ha de tomar principios de ella misma para prevenir los medios y los fines. Pero agora, ¿aún no hemos entrado en el juego y quieres que alcemos ya las tablas? Y como dizen, ‘hija no tenemos y nombre le ponemos’. Ya que yo sé tu voluntad, te suplico que pues quesiste comunicarme tus cosas, también tengas por bien de en algo te dexar guiar por mi poca capacidad y menos juyzio, aunque en esto, a Dios gracias, libre. Y aunque te parezca —lo que es— que yo no tenga saber para tan gran empresa, ya sabes que a las vezes el simple sin pasión es mejor juez que el sabio apassionado, mayormente quando a de juzgar en sus propias causas; y también, tanto por tanto menos veen dos ojos que quatro. Y así podría ser que yo como ando más y bullo más y puedo, con no perder punto de honra ni gravedad como tú, bulliendo entremeterme en más cosas que tú, por donde tú estando a tu seguro queda, te podré yo yr descubriendo todo el juego.

BELISEA.- ¡Ay, que estas cosas son tan delicadas que no son para entre todas manos!

JUSTINA.- Pues también sabes, señora, que el muy delicado y frágil vidrio con hierro se rebuelve y con hierro se bruñe y haze, y con hierro se tracta de los que lo labran. Pero si son buenos los que lo labran, lo menos se quiebra, y así la honra no en todos peligros peresce, porque lo que de Dios está ha de yr al cabo. Y con tanto, pues comiença a amanescer, te quiero dexar dormir porque dexemos de dar ocasión a las que levantándose te vieren así y te juzgaren a mal tal estada toda la noche en vela. Y yo te haré venir a Marcelia viniendo el día, y tractando con ella despidirás los ñublados de tus tristezas, Dios mediante, para todo bien. Y suplicote que duermas y pongas tus cuydados en mi pecho.

BELISEA.- Con la confiança de tu buen zelo me esfuerço a forçarme a mí para confiarme de ti en todo y por todo. Y así como a mí aya te tengo de seguir en todo y por todo, pues yo tal estoy con que mi honra y honestidad estén muy enteras. Y quiérola desde luego començar y dormir si pudiere; por esso cierra essa puerta y quita essa vela, pues no es menester.

JUSTINA.- Pues yo también voy a pasar un sueño por aliviar al cuerpo para que tome más fuerzas para en tu servicio. Y encomiéndote al Señor del mundo y criador de los cielos.

Argumento de la scena xxiiij

Fulminato y Felisino llevan a Marcelia de su casa al llamado de Floriano, el qual le encarga una carta que lleve a Belisea, con la qual también le [em]buelve juntamente el anillo que le diera Belisea, con lo que más passan, etc.

<i>Marcelia.</i>	<i>Felisino.</i>	<i>Fulminato.</i>
<i>Lydorio.</i>	<i>Floriano.</i>	<i>Polytes.</i>

MARCELIA.- Pues que ya estamos todos a punto, movamos antes que sea más tarde y veré qué me quiera Floriano.

FELISINO.- Poco más o menos todos lo adivinamos ya.

FULMINATO.- Por los sepulchros de mis antepassados, que es vergüenza ver cómo tan sin por qué pene y muera este hombre.

MARCELIA.- Pus bulle poca gente, me ve declarando qué llamas sin por qué, pues que si tú sabes qué cosa es ser hombre y aun, si yo le fuera como él, me preciara de perderme por tal dama.

FELISINO.- Todos haríamos eso mismo por tal joya, aunque al cabo, como sea una, uno la ha de llevar y los otros quedarán descontentos y no pagos de haver penado por ella.

FULMINATO.- ¿Qué cosa, pues, mugeres que les bastara uno? Aunque no lo digo por ti, Marcelia.

MARCELIA.- Por sólo que voy presente te agradezco la cortesía, aunque después de enlodada. Pero pues hablas lo que tu pensamiento malicioso te dize y siente, y ansí no te pido sino, ¿por qué pena, a tu parescer, sin por qué un hombre que por de buen entendimiento supo escoger una muger?, que cierto no es digna lengua tan maldiziente como la tuya aun de loarla quanto más ponerla en tacha, que muy fuera va de su sangre y nobleza y bondad y honestidad y honra. Y guárdate de juzgar a nadie si no quieres condenarte a ti mesmo.

FELISINO.- Y aun muchas vezes, ansí como por los meneos de gesto saca un buen entendimiento por conjetura lo que otro tenga en el pensamiento, como agora la señora Marcelia entendió que tachavas a Floriano y Belisea, ansí también muchas vezes atrevidamente se sueltan los hombres a juzgar lo que no alcançan por alguna cosa que veen, que no basta para hazerlos acertar; como agora tú, Fulminato, menos acertaste en tachar al amante mancebo cavallero Floriano, que es enamorado al modo de cavallero, y paréscete a ti que a menos costa — como tú a otra que has de balde, porque de balde es muy comprada —, que ansí él pudiera haver una señora tal a menos costa suya.

FULMINATO.- Mas dime si no es ansí, que por su dinero hallara oy quinientas que le rueguen.

FELISINO.- Y ansí no hallará otra que le merezca.

MARCELIA.- Bien da a entender Fulminato quán pegadizo sea en el aprovecharse de mugeres y quán dessamorado en querer a ninguna. Pues ruega a Dios que no vengas a ser constante en amar y tan herido de amor que sientas y entiendas cómo amor no se alcança sino con amor. Y ansí como tú por dinero avrás oy en el pueblo quinientas de que gozar, como dizes, ansí las mesmas por el

mesmo gozo y por la moneda buscarán cada una otros quinientos; y ni por esso amarán a ninguno, porque las cosas que se ponen en venta véndense según son los compradores y según la variedad de los tiempos.

FELISINO.- Y aun tengo por averiguado que si se saca, que como él sólo tenga ojo a la moneda, que le harán confrade de San Corniel.

FULMINATO.- Y aun por esso como yo de prestado. Pero aunque seáys entramos contra mí, sí que Floriano todo el fin de lo que haze es por gozar de la que ama.

FELISINO.- Ansí es.

FULMINATO.- Pues luego, ¡qué diablo son menester essos rodeos ni cartas ni plantos, que por el sancto relox de Roma, que soy más quito y estimado de mugeres que Floriano, y que tengo por derramar la primera lágrima por alguna y que ninguna se me a escapado! ¿Y por qué, si pensáys, soy quisto tanto de éllas? A la fe, porque hago y callo; y todas quieren esto: y las más de valor y las más guardadas y las más honestas. Haviendo de tractar d'esto, 'más quieren un hecho que veynte haré', porque dizen que: 'haré, haré, mala casa comporné'.

MARCELIA.- ¡O, cómo quisiera que no estuviéramos ya a la puerta del palacio, para darte a entender cómo, si te loas de muchas gozadas —lo que no creo—, no te loarás de ser de muchas querido! Y que si, como dizes, caen las buenas —lo que no es sino en las menos—, que de las muy pocas las muy menos vienen a esso, y si vienen será por flaqueza, y porque se atreven a dexarse vencer de la tentación grave con la oportunidad encubierta por no dar quiebra en el crédito público; y entonces las tales en tal hecho no buscan el ser amadas sino el librarse de la furiosa concupiscible, que a muchos sabios y fuertes basta a derrocar; y aun los hombres dados a esto, con la facilidad que ganan lo que buscan, con éssa la olvidan, y ansí tanto aman quanto les cuesta lo ganado. De donde proviene que con ser engañadas las recogidas mugeres de los hombres burladores y mentirosos y desamorados, ellos son de muchas amados, porque cada una le ama porque cada una se le rendió por bien querer. Y ellos a ninguna aman, porque ninguna les costó amor de las voluntades, sino que las amaron por el amor de los cuerpos de las escarnidas.

FELISINO.- Altamente lo has provado, señora Marcelia. Pero ya se ataja la plática con la venida del camarero.

FULMINATO.- Y aun pese a tal porque él viene, que yo saliera de algunos escrúpulos que me quedan del razonamiento. Pero otro día nos dará Dios.

LYDORIO.- Buenos días, señora. Y los escuderos te agradezcan que no les reñó porque ansí desaparecen. Y tú, Felisino, ve presto en busca del paje Polytes, que también pide por él Floriano. Que agora me escabullí d'él, que me ha tenido toda la noche contándome cosas, que colegidas he cogido que: o pierde el seso o él es de muerte. Yo me voy un rato a reposar. Si me llamare, buscadme en mi aposento. Y tú, señora Marcelia, perdona.

MARCELIA.- Señor, ve a descansar. Nosotros entremos a él, que no es possible que el mal ture mucho si Dios le quiere dar remedio.

FULMINATO.- Pues quiero ver si duerme. Pero, ya, ya, por demás es, que cantando está devaneos.

FLORIANO.- ¿Pajes, quién está ahí?

FULMINATO.- Señor, Fulminato es, que no durmiendo en tu servicio te trae a Marcelia, que mandaste llamar.

FLORIANO.- Ni sé quién es ni para qué le mandé llamar.

MARCELIA.- Espera; veréle y veráme.

—¡A, mi señor Floriano!, que vengo a saber cómo te fue en la romería de Prado.

FLORIANO.- ¡O, la mi Marcelia, que agora te conozco! Y con razón, porque a no te ser tan contraria en mí la fortuna, mucho te devía yo en me aver presentado delante de mi señora y haverme traído este anillo, sin el qual yo fuera ya defuncto.

MARCELIA.- Anda, señor, no desmayes, que más espero hazer por tu servicio si me lo mandas, que agora que tengo manto sin vergüença osaré parescer por tu servicio donde gane mayores mercedes, con tanto que no me mandes yr descubierta a parte de afrenta, porque traygo malas sayas que me corro de verme.

FLORIANO.- Anda, hermana, que si tú me vistiesses a mí de alegría, poco es a mí hazerte despedir todas tus necessidades y vestirte de sayas y más sayas.

MARCELIA.- Con besar tus illustres manos por tan magníficas promesas, porque no se vaya la mañana en balde me di ¿qué mandas?

FLORIANO.- Querría restituyr este anillo a cuyo es y saber de mi señora.

MARCELIA.- Pues, ¿quieres que se desempeñe mi palabra con llevarle? Dámele luego y voy, que también me han embiado a llamar de su parte. Y de lo que de mi yda te prometo traer es alguna joya que tengas en más que ésta.

FULMINATO.- ¡O, pese a la tierra con esta embaydora, y si no creo que ha de robar a este hombre! Pero saque y pele, que yo con quatro manos a la partición. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes, Fulminato? Ve, llámame a Polytes, que también quiero saber un poco de él delante d'esta dueña.

FULMINATO.- ¿Aun si lo quiere a solas con estotra? Porque dizen que 'el perro con ravia, de los palos trava', y aunque no voy muy satisfecho, pero allá se lo ayan, que si algo fuere, ahí se me quedan las paredes y aun la heredad y también avrá más ganancia que partir.

POLYTES.- ¿Qué haze?

FULMINATO.- Entra y verás los secretos que tiene muy de mañana con Marcelia, que yo iva en tu busca.

POLYTES.- ¡No creo que te come donde te agora rascas!

FULMINATO.- Anda ya, que más me come la hambre, que voy a buscar con qué me desayune. Y por tu fe, que aunque pidan por mí que no me sientes ganancia, no me vayas en rastro.

POLYTES.- Entro, que así lo haré.

FLORIANO.- Dime, Polytes, ¿por qué no me has venido a dezir cómo te fue anoche, y si viste a mi señora, pues así te lo mandé? Y dímelo luego, que alegre me paresce que vienes.

POLYTES.- Yo la vi y buena. Otras cosas muchas ay, pero para su tiempo.

MARCELIA.- Señor, dame licencia y daré lugar a [t]u embaxada.

FLORIANO.- No quiero que te vayas, sino que lo oyas todo; porque al confessor y al juez y al médico se les a de dar toda relación porque después no yerren. Y tú no me calles cosa que ayas passado.

POLYTES.- Pues quieres, señor, que publique hombre de día lo que passa solo en la noche, passa así: que yo fuy a hablar por una rexa de las baxas que caen a la huerta con una donzella...

MARCELIA.- ¿Y cómo se llama?

POLYTES.- No ay para qué dezirlo.

FLORIANO.- Dilo, por mi amor.

POLYTES.- La donzella se llama Justina, de quien tú, señor, devrías de tener noticia. Y ésta, que por su industria devió ser, me hizo hablar con Belisea, la qual se me dissimuló ser otra, aunque luego yo la conocí.

FLORIANO.- Dichoso tú, y yo bienaventurado si me uviera ydo contigo como yo quería. Pero, ¿qué te dezía?

POLYTES.- Señor, todo era preguntarme por ti. Y esto con tales palabras y con tantos ahíncos que yo vi bien que ella yva sintiendo en sí el mal que yo le dixe que tú passavas por ella, sin pensar que era ella, sino diziendo el mal que passavas por Belisea. Y al cabo, con harto sentimiento, sin dárseme a conocer me dexó.

FLORIANO.- Pues no me calles cosa. Y di, ¿cómo supiste ser élla?

POLYTES.- Porque luego ella me embió a la que yo buscava, y ella me certificó así de ello como de que aunque a costa suya e industria d'esta donzella, pero que su señora está tan otra que huelga de preguntar por ti y hablar lo más del tiempo de ti, lo qual soy yo buen testigo por el rato que le hablé.

FLORIANO.- Anda, luego me llama al camarero.

POLYTES.- ¡Aún no creo en la vida sino pienso que sospechava bien Fulminato!, porque aunque Floriano tenga el amor en Belisea, el aparejo le incitará al gozo destotra, porque dizen que el aparejo haze a muchos castos, luxuriosos; y a muchos fieles, ladrones; y a los justos, peccadores, si Dios no acorre. Pero allá se lo ayan, que ella bien se lo sabrá pegar y aun le sabrá pelar; y aun que no es tal que le hieda el huelgo, mayormente que 'a hambre no ay mal pan'.

MARCELIA.- Aun si le toma, pues, a estotro dentera con mi sola presencia, porque no haze sino despedir a todos. Pues a la fe, vea lo que le cumple, que yo con hazer de la que se ruega no le quebraré los braços ni descorcharé los chapines huyendo, porque al fin aquí me vendrían honra y provecho. ¿Pero cata qué buscar haze entre las almohadas? Si busca la bolsa, pues venga, que a todo diré *adveniat*. Pero 'mi gozo en el pozo', que papeles saca. Alguna carta de devaneos será

para Belisea. Y él parésceme que se olvida que estoy con él. Pues quiero jugar de mala y traerle a la memoria que estamos solos, para que si algo se le antoja concluya en breve. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Dizes algo, Marcelia? Perdona que buscava un papel.

MARCELIA.- Todo perdón te diera. Pero pues no entiendes por señas, quiero hablarte alto y más claro. Mira si me quieres algo en secreto antes que venga alguien, pues estamos solos.

FLORIANO.- Sólo encargarte que me vayas a saber de mi señora, si es lo que el paje me dixo. Y llévale este su anillo; y llévale este jo[y]el de esta fina esmeralda para que si la quisiere tomar como cosa mía; si no, tómelo por tuya, con que sepa que yo te la di para ella. Y llevarle has este papel; y ponle en su mano así cerrado. Y mira que si mi ventura fuere que yo le vea traer essa joya, tú llevarás de mí las mercedes. Y para luego que me vengas con buena respuesta de todo, te haré tener aquí el sastre que te vista toda. Y di al que te pareciere de mi parte que se vaya contigo. Y mira que no te tardes, si quieres que yo muerto tú pierdas tu buen gualardón y yo la vida.

MARCELIA.- Agora os digo yo que ‘no salimos todos a un camino’. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes?

MARCELIA.- Que luego tomo el camino.

FLORIANO.- Pues ve con Dios.

POLYTES.- Qué relamiendo que se sale la señora. Aun, quiçá, que labraron la heredad de Fulminato.

—¡A, señora Marcelia! ¿Mandas que te acompañe?

MARCELIA.- Si fuera para mi casa, grata me fuera tu offerta, pero voy donde no creo que te avré menester, aunque bien tengo entendido ya el por qué tan tarde y de mala gana asomas a mi casa.

POLYTES.- Sin falta que es porque jamás me dexa Floriano. Pero dexando enojos aparte, te ruego que si allá se ofreciere en qué donde vas, que me seas buen tercero, y si me quieres hazer la merced por entero, sea que des esta carta en su mano a Justina.

MARCELIA.- Anda, Polytes, que aunque te quieras aprovechar de mis fuerças para contra mí, pero porque veas quán sin interés ni doblez te amo, haré lo que me mandas y te daré el recaudo de lo que me dixerén. Y quédate a Dios, que no quiero dar que dezir a los que nos vieren ni tardarme en mi mensajería.

POLYTES.- San Miguel vaya contigo, que voy yo también en busca del camarero.

(Allá va el diablo. Y qué faldear lleva. Asuadas, que o lleva ya ganancia o la espera, porque ni ella da passo sin por qué ni Floriano haze sino hazerle mercedes. Pero allá se avenga. Cada qual corte su ropa como la boca le pidiere y la bolsa le mandare).

Argumento de la scena xxv

Yda Marcelia a casa de Lucendo, después de haverse visto con el despensero habla con Justina y con Belisea muchas y buenas razones a su propósito, quedando concertada la visita de Floriano a Belisea para esa noche. Y tratado el cómo y por dónde y la hora, se despide Marcelia, habiendo dado las cartas a las dos donzellas: ama y criada.

Marcelia. Despensero. Justina. Belisea.

MARCELIA.- Agora que voy en mi cabo desde aquí a la casa de Lucendo, quiero yr pensando en lo que allá me podrá succeder, porque ya de entramas partes va tramada la tela según veo, pues que de entramas partes me han buscado tan apriesa para que se la texa. Pero no sé qué medio me tenga en los comienços de la claridad, en el descubrir mis gramalleras, porque estas donzellas son tan espantadizas que temen antes del golpe. Mas lo que a mí me parece más acertado y para mi provecho mejor será, que si la veo picadilla, venderme caro, porque pite también para la lumbre del candil con que yo alumbro y aun encandilo a tales bovos, como los que al presente traygo entre manos. Y aun para mi santiguada, que aunque a ella no le viene de casta el ser davidosa, que si la hallo en el garlito que en pago de lo que le llevo —y lo que yo le sabré mentir y que ella querrá creer— que ella me ha de dar las tocas y camisas, pues el otro me da las ropas, por las quales le bolveré luego con la respuesta. Y aunque de acá sea mala, que la oya de mi boca buena, porque la buena nueva es hermana de la alegría, y la alegría, prima de la liberalidad. Porque, a la fe, después que ellos juntos ni avrá Marcelia ni aun ración ni más mensajes, porque oy en día todos dan porque les den. Pues ydlos a ver desque ellos contentos y juntos, que haziendo de los graves os darán con un tan seco **¡Error! Marcador no definido.** en los ojos, y con un **!Error de sintaxis, ¿** tan sin sal, y un **!Error de sintaxis, ¿** tan sin çumo ni gracia que a vos se os pegue la lengua al paladar para no les pedir. Y ellos, atando las manos al dar, sueltan la lengua a dilataros la venida para otro día con mandaros por algún paje dezir que **¡Error! Marcador no definido.** Y aquel día ellos le tienen tan olvidado luego como el del juyzio; por tanto, agora me cumple a mí el primer descorchar, tener presta le lengua al pedir y abiertas las manos al asir, porque ‘más vale vergüença en cara que lástima en coraçón’. Y en estos palacios con no medrar los comedidos ni vergonçosos al pedir, también diz que ‘no oye Dios a quien no le llama’. Que pues yo le traygo a él en mi poder y aun ella ya me viene a las uñas, mientras están enfermos del mal que yo les curo, a la fe, dilatando la cura pedir para las unturas, porque mientras ellos más dolientes, mi bolsa y mi casa sanará más. Y ellos, haviéndome menester con lo que a ellos les pareciere, y yo les haré encreyente, avrá más ocasión a que me vengán siempre a mis manos, sueltas al tomar, con las suyas embaraçadas con el traerme con que su enfermedad rica sane mi necessidad pobre. Y aun el majadero de Fulminato si me ha cogido en opinión de bova para esperar de mí ganancia, y en tal parescer ‘haze ya del voto tal’, y como se sueña rico se quiere mostrar ya mandón. Pues ándese tras mí, que d’él me

aprovecharé para suplir soledades; y después, qualquier ocasión me bastará para dexasle soplar sus manos mientras yo lavo las mías. Que estos tales halos de tomar la persona de manera que siempre se tengan por desasidos, porque con ‘darles el dedo no os quieran el braço’; porque en viendo que se hinchan con un favor, darles una coz de desvío con que revienten y tractarlos como quien los ha menester, porque ‘quien sus carros unta, sus bueyes ayuda’, pero de manera que no se os atrevan. Porque ‘quien de mucho mal es ducho, poco bien le empalaga’, en especial que creo yo que éste en toda su vida salió de cavallerizas y burdeles sino en mi casa, y agora ‘piensa ya el don duelo que de ruin se cae a la persona el pelo’, y que ayer ‘entró rogando y que oy se ha de assentar mandando’. Pues aguarde que ‘se me caya el bocado de la boca por bova’, que quando más se quisiere llamar a possession le haré yo que ‘se quede del agalla’. Y aun le tengo de enseñar que mientras labrare en la heredad que agora labra, siempre ha de pagar las rentas adelantadas y aun no se descuydar en la labrança, porque ha de saber que daré mi tierra a quien mejor me la barbechare. Y aun, por mi vida, que para en esto, he allí el dispensero de Lucendo, que con ruegos y dineros y aun no menos labor se tendría por dichoso de tener la possession. Y aun por mi salud que creo que avré de aguardar en su cámara a que sea de día allá adonde voy, porque en estos palacios ya está hartos el sol de alumbrar a los otros quando a ellos les amanesce. Porque paresce que es estado de cavalleros no se recoger al compás del sol como los otros, sino hazer del día y de la noche partes para hazer su día. Y esto, a mi ver, o porque mejor cuenten sus patrañas a la luz de las velas [o] porque de menos sean oñdas sus necesidades y de más sean aprovadas sus boverías. Porque entonces, como son veedores de sus dichos y juezes de sus obras, sus criados no osan desengañarlos en lo que yerran por no perder de ellos la medra que esperan. Y ansí no ay oy en día quien menos sea desengañado ni menos verdad le sea dicha que un señor, porque la cobdicia de los q él tiene y el acatamiento de los inferiores tapa las lenguas a los que los podrían desengañar. Cata, cata estotro, ¿qué plazer le ha tomado con verme? A la fe, pues ‘abra él la boca al reÿr que yo la bolsa al recibir’. Y sepa que en la fe de mi casa que él se salvará, si él lo haze siempre como ha comenzado.

DESPENSERO.- No te me encubras, que ya eres conocida. Pero, ¿dónde bueno tan de mañana?

MARCELIA.- A verte.

DESPENSERO.- Dios te visite tan de mañana. Pero, ¿qué es lo que ay por acá?

MARCELIA.- Vengo huyendo de la justicia a me acoger con mi señora Belisea.

DESPENSERO.- Pues, en tanto que arriba se levantan, me da la mano y sube esta escalerita de mi cámara que también está sagrada para tu temor, con que perdones el mal asseo de la posada, pues que ‘donde no pisa muger no ay cosa compuesta’.

MARCELIA.- ¡Bendito Dios, que las halláys para algo provechosas! Pero perdóname la subida porque entran y salen en estos palacios, y oy en día de todos se ha de guardar la persona y a ninguno offender. Pero, hablando al punto, me di si será levantada Belisea, porque vengo de la missa del alva y antojóseme de visitarla antes que me torne a encerrar en mi casa, porque a la verdad se lo devo. ¿Y tú también, dónde yvas tan de mañana?

DESPENSERO.- A visitarte también, y a ver si me querrías oy por combidado.

MARCELIA.- La memoria que tines de mí te agradezco. Pero ya sabes que, aunque no falte voluntad, mal puede una viuda pobre hazer esos cumplimientos faltando el con qué.

DESPENSERO.- Eso mío era de proveer. Pero pues no avrá lugar agora, embiaré para la noche para mí y un paje de cámara de Lucendo, que también tiene desseo de te servir y aun querría cortar unas camisas de tu mano, porque en esto tienes loa.

MARCELIA.- Pues para eso en todo tiempo podrá yr, porque ya que yo falte queda Liberia, mi hija, que ya haze mejor labor que yo. Y mira [si] mandas otra cosa, que me quiero yr arriba.

DESPENSERO.- Y anda estos pocos passos, que también te serán de romería. Y mientras miras mi aposento tal qual le hallares, embiaré un muchacho a saber si arriba han abierto ya las puertas.

—Moço, pon aquí sillas y ve arriba y sabe si es levantada Belisea. Y mira si verás a la donzella Justina que te lo dirá. Y no vengas sin buen recaudo.

JUSTINA.- ¡O, cómo devo de haver dormido poco!, pues con ser ya todas las mugeres acostadas anoche muy antes que yo, agora ninguna anda en pie. Quiero salir fuera a los corredores. Veamos si hallo algún paje con quien tornar a embiar por Marcelia, porque Belisea en pensar en estas sus cosas me parece que ha passado la noche, pues agora la oÿ estar sospirando. Y a mi ver ella comenzó tarde a caminar, y veo que ha corrido tanto que Dios quiera que no desmaye antes del fin de la jornada, porque en todas las cosas el medio es de tener siempre. ¿Pero qué moço es qué que así va corriendo en verme? Creo que de verme tan mal atondada me cobró temor con verme sola.

MARCELIA.- ¡Ay, Jesús, apártate allá, señor, que sube no sé quién!

DESPENSERO.- Pues perdona en lo passado. Y voy a ver quién sube.

MARCELIA.- ¡Allá yrás, diablo! ¡Y qué pegadizo es! Aunque bien se le cae la moneda, que con este real de a quatro bien haré yo la costa de dos días. Pero ya torna.

DESPENSERO.- Señora, diz que en este punto queda Justina en el corredor.

MARCELIA.- Pues perdona que no puedo tardar punto. Y tú yrás a hora competente a mi casa y podrás llevar al que me nombraste para ver qué quiere.

DESPENSERO.- Ansí se hará.

(¡Cata qué faldear lleva el diablo! Que más insaciable de apetitos es que la tierra en el recibir agua. Pero quiero mandar lo que tengo de mandar para allá antes que aya testigos. Y avisaré al paje Brisindo que se vaya con mi moço quando llevare la vianda para que dé una tentativa a la muchacha mientras la madre anda por acá en estaciones. Y aun esto avrá de ser presto, porque no le prevenga otro y halle ya la posada ocupada, porque aunque pienso que la muchacha aún nunca se sangró, pero tales lecciones le lee la madre que pienso que ya deve de andar buscando hallar desocupación para entrar al officio de la madre, pues ‘bien aya quien a los suyos sale’. Y porque Brisindo y ella pienso que se avendrán bien, voy a avisarle antes que pierda punto por mi tardança, pues es obra de

charidad avisar a los próximos lo que les cumple).

JUSTINA.- Quiérome acoger adentro antes que el ama me vea y tengamos que gruñir. Pero, cata, cata, y qué reboçada viene la dama. Ya, ya, el lobo anda en el rebaño, que Marcelia es. Quiero hazer que no la he visto porque no se levante a mayores con pensar que la estava yo ya aguardando.

MARCELIA.- No huyas, que vista eres, mi Justina hermana.

JUSTINA.- ¡Ay, Jesús, y qué saltar es este tan de mañana! Que vengo tan desnuda que he vergüença aún de verme yo a mí mesma, que mi mal dormir de esta noche me ha hecho anteverir tanto la mañana.

MARCELIA.- Anda ya, que si yo fuera quien te quitó el sueño esta noche aún más desnuda te quisiera, porque al fin ‘el oro bien paresce sin esmaltes’ y aun a las vezes mejor.

JUSTINA.- Porque no te entiendo, me sigue a mi cámara para que te me declares, donde no nos vea sino Dios.

MARCELIA.- ¿Y a mí qué me va que me vean todos? Cata que no entraría en esta casa si pensasse que no holgavan conmigo, porque en mi casa me verás algún día donde toda soy mía y de Dios y del rey y de los buenos, y donde no estoy tan encogida como tú, aunque en menor casa, pues vivo con más libertad para hazer honra a quien la devo sin esos sobresaltos ni ascondrijos. ¿Pero qué tal está Belisea?

JUSTINA.- Quiçá tú lo sabrás mejor. Pero no me taches por encogida en no yr a tu casa. Y en lo demás que dizes, alcança tu licencia y verás allá si soy encogida, porque en cada parte se han de guardar los estilos de la tierra.

MARCELIA.- Pues por vida tuya y del tu galán Polytes, que yo busque ocasión con que te vayas conmigo.

JUSTINA.- ¡Ay!, cata que me corro en llamar a nadie mi galán. Pero dime, ¿quién es ésse que me nombraste?

MARCELIA.- Ya, ya. ¿Que tan bovilla te me tornas? Pues porque sepas que sé quién a ti ni a Belisea no dexó dormir esta noche, toma esse papel tan cerrado como él me le dio [para] que te le dicesse; y si te puedo llevar conmigo, allá le verás y verás que no hablo de coro. Y porque tengo mucho que hazer, me mira si duerme tu señora, porque quiero ver qué me quiere y saber cómo le fue en Prado con el toro. Que contigo, que te me corres y eres una simplezilla, no quiero nada, pues tú más lo querrás con Polytes. Y tienes razón, porque a la verdad él es joya para tal engaste. Y ve presto porque te quede tiempo para leer tu carta, que si yo supiera leer quiçá te hurtara la bendición en verla y en responder a ella el **¡Error! Marcador no definido.** que tú avrás de dar, pues al fin ello se avrá de hazer tarde o ayna, ya me entiendes.

JUSTINA.- No oso altercar contigo, que estás muy puntosa. Espera, que luego torno.

(¡Y válgala el diablo, si no pienso que es adevina, que ansí sabe ya lo que tan poco ha que passó!)

BELISEA.- Entra, Justina, que no duermo. ¿Qué hora es?

JUSTINA.- De mañana es. Yo tampoco he dormido en tu servicio, que aquí está ya Marcelia esperando.

BELISEA.- ¿Y hanla visto las mugeres?

JUSTINA.- Ninguna.

BELISEA.- Pues luego te entra acá con ella.

JUSTINA.- Y aun esso es lo que busco, sino verme con el gozo de leer mi carta, que me parescen coplas, que es cosa muy a mi gusto si son buenas. Y también avré menester dar la respuesta a Marcelia. *[Ap.]*

BELISEA.- Anda, menéate presto. ¿Qué dizes de Marcelia?

JUSTINA.- Que te quiere muy en secreto.

BELISEA.- Pues entre sola. Y tú abre un quartel de aquella ventana y mira que no entre acá nadie en tanto.

JUSTINA.- Ansí lo haré. Voy.

(Y aún, que si mi carta no lo impide, tengo de oÿr lo que entramas passaren, por avisar.)

MARCELIA.- ¿Ya vienes?

JUSTINA.- Poca detenencia avía en mi mensaje según con la priesa que te llama Belisea. Y no te olvides de mi yda; y entra hasta su cama.

MARCELIA.- En todo tendré cuydado. ‘A buen entendedor poca plática’.

BELISEA.- ¿Quién entra?

MARCELIA.- Es tu sierva, Marcelia, desseosa de tu bien. Pero sácame, señora, de la alteración que me pone en te ver en la cama con dezirme qué tal estás, y sea dezirme que estás buena.

BELISEA.- Buena venida sea la tuya. ¿Y cómo, di, no me visitas más a menudo, pues sabes que no verás cosa en toda esta casa que te quite la ocasión de la venida?

MARCELIA.- ¡Ay, mi angelito, y cuánta gracia puso Dios en ti para poner en admiración a los mayores y atraer a los yguales, y con graciosa gravedad despertar a todos los inferiores a tu servicio! Pero dime, ¿cómo te va ahora?

BELISEA.- Por cierto, tú me preguntas aquello que menos sé de mí, porque ni estoy tan mala que guarde la cama, pues aún es gran mañana, ni tampoco estoy tan buena que en la cama esté por dormir ni descansar; ni menos levantada me alivio, ni sentada reposo, ni andando no me desmaye, porque me parece que mis miembros gobierna ageno imperio. Y con todo esso he sentido esta noche unas bas[c]as en el corazón que me hazen antever el día con el dormir.

MARCELIA.- A la fe, mi ángel, aunque yo bien ‘duermo sin perro’ como tú le tienes, pero con el ladrar grande de mis necessidades no es para mí tan de mañana agora, que no vengo [sino] de oÿr la missa del alva de Nuestra Señora de los Remedios. Pero como tú, Dios me guarde, no lo has de ganar ya para el comer, duermes con más sosiego. Pero dexando mis necessidades, que todas me las hará dexar la falta de salud que tú tienes, me di algo de tu mal, ya que estoy acá, porque si no es uno que ya tú sabes, podrá ser otro que yo sospecho.

BELISEA.- De entramos éssos no te entiendo. Pero dímelos tú para que, yo entendiéndome, me puedas tú entender y yo a ti.

MARCELIA.- El primero, señora, será el acostumbrado; porque aunque yo te acuerdo bien niña, y no me tengo yo por vieja, asuadas que sepas ya qué es, pues suele traer semejantes descontentos, aunque por sernos tan ordinario no lo tenemos por enfermedad, en especial que no es [sino] evacuación de muchas postemas de malos humores.

JUSTINA.- Mi fe, escusado me es por agora leer mi carta para gustarla como es razón, pues estoy en sobresalto de los que passan. Y también me cumple oÿr lo que hablan las dos para andar sobre aviso.

MARCELIA.- Y no te me encojas tanto. ¿No vistes de qué ha empacho? Sí, que mal es, que con ser costumbre en mugeres y no perdonar ninguna que viva sana y ser evacuación natural, más es defecto de natura que vicio de particular culpa. Por donde con él ninguna en particular se ha de sentir agraviada más que otra. Pues en quanto al ser mugeres, todas somos yguales.

BELISEA.- Anda ya, que ni tengo esse mal ni menos querría ser subjecta a él. Pero di el que sospechas, que soy más inclinada a saberlo que no estotro.

MARCELIA.- Siempre nos paresce más lo que no tenemos y menos lo que sabemos. Y de aquí dizen que naturalmente dessea el hombre saber. Pero buuelto a lo que me pides, antes que te diga qué mal es en ti el que dize mi sospecha, te suplico que me digas qué sientes y a qué parte del cuerpo carga más el dolor, porque ni yo precipitando sentencia diga lo que no alcanço, ni tú con pensar que yo acierto te quieras curar del baço, teniendo enfermo el corazón.

BELISEA.- ¡Ay, que aÿ está la raÿz de mi mal!

MARCELIA.- ¿Pues de qué piensas que se te ha recrescido?

JUSTINA.- ¡Mejor la quemén a la hechizera! ¿Que no sabe el mal que es?, pues ella se lo acarreo y otro se lo da.

MARCELIA.- ¿A mí, señora, por qué no me respondes? Quiérote cubrir de ropa, porque quizá el friezito de la mañana te dará alteración de madre.

BELISEA.- ¡Ay, que no es frío, sino fuego que me abrasa! Y no es madre, sino hija que solía ser mi regalada, que yo llamava honesta pudicicia, y ésta la avía engendrado en mi voluntad un amoroso y pujante amor de la virtud. Pero agora, hermana y amiga mía, este tal amor se va desviando de mí y sin saber cómo ni de dónde ni para qué se van entretejiendo estrañas ocupaciones, de las que mi casta temperancia y mi fuerte limpieza solían traer a mi memoria para delectación de la voluntad y contentamiento del entendimiento, muy dado a la virtud. Ansí que te he dicho de mí más de lo que sé sin te haver dicho mi mal, porque es esta dolencia en mí tan moderna y tan al punto me tiene toda mudada en nuevo ser, que con no saber lo que es aun lo que sé no oso publicar por mi corrimiento, por ver que me oyan querellar de mal tan delicado y tan sin señales de calentura a la estimación de

los otros, y a mi sentir ser un fuego que pienso que me tiene ya abrasado el corazón, según las bas[c]as que en él he sentido hasta este punto. Y si agora calla, o pienso que es por ser ya consumido o que descansa para más penar.

MARCELIA.- ¡Dentro estás, pues, doña leonaza! [*Ap.*]

BELISEA.- ¿Qué dizes? Y di, ¿para qué me pides relación de mi mal, pues que sabiendo que todo está en el corazón, no me curas si puedes?

MARCELIA.- Pues porque veas cómo Dios encamina todo, cata aquí la tu sortija que me diste para aquel tan herido y tu buen cavallero Floriano. ¡Ay, Jesús, Jesús! ¡Señora, señora!

BELISEA.- Calla, calla, no des voces, que yo tornaré.

MARCELIA.- Pues toma, pónitela en el dedo del corazón, que en ella te embía el suyo sano por ti el tu enfermo Floriano. Y ten más sufrimiento, si quieres que vaya adelante la cura.

BELISEA.- ¡Ay, que ni essa sortija puede curarme ni es mi mal de remedio, si no sabes más en él! Porque ya te dixe que las raíces nascen de la voluntad y en ésta no puede causar movimiento terrestre compuesto. Ya te dixe también que se me yva enflaquesciendo en mí el amor casto; y en el amor ya sabes que no cabe violencia, pues es virtud que haze asiento en la voluntad, por donde fuerza exterior de un compuesto corporal elementado no podrá disponer en lo puro spiritual. Y así, no te confíes que essa sortija sane el mal de la voluntad.

MARCELIA.- Agora que algo más te me aclaraste, quiero que sepas lo que sé de tu mal y la cura que tenga.

BELISEA.- Pues sea luego.

MARCELIA.- Sepas que essa tu hija, que llamaste honesta pudicicia, de pocos tan amada como oy en día de muy pocos conocida, engéndrase en la voluntad; y limpieza de la voluntad o la ay en pocos o tura tan poco que no basta a engendrar nada. Y esta tal hija en ti engendröse con un amor; y agora essa tu voluntad, que siempre la engendraba en ti, hizo punto; y en haziendo punto paró a la rectitud; y en parando a la rectitud faltó la virtud; y en faltando la virtud nació el desorden; y en nasciendo el desorden, en lugar de la hija —una virtuosa primera—, hanse engendrado en la desordenada tu voluntad dos hijos, y éstos llámanse amores lascivos. Y como éstos agora nascan en ti de nuevo, quiere tu voluntad conocerlos para amarlos. Y como sean más de uno en apellido, aunque no en ser, y muchos en effecto, aunque ninguno en ser substancial, ámalos la voluntad. Lo uno, porque todas las cosas nuevas aplazen; y lo otro, porque éstos, con ser el nombre más de uno y hijos, y la primera una e hija y cansada y quasi olvidada en ti ya; y también con que tienen la sensualidad éstos de su valía contra la honesta prudencia y la carne no los rehuye y la voluntad no los despide, de aquí es que la hija que dizes teme, y los hijos nuevos que digo prevaescen.

JUSTINA.- ¡O, hi de Dios, y qué altamente han hablado debaxo de sus figuras entramas! Pero quiero ver en qué paran.

BELISEA.- Tantas contrariedades de mi salud me has propuesto que más desconfío de sanar. Y aunque agora pienso que sé menos de mi mal, pero dime, ¿cómo son diferentes en effectos? Pues

diziendo que son dos, dizes que nascen de un principio y dizes que no tienen actual ser.

MARCELIA.- Señora, estos dos que ansí engendra la voluntad desordenada por la concupiscible, en quanto nascen de la voluntad llámanse amor; y en quanto es desregulada, por no ser la voluntad una, llámanse amores. Y en quanto al primer nombre, su effecto es amar; y en quanto al segundo, como falta la regla y nivel de la razón, ansí son más de uno por sus effectos. Por manera que donde ay esta cosa intellectual, que ansí llamamos amor o amores, ni ay concierto en el querer ni en el aborrescer ni en el vivir, porque unas vezes el tal paciente ama lo que ya aborresció, en tanto que en sí parece que desama la virtud, que algún tiempo mucho le deleytava. Y el que d'este mal está herido, dessea la muerte por acabar la pena, y busca la vida por prolongar su tormento. Y siéntese mucho el tal tormento, y es tan dulce que entonces se llama dichoso el penado quando más y con mayor razón pena, de manera que este mal, con siempre matar, nunca acaba de quitar la vida. Tiene en las potencias del ánima otros effectos, porque parece que os muda la voluntad queriendo lo que más os mata; quita la memoria, por manera que ni os queráys acordar de vos ni podéys acordaros de Dios, ni oséys acordaros del mundo ni sepáys acordaros de la vida, ni os desmandéys a la memoria de la muerte ni os entremetáys en la memoria de la honra, ni de los amigos ni de los padres, ni os vaque lugar para os acordar del descanso del proprio contentamiento, pues en el entendimiento obra tanto que os haze avivar en cosas jamás pensadas, y haze que no sepáys otras vezes aun entender de vos mesmo qué tal estáys ni apenas quién seáys.

JUSTINA.- ¡O, y cómo que aquélla habla maestralmente con experiencia de lo que es ansí! Pero veamos qué dirá Belisea.

BELISEA.- ¡Ay, mi Marcelia, y cómo eres sabia, pues me has descubierto el venero de mi mal! Pero dime, ¿de qué se engendra essa tal ponçoña?

MARCELIA.- Mi señora, como esta virtud que es amar siempre presuponga, allende del subjecto donde está, otra cosa por objecto, ansí se comienza en uno y haze parada y fiel asistencia en otro; y después torna a parar en el mesmo de donde salió. Y ansí dizen que 'el corazón amante más está donde ama que donde habita', porque quando amamos una cosa, aquel amor que ay de nuevo en nuestra voluntad fue causado por estraña y agena virtud, que llevó y atraxo para sí nuestra voluntad. Y ansí nos movemos a amar la tal cosa, porque nos parece digna de nuestro amor. Y ansí, después no la queríamos partir de la memoria por el gozo que en ella halla nuestra voluntad. Pero estas cosas amadas son diferentes, porque el avariento ama las riquezas y en ella[s] pone su fin; y el sobervio la sobervia; y el goloso el comer; y el hombre amante a la muger que ama; y la muger amante al hombre que ama. Y el que ansí ama siempre querría que le nombrassen la cosa que ama. Y la muger que ama, como de menor virtud, ansí hazen más impresión estos effectos en ella, porque con amar tanto al amigo siempre le querría presente; y visto, se turba; y oyéndole nombrar se demuda. Y esto es o por tristeza de la ausencia del que ama o por el temor reverencial que en ella pone el amor del tal amado. E de aquí verás tú, mi señora, cuánto poder tenga en el amante aquella cosa que es amada, que trayda a la memoria altera el supuesto del paciente, como haría —pongo

exemplo—, que si tú estuviesses enamorada de aquel tan galán y próspero cavallero Floriano, en oyéndole nombrar absente te alterarías y enviéndole delante de ti te turbarías. Pero, ¿qué hazes? ¿Qué sientes, ángel mío? ¿Por qué ansí lloras? ¡Ay, por amor de Dios, que te me esfuerces! Que por tu vida, mi perla preciosa, que no querría sino ser agora un Floriano para aquí te retoçar por quitarte essa tristeza.

BELISEA.- ¡Ay, buena amiga!, que agora veo que avía en mí mucha razón para tener tantas bascas, pue hallo en mí que la ausencia de esse cavallero me tiene triste, y el nombrármele causa nuevas turbaciones. Porque aun essa tan grande ravia de amor, que tú llamas, aún no ha consumido las fuerças de mi honestidad para que no me altere con las nuevas pláticas. Pero pues ya conozco mi mal y no te lo puedo encubrir, y pues tú le juzgas tan peligroso y yo le hallo tan poderoso, búscame el remedio con que sane este corazón tan triste y poco experimentado a sufrir tales afanes; o si no, llévasele a ésse que me le tiene y se está cevando en él para que, pues yo no puedo ya no le amar, a lo menos muriendo de presto pudiesse no dar tal quiebra en la honra de la casa de mi padre. Y tórnale la sortija, que para el sanar yo te dando, enfermé. Pues ni yo sanaré con ella ni él dexará de enfermar sin ella. Y si con su salud ha de haver remedio en mi mal, remédiese primero la suya como principal causa, y después la mía como accesoría y causada y dependiente.

MARCELIA.- Anda, señora, póntele en el dedo del corazón en memoria que Floriano le traxo y verás la mejoría que sientes. Y suplícite que juntamente te pongas este rico joyel d'esta esmeralda, que ansí con su cinta verde la traña el tu Floriano. Y toma essa carta, y mira qué me respondes, pues quieres tractar de tu salud.

BELISEA.- ¡Ay, Marcelia, qué grande es la virtud d'este mal mío, que tú llamas de amor, que todo esto amo y todo lo quiero y todo lo tomo, y no puedo no le tomar y veo que hago mal en tomarlo! Y porque ya andan las mugeres por la casa, quiero que te vayas luego, que la respuesta yo te la daré quando pudiere.

MARCELIA.- Cata, ángel mío, que como no experta en este mal, no caes en la cuenta del daño que te hará essa dilación.

BELISEA.- Pues cata que no puedo tan de presto ahogar mi honestidad para que del todo gobierne la sensualidad. ¿Pero qué te paresce ti?

MARCELIA.- Que le hables, para que entremos deys el orden que os pluguiere en vuestros males.

BELISEA.- Las carnes me tiemblan en pensarlo, aunque la sensualidad me dize que lo haga.

MARCELIA.- Pues mira que en los males furiosos es peligroso passar un punto; por esso mándale venir esta noche y háblale lo que te parezca.

BELISEA.- ¿Paréscete?

MARCELIA.- Digo lo que te cumple.

BELISEA.- Llámame a Justina.

JUSTINA.- Quiero entrar antes que me llamen.

BELISEA.- Di, Justina, ¿qué te paresce que haga en lo que me aconseja Marcelia?

JUSTINA.- Señora, aunque no sé lo que es, pero presupuesto que no te dirá cosa que no sea de tu bien, me parece que el consejo siempre es bueno y mayormente del amigo.

BELISEA.- Pues allá os concertad las dos, que yo quiero guiarme por lo que entramas viéredes mejor. Y dile que venga esta noche a la hora que a las dos os parezca, y a dónde y cómo más viéredes cumplir a mi honra.

MARCELIA.- Pues hasme de otorgar una merced.

BELISEA.- ¿Di, qué es?

MARCELIA.- Que me dexes llevar conmigo a Justina, porque agora avré empacho de yr sola disfrazada. Y fíala de mí, que yo la tornaré a traer.

BELISEA.- Ella es para fiar por sí, porque en más la tengo yo que tanto. Pero agora no puedo escusarla; otro día avrá para todo. Pero tú, Justina, en pago del tiempo que has ocupado a Marcelia de su labor, le da la pieça de Holanda que sobró de mis camisas; y dale uno de mis sayuelos de terciopelo, el que quisieres, para su hija; y uno de mis volantes de los mejores; y dale para chapines dos pieças de oro. Y tú perdona, que una donzella no tiene qué dar, pero algún día tendré.

MARCELIA.- La merced es grande, y por todo te beso las manos. Que bien sabes donde hazes que no lo sabrá olvidar, aunque no lo pueda servir.

BELISEA.- Anda, Justina, dale cobro luego y venme a dar de vestir.

JUSTINA.- Todo se hará a punto.

—Agora, mientras saco lo que te he de dar d'estas arcas, me di ¿qué tal queda Belisea?

MARCELIA.- Mira, hermana, no me entres por aý, 'a quien cueze y amassa, no hurtes hogaça'. Todo lo oýste y cuerda eres; y a ti no va menos que a tu señora. Por esso, en dos palabras concluyo en que, pues queda en tu gobierno el hecho y en mi consejo, yo les mandaré a los requebrados de entramas que vengan juntos esta noche a la una, que es propria hora de reposo. Por esso dime por dónde y de presto, que ciernen estas mugeres en torno de nosostras no nos entiendan, y dime qué venía en el papel de tu galán y qué respuesta le embías.

JUSTINA.- Toma ya todo lo que te mandaron dar y ve con Dios, que a esso que me pides, pues ha de venir, vengan por el jardín, que si yo pudiere les tendré abierta la puerta entre doze y una; o si no, súbanse por las paredes, porque así diré yo que ellos se entraron. Y después de hecho, yo lo avré bien con mi señora, aunque se torne a mí, porque si se lo digo no baxará allá.

MARCELIA.- Pues tú y Polytes, asuadas, que no ayáys menester liga para asiros, porque Dios —os guarde la mocedad— os ayuda, y la semejança es causa de amor.

JUSTINA.- Anda, que no quiero altercar contigo, que todo lo calas y nada callas. Pero mira que les avises que son las paredes muy altas, por de dentro más que de fuera.

MARCELIA.- Bien parece que como amas, temes. Yo lo tramaré todo allá. Y voyme.

JUSTINA.- Dios vaya contigo.

(¡Pero al diablo la no encomiendo! ¡Y qué taymada y avisada está en todo, y qué desembuelta va! Yo seguro que no le deve yr mal a ella en estas romerías, que quando de acá lleva tanto, ¿qué será de allá? Pero buena pro le haga, que con los buenos han de medrar los sirvientes menesterosos, porque si el gualardón no terciasse ni avría señor servido ni pobre sujeto. Yo quiero acudir a Belisea por

desembaraçarme, para tener a punto alguna buena colación para sobreplática en el jardín. Aunque yo sé que ella no baxaría allá si supiesse que ellos han de estar dentro, porque ella entre las puertas del jardín a la calle le quiere hablar. Pero porque aquello no es tan seguro, más quiero que se torne a mí y después me loe lo hecho que no hazer lo que manda sin mirar lo que le cumple. Aunque, si por bien es, ellos e concertarán y quedará todo apaziguado).

Argumento de la scena xxvj

Entrando Justina, halla a Belisea desmayada y llena de congoxas. Y concertando el cómo hablar a Floriano essa noche, entra Lucendo y tracta con la hija de lo que otras vezes le ha propuesto.

Belisea. Justina. Lucendo.

BELISEA.- ¡O, soberano Dios, y cuán rodeada me veo de congoxas, que cada una de ellas basta a ponerme a las manos de la muerte, porque lo que tracto al presente es muy contra lo que devo a la virtud y al estado de mi recogimiento y a las costumbres de donzella, al crédito que de mí es tenido, al tierno amor de mi cano padre y a la antigua nobleza de mi sangre! ¡Ay de mí, que no sé cómo ya puede estar segura la virtud en un tan combatido y flaco supuesto como el mío! ¡Ay, mi viejo padre, que si tú no pusieras en mí más crédito del que mi flaqueza y poca experiencia requería, ni la libertad a mí me uviera dado ocasión a desmandarme ni la honra de tu casa y el sosiego de tu vejez esperara de mí el pago que agora tracto de te dar! Porque bien sé que hago mal en admitir sin tu licencia estas mensajerías de parte del que espero hablar esta noche; pero pues ya no puedo no amarle ni en lo hecho ay tanto yerro que no pueda ser todo guiado en bien, quiero leer esta carta para ver si él quiere amarme en aquel amor que yo en Prado le dixe. Porque si con amor limpio me ama, estenderé yo las velas de mis desseos en quererle; pero si todavía guía como antes desordenadamente, yré yo con el divino acorro teniendo la rienda a su pasión con la guarda de mi honestidad, aunque no podré menos de mostrarle aquellas muestras de amor que me meresce su perseverancia.

Carta de Floriano a Belisea

Ha querido vuestra misericordia, ángel mío y mi señora Belisea, hazer tanto por mí en haver querido verme y oírme y tener memoria d' éste tan enfermo de vuestro amor y tan preso de vuestra hermosura y tan subjecto a vuestro poder, que mi ningún merescimiento sabe ya más qué os pedir. Pero puesto que para mí es sobrado lo que hasta aquí avéys hecho, [y] para vos es tan poco, que si más no hazéys por este vuestro paciente, habiendo comenzado a poner la mano en su cura, él no puede dexar de tornar a empeorar y a morir en la empeora. Porque dado que para mí sea el favor muy sobrado, como mis desseos sean los más nobles y encumbrados de todos los amantes, aún el favor no ha allegado a les dar cumplido remedio, porque toda cosa que sea menos que vos no puede suplir la mínima necesidad de mis desseos. E suplícoos que, pues vuestro poder no suelta mi corazón, que vuestra misericordia y hermosura lo acabe de sanar o vuestra justicia de castigar. Allá os lleva essa mensajera vuestro anillo, no porque no le aya bien menester en vuestra ausencia para sustentar la penada vida como reliquia vuestra, pero como él no me sana sino da fuerças para esperar de vos la salud, ansí os lo embío para que allá no haga falta; y para que vos sepáys qu'el

vuestro enfermo no queda sin peligro de muerte y ansí tornéys por vuestra honra en que no se os muera el que vuestra mano començó a dar salud. Essotra joya que os lleva la misma mensajera no os la embió por servicio, sino para que [en] vos torne a recobrar la piedra tan rica y buena la virtud natural que en mí perdía. Y sepa yo, mi señora, de vuestra salud para que la mía torne a avivarse. Y no me atrevo a pediros que me mandéys que os vea, pero mirad que la presencia de la vista del sabio y poderoso médico es gran parte para el alivio del paciente. E perdonadme si excedo de lo que me mandastes en mostrar que os amo, no como me distes licencia, porque si en ella os doy pena sabed que ni de mí se puede sacar sino pena, ni puedo —obviando a mi contentamiento— guiar por el aranzel de vuestro casto amor. Y pues, si esto es peccado y yo no puedo arrepentirme d'él, concluyd con matarme o perdonad mis importunidades. Y socorred a éste, que más lágrimas echa escribiendo que letras lleva este papel, pues tras estas lluvias vienen los rayos del corazón que me ponen a la muerte.

BELISEA.- ¡O, la más sin ventura de las mugeres! ¡Ay, que muero!

JUSTINA.- Y calla, no quiero más estar escuchando, que cierto ha hablado altamente.

—¡A, señora, señora! ¡O, sin abrigo, mezquina yo, que está muerta! Pero, ¿qué papel es éste? Carta deve ser de Floriano; y en estos papeles le deve aquella Marcelia traer algún mal. ¡O, qué traspasada está! Quiero echarle d'esta agua rosada en el rostro. Ya comiença a tornar en sí. ¡A, señora, esfuerça, por un solo Dios! Cata que te tractas mal. Yo quiero yr a llamar a mi señor Lucendo, porque ya no cabe en razón dissimular con este tu mal, porque tengo temor que alguna vez te quedes ayslada.

BELISEA.- Buelve acá, no me dexes, que yo me esforçaré. Dame de vestir, que no me va bien en la cama.

JUSTINA.- De carmesí te tengo aparejadas aquí las ropas, porque me paresce que has bien menester acorro para alegrarte oy.

BELISEA.- Ya bien pienso que me dexará primero el vivir que esta tristeza. Cierra essa puerta de essa quadra y vestiréme. Pero dime, ¿diste lo que te mandé a aquella dueña?

JUSTINA.- Sí, señora, y luego se fue.

BELISEA.- ¿Y tú oÿste lo que ella y yo passamos a solas?

JUSTINA.- Señora, no sé más de que por mucho que le pregunté lo que la querías no pude sacarle más de que me encargó que te regozijasse y te hiziesse tomar todo el más plazer que pudiesse. Y aun me encomendó que te vistiesse vestiduras de colorado.

BELISEA.- ¿Y para qué fin?

JUSTINA.- Porque muchas vezes de la alegría exterior redunda alegría y alivio al triste de corazón. Y el espíritu alegre haze enmocescer los viejos y refresca a los moços; y por el contrario, el espíritu triste consume el vivir no sólo del hombre pero de los sensible brutos.

BELISEA.- Pues dime, ¿y ella no te dio parte de lo que me quería?

JUSTINA.- Díxome tan solamente que yva muy alegre con el don que le diste y con el

¡Error!Marcador no definido. que le prometiste.

BELISEA.- ¿Qué **¡Error!Marcador no definido.?**

JUSTINA.- De que holgavas que aquel buen cavallero Floriano te viniesse a hablar de media noche arriba en el jardín.

BELISEA.- ¡Ay, que nunca tal **¡Error!Marcador no definido.** le di! Y pues ella no lleva las palabras como se las dizen, tampoco yo le atenderé aun a lo que le prometió.

JUSTINA.- Cata, señora, que peor es concedida una cosa no atenderla que no el no prometerla, porque dizen que ‘al buey por el cuerno y al hombre le tienen por la palabra’. Y pues tú le dixiste que le mandasse venir, y yo espero en Dios que será para bien, no te arrepientas de lo dicho, pues que antes no lo miraste.

BELISEA.- Cata, que yo no le dixe sino que viniesse, que por la portezilla del jardín le oyría. Y aun aquello fue por escabullirme de sus importunidades.

JUSTINA.- Pues dime **¡Error!Marcador no definido.**, [aun]que para hablarle. Ya que te pones a ello; y él no dexará ya de venir ni ella de se lo dezir, mejor es que sea donde ni él en ser visto de los que pasan corra peligro ni tu honra detrimento en que se sepa.

BELISEA.- ¡Ay, que no es de donzellas andar a tales horas escondiendo los hombres!

JUSTINA.- Por ninguna vía es lícito a ti, si a esto miramos. Pero ya que se haze, prudencia es hazerlo sagazmente, porque más vale que sólo sea tachada nuestra vida de sólo Dios que no de Dios y de las gentes, que nada callan y en nada perdonan.

BELISEA.- Perplexa estoy, porque negarle la habla voy contra lo que prometí, y también —pues no te quiero celar cosa— no hallo sossiego en mí. Y quiero ver de dónde nascen estos mis desaboramientos, porque la sensualidad en mí ya muy mandona me persuade y aun fuerça a esto.

JUSTINA.- Anda, señora, un día en el año déxate gobernar por mi mal seso y buen desseo de tu descanso y bien y honra, y aun por ventura a mayor servicio de Dios. Porque dizen que ‘si no fueres casto, sey cauto’, y con razón, porque de la honra ha de hazer el hombre gran caudal. Pero mudando plática, por mi salud que esse volante con esos pinjantes acompañado con la saboyana y verdugado de carmesí te pone tal que quisiera serme yo agora quien yo me sé para gozar de ver cosa tan bella.

BELISEA.- Calla ya, bova, que no estoy para esas burlas.

JUSTINA.- Pues esfuérçate a estarlo. Y escucha, que mi señor Lucendo está a la puerta de la quadra.

BELISEA.- Pues abre presto y déxame sola, que quiero rezar las horas de Nuestra Señora.

LUCENDO.- Di, Justina, ¿qué hazía mi hija?

JUSTINA.- Señor, queda rezando.

LUCENDO.- ¿Y qué tal está?

JUSTINA.- Señor, no anda muy buena, que porque anda triste la hize vestir de colorado.

LUCENDO.- Bien heziste. Pero, ¿qué siente?

JUSTINA.- No lo alcanço. Pero devrías la demandar a solazar por el jardín algunos ratos.

LUCENDO.- ¿Y quién se lo quitó nunca? Que ella se tiene la llave y sabe que me haze plazer. Pero anda, ve, di que se vista el capellán para la missa que luego salgo, que quiero ver a Belisea.

—¿Qué hazes tú, hija? ¿Nunca acabas de rezar? Cata que no te haze provecho a la cabeça.

BELISEA.- Señor, poco ha que comencé las horas de la Reyna del cielo que rezo cada día, que, mal peccado, no soy tan devota como me pintas.

LUCENDO.- Pues dízenme que no has dormido esta noche y aun que no has tenido sossiego en la cama.

BELISEA.- Por pensar que lo ha hecho la calor, me he levantado algo tarde.

LUCENDO.- Bien estoy en esso. ¿Pero para qué permites que tan de mañana te entren a quitar el sueño de la vida, en especial mugeres de fuera? Porque ya de mañana diz que vino a te despertar una vezina, y tú de bien acondicionada a todas das audiencia. No lo hagas, ansí te gozes. Pero dime, ¿veníate a pedir alguna cosa? Que pienso que te han olido por santera. Y si comienças a darles crédito, nunca acabarán de molestarte con lloros, diziendo que mueren de hambre, aunque a la verdad las necessidades de las gentes oy en día son grandes. Pero ay algunas personas que el darles para ayuda de passar su vida las haze holgazanas y viciosas porque, desque abren boca al pedir y los ojos cierran a la vergüença, atan las manos al trabajar y los pies a la solicitud, y ansí vienen a caer en mil inconvenientes.

JUSTINA.- Agora os digo yo que el viejo está en la cuenta. Por mi salud, que creo que tiene tanta opinión de la hija que aunque la hallasse el galán en la cama no pensasse que era para mal. Pues échese a dormir, que quizá quando ‘buscare tocinos no hallará estacas’. Y aun que en lugar de virginidad con que la case, le dará la hija un nieto que críe, si las cosas van adelante por los passos que Marcelia los encamina. Pero allá lo ayan. Agora me voy a lo que me mandó y no quiero escucharles más.

BELISEA.- ¡Ay, señor!, como ya te he dicho que ni soy tal que me tenga por tan misericordiosa, ni aun tan poco sin tu expresso mandado no osaría disponer de cosa.

LUCENDO.- Anda, hija, que como yo te ame tanto y tú sepas que lo tendré yo por bueno, basta esto para que sin scrúpulo pueda tu prudencia hazer por tres vivos y defunctos el bien que yo con ocupaciones y negocios no puedo todas vezes. ¿Pero qué te quería aquella muger? ¿Y quién era?

BELISEA.- Señor, es una que fue casada con un criado de casa, que agora días ha que embiudó y es una buena muger por cierto, según lo que de ella me dizen.

LUCENDO.- ¿Su nombre?

BELISEA.- Marcelia.

LUCENDO.- Ya, ya. Conózcola como a ti. Pues éssa bien tiene por qué reconocer servicio a esta casa, que en no sé qué mala famezilla la rastreó la justicia agora un año, y era en cosa fea. Y que no librara bien si no entendiera yo en ello. Y piensa, hija, que de éstas que ansí moças quedan viudas tienen trabajo y aun peligro, mayormente si les sabe la casa la ociosidad, madastra de las virtudes y abogada y madre de los vicios.

BELISEA.- En esso ni sé cosa ni quiero tomar cargo de peccados agenos. Bástame que a todos tendré por buenos mientras no les viere fuera del camino de la virtud, y aún aÿ lo veré. Y si suelda tiene el defecto, lo tengo de interpretar a la mejor parte y no creerme por lo que el vulgo afama, por no tener que errar ni hallar de qué me arrepentir.

LUCENDO.- Por tu vida, hija, ¿qué buscava?

BELISEA.- Rogarme que le recibiese una su hija.

LUCENDO.- Ya creo que estará grandezilla y aun muy libre para llevar tus recogimientos. Pero allá te avén, con tanto que ésta venga las menos vezes que ser pueda a ti, y a tu cama nunca, porque éstas tienen otras oraciones que tú ni sabes ni entienes. Y, asuadas, que luego te buscasse la madre, que vosotras llamáys, y te vendiesse del ojo y otras cosas d'este jaez.

BELISEA.- No uvo nada de esso. Pero a la verdad, díxome que pensava tenía algún friaje que me causava estos desasosiegos.

LUCENDO.- 'Bien conozco yo uvas de mi majuelo'. Pero, mudando plática, me di, ¿qué te ha parecido sobre lo que te hablé este día?

BELISEA.- ¿Y qué, señor?

LUCENDO.- Bien muestras el poco cuydado que tengas d'este mundo, ni aun me parece mal ver las donzellas olvidadizas en cosas de casamiento. Ya tú sabes cuántos te me piden y con cuánta importunidad; y con ser de los principales de la corte y aun del reyno, con ninguno he concluydo por dos cosas, que ya te dixé este día: la una, por no te apartar de mí; y la otra, porque en todo te quiero consolar y complazer.

BELISEA.- Ya pensé que era esso olvidado.

LUCENDO.- Yo quisiera poder, hija mía, olvidarlo por no me necessitar a te acordar al fin de mis días partir de mí, visto que yo podré turar muy poco.

BELISEA.- Pues el morir a ninguno perdona, Nuestro Señor querrá que para quitarte de esos cuydados yo vaya delante en essa jornada.

LUCENDO.- Dexando esos juyzios a Dios, me di en esto lo que te parezca, pues ya no parece bien ni a mí ni a ti no te buscar un marido y tal compañero con que yo gane contigo otro hijo más. Porque hemos de disponernos según la voluntad de Dios, según lo que la naturaleza pide: que yo trate para mí de la sepultura y para ti del principio del vivir.

BELISEA.- Pues suplicote que ya que essa es tu voluntad, de querer también esperar la mía, que por el **¡Error! Marcador no definido.** de mi respuesta me esperes solos otros dos meses. Y en tanto, que no me hables del partirme de ti si quieres que de mis malas disposiciones yo sane y no 'vaya la sogá tras el calderón', como dizen. De manera que lo vengas a perder todo con enterrarme primero.

LUCENDO.- Cata que lo yerras, porque dado que para mi consolación, y aun la tuya, nos parezca bueno esso, pero no cumple a la razón sino que se haga, y quiérollo hazer de mi mano.

BELISEA.- Pues así lo confío yo en Dios. Pero tiempo ay.

LUCENDO.- Pues que así quieres, aunque hago mal en dexarme gobernar por ti en esto, pero no te quiero dar más pena. Y anda acá, que nos aguarda con la missa el capellán.

BELISEA.- Vamos donde mandares.

Argumento de la scena xxvij

Estando Grisindo, el paje de cámara de Lucendo, con Liberia a solas, entra Marcelia de buelta de casa de Belisea, y ella le absconde. Y estando la madre y la hija en sus razones, sobreviene el despensero. Y estando así juntos sobreviene Fulminato y Felisino y, sobre cierto entremés, se absconde Fulminato de miedo en el establlillo.

Liberia. Grisindo. Marcelia. Dspensero. Fulminato. Felisino.

LIBERIA.- ¡Ay, señor, por tu vida, que te baste ya y me dexes y te vayas! Que pues me dixiste que quedava mi madre con Belisea no tardará ya. Y pues yo tuve resistencia en tu voluntad, no quieras tú quebrar mi honra, y especial que tengo madre y muy zelosa.

GRISINDO.- Ya, por demás serán sus sospechas; ni aun la esperes acá de esta parte de vísperas, quanto más que ya te he dicho que ella dixo que yo viniesse y sabe que venía a cortar camisas.

LIBERIA.- Y aún la excusa será razonable, no haviendo lienço ni costura. Pero, ¡ay, mezquina de mí, que ya viene! Yo no osaré parar en casa si te ve solo.

GRISINDO.- ¿Pues qué quieres que haga?

LIBERIA.- Que te subas aquí a la solana, y presto. ¡Mala landre me mate, que aun la escalera no cerré con tus priesas, y ya sube!

GRISINDO.- Pues subo, aunque contra mi voluntad, pero por amor de ti.

LIBERIA.- Pues mira que por poco que te menees arriba serás sentido y yo perdida; que yo cierro esta portezilla hasta su tiempo, que tendré cuydado de abrirtela.

MARCELIA.- ¿Qué hazes, hija, que parece que estás alborotada?

LIBERIA.- Como te sentí subir, turbéme, que pensé que era otro y dexé la lavor.

MARCELIA.- Pues, ¿por qué dexas la puerta abierta, que no sabes quién passa por tu calle? ¿Pero quién está arriba en la solaneja?

LIBERIA.- Será algún gato a más andar, que yo no siento qué sea. ¿Pero qué traes que así vienes tan sobarcada?

MARCELIA.- Pensé, hija, que como cerravas aquella portezuela, que venías de estarte al sol ociosa. Que, a la fe, bova, este es el saber: baratar la vida, que no tú, que nunca valdrás nada.

LIBERIA.- ¡A la he, bien baratas tú la vida! Y la casa anda sin dueño, que no te acuerdas que hemos de comer oy.

MARCELIA.- Y dime, hija, ¿la ración de palacio no vino?

LIBERIA.- ¡Qué ignorancias las de mi madre, haviéndose concertado con el despensero de Floriano que se la dé en dinero!

MARCELIA.- Por tu vida, que no me acordé que me avía ayer dado seys reales por esta semana.

LIBERIA.- Pues yo seguro que gana él bien contigo, porque quando la embiava había para cinco

personas.

MARCELIA.- Calla, bova, que mejores son seys reales cada semana que no aquella perdición de vianda, porque como lo avíamos de repartir con los vezinos, que a nosotros montava poco, y ellos mismos que lo comían al cabo nos darían por gracias el juzgar de dónde o cómo viniese, sí que mejor es que gane con nosotros el criado del que nos lo da, en especial que no se pierde nada con él. Y aun también sí, que mejor es tener con qué te comprar el chapín y el botín, el manto, la saya, la camisa, la toca y otras mil redrosacas que salen de cada día. A la fe, bovilla, ‘si no miras más de al papo, guay del saco’.

LIBERIA.- Bien que sea eso, pero sí que razón es que sintamos mejoría con el don del bueno. Sino que tú, como debes de untar los dientes por allá antes que vengas, con llevarte los dineros en tu bolsa quieres que espere yo a que se te antoje de me comprar el vestido; y en tanto, que me quede yo en casa royendo de la lana del almohadilla.

MARCELIA.- ¡Ay, landre que te dexe, y qué brava te me pones porque me has visto el sayuelo de terciopelo a la marquesota! Porque bien vees tú que esta ropa no la he de vestir yo, y aun con el rico volante ríesete el ojo. Pues tómalo y vístelo, y asséate con ello y sea tuyo en pago de mis seys reales. Agora contento está todo el mundo; ya no ay hambre ni pariente pobre. Pues otro día sepa[s] callar y dexar hazer a la que te parió. Y guárdame esa holanda, que más ay de ocho baras y no les faltará para queé sean.

LIBERIA.- Pues, agora te quiero, madre, dar algo yo.

MARCELIA.- ¡Ya fuesses para algo!

LIBERIA.- Pues otra ración ay en casa.

MARCELIA.- Ya sé cuya. ¿Pero vino hartó?

LIBERIA.- ¿Y cómo? Harto y bueno. Pero no sé quién sube.

MARCELIA.- Esconde eso, presto.

DESPENSERO.- Bien me perdonarás, que subo sin llamar, que pensé de hallar acá un gentil hombre.

MARCELIA.- ¿Y quién era?

DESPENSERO.- Grisindo, el que te dixe en la posada.

LIBERIA.- No he visto sino el moço que truxo unos aparatos de cena.

MARCELIA.- Calla, bova, que cata aquí quien lo manda, porque veas cuánto le devemos. Por eso apareja presto con qué le des de comer. Y ve primero [y] cier[r]a la puerta.

LIBERIA.- Yo voy. Pero bien piensa mi madre que no se las entiendo.

FULMINATO.- Ya estamos a la puerta.

FELISINO.- Pues cata, que arriba ay hombre, que yo oÿ la habla.

FULMINATO.- Pues también, si miras, baxa no sé quién. Sube, sube, y verás cuántos y quiénes son, que, porque no me sientan y se echen por las ventanas de miedo mío, me quedo en este portal

para que, en baxando los que fueren, los embíe al otro mundo antes que ayan la puerta.

FELISINO.- Pues yo subo luego.

—¡Cata, cata, qué buen encuentro!

LIBERIA.- Tú vengas en buen hora. ¡Pero está ya quedo, no me destoces!

FELISINO.- Por Dios, que estás hecha una reyna con essa seda y tocado.

LIBERIA.- A la fe, si lo estoy o no, no lo devo a ti.

FULMINATO.- ¡Cata, cata, por Dios, que ay ruydo en la escalera! Encontrado se han con el pobre de Felisino. ¡Y por el armadura de Sanctiago, que le matan! Bueno es tomar la puerta y aun huyr. Pero no es cosa porque me hagan malhechor; y pasa mucha gente y de verme huyr pensarán algún mal. Cata, cata, seguro es el campo, que juegan al cubrí xixa Felisino y Liberia.

LIBERIA.- Anda, sube ya, pues vienes solo.

FELISINO.- Antes queda Fulminato en el portal.

LIBERIA.- Pues, mezquina yo, sube llamando, porque está con mi madre una vezina y no holgará que la vean.

FELISINO.- ¿Y están solas?

LIBERIA.- Un pariente de ella está allá, que la trae.

FELISINO.- Yo subo a ver qué ay.

FULMINATO.- La muchacha baxa sola. Asuadas, que ay cofadría, que baxa a cerrar la puerta. Quiérome asconder en este establlillo. Pero, ¡doy al diablo estas puercas, que ansí hiede esta estancia!

LIBERIA.- Miralde vos estotro mentiroso, que me dixo que estava aquí Fulminato. Aunque con todo esso la cosa se adobara si el otro diablo baxara y le encontrara aquí.

FULMINATO.- ¿Qué? ¿Qué? ¿Otro ay? Pues, descreo de los retajados, si yo no me puedo ensuziar los pies y aún más adelante en tan feo lugar porque no me encuentre él donde me ensangrienta.

FELISINO.- ¿Quién está por acá arriba?

MARCELIA.- ¡Ay, mezquina yo, que aquél es Felisino!

DEPENSERO.- Sea si quiera el diablo, que no me encerrarás otra vez.

FELISINO.- Voyme, señora Marcelia, que no quiero ser ‘agua de por Sanct Juan’.

MARCELIA.- Anda, no te vayas, que este señor es primo mío y ya se quería yr.

FELISINO.- Agora no se havían concertado la hija y la madre en el mentir, que discordan en sus dichos. [Ap.]

DEPENSERO.- Pues, señora, si viniere aquel mancebo, avisarle has que ando en su busca. Y quédate a Dios.

FELISINO.- ¡A, gentil hombre, no os vay[ái]s por mi causa!

DESPENSERO.- Téngooslo en merced, que no me voy por esso.

FELISINO.- Pues, si mandáys algo, lo haré.

DESPENSERO.- Que soy vuestro.

FELISINO.- Por Dios, que este es el despensero de Lucendo, de quien se quema Fulminato y con razón. Y que si él está aún abaxo, que son asidos.

FULMINATO.- ¡O, pesar de la vida de los condenados, y qué correr traen por la escalera abaxo! El diablo me metió oy aquí. Que bien dicen que ‘el andar con mal no puede turar’. ¡O, Nuestra Señora de Loreto, que si buelvo en mi tierra sano yo te visitaré tu santa casa! ¡Líbrame oy de muerte y deshonrra!

LIBERIA.- ¿Pues ya te vas?

DESPENSERO.- No puedo más detenerme. Si aquel galán en cuyo rastro yo ando aportare por acá, por tu fe le digas, señora, que no se ande ascondiendo.

LIBERIA.- Sí haré. Ve con Dios.

FULMINATO.- ¡Voto al chapitel de la Minerva, que este es el despensero de Lucendo y aquél que busca devía de ser yo! ¡O, hi de puta! ¿Pues, y quién le esperara y oviera subido? Y aun, que si en la calle me encontrara, me havía de necessitar a huyr, porque ‘más vale vergüença en cara que cuchillada...’ Pero ya él se fue y la Liberia se subió arriba. Quiero salir d’esta hediondez.

MARCELIA.- Hija, adereza que comas y no me esperes, que voy a un poco.

FELISINO.- Pues espera, subirá Fulminato que queda abaxo e yrse ha contigo.

FULMINATO.- ¿Qué se tractava de mí agora?

FELISINO.- ¿Dónde has estado?

FULMINATO.- Detúveme en la calle con un amigo que a la sazón passava. ¿Pero dónde vas, señora?

MARCELIA.- Allá, a palacio.

FULMINATO.- Pues no querrás detenerte, voyme contigo.

MARCELIA.- ¡Ay, cuán mal huele por aquí!

FULMINATO.- Pues yo no osava quexarme, pero ya no podía suffrirlo.

LIBERIA.- ¿Cómo no havía de oler mal? ¿Que veys quál trae los pies Fulminato?

FULMINATO.- ¡O, reniego de Saturno ayuso, de todos los que en Dios no tienen parte, con justicia que tal consiente que echen en las calles!

FELISINO.- ¿Pues cómo vienes así llena la gorra y la capa de telarañas que parece que sales de algún establo?

FULMINATO.- Que no sé lo que es. Déxame.

LIBERIA.- ¡Ay, por mi vida!, que agora se me aclaró el miedo que uve abaxo, que se me fantaseó

que vi entrar en el establlillo quando fuy a cerrar la puerta, y en el ayre me dio ser él, pero no lo podía creer.

FULMINATO.- ¡Voto al sancto calçado de la Epiphanía, que pensé de encubrir mi necessidad! Pero como no era cosa que podía dexar para otro día, yendo con priessa a descargar el cuerpo paréceme que cargué los vestidos. Y descreo de las Harpías infernales si no era de poner fuego en la casa que tal se suffre.

MARCELIA.- Anda ya, que siempre andas gruñendo. Vete a poner fuego en tu casa o en la que tú dieres, que si ésta no te agrada busca otra perfumada, y si te paresciere antes sea oy que mañana. Porque en cada casa has de contentarte con lo que hallares, y si no, callar y huyrlo. Y nadie se ensañe donde no tiene desensañador.

FULMINATO.- Ya, ya, muy tras picadura estás. ¡O, hi de puta, y quién no viniera armado de paciencia! Pero con todo, no te pese de oÿr lo que debes hazer: enmendar en tu casa.

MARCELIA.- Pues que yo no te mandé entrar al establo, no tengo que ver en qué tal está. Y pues tú entraste a lo que entraron otros primero, no tengas a mucho hallar lo que otros obraron. Y al fin, el establo es para aquello y para bestias, y los aposentos para los hombres. Y aquello, en ser lo que es, no paresce tan mal como esta saleta para lo que es, en estar sin tapizes.

FULMINATO.- Anda, vamos y calla, que no diré más.

LIBERIA.- El diablo no los sacará oy d'esta casa, que ya he lástima al otro pobre, hecho atalaya en la solana. Y estotro asno acá piensa de quedarse. [Ap.]

FELISINO.- ¿Qué dizes?

LIBERIA.- Que me espanto cómo mi madre osa yr sola con aquel diablo, sobre lo que ha passado. Y por amor de mí que te vayas con ellos sin que les digas nada, porque temo de mi madre.

FELISINO.- Pues quédate a Dios, que allá aguijo por tu servicio.

LIBERIA.- Allá yrás, don necio. Quiero abrir al otro agora.

—Cata, ¿y cómo aÿ has estado?

GRISINDO.- Luego me baxé y por entre las tablas de la puerta mal juntas lo he visto todo.

LIBERIA.- ¡Ay, mezquina yo!, que te podían muy bien advertir en ello. Pero espera, que no sé quién sube.

GRISINDO.- ¡Válgala el diablo, y qué suelta es, que en dos trancos se abalanço la escalera abaxo!

FULMINATO.- ¿Dónde baxas huyendo? Creo que vienes medrosa de quedar sola en casa.

LIBERIA.- ¡Ay, mezquina yo!, que oÿ no sé qué ruydo y no osé más parar.

FULMINATO.- ¿Si era algún alma en pena? Pues anda arriba y verás cómo, aunque sea el diablo, te le hago que no pare más. Y sube presto que no se me cueze el pan por ver lo que es, que también endenantes sentí pisadas sobre la saleta.

LIBERIA.- ¡Ay!, que esso serían gatos, que saltan a la solanileja desde el tejado.

FULMINATO.- Pues déxame subir, que aún me paresce que siento arriba no sé qué.

GRISINDO.- ¡O, pesar de la vida, y si no es éste aquel muy afamado Fulminato el barbudo, que aun con su nombre asombran los niños! Pues que yo no puedo ya huyr, quiero estar a punto y defenderle la escalera.

LIBERIA.- ¡O, mala landre me mate, y si no soy perdida si éste sube! [Ap.]

FULMINATO.- Quítateme ya, pues, del passo.

LIBERIA.- ¡Ay, calla ya!, que por no te dar enojo no te lo osava dezir.

FULMINATO.- Dilo, dilo. Di cuántos son, porque nadie escape.

LIBERIA.- ¡Ay, que...!

FULMINATO.- Acaba ya.

LIBERIA.- Sonavan muchos.

FULMINATO.- ¿Qué? ¿Qué? ¿Y dónde o quiénes?

LIBERIA.- Por la puerta del corralejo me parecieron tres.

FULMINATO.- ¿Y eran hombres?

LIBERIA.- Y aun con hartas armas. Y el uno dixo: **!Error de sintaxis, ¡.**

FULMINATO.- ¡O, pesar de la vida!, ¿y esso ay?

LIBERIA.- En oyéndolo salté desvalida, que pensé que yvan tras Felisino.

FULMINATO.- ¿Qué haré? Si me abscondo en el establillo, asirme han. Quiero subirme arriba no me tomen acá la puerta, que arriba havrá do me esconda. [Ap.]

GRISINDO.- Agora yo baxo con denuedo; que la muchacha lo ha tramado tan bien que él pensando que son muchos no esperará. Y al fin, si esperare, en la escalera uno por uno no le he miedo.

LIBERIA.- ¡Ay, triste de mí, que baxan!

FULMINATO.- Descreo si más paro; no me empañen. [Ap.]

LIBERIA.- ¡O, cómo corre el diablo! Baxa tú, señor, de presto y toma por arriba de la calle, que él abaxo va.

GRISINDO.- Pues Dios quede contigo.

Argumento de la scena xxviiiij

Llegada Marcelia a casa de Floriano, llegado Fulminato, passan entre ellos y Lydorio grandes pláticas de la amicicia.

Felisino. Marcelia. Fulminato. Pinel. Lydorio. Polytes.

FELISINO.- Agora que ya llegamos al puesto, te quiero preguntar qué tenemos de la dama de Floriano. Porque no sé si por el enojo de Fulminato o si huyendo de su mal olor, o que si porque traes buenas nuevas, tanto te he visto amiga de llegar adonde estamos que no vi sazón hasta agora de te preguntar sin miedo de mala respuesta.

MARCELIA.- No fuera yo tan mal mirada contigo, pero quiero que sepas que el por qué de mi aguijar, el estómago ligero lo causava.

FELISINO.- Antes, según el dicho del vizcaÿno, no aviendo comido havías de venir más pesada, porque dizen que ‘tripas lleva[n] piernas, que no piernas tripas’.

MARCELIA.- Ansí es, que desmaya el que no come. Pero también dize el vizcaÿno que ‘tripa vazía, corazón triste’.

FELISINO.- ¿A qué propósito esto?

MARCELIA.- El preguntar perdiste de tiempo, porque yo no tengo gana de tristeza y ansí no tendré gana de estar mucho sin comer. Y ansí me doy priesa por ganar presto dos deudas: lo uno, a Floriano su respuesta; y lo otro, a mi estómago la vianda. Porque oy toda mi ocupación ha sido en servicio de Floriano, de manera que para mi casa aun lumbré no ha avido para guisar de comer.

FELISINO.- Al diablo doy tanta avaricia de muger. Bien dizen que ‘es vicio el pedir a quien se aveza a él’. [Ap.]

MARCELIA.- Muy presto aprendiste de Fulminato el hablar entre dientes.

FULMINATO.- ¿Qué se tractava de Fulminato, que el huelgo no me alcança por alcançaros?

MARCELIA.- Aÿna cayeras en el número de los que dizen: ‘al ruyn, mentalde y luego viene’. Pero quiera Dios que esse venir tan desblanquinado no proceda de algún mal recado que ayas hecho. Y con todo, guarde Dios mi casa.

FULMINATO.- ¡Descreo del Cancerbero y de toda la compañía de Plutón, con muger que luego ha de adivinar!

FELISINO.- Pues, dinos qué fue en dos parolas, pues sabes que la amicicia manda que trayga el amigo el corazón descubierto.

FULMINATO.- Y aun también le manda que tenga las ropas cortas porque no tarde en acorrer al amigo. Pero guaresce Dios, que sin tu acorro dexa esta valenciana quatro o seys en la cal Nueva.

FELISINO.- Y aun ansí quedarán más de ocho.

FULMINATO.- ¿Que también tú adivinas? Pues tantos eran, si no que los dos valiéronles los pies

sueltos como la liebre.

PINEL.- Nora buena estés, señora Marcelia y la compañía. ¿Qué es eso, hermano Fulminato, que parece que matas quatro de un golpe?

FULMINATO.- Pues, boto al cinto de Dios padre, que tantos van ya en sal para la otra vida.

LYDORIO.- ¿Qué es eso, Fulminato? Y tú, señora Marcelia, estés en buen hora.

MARCELIA.- Beso tus manos y llega a poner paz en la ferocidad de la boca de Fulminato, que porque vean que fue solo lo representa a solas, que todos los mata arreo.

FELISINO.- Todos somos sus amigos y quisiéramos hallarnos con él si algo fue.

FULMINATO.- En tanto, gracias a Dios, manos mías y la bondad del espada que lo esperó.

LYDORIO.- ¿Es la que te di?

FULMINATO.- Sí.

LYDORIO.- Pues aÿ verás qué amigo te soy, que en darte la tal, virtualmente te he ayudado en todo lo que con ella has hecho. Porque el amigo, lexos y cerca ha de ser amigo, según lo declarava la figura de los antiguos.

FELISINO.- Pues viene a coyuntura, nos declara lo que se platicava entre antiguos de la amicicia, porque lo oÿ apuntar a Fulminato y no le dio cabo este día.

FULMINATO.- A mí pide tú las obras y al señor Lydorio las antiguallas.

MARCELIA.- Pues en dezirlo nos hará merced, aunque el saberlo dezir arguye no menos saberlo obrar.

LYDORIO.- Pues huelgas de oÿrlo, y todos, aunque ya otras vezes lo he relatado por extenso, pero agora de passo lo diré todo. Y passa ansí: que los patricios antiguos de nuestra madre Roma a la entrada del Capitolio en el Senado la tenían pintada a la amicicia, donde de todos fuesse vista los que entrassen. Pintávanla en forma de hombre y en edad de mancebo, con alegría de rostro, con presencia robusta, la cara exempta y manifiesta y sin alguna ruga ni sobrecejo, la cabeza descubierta, la ropa corta y áspera y no rica, los pechos abiertos y con la mano diestra enseñando el descubierto corazón. Y d' éste procedía un letrado matizado de fino oro que decía: **!Error de sintaxis,** (. Y por parte de lo baxo de los pies yva otro letrado del mesmo matiz que el de arriba que decía: **!Error de sintaxis,** (. Y quando alguno quería examinar el amigo en aquella muestra le labrava de las condiciones que había de tener, aunque agora si no se oviesse de provar aquella invención de los antiguos, de otra manera la pintarían al moderno.

MARCELIA.- Pues de todo nos harás merced en nos hazer sabidores, porque aunque no he comido no sentiré la hambre del cuerpo por tan dulce manjar del espíritu.

FULMINATO.- Si no se te acordaren, señor Lydorio, los escritos, mira a mis hechos y verás qué dezir bien de la amicicia, que ¡voto al quicial de las puertas del cielo! más sé yo obrar por mis amigos que los libros pueden dar reglas en escrito. Pero con todo eso, huelgo de oÿr todo buen razonamiento.

PINEL.- En tanto, señor Lydorio, nos di de los escritos antiguos para con los hechos de Fulminato

contados de su boca.

LYDORIO.- Pues, pintávanla a la entrada del Senado en el Capitolio porque allí todos concurrían a sus causas y también porque todos los que entraban habían de ser entre sí tales amigos que fuesen un enemigo para sus enemigos del sacro Senado romano. Y pintaban la amicitia —que aunque suena nombre de hembra— como varón, porque aunque —perdone la señora Marcelia presente— de la hembra es la inconstancia y la firmeza y inmutabilidad en el varón.

FULMINATO.- Pues, voto al cuerpo del cuarto elemento, que para el mal, que son ellas bien constantes y extremadas.

MARCELIA.- Por no atajar tan buena plática al señor Lydorio, que ya me hizo la salva hablando en p te respondo, Fulminato, como lo mereces. Pero procede, señor Lydorio, que no tomando en particular a ninguna muger, como quiera desseo oÿr la descripción propuesta, que a Fulminato sazón tendrá mi razón guardada agora.

LYDORIO.- Pues digo que la figuraban mancebo, porque siempre la amistad entre los amigos ha de ser, no juvenil por la edad sino por la representación y significación, porque ha de ser animoso, suelto, fuerte, sufridor de afanes y vengador de injurias. Donde quando interviene honra, o suya o del amigo, que ha de ser otro él. Ha de ser liberal para con el amigo, lo qual más se halla ordinariamente en el hombre mancebo que no en el viejo. Tenía más el rostro alegre, mostrando que así le ha de tener el amigo, en todo lo que debaxo de amicitia le pudiese pedir el otro amigo. Tenía el rostro sin ruga ni sobrecejo, entendiendo en esto que el amigo no ha de tener doblez al amigo ni le ha de ser molesto, excepto en cosas que derogan a la virtud. Porque el que no se desengaña y retrae en tal caso al amigo, por sólo dezir que no le quiere dar pena o por lo que es peor, por aprovecharse d'él, el tal más enemigo, adulador, infiel, engañador, que no amigo. Porque la amistad ha de ser en las cosas honrosas y buenas y de virtud, y que no contradigan a la ley de Dios, que es el mayor y más verdadero amigo nuestro. Tenía el aspecto robusto y no donzellil ni delicado, porque el amor del amigo no ha de hallar flaqueza ni floxedad en el amante amigo, ni ay de donde —si es amigo— busque inconveniente para que no se ponga a todo lo que virtuosmente y debaxo de tal amor de amigo le pusiere el otro amigo. La cabeça descubierta dezía que en ninguna manera ha de encubrir el amistad que tiene al amigo, agora intervenga interesse, agora peligro, agora vergüença. La ropa corta y áspera que tenía dezía el poco embaraço ni inconveniente que ha de tener el amigo en las cosas de su amigo, lo uno; y lo otro, la aspereza que es menester que muestre a de fuera el amigo al amigo por retraerle y conservarle y guardarle la vestidura del alma de dentro, que son las virtudes. De tal forma que más ha de ser amigo del alma que del cuerpo, y más de la razón que de la sensualidad, y más del espíritu que de la carne. Y más de las virtudes del amigo ha de curar que de la benevolencia de fuera. Y así era la vestidura corta, para que no embaraçasse; áspera para que pungiesse; no rica para que no se mirasse al valor de la hazienda y se hiziesse gran caudal del valor de la virtuosa vida. Porque la amicitia, para que no usurpe este nombre, presupone tener una hermana, y muy en amistad de hermana, que es la virtud. Tenía los pechos abiertos mostrando el corazón, etc., porque tales han de ser los pensamientos del amigo para con su amigo; que las obras buenas que figuraban la mano diestra muestren bien cómo nazca de corazón y de claras y sanas

entrañas la tal amistad. El letrado de oro procediente del corazón mostrava la perseverancia que ha de haver en el amigo, porque el amigo ha de perseverar en la amistad en la muerte y en la vida, en los afanes y en los placeres; y así mostravan las letras en ser de oro que la tal perseverancia del amigo merecía la corona del vencimiento de oro. El letrado de los pies del mismo matiz de oro que decía **!Error de sintaxis,** (, demostrava la presteza y liberalidad que el amigo ha de tener en las cosas que algo importan al amigo, y esto ha de ser en su presencia y en su ausencia, cerca d'él y alongado d'él. Por manera que aunque en los cuerpos absentes, en la voluntad —que siempre ha de ser una— siempre estén presentes los amigos. Y así como las otras letras de oro, decían éstas de lo mismo el mérito de la tal amistad ser del valor del oro, que es el más valeroso de los metales. Esta es la figura y lo que entonces figuravan en ella y entendían los antiguos de la amistad.

MARCELIA.- Por cierto, ello ha sido cosa de notar y dicha por boca de sabio.

FELISINO.- Ello es así cierto. Y aunque en ser tan verdad, ay pocos amigos en nuestra tempestad.

LYDORIO.- Y aun porque creas más de veras la falta que oy tiene el orbe de amigos entre sí, oye cómo pondera el sabio al buen amigo, que dize que no ay comparación que se compare, ni precio a que se estime, ni thesoro con que se compre al fiel amigo, porque el que le halla, halla más thesoro que en el Perú hallaron en esta nuestra edad los orgullosos y cobdiciosos guerreros navegantes españoles.

PINEL.- Y aun así creo yo que, como ay poco thesoro por gastar de lo mucho que ay descubierto, que así aunque se descubran a prima vista muchos amigos, que los examinados son pocos o, por mejor dezir, quedan pocos.

LYDORIO.- La cobdicia del thesoro es oy mayor que hasta agora; y el poseer no quiere compañía; y la falta de compañía quita la hermandad; y la falta de la hermandad quita la paz; y la guerra encubre los amigos y manifiesta los enemigos. Y ensí es mi tema que la amicicia, si fueran los romanos que fueron entonces agora, que de otra manera pintaran aquella figura.

MARCELIA.- Pues también nos lo di, porque no menos nos podrá aprovechar la sabia razón tuya que la antigua pintura suya.

LYDORIO.- Pues si no saliera el paje y pidiera Floriano ya de vestir, yo dixera que la havían de pintar como muger y aun vieja por la inconctancia y avaricia; y de rico vestido al buen parescer exterior, porque esto halla y descubre oy los amigos más y más ayna; y el corazón con treynta cobertizos, porque oy en día ni ay claridad de amigo ni amistad donde interviene interés ni ley, sino con la moneda, que ést[a] tiene oy en el mundo más amigos que Dios por la grande avaricia y peccados nuestros. Porque si el amigo sea quanto rico queráys de virtudes y aun de nobleza de sangre, si por desdicha es pobre todos le huyen, todos le baldonan, todos se desdeñan de llamarse sus amigos. Pues los pies oy en día los tiene la amicicia atados, y aun las manos mancas al obrar. Mucho avía de dezir en esta materia, pero no lo pide el tiempo agora. Yo quiero entrar a ver si se acaba de levantar Floriano. Y luego, señora Marcelia, le diré cómo le aguardas.

MARCELIA.- Merced me harás a buelta de la que me has hecho con lo hablado.

FELISINO.- Por Dios, altamente ha salido con todo. Y aunque en la descripción de la moderna Fortuna la pone muy al vivo de como la tractan agora las gentes; pero agora, mientras sale el

camarero, nos di, Fulminato, qué es lo que tú dizes que te aconteció.

FULMINATO.- ¡O, reniego de los epiciclos del primer planeta, contigo, y que así quieres tan de arrebatado oír mis cosas!

PINEL.- ‘A buen entendedor, pocas razones’. Deve querer que no le embaracemos, que querrá hablar a solas con la señora Marcelia.

FELISINO.- Bien apuntaste. Y con su licencia nos vamos a buscar qué moflir, que Floriano ni se levantará de esta hora ni comerá d’estas tres.

MARCELIA.- Mas todos os podéys yr, que yo quiero entrar a ver a Floriano que ya se torna a salir el camarero.

FULMINATO.- Pues a Dios, que desde ayas concluydo aquí nos tienes a todos. Y ve, que te llama el paje con la mano que entres, y Dios te dé tal dicha con que yo medre algo.

Argumento de la scena xxix

Sabiendo Floriano que Marcelia viene de hablar a su señora Belisea, habla consigo a solas al caso muchas razones. Entra Marcelia, dale relación de lo que ha hecho y sácale más dádivas antes que le diga el concierto que trae, de que vaya esa noche a hablar a Belisea.

Floriano. Polytes. Marcelia. Lydorio.

FLORIANO.- Dime, mi señora Belisea, ¿qué es lo que me embías a madar que haga de mi tan penada vida? ¿Por ventura es tu voluntad que yo muera? ¡Ay!, que no puedo persuadirme a pensar que a tanta hermosura acompañe tanta crueldad, pues que yo tuyo so[y], por ti vivo, en ti confío, tú sola eres mi señora, mi vida, mi esperanza, mi gloria y mi consuelo. Por tanto, no seas engañada en el querer matarme, pues sabes que nadie deve aborrescer sus cosas, o si no ¿será possible que mis males hallen algún remedio de ti, que sola me lo puedes dar? ¡Ay!, que aunque a mí parezca que nada te merezco, muy árduo [es] este remedio y muy cuesta arriba este camino para llegar mis méritos a ti, pero a ti es muy fácil y aun a tu honra muy conveniente, porque de otra manera podrías cobrar renombre de cruel contra los pobres y de matadora de los tuyos. ¡Ay de ti, Floriano!, que d'estos dos extremos el primero temo por mi baxeza, pero házeme esforçado tu misericordia, benignidad y nobleza; y el segundo, teniendo mi acorro por impossible, no puedo no me alegrar con tu potencia que en mí y de mí puede llegarme a la muerte y llegarme a la vida. Y mira, ángel mío, cuánta representación de tu majestad y potencia ay en mi entendimiento que en saber que viene la mensajera, de mí tan desseada por venir de tu parte y haver estado contigo —que en mí lo siente ya—, me alegro. Pero con esto, en representármese tu majestad y merescimiento y en tornar a mirar mi baxeza y en pensar que te embié a pedir mercedes con ella, y en acordarme que con no te merescer servir antes te he deservido, teme éste —ya tan tu llagado mi corazón— alguna áspera respuesta. Porque aunque merescida de mi atrevida locura, pero ocasionado por tu gran hermosura como discaído con la vieja llaga de tu amor, temo nuevo golpe de disfavor con que yo muriendo no podré publicarme por tuyo, que es lo mesmo a ti, y tú serás llamada ingrata y cruel y matadora de los que no supieren que quisite que yo muriese, y queriendo pudiste, y pudiendo lo heziste, y h
ello bien hecho, y de mí por tal aceptado desde agora. Y porque si esto de ti se dicesse, el daño de tu abatimiento era a mí muy principal; mejor será que yo me mate antes que venga mi muerte embuelta en tu áspera respuesta, porque entonces a mí sería pedida mi muerte como al que mató cosa tuya. Pero, ¿qué digo? Que yo no puedo sino confessar que tú, mi señora Belisea, me das la vida, y bien sé que yo no puedo matarme sin tú querer; y si tu querer yo hago, gano gran gloria en el premio de tu amador. Y pues yo aún no he hecho obras por donde ya presumidamente te pida gloria, quiero aparejarme a mayor tormento para que más crezca mi merescimiento. Pero sólo quiero, mi señora Belisea, que mires a que con esperar a la mensajera que espero y desseo no puedo tanto esforçar al tan llagado mi tu corazón a que no

ponga de temor grande pasmo a los interiores sentidos; y el entomescimiento que agora todos mis miembros sintiendo, no puedo servirme de más de sólo la lengua para el pregonar tu majestad y mi temor, y de los ojos para llorar mi culpa, y de los suspiros para manifestar a todo el mundo mi pena.

POLYTES.- ¿No has mirado cuán largo razonamiento tan dulce ha hecho? ¿Y qué razones tan sentidas? ¿Y qué plática tan bien travada? ¿Y qué sentencias tan claras pronuncia su lengua en la tan gran obscuridad de su tenebrosa pena?

MARCELIA.- Todo lo he sentido y de todo me he holgado. Y conduélome de ver cuán oscuro le tiene la pena que no basta la claridad exterior a le alumbrar para que ni nos aya visto ni nos verá sino le despertamos. Y pues que ya tú sabes y te he contado en lo a ti tocante todo lo que allá passé, con te haver dado respuesta de lo que me encargaste como acabas de oír, agora será bien me dexes dar a tu señor el despacho de sus negocios, pues que aun también lo sabes ya antes que él.

POLYTES.- Pues mira que tractes con él que si fuere me lleve por compañero, porque más te tenga que servir.

FLORIANO.- Pajes, ¿quién habla aý?

MARCELIA.- Déxame, que yo quiero responderle.

—Yo soy, mi señor Floriano.

FLORIANO.- ¿Y quién eres, que me has despertado del sueño de la vida en la contemplación de mi gloria?

POLYTES.- Mira, señor, que es Marcelia.

FLORIANO.- ¿Quién dizes?

MARCELIA.- Calla tú, déxame con él.

—¡A, señor, óyeme! La que tu señora Belisea te manda responder.

FLORIANO.- ¿Belisea? Es mi esperanza, es mi señora, es la que resuscita. Ya, ya, bien te veo, bien te conozco, bien sé que eres tú la mi Marcelia, la llave de mis secretos, la que me trae algún magnífico don del thesoro de mi gloria. Siéntate en esta silla par de mí y cuéntame cómo te fue en el camino. ¿Qué tanto ha que viniste? ¿Qué me traes negociado?

MARCELIA.- No cures de saber el gran afán y peligro de mi persona y la afrenta y deshonra que siento verme con tan ruynes sayas parescer delante buenos. Pero porque a más que esto me obliga tu servicio, y ni tampoco ha de parar mi buena solicitud en esto, sepas que aún te vienen grandes y buenas nuevas debaxo estas tan pobres y viejas ropas que cubren estas carnes peccadoras.

FLORIANO.- Anda, mi buena amiga, que si tú tienes buen cuidado de cumplir tu promesa en mi servicio, yo no me olvido que te empeñé mi palabra en el gualardón, mayormente en lo que más publica tu necesidad.

—¡Pajes!, ¿quién está aý?

POLYTES.- Señor, yo estoy.

FLORIANO.- Ve corriendo al camarero, que luego haga venir el sastre que me corta mis ropas; y al camarero que venga aquí con él y con el refino que él tiene, para que luego vistan de pies a cabeça de todas ropas a mi Marcelia a su voluntad.

MARCELIA.- Señor, cata que ni yo me desnudaré mis harrapos ante ti ni tampoco ay tiempo para tanta larga, pues tú tienes en qué entender con lo que yo te diré que traygo, y aun yo harta razón de yrme a desayunar a mi casa si hallare con qué, pues desde antes que amanezca me ocupan las estaciones de tu servicio.

FLORIANO.- En todo veo que me vences de razón. Pues anda, paje, al camarero que te dé ocho varas de refino y llevárselas has a casa d'esta dueña, y acompañarla has cuando se vaya.

POLYTES.- Señor, voy a entender en ello.

FLORIANO.- Agora, pues, me di qué me traes, pues ya tienes lo que tú pides.

MARCELIA.- Y aun, por tanto, dilataré yo agora la cura por sacar para las mechas. [Ap]

FLORIANO.- ¿Qué dizes de sospechas? Y sácame de la pena si no quieres verme morir entre tus manos.

MARCELIA.- Que digo, y te dezía, si no que no me entendiste, que pierdas esas penas y no tomes sospechas de ya morir, pues que de cierto tu señora queda buena. ¿Diré más?

FLORIANO.- Mucho es eso. Pero dime lo que me ha de dar o quitar a mí la salud.

MARCELIA.- Yo fuy por tu mandado a ella, y la vi y hablé en su cámara, estando ella en su cama. ¿Quieres más?

FLORIANO.- ¡Ay, que si querría, hasta topar con qué me sanasses!

MARCELIA.- Pues más sabrás que hize por ti, que le di tu carta en sus manos y la tomó con harta alegría y la leyó con harta advertencia.

FLORIANO.- Ya, ya, agora pongo dubda en lo que dizes, pues deve ser dicho para consolarme.

MARCELIA.- No me hagas mentirosa, señor mío, porque si así me afrentas callaré lo demás, que es el todo.

FLORIANO.- ¿Y qué más, mi Marcelia?

MARCELIA.- Que ella te ama, y con holgar de tu salud, porque no la osé dezir que no quedavas bueno, aún me mostró gran pena porque te tomé el anillo suyo, porque pensó que yo te lo avía pedido, y que aún tendrías necesidad de él.

FLORIANO.- ¡Ay, mira, hermana, quál estoy! No me engañes así con cosas tan no de creer.

MARCELIA.- ¡O, perdido de hombre! ¿Y qué haze, llorar de alegría? ¿Qué hará quando se halle ante ella? [Ap]

FLORIANO.- ¿Pues qué me respondes? ¿Qué me hablas?

MARCELIA.- Que aún traygo más.

FLORIANO.- Pues mátame luego, que yo te perdono, o no me detengas.

MARCELIA.- De matarte me guardará Dios porque me mataría Belisea, que por tu enamorada tomo la esmeralda tuya. Y porque le dixe que la quitaste para embiársela del tu brazo del corazón, ella luego la puso a su muñeca del brazo siniestro.

FLORIANO.- Agora te digo que me has de veras puesto con scrúpulos de tu verdad, aunque me

perdones.

MARCELIA.- Cata, señor, que tomes las palabras como se dizen, y que hasta agora no te he dicho cosa que desembuelta no la halles por verdad. Y aun, por la dubda que has puesto, si algo no me das no te daré otra cosa, con que veas cuánto deven tus mercedes grandes a mi baxo servicio.

FLORIANO.- No me calles cosa, que quanto tengo es tuyo.

MARCELIA.- Señor, aunque dizen que ‘quien todo lo concede, que todo lo niega’, no pienses que pretendo pedirte, sino sólo encarescerme; pues porque me pagues la hechura del vestido que me das, te diría...

FLORIANO.- Hazme ya bienaventurado y toma esta bolsa con lo que en ella ay, que deve ser poco.

MARCELIA.- Pues toma tú esto mucho de mí: que te manda tu señora la vayas a ver y hablar al jardín de su casa.

FLORIANO.- ¿Qué dizes?

MARCELIA.- Que sea esta noche y muy a tu recaudo y su honra.

FLORIANO.- Cata que no pienses de me dezir esso por pensar que te di de mala gana la bolsa para contentarme.

MARCELIA.- Si tú me la das de buena, yo lo tomo y la llevaré de mejor. Y torno a dezir que te aguardará a la una de media noche, esta que ya viene, en el su jardín con sólo su donzella llamada Justina, de quien sólo se fía. Y no quiere que entre allá contigo sino sólo aquel paje que allá sueles embiar con tus mensajes. Y doyte por seña que toques tres vezes passo a la puerta del jardín que sale al campo, y por aÿ te dará entrada, o si no por donde el paje, que te digo, te guiare por las paredes. Aunque te aviso que me avisaron de que son muy altas por la parte de dentro. Y en lo demás harás allá como vieres. Y Mira que no faltes.

FLORIANO.- Faltarme ha la vida antes. Y aun será bien asegurarte con yr, desde luego.

MARCELIA.- Cada cosa tiene sazón en su tiempo. Y así le tendrá que tú comas agora y a mí me dexes yr a ver si hallare qué en mi casilla. Y en esto entiende luego, porque te esfuerces y reposes y estés a punto para la hora. Que, cata do viene el paje que embiaste y el camarero con él.

FLORIANO.- Lydorio, lleven a essa dueña el paño y váyase con ella quien la acompañe. Y denme luego de comer a mí; y a ella le mandan de comer de lo que para mí ay guisado, porque te digo que ella lo meresce mejor que no yo. Y tú, amiga, ve con Dios, que quiero obedescerte en comer.

MARCELIA.- Pues hágate muy buen provecho, que yo me voy de tu licencia.

(Allá quedarás agora, que a tales empellones presto echaré yo el mal pelo)

LYDORIO.- Cata aÿ, señora Marcelia: el paño lleva esse paje y mira si quieres más compañía, que luego te mando el comer a punto.

MARCELIA.- Señor, basta este paje; y todo lo demás te tengo en merced por el cuydado de tu parte puesto con tanta liberalidad.

LYDORIO.- Pues ve con Dios, que torno a entrar a Floriano.

MARCELIA.- Ahora, pues, hermano Polytes, alarga el passo para mi casa, que allá te podrás

quedar a comer. Y por el camino, aunque haga de mí daño, te contaré lo que passé con Justina. Aunque bien veo que tienes razón de amar tal joya como aquélla, aunque tampoco le tienes en aborrescernos acá.

POLYTES.- Pues vamos por la calle, entendamos en andar, y allá entenderemos en deslindar eso.

MARCELIA.- Bien dizes, andemos.

LYDORIO.- Agora que es yda esta embaydora, que tal me parece esta muger, quiero ver qué tal queda de sus manos Floriano, que ella bien deve de yr medrada de la mano rota d'él, que más ha medrado ésta con dos passos del diablo, que ha dado con treynta embustes que le trae, que gana un fiel criado antiguo en toda su vida, echando la hiel, sirviendo honesta y christiana y lealmente. Bien parece al descubierto la diferencia de los señores de nombre del mundo al Señor de verdad del cielo, que el del cielo gualardona por justicia y misericordia a cada uno como meresce; mas los señores del mundo todo es por pasión y affectión su dar, porque si ha de hazer una obra pía, una restitución, una limosna, un pagar de acostamientos reçagados y aun olvidados, nunca hallan con qué; siempre se hazen tan pobres que quiebran las alas del atrevimiento a los que les querrían pedir. E ya que les obligue la necessidad o les cargue la consciencia o se atreva el confessor a molestarlos que paguen lo que ansí deven, no darán el tercio que deven al que les pide. Y páganlo al criado al cabo de ochenta peticiones y aguardar de sazón y tiempo y oportunidad con una librança en un mercader, que con sus mohatras os lo paga en paños y al doblo de lo que valen. De manera que el señor queda el adeudado al doblo con sus cambios y recambios, y vos quedáys burlado con la ruyn paga. Y vos triste y descontento y el señor rostrituerto; y el mercader con ganancia de entramos y borrando cuentas y riéndose de los necios palacianos. Pero, saliendo de aquí, si los señores han de hazer un banquete, una justa, un serao, un mostrarse a las damas, entonces ay abundancia, entonces ay que dar a truhanes, a alcahuetas, aunque no sé cómo lo avrán con Dios, que les dio más de que den cuenta. ¡O, vanidad, tan conocida y tan aborrescida y tan seguida! Que sean los hombres tan prestos y tan a punto al servir a un señor mundano y a Dios, cuyo es todo y quien lo da todo —lo que algo es— le sirvamos con lo menos. Y aún, un poco bien que hazemos en sus servicios es tan cacareado como el huevo que pone la gallina, y queremos que sea tenido en mucho y que nos lo loe todo el mundo, y nos lo pague Dios y muy bien pagado, aunque no sé si se compadesce con nuestra floxeza esperar gran paga de Dios con la loa del mundo. Pero, cata, cata, y qué gallardo sale Floriano. ¡Bendito sea Dios, que ya nos le dexa ver por acá!

FLORIANO.- ¿Qué hazes, Lydorio?

LYDORIO.- Señor, allá yva a entrar, que despedí el recaudo de aquella dueña como mandaste.

FLORIANO.- Bien heziste, que lo meresce muy bien. Pero, dime, ¿tienen puesta la mesa en la sala de los azulejos?

LYDORIO.- Señor, sí. Y aun creo que esperan ya con los platos.

[**FLORIANO.-**] Pues vamos, que mientras como te contaré, si no ay gente de tabla, mi buena alegría. Y también para que entiendas en adereçar lo que avrá de ser necessario.

LYDORIO.- Señor, presto estoy a tu servicio y voluntad. Vamos, que poca gente habrá oy de tabla, porque es ya tarde, que más es hora de començar [a] adereçar de cena que esperar aún por la comida.

FLORIANO.- Pues antes que sea más tarde, voy a comer, más por necesidad natural que por voluntad del appetito.

Argumento de la scena xxx

Estando Marcelia en secreto con Polytes, en contándole en su casa lo que le pidió por el camino, sobreviene Fulminato que le trae la comida. Vase Polytes y Fulminato, pidiendo zelos a Marcelia, vienen a mal reñir.

Polytes. Marcelia. Fulminato. Liberia. Gracilia. Despensero.

POLYTES.- Por nuestro Señor, que me has dicho ya tanto que no puedo persuadirme a no lo tener más por sueño que otra cosa ver en Belisea tal mudamiento y tan de improviso y tan no pensado ni esperado.

MARCELIA.- A la fe, mayor sueño es el tractar contigo, pues no ay quien halle vado en tus desamorados descuydos. Aunque al fin, pues yo me di el golpe, soportaré el dolor.

POLYTES.- No sé porqué tornas a culparme a donde yo te he respondido una vez.

MARCELIA.- Que no te culpo, pues me es por demás. Pero, pues no oyo acá esta muchacha, en tanto que parece, quitándonos del portal nos entremos en este entresueño.

POLYTES.- Pues, aunque te entiendo la dolencia, no entiendo de curarte oy.

MARCELIA.- ¡Ay, mi Polytes, y cuán de mala voluntad te traen los pies adonde estoy! ¡Y cuán de peor te llegas a mí! Pues aun sábete que aun no te pegaré cinquenta años ni aun quarenta.

POLYTES.- Bien demuestra tu tez y hermosura [que] no deven ser treynta y aun, que según tu habla y manera de conversación, no te muestras de veynte.

MARCELIA.- Pues aunque malicioso me llames moça en las obras, no será agora en mis palabras, pues no te hablaré lo que passé oy con Justina. Porque veas, como dizen, que ‘a boca cerrada no ensuzió mosca’, ni todo lo que se siente en el corazón se deve encomendar a la lengua.

POLYTES.- Pues ni tú devrías de mostrarte tan maliciosa en echar las simples palabras a peor sentido, ni devrías de ser tan puntosa con quien tanto acabas de dezir que amas. Ni te vendas ni muestr[e]s tan carera en lo que por buena amistad te encargaste de hazer por quien conosces bien no tener con qué pagar. En especial que no debes hazer carestía de lo que te encomiendan ageno, pues tú hazes tal barato de lo que tienes propio.

MARCELIA.- Cuytada yo, que esa pedrada meresció bien recibirla, que por tu amor se descuydó de guardar en tu pelea.

POLYTES.- Pues así te alteras, no me deviste entender.

MARCELIA.- Mucho te entiendo de mi mal, pues tan flacamente me hize tu subjecta en lo que amorosamente he hecho contigo.

POLYTES.- Pues aún no me entendiste. Digo que, pues tan francamente me heziste gracia y merced con liberales dones que me has dado de tu hazienda sin [m]e lo merescer, ¿por qué no me las harás con sóla la lengua en mostrate franca contadora de lo que otros sin avaricia quieren darme de sí?

MARCELIA.- ¡Mejor te cuelguen, que tal havías hablado! Pero porque veas quán tuya soy, sepas que fuera y allende de lo que yo te conté por el camino en las cosas de tu señor y en algunas tuyas, pues lo que hize por ti fue procurar traer conmigo a Justina para que acá os viérades.

POLYTES.- ¿Pues no lo heziste, para qué me lo ponderas?

MARCELIA.- Para que sepas mi voluntad. Pues dicen que ‘si no hazes lo que quieres, quieras lo que puedas’. Que yo lo pedí y supliqué a Belisea, pero montóme poco.

POLYTES.- ¿Y qué te montava pedir la licencia a la señora donde no sabes si la aceptara la criada?

MARCELIA.- Al fin, pues andas tras saberlo todo, sepas que ella me lo avía rogado ya. Pero, al fin, ya que no quajó aquéllo, qued[ó] dicho a Floriano que mandava Belisea que sólo tú entrasses con él.

POLYTES.- Mucho tengo que te servir. Pero a la puerta está Fulminato. Yo me voy, porque sé que nadie le haze plazer en hablarte sino es en su presencia, mayormente después de lo que él cuenta que tú y tu hija teníades no sé quién encerrado y que tú le sacaste a él de casa para que tu hija le diesse de mano. Aunque al cabo diz que lo barruntó y le reconoció y se le escapó por pies.

MARCELIA.- Ni esso entiendo ni a nadie devo en mi casa tributo. Pero vete por agora, siquiera porque es bien que quitemos ocasiones sin por qué.

FULMINATO.- Anda tú, moço, vete con esse cesto, que la plata yo la llevaré desque me vaya. Pero cata de dónde sale Polytes, del entresuelo. Este es un mal rapaz, y si no porque como gallillo no se me atreva, aquí le daría de coçes agora que no trae espada. Pero quiero dissimular, que si algo fuere, ella me lo pagará por entrambos.

POLYTES.- ¿Quieres mi ayuda para esse embaraço con que vienes?

FULMINATO.- Hasta aquí tráxolo un moço de despensa, y agora yo lo subiré.

POLYTES.- Pues quédate a Dios, que vine a traer un recado y buelvo de priesa con la respuesta.

FULMINATO.- Pues ve con Dios.

(¡O, hi de puta, y con qué denuedo me miró! Bien paresce que allá siente alas, y aun acá no sé qué ha oido, que mucho menudea esta casa con sus ydas y venidas. Ya, ya, la dueña sale del entresuelo. Agora haze que no me ha visto y se sube arriba. Pues espera, que si no ay padrinos sumaremos la cuenta).

MARCELIA.- ¿Qué es esto que aún no está acá la muchacha? Quiera Dios que no sea oy aziago.

FULMINATO.- ¿Qué hazes a solas a cabo de rato? Pues cómo, pesar del arnés de Sanct George, aun vengo cargado con tu provecho y ¿aún no te meneas ni me hablas?

MARCELIA.- ¡O, que norabuena vengas! Que con la pena de que hallo la casa sola agora que llevo, no avía mirado en tanto. Pero, ponlo sobre esta alazena.

FULMINATO.- Agora que está sola quiero darla un toque para que me cobre temor. [Ap]

— Pues dime, ¿al cabo que estás con quantos rapazes ay, cómo y dónde y cuánto se te antoja, agora que yo vengo me quieres por guillote dexar solo?

MARCELIA.- Si estoy con rapazes, con honra mía estoy, la que no tengo contigo que me amenguas. ¡Desventurada yo, que con guardarte lealtad me deshonoras más de lo que yo lo estoy contigo, que ando yo trotando calles por sustentarme y tú que me quieras llevar lo mejor y más de mi ganancia!

FULMINATO.- ¿Y qué te he llevado yo? ¿Ni qué has hecho por mí? Cata que tus pecados nuevos te traen a que pagues tus viejos vicios a mis manos.

MARCELIA.- ¡Ay, cuytada yo, si no se me ha de atrever en verme sola! Quiérole aplacar con darle algo. [Ap]

FULMINATO.- ¡Ea, presto, dadme cuenta de lo que os ha dado Floriano!

MARCELIA.- ¿Y de qué, mi amor, te daré cuenta? Que, por tu vida, quasi todo lo di luego para salir de deudas que la persona haze en esta triste vida por sustentar la honra. Pero porque no digas que soy toda para mí, cata a¥ dos pieças de oro que tenía para pagar el censo del solar d'esta casilla. Pero llévalo, llévalo, que otro día me lo darás.

FULMINATO.- Pues me ha cobrado miedo, quiérole assentar la mano agora que tengo tiempo y por qué, para que ni se ponga con rapazes a solas y también por no sé qué se ruge allá en casa de un criado de Lucendo. [Ap]

—¿Dónde te vas ya? Dime, ¿no has de hazer más mención de mí un día que otro? ¿Si fuera un rapaz, entráste tú con él en el entresuelo?

MARCELIA.- ¡Mezquina de mí, que no sé qué has, ni te entiendo qué dizes!

FULMINATO.- Pues yo sé que os havré oy de entender y aun estender, si cobro un palo.

MARCELIA.- ¿Qué? ¿Qué? ¡Mal mes para vos! Miralde y con qué se viene.[Ap]

—Cata, Fulminato, que 'tanto es de gronx que no ay quien lo mange'.

FULMINATO.- ¡O, reniego del rey Tártaro, con ésta peor que del burdel!

MARCELIA.- Vos mentís, que soy muger de más honra que vos ni vuestro linaje.

FULMINATO.- ¿Mentís en mis barbas, a Fulminato? ¡Toma, doña!

MARCELIA.- ¡Justicia, aquí del rey, que me mata en mi casa por me robar este traydor!

FULMINATO.- ¿Qué? ¿Qué? ¿De sólo un bofetón os sentís? Cata que aún no conoscéys mi mano. Tornaos a sentar.

MARCELIA.- No quiero, sino así me yr delante el rey a dezir que eres un...

FULMINATO.- Pues esperad. Echaré mano, que yo os diré quién soy.

MARCELIA.- ¡Ay, que ha sacado el espada! Quiero hazer de necessidad virtud, pues no ay terceros. [Ap]

—¿Dónde vas? ¿Dónde vas tan furioso con la espada? ¿No te basta que me has deshonrado y quebrado las muelas? ¿Por qué no miras la poca razón que tienes de me deshonnar y maltratar en pago de muy buenas obras que has recebido en esta casa? ¡O, deshonnada de mí, sólo por quererte yo bien!

FULMINATO.- Agora que me hablas manso y me quitaste de no te sacar el alma, pues fuiste cuerda en suffirme, quiero vencer mi condición en tornar la espada a la vayna sin hazer sangre. Y pues te tornaste a asentar porque te lo mandé, digo que de bueno a bueno seamos amigos.

MARCELIA.- ¡Mezquina y sola yo, no llegues a mí que me mataré, pues por serte yo buena me eres tú tan malo y cruel!

FULMINATO.- Pues no llores, por mi amor, y ven a tu cámara y verás cuán cruel soy de veras.

MARCELIA.- Ya, ya no te burlarás más de mí.

FULMINATO.- Cata que te retoçaré aquí, adonde estás.

MARCELIA.- ¡Apártate allá, que ya no te puedo sufrir! ¡Anda, anda, que no soy yo la que tú merescas!

FULMINATO.- Anda, que si mucho merezco, todo lo doy por bien empleado por tal perla.

MARCELIA.- ¡Quítate afuera, sino por el siglo de mi madre que te dé mayor bofetada que tú me diste! Cruel, desvergonzado, no esperes más amor de mí. Y no ayas miedo que de mi voluntad ayas cosa de mí.

FULMINATO.- Pues, si no por la tuya, háganse las amistades por la mía. ¡Y anda acá!

LIBERIA.- ¡A, prima!, pues son ya ydos aquellos galanes, vente conmigo que será venida mi madre y tendremos bregas.

GRACILIA.- Plázeme. Pero cata que me ha hecho olvidar el comer estos embaraços.

LIBERIA.- Pues sí, que beviendo estabas ya quando yo vine.

GRACILIA.- Eso, prima, eran los dos maravedís del alvalalde de Madrigal con que me afeyto cada mañana con un poco de vermellón de la limada, para que a solas no haga mal asiento el vino en vazío.

LIBERIA.- Y aun así dicen que ‘dixo el tocino al vino: bien vengas, amigo’. Pero pues has hecho esos afeytes ya oy, ¿para qué quieres más?

GRACILIA.- Muy a ordinario debes tener tú el estómago.

LIBERIA.- Tanto, que nunca almuerzo.

GRACILIA.- Cata, prima, que esta vida la tenemos por emprestada. Y el comer y beber gozamos en ella como lo dize la estatua de don Pero Aniago, del hospitalejo de Sanct Estevan.

LIBERIA.- Así dicen que ‘buey suelto bien se lame’. Por tanto, tú a solas te gozas y a solas hazes tu voluntad.

GRACILIA.- Pues, por mi salud, que aunque es así que estoy sola, que si sola me gozasse y sola me acostasse, que sola me deseasse y aun sola me muriesse de hambre, porque las lavores d’estos tiempos son tan engorrosas y tan mal pagadas que ponen a la persona en necesidad —sabiendo que no lo ha de bastar el almohadilla— a que enrede la persona en el día la labor para la noche. Con que a puerta cerrada, acostándome sin blanca me levanto contenta y con ganancia para la costa del día, y aun para la semana y aun a las vezes para todo el mes, según y cuya fuere la labor. Y aun esto es, si bien miras, tener ‘las cubas llenas y las suegras beodas’. Quiero dezir que, holgando el cuerpo y con aplazimiento de la voluntad y delectación de la sensualidad, ay con qué ande la casa harta y la persona estimada.

LIBERIA.- Aunque quanto al descanso presente y la vida sensual tengo esso por bueno, pero al fin no es estado de permanencia el tal, porque —como dizen— ‘yda la frisa, veréys la risa’, e yda la

juventud falta el deleyte y mengua el plazer y olvida la salud. Y ansí a las vezes por descuydo del que no mira en su estado a lo de delante, pensando de adelantar camino, retarda jornada, y pensando acertar, pierde tiempo y se halla burlado.

GRACILIA.- Bien dizes, prima. Y agora bien veo que ‘bien canta Marta después de harta’. Essas consideraciones quisiera yo que ovieras hallado quando te fuy a llamar a tu casa, pues sabías qué te queríen en la mía, para que entonces mirando adelante no vinieras a lo que ya gozado blasonas en lo por venir. Porque ni tú sabes si havrá otra tal oportunidad, ni aun havida, pienso que te tornaría [a] amargar menos que ésta. Por esso, como dizen, ‘cállate y callemos’, y gózate y gozemos, ‘que sendas no tenemos’.

LIBERIA.- Sí, que, prima, ‘más vale caer tarde y levantarme ayna que levantarme nunca y caer siempre’. Y también, más vale caer tarde en la razón para la enmienda que nunca para la permanencia, porque ‘quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda’.

GRACILIA.- Si fuera semana sancta pensara que venías de San Francisco rezién contrita y rezién confessada.

LIBERIA.- Pues, ¿y por qué no agora y en todo tiempo?

GRACILIA.- Porque ni el nuestro cura nos dio de fiesta tu día ni aun nos mandó ayunar tu vigilia por sancta. Y ansí pienso que esas devociones las dexarás, como yo, para la Quaresma. Y aun tú de oy más, que comienças a gustar d’esta fruta que tú sabes, y sabes a qué y cómo sabe; a mí el cargo, que por no ayunar de ella, dilates la confesión quando todo el mundo tracta de ella. Porque entonces es razón conformarse la persona con los otros en el arrepentir y tractar de la enmienda, pues todas las cosas tienen su tiempo.

LIBERIA.- Anda acá, prima, cierra tu puerta y loemos al Señor, que ya sabes y todas sabemos que si todas las cosas tienen tiempo, que essa ley comprehende a los actos que en esta vida la humana vivienda tiene necessarios en este mundo embaraçoso. Pero las cosas de virtud, las obras por Dios, los tractos y negocios de la salvación, las meditaciones del bien soberano, las dulces hablas de cosas del cielo, no se pueden ni deven regular por refranes de viejas tras los tizones inventados, aunque sean philosophales sentencias en lo humano.

GRACILIA.- Ya, ya. De oy más todo te hablo de sanctidades. Y aun lo que veo es, prima, que agora vas harta a missa. Pues quiero que agora nos vamos con que sepas de mí esto, mientras cierro mi puerta, que quando tú viniste a te asentar a este atambor, ya yo debaxo d’esta vadera era soldado viejo en esta guerra. Y no presumas ‘hurtar hogaça a quien tan a menudo cueze y amasa’. Y aun, porque sepas de mí que he passado los textos viejos y en essa tu nueva mercaduría soy tractante viejo, mira que dize un auténtico original que ‘de cosario a cosario no ay más aventura de en las vasijas’.

LIBERIA.- A la fe, prima, esse original en el texto de la ley celestínica está estampado, y aun son palabras que dixo la vieja hablando con Aréusa. Y aun el verdadero trasunto del texto no [lo] dize como lo acotaste, sino que ‘de cosario a cosario no se pierde sino los barriles’.

GRACILIA.- Huelgo que seamos discípulas de una facultad, y aun para la mía que tú salgas tan maestra como tu madre, que arriba habla con no sé quién. Por esso, pues estás en tu portal, me

torno, porque deve haver arriba de las ocupaciones acostumbradas.

LIBERIA.- ¡Ay!, no te me vayas hasta que hablemos a mi madre, porque vea que he estado contigo. Y también que viene allí el despensero de Lucendo, y ha venido en busca de mi madre otras dos veces ya oy.

GRACILIA.- Ya ves, prima, que trae negocios de por medio, en los quales ay más que hazer quanto más los menean.

DESPENSERO.- Dios guarde la gentileza de las damas.

GRACILIA.- Si, señor, dixeras de las hermosas, pensara mi prima que lo havías con ella. Pero así, ni ella ni yo tenemos qué responder, pues con poca y pobre ropa mal se muestra la galanía.

DESPENSERO.- Bien veo que oviera de dezir así, pero también sabes que el gallardo y gallán arreo más consiste en hazer de lo poco mucho, y de lo pobre rico, con la hermoura de la persona, que no traer mucho y rico mal asentado y peor merescido.

LIBERIA.- Bien que esso no habla conmigo, por tanto me di qué mandas por acá, que paresce que te yvas arriba sin más ni más.

GRACILIA.- A la fe, prima, díónos nuestro merescido a su estima, pues nos satisfizo con sola buena palabra, mostrando luego al punto que sus pensamientos no hazen presa en aves tan rastreras.

DESPENSERO.- Graciosa eres, por el cabo.

GRACILIA.- Mas por el principio, dixeras bien, pues al principio de la plática te paresce que no ay más que esperar con nosotras.

MARCELIA.- ¡Ay, triste yo, que en todo tengo poca dicha contigo, que abaxo suena gente!

FULMINATO.- Pues espera, espera. ¡Reniego del gran poder del turco! Yré a ver si ay con qué mi espada tenga que merendar y con qué dé ganancia a mis amigos los espaderos y cirujanos.

LIBERIA.- Y espera, pues, señor, no lo tomes tan de veras en no hazer mención sino de subir.
—¿Madre, mira si mandas que suba el señor despensero que está de priesa?

MARCELIA.- ¡O, maldita sea aquella bova, que así le nombró!

FULMINATO.- ¡O, pesar de la vida! Mirad, pues, qué encuentro me deparó agora el diablo a cabo de rato, que me han avisado que no está bien conmigo. Pues en tal caso más quiero aventurar la honra en huyr que la vida en el esperar, porque él en mi rastro deve de andar. [Ap.]

MARCELIA.- ¡Qué turbado se ha el panfarrón! Pues espera, que yo te la armaré si puedo cómo me la pagues.[Ap.]

FULMINATO.- Acaba ya, pues. Boquéame a dezir que baxe a te le amontar o sacar la vida si me esperar.

MARCELIA.- ¡Ay, mezquina yo! Que me dizen que es un diablo arriscado y valiente y suelto; y aun diz que anda no sé cuántos días ha en tu busca, y no querría que hiziéssedes algún desatino los

dos oy en mi casa.

FULMINATO.- De esso me guardaré si yo puedo por oy. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Qué dizes de oy?

FULMINATO.- Que quisiera que tuvieras por bueno ver oy quién es Fulminato y cuánto acato se le deva. Pero porque veas cuánto más estimo tu honra que seguir tras mi condición, quiero sacar de madre agora mi gran desseo de andar a la espada y dando lugar a la yra, servirte con el officio de los pies en yrme por la puerta del corralejo.

MARCELIA.- ¡Ay, que ya sube! Quiérole le yr a detener, que le havrán dicho que estás tú acá.

FULMINATO.- ¿Qué? ¿Qué? No paro más, que mejor es que digan: por aquí se salvó bien corriendo, que aquí cayó muerto esperando como necio. Pues con la vida y salud todo lo suelda el hombre avisado después.

MARCELIA.- ¡Cata, cata, qué priessa lleva el diablo del valiente! ¡O, hi de puta, y quién confiasse en su ayuda! Pero no me llamen a mí Marcelia, hija de Marcelio y de Liberina, su legítima muger, si antes de mañana a estas horas él no me tiene pagado el bofetón. Y aun que por vida del alma peccadora que me gobierna estas carnes tristes y por la bendición de todo mi linaje, que yo le haga que aya menester los dos ducados que le di, como necia, para pagar cirujanos; o que si puedo, que con ellos le pague adelantado el entierro, porque el vellaco sea castigo y a otros enmienda y ocasión de miramiento y lección de mejor criança. Y aun que a estotro que sube yo le halagaré el lomo, de manera que no sienta que con su mano quiero yo sacar esta castaña del fuego.

—¡O, mi señor, y qué buena venida la tuya! En buena fe, y así yo parezca ante el rey como tú me pareces bien, sino que vienes muy de tarde en tarde a esta casa y házenos mil mercedes cada día. ¡Ay, por amor de Dios!, que perdones mi mala criança en no haver baxado, porque he havido cierta turbación porque essa muchacha me dexa la casa sola y todo de par en par.

GRACILIA.- Anda, tía, que conmigo ha estado.

DESPENSERO.- No baxes enojada, que pensaré que lo has porque yo vengo a ver si ay en qué te sirvas d'esta persona.

MARCELIA.- Con tales intercessores yo perdono a essa descuydada. Aunque no perdonaré el desafuero que aquel lebrón malaventurado moço de espuelas me ha hecho.

DESPENSERO.- No llores así, señora. Mas dime quién es, que yo le daré su merescido oy.

GRACILIA.- Asuadas, que fue el panfarrón de Fulminato, que es valiente de lengua en presencia de las mugeres, que le temen sus dichos.

MARCELIA.- A la fe, para mí tuvo manos, en que a bofetadas me bañó la boca en sangre por verme sola. Y aun si no fuera por ti, señor, que aunque más le pese has de entrar en mi casa y te querré y amaré y serviré, no lo sintiera por tanto. Y agora sobre todo, me dexó amenazada, ¡desventurada de mí!

DESPENSERO.- ¿Y el por qué? ¿Por mí?

MARCELIA.- No sé, sino que no sé qué desgracia le acontesció en el establillo contigo y quiso

que lo pagasse yo, desmamparada de mi honra y querida y tractada de los buenos.

DESPENSERO.- Ya, ya no es de sufrir esto. ¿Pero qué fue lo del estabillito?

LIBERIA.- Que por miedo tuyo, quando baxavas este día, se abscondió en el establejo; y como es el muradal de casa y aun de muchos de fuera que le hallan a mano, él se paró tal que quando salió, siendo ya ydo tú, salía qual él merecía.

DESPENSERO.- Por Dios, que agora cayo en la razón, porque baxando sentí dentro rebullir y estuve por entrar. Pero vi tal entrada que me hizo perder imaginación que allí estaría tal galán, porque pensé que era algún puerco. Pero con todo esso, ¿él conoscióme?

LIBERIA.- Muy bien, porque después de tú ydo te mató en seco de boca, como él suele delante tales como nosostras bravear. Y estava tal que por una parte no le podía aplacar y por su hedor no le osava llegar.

DESPENSERO.- Pues subo arriba a él, que agora veré yo quién él es.

MARCELIA.- Anda ya, que no es hombre que así espera, que en saber que eras tú estava ciscado de miedo, estando de antes un león conmigo. Y en dezirle que subías, sin más ni más, toma la puerta del corralejo y allá va como un trueno.

DESPENSERO.- Siempre aborrescí, y agora más, estos desagaderos de puertas falsas de casas. Pero descreo de la vida que vivo si no voy a buscarle a su casa, que ya me habían dicho que parlava en mi ausencia, aunque soy hombre que tarde doy crédito a chismeras.

LIBERIA.- ¿Y cómo, pues que dize de verdad y no acaba? Si no que en esta casa no tenemos estilo de derramar sino de acumular paz.

DESPENSERO.- Pues voy luego, que si no oviesse castigo no andaría nadie seguro.

MARCELIA.- No te has de poner por mí en esse peligro.

DESPENSERO.- Ni tú me mandes esso ni tampoco lo mataré, o él a mí por ti, sino por lo que me toca a mí en la honra.

GRACILIA.- Y calla, déxale, tía, que bien es que sea castigado el ruin, y el bueno torne por su honra.

MARCELIA.- Así no cumple a la mía que de día se haga nada ni que este señor sea conocido. Esta noche tiene de yr con su amo por allá hazia tu barrio, que él me dixo que se escabulliría y solo me vendría a ver. Entonces harás, señor, como vieres que cumple.

DESPENSERO.- En esso me dexa el cargo. ¿Pero a qué hora te dixo que saldría?

MARCELIA.- De dos a tres me dixo que vendría a verme.

DESPENSERO.- ¿De media noche?

MARCELIA.- De media noche. Y entonces vendrá solo, excepto si desde agora no lleva ya el miedo cobrado.

GRACILIA.- Pues, por mi salud, que yo y mi prima tomemos a cargo de avisar a Pinel y a Felisino que no vengán con él.

DESPENSERO.- Anda, vengán, que ‘a más moros más despojos’.

GRACILIA.- No es bien, sino que lo pague quien lo meresce.

LIBERIA.- Y aun allende de esso, los otros son gente determinada y de hecho, y defenderle han si con él vienen.

DESPENSERO.- Pues con tu licencia me voy, aunque holgaría de saber qué señas lleva, para conocerle y haverlo con él.

MARCELIA.- La capa de grana fina y cuera de carmesí que le dio su amo, pensando que yva bien empleado, me dixo que ha de traer por contentarme, y por yr con su amo bien adereçado.

DESPENSERO.- De la yda de su amo, allá se avenga; mientras no padesciere honra la casa de Lucendo, ni me va ni me viene. Pero al de lo colorado yo le acortaré los passos, si pies y ventura no le valen o él no sale. Y tú, señora, si no pudiere venir a la cena aplazada, me perdona.

MARCELIA.- Dios vaya contigo. Aunque en essotro del enojo te ruego que lo dexes.

GRACILIA.- Anda, tía, mueran los malhechores, porque de otra manera cada qual sería alcalde y aun mandón en casa agena.

LIBERIA.- Y aun si no oviesse castigo, los mantos nos hurtarían de acuestas.

GRACILIA.- Y aun porque no me le hurten del arca, me voy a mi casa, que aunque cerré la puerta y queda en el arca, oy en día no es tiempo de esperar a comedimiento de mill vagamundos que de día ojean donde roben de noche.

MARCELIA.- Pues queda cerrada la puerta tuya, cerrad essa de essa escalera y subamos a comer o a merendar o a almorzar, que allí ay vianda con que yo pueda almorzar, que estoy ayuna y bien desmayada.

GRACILIA.- Pues vamos, que nosotras comida y merienda y aun cena haremos de un golpe.

LIBERIA.- Ya estará todo frío. ¿Pero quién lo traxo, para ver si havrá qué guisar?

MARCELIA.- Fulminato lo traxo, que dos platos de plata dexó allí llenos de buena vianda de plato de príncipe.

GRACILIA.- Pues si estuviere frío, siendo bueno, ‘a vianda fría, estómago caliente’ y ‘a vianda dura, muela aguda’ y ‘a vino de mal parescer, cerrar los ojos al beber’.

LIBERIA.- Pues cierra la puerta antes que aya huéspedes, que ‘todos los duelos con pan son buenos’.

Argumento de la scena xxxj

Ydo el Despensero, conierta con Grisindo de matar a Fulminato. Justina, leyendo la carta de Polytes, véese la Belisea y tomada sabe sus casamientos. Tractan las dos de la entrada de Floriano. Y Belisea tracta a solas de hazer casar a Justina y Polytes delante de ella y Floriano essa noche, para tomar mejor ocasión a sus desseos y mejor color a sus hablas.

Despensero. Grisindo. Justina. Belisea.

DESPENSERO.- Agora que voy en mi cabo, será bien pensar cómo salir a mi honra con lo que me encargué, porque el hombre ha de mirar cuántas bueltas y cifras tenga un sí antes que le diga, y después cuántas razones oviere para no le faltar, pues ‘al buey tienen por el cuerno y al hombre por su palabra’.

GRISINDO.- ¡O, gracias doy a Dios que te hallo, que peor eres de hallar que un abogado!

DESPENSERO.- ¿Dízeslo porque ay muchos?

GRISINDO.- No, por otra cosa. ¿Pero dónde has estado, que no te he podido sacar de rastro?

DESPENSERO.- Tengo ‘la condición del rey, que donde no está no le hallan’.

GRISINDO.- Así lo hacía mi padre. ¿Pero dónde has estado, que toda la calle ha andado en tu busca?

DESPENSERO.- También fui yo en la tuya en casa de Marcelia, y creo que te me negaron.

GRISINDO.- Y aun no sería mucho, porque encerrado me tuvieron un rato por unos yentes y vinientes. Que, por Dios, diez puertas habría menester para entrar y salir negociantes en aquella casa.

DESPENSERO.- Presto la conociste. Mas dime, por tu vida, ¿y encerráronte?

GRISINDO.- Y aun por la de entrambos, porque estando parlando con la que sabes, vino la madre; y luego otro diablo, Centurio baladrón; y finalmente que la muchacha me tuvo como thesoro tras la llave hasta que menguó la creciente.

DESPENSERO.- Maravíllome cómo no me oyste.

GRISINDO.- Antes te vi y te oí preguntar por mí. Y después de ydo tú e yda la madre, vino aquel comesiete, un panfarrón de un Fulminato. Y él, queriendo subir, yo púseme a punto a le defende la escalera, porque ya me habían sacado de tras llave para botarme fuera.

DESPENSERO.- Pues, ¿cómo os departistes?

GRISINDO.- No sé más de que la muchacha baxó a él, queriendo yo baxar a verme con él. Y no sé si huyó o qué fue, pero sé que tomó el passo bien largo.

DESPENSERO.- Agora me sacas de una duda.

GRISINDO.- ¿Qué tal?

DESPENSERO.- Que no le tenía por tan hablador y por tan lebrón. Pero lo que no heziste entonces

de tentarte con él, tienes agora tiempo, si te atreves a me acompañar esta noche.

GRISINDO.- Ponme tú en qué y verás si me atrevo.

DESPENSERO.- Pues sábeta que él ha afrontado oy a la madre y a la hija. Y yo les di mi palabra de vengarlas esta noche; y ellas me dieron avisos de cómo le conociesse y dónde le encontrasse y a qué hora le hallasse, porque andará solo. Por esso, si te contentó la muchacha, agora tienes tiempo de ganarla por tuya; y yo con la madre, seremos ‘dos a dos...’

GRISINDO.- Sin más causas de saber que tú te pones en ello, me llama quando mandares. Y aun, si quieres, llevaré tres o quatro de los escuderos, que holgarán de acompañarme.

DESPENSERO.- Basta que vamos los dos, yendo bien armados. Por esso, duerme a prima noche, que yo te llamaré a la una.

GRISINDO.- Pierde cuidado, que yo voy arriba. Y tú, desembarázate de tu officio.

JUSTINA.- Agora que estoy a solas quiero leer otra vez este papel de mi Polytes, porque nunca a mi contento le he podido de espacio bien acabar de leer gustosamente.

Carta de Polytes a Justina

Señora de mi corazón, aunque he recebido de vos más favores que jamás ni pensé merescer ni osé confiar de recibir, pero mi voluntad que os ama y mi entendimiento que en sola vuestra meditación se ocupa han levantado tanto todas mis potencias y con ellas son ya mis desseos tan altivos que os oso dezir que soy ya tan malo de contentar quanto sé estimarme en más por ser tan vuestro y tan favorecido. Ansí os suplico, vida mía, que pues vuestro gracioso **¡Error! Marcador no definido.** me hizo vuestro esposo, y yo en ello tuve y tengo y tendré tanta hufanía y tan próspera ganancia en recebiros por mi señora y muger, en lo qual torno a retificarme con nuevo **¡Error! Marcador no definido.**, que vos tengáis cuidado de mirar por mí como por cosa vuestra. Y de nuevo os suplico que tengáys por bien de querer que aya fin mi tormento antes que, no le haviendo en él, le veáys vos en mí. Todo esto digo, mi señora, porque como la noche passada yendo a veros con vuestra licencia y mandado me pareció que me comunicastes por menos tiempo vuestra vista, que no había desseosamente aguardado por os hablar. Y junto a esto me embiastes con algún sobresalto de algún descontento que tengáis de mí, pues suplicándoos me mandássedes para hora cierta que os hablasse, y parecióme que como desganada no me quesistes dar sí determinado. Y aunque me mandastes esperar vuestra determinación, yo vine tan lleno de congoxas que con ella se me ha passado lo poco que me quedava de la noche. Por tanto, suplícoos que, perdonando mi importunidad, me mandéys para cuándo, con toda brevedad, queréis que os vea, porque si os dilatáys y cresce mi pena, yo soy perdido.

Porque yo vivir no puedo
sin os ver presto, señora,
pues os sé dezir que quedo

tal, que me perderé cedo,
si vos me olvidáys un hora.

Por tanto mirad por mí;
no por mí, sino por vos.
Mirad que a vos me offrescí,
por donde si muero ansí
a vos lo pidirá Dios.

Y ansí os torno a suplicar
que, ansí como os obedezco,
queráys vos a vos forçar
para mi mal remediar
por vos, porque os perezco.

BELISEA.- ¿Qué hazes? ¿Di, Justina, qué papel es ésse que te tenía tan ocupada que ni a mí sentiste baxar ni agora aun miras que estoy hablando contigo? Amuestra esse papel, que en ver que te turbas y le procuraste absconder me pones sospechosa y ganosa de ver qué sea.

JUSTINA.- ¡Ay!, perdóname, que ando algo mala; y el descontento me quitó el adevertencia en caer en mala criança de no me levantar luego.

BELISEA.- Si esso te escusó el descuido, ¿qué te escusa del no hazer lo que te digo en darme esse papel?

JUSTINA.- No mires, señora, en esso, que son unas gracias de chocarrería.

BELISEA.- Ya sabes, pues, que aunque fuesse carta de requiebros que más obligación tienes a me la haver ya dado, pues la has de dar al cabo, que no yo tenía de te haver descubierto quantos secretos tengo.

JUSTINA.- Más quiero que sabiendo tú mis culpas me las castigues, que eres mi señora, que por encubrirte algo con enojo de mí te olvides de mi remedio, aunque con harta confusión mía. Pero pues este papel me ha de culpar, yo te quiero, confesando mi atrevimiento, suplicarte que mires que soy muger y moça y poco experimentada y menos avisada, y que como atrevida podré haver hecho lo que esse papel te dirá. Y piensa que el no haver caído en más de lo que aý hallarás declarado ha sido por mirar a tu bondad y a lo que te devo y a la honra mía. Y aunque fui desmandada en lo que aý verás, sin otra cosa de más haver de por medio, poniendo mi honra y todas mis cosas en tu misericordia, te pongo en las manos el papel de la información de mi liviandad, esperando la sentencia que contra mi poco miramiento con misericordia pronunciares.

BELISEA.- ¡Ay, ay, ay, Justina, qué te parece d'esta carta, que sobre leýda dos vezes aún no puedo persuadirme que sea para ti, porque el crédito que yo de tu bondad tenía no me dexa ser fácil a creer que tú pudiesses caer en esto! Dime, Justina, ¿qué fruto te da agora esta tan gran confusión? ¡O, Justina, Justina, que essas lágrimas que agora tú derramas por lo que yo te digo, que soy una flaca donzella como tú, uvieras de haver tú derramado viendo la llaneza con que yo te recibía tus palabras suaves, que tan llenas de ponçoña para mi quietud y mi honra y mi salud venían! ¡O, qué

mal pago has dado en andar en piel de oveja, hecha un lobo contra mí, al viejo de mi padre que te ha criado, y a mí mesma en venderme, amándote tanto y fiando mi llaneza de tu malicia encubierta! Dime, Justina, ¿qué has visto en mí que te desenfrenasse a soltar tu limpieza y aventurar así la perdición de mi honra? Dime, ¿qué has ganado en perder a ti, perder a mí y perder los canos y afanosos días de la postrimería de mi viejo padre, de mí tan confiado y de ti él y aun yo tan descuydados? Agora veo bien que quando Dios alçare la mano de los más buenos, que bastaran los más flacos tentadores para hazerlos caer. Y agora veo también que al que el occulto juyzio de Dios le tiene permitido a que caya en algún mal, que montan poco ni palabras de buen predicador ni buenos exemplos de justo obrador si Dios no le da acorro y obra en él tal. Pues es assí que todo lo vio el perverso de Judas en el Redemptor del mundo, pues vio buenas obras de exemplos, buenas palabras de doctrina y buena potencia de milagros, y aun desseos en su Señor de quererle perdonar si él endurecido le pidiera con la enmienda perdón. Pero ni lo uno le retraxo de que no le vendiesse ni lo otro le apartó de que no se desesperase. Pues tú, Justina, aunque no en comparación del que agora referí, ¿pero qué has visto en mí, quanto ha que vives, que no te aya sido ayuda para la virtud y muy para estorvarte de lo que has hecho? Pero pues ya tú, o que por ignorancia no viendo el mal que me hazías o que por malicia por querer tu gozo, con sagacidad cautelosa y con cautela maliciosa me has enlazado a donde, si Dios no o por la muerte sobrevenir, no puedo ser libre, a lo menos quiero que mi nobleza se aproveche contigo para en lo de adelante. No en el amor que te devo tener para me fiar fiar más de ti, pero en la voluntad que te he tenido y obras de bienquerencia que de mí tienes hasta agora, para que a esto mirando como generosa te perdone como poco avisada y no te condene por maliciosa. Y en esto verás la diferencia que ay de mí a ti, que donde tú buscaste mi caída quiero yo sacar tu levantamiento, y donde tú buscaste y ocasionaste mi muerte y captiverio, buscaré yo en mí razones no sólo para perdonarte, pero también para no aborrescerte.

JUSTINA.- La culpa mía me pone muda al escusarme y tu bondad me da confiança de tu promesa. Pero en todo te suplico que como señora me corrijas y como sabia, mirando a mi ignorancia, no tengas dubda de mi limpieza, puesto que seas cierta de mi yerro.

BELISEA.- Anda ya, que basta que ni en ti ay satisfacción para tu escusa por tu yerro ni en mí fuerças para te castigar por mi piedad. Y por la limpieza tuya que has guardado, me quiero persuadir a levantarte. E así quiero que no hagas cosa de oy más sin que me des parte. Y digo que me fiaré de ti no menos, pero más que antes, y que tractes cómo lo que está concertado se haga. Y concluyo, para que veas en lo que te tengo, que me voy dexándolo todo a como tú lo ordenares. Y con tanto, nos subamos arriba, no venga alguien que piense otra cosa de te ver a ti llorosa y a mí demudada. Pues en lo hecho no ay enmienda, remédiese lo por hazer para servir a Dios.

Argumento de la scena xxxij

*Venida la hora señalada, aparejado Floriano se carea con Belisea en el jardín, entre los quales
passan razones muy sabrosas. Desposan a Justina con Polytes Floriano y Belisea, y después
Justina haze a los dos amantes prometerse palabras de matrimonio.*

*Floriano. Polytes. Fulminato. Felisino. Pinel.
Dispensero. Grisindo. Justina. Belisea.*

FLORIANO.- Dime, Polytes, ¿essos moços que han de yr conmigo están levantados?

POLYTES.- Señor, bien havrá media hora que están los tres que me mandaste apercebir en la sala a punto.

FLORIANO.- ¿Y la gente de casa, si está recogida toda?

POLYTES.- Señor, como les dieron de cenar temprano y el mayordomo, como mandaste, entendió en hazer recoger la casa, todos están agora a los braços con el sueño, los que no les cabe parte del cuydado de nuestro camino, que en casa lo baruntan bien pocos.

FLORIANO.- ¿Pues el reloxito de mi recámara en qué punto está?

POLYTES.- Un quarto passa ya de las doze.

FLORIANO.- Pues si ésse, como perezoso, no ha dado más de doze, y los grandes del pueblo han dado la una, y mi señora como presta a me hazer merced salió ya a buscar por mí, yo como tardío me he descuydado en yr a tiempo. ¿Qué será de mí si mi señora se torna como burlada y yo quedo como perdido?

POLYTES.- Señor, yo he estado bien en vela y aun andan algo más perezosos, que ha menos que dieron las doze que este chiquito.

FLORIANO.- Pues tráeme esse montante y sin ruydo vamos. Y di a éssos que vengan juntos y dexas las puertas todas apretadas. Y tú echa la llave a mi cámara y trae tus armas y vamos.

FULMINATO.- ¡A, hermanos!, ¿qué os parece cuál va agora Fulminato?

FELISINO.- Vas más para ruar de día que para peligros de noche.

FULMINATO.- ¿Dízeslo porque no llevo armas secretas?

FELISINO.- ¿Y no es harto esso? Sí, que no es bien yr hombre a discreción de qualquier que encontréys, que al primer tiento os quede aylado y después de que os aya enclavado os dirá:
!Error de sintaxis, ¡.

FULMINATO.- No he menester yo más de que me conozcan para que aun la espada y capa me será peso para el no alcançarlos, y a ellos que huyrán de mí les plazerá que lleve yo estorvo que me quite el bien correr para cogerlos.

PINEL.- Yo más quiero llevar mi cota y guante y caxco y broquel y espada con algún tanto de ventura que esse tu yr en condiciones si me conocen o no. Y aun más querría no ser conocido,

porque si lo hago yo bien, a mis contrarios les tiene de yr mal, y si lo hago yo mal, menos affrenta me es a mí solo, quedando sano y no siendo conocido, que no llevar los caxcos quebrados y que a la mañana me puedan, señalando con el dedo, dezir: **!Error de sintaxis, ¡.**

FELISINO.- Yo soy de voto que de noche: secreto y seguro.

FLORIANO.- ¡Hola, moços! ¿Por qué no estáys calla[dos]?

FULMINATO.- El gozo, que lleva la persona de yr donde se pueda hazer conocer, haze con la risa desmandarse la voz.

FLORIANO.- Pues antes que salgamos de la sala quiero ver cómo va cada uno. Todos vays a mi contento y bien a recaudo. Pero tú, Fulminato, ¿cómo vas tan de fiesta y sin armas?

FULMINATO.- Señor, la color del colorado demuestra el alegría que llevo en yr a estas estaciones, y el no llevar armas es por yr más suelto, para que los que a los armados se os fueren por pies, esta espada los castigue con mi soltura.

POLYTES.- Mejor le ahorquen al lebrón, que es si no para huyr mejor, porque el d'esto [no] nos ha de aprovechar allá. [Ap.]

FLORIANO.- Salid todos passo y vamos juntos sin ruydo. Tú, Felisino, torna [a] apretar esse postigo. Y tú, Fulminato, pues quieres yr desembaraçado, te ve delante de nosotros siempre, porque yrás como cavallo ligero a descubrir campo. Y si no oviere embaraço, ya sabes por qué calles y adónde has de guiar.

FULMINATO.- Agora lo verás quién va delante, que yo os aseguro que no topéys quién os llegue a la ropa.

(Pero agora que voy apartado quiero mirar por mí, que estos necios bien pensaron hazer a Fulminato prueba de peligros. Pues yo voto a la munición de la carraca de la sancta religión de Malta que al primer gruxir de malla yo les lleve tanta delantera que lo ayan a solas. Y aun porque avisen con quién lo han, que al primer silvo esté yo en la cama al lado de Marcelia, porque al fin allí havrán de parar mis estaciones si no me sale algún avieso, porque agora la tengo tal que temblando me baylará delante. Y no havré llamado, quando le parezca que es tarde para me abrir y temprano para enojarme, y bastante causa para le dar otra tunda. Porque al fin, 'el fuego y la muger a coçes se han de hazer').

DESPENSERO.- Ya dio, hermano, la una.

GRISINDO.- ¿Pues qué aguardas a la puerta de la calle? Anda, guía, que más vale que por antevenir caçemos que por retardar nos arrepintamos y perdamos tiempo.

FULMINATO.- Ya estoy en par de Sanctiago y aún ellos quedan tan atrás que podré yo sin que me vean, hurtándoles el cuerpo, baxar por esta armería a la plaça y bolverme a la cal Nueva. Pero al fin, pues no ay peligro, quiero yr hasta que me vean allá, que después podrán lo haver a solas, que burlando ni de veras no quiero bregas con la gente de Lucendo, mayormente que en estos negocios todo tiempo se les haze poco, y será de día y pensarán que es la una y aún ellos estarán dentro.

Pero, por las reliquias de Constantinopla, que me parece que viene gran tropel de gente de pie.

GRISINDO.- ¡A, hermano!, cata que me parece que vi meterse uno agora a la sombra de la iglesia, de las señas del que tú buscas.

DEPENSERO.- Él parece. Ve tú atrás d'essas casas y atájale el passo de la plaça. Y presto, no se nos vaya, que él es. Y yo envisto con él.

FULMINATO.- ¡Sancta María, valme, que muerto soy! Por todas partes me han cercado. Más son de diez. Esto, a los pies y a Dios se ha de encomendar. Y, sus, hazia la plaza, que ay más anchura para escapar.

GRISINDO.- ¡N'os monta huyr, que aquí dexaréys la vida!

DEPENSERO.- ¡O, pese a tal, que todavía se le coló! Yrsele tiene. ¡O, hi de puta, pues y qué determinadamente le sigue el moço! ¡Por Dios, que es un Héctor! Cata, cata, ésta es la capa del esforçado que aún le cargava al huyr. Bien está, tras ellos sigo, que a peor librar ya terné con qué crea Marcelia que hize algo y que me le libraron los buenos pies, pues me dexó la capa en las uñas. ¡O, mal empleada tan rica grana de capa, ni pan que aquél come aun de borona!

GRISINDO.- ¡O, hi de puta, y qué pata tiene!

DEPENSERO.- Mas, ¿que se te fue, el bravón?

GRISINDO.- ¡Alcançárale el diablo!

DEPENSERO.- Pues vamos derechos en casa de Marcelia y si desembarcó allá, pagarálo, y si no a lo menos daremos la capa del Héctor a la Marcelia, contándole lo que pasa.

GRISINDO.- Pues llevas su capa, guía, que lo que agora no ovo effecto havrálo otro día, pues ya le sabrá hombre las mañas.

FLORIANO.- Ya estamos acá. Y pues a esta puerta no me responden, guía tú, Polytes, donde es lo más baxo del muro. Pero, ¿qué fue de Fulminato?

POLYTES.- Asuadas, que él está agora en casa o donde yo me bar[r]unto, porque en querer yr él delante y en verle sin armas me dio el alma lo que havía de ser.

FELISINO.- Hazia Santiago endenantes oÿ yo un ruydo y me parece que reconocí su voz.

PINEL.- No será mucho que aya hecho alguna cavalgada de las que suele, o quizá se dio prisa a correr y estará ya acá dentro.

FLORIANO.- Sea lo que fuere, que él bolverá.

POLYTES.- Por aquí, señor, podremos subir el muro, que es lo más baxo. Pero por de dentro está tres tanto de alto.

FLORIANO.- Subamos sobre la pared, que está bien segura que es de piedra. Y esos moços tengan essa cuerda desde fuera, que por ella nos guiaremos allá dentro. Y después al salir, o nos la

tornaréys a echar de la mema manera o si no buscarse ha remedio.

POLYTES.- Pues estamos, señor, sobre la muralla, oye, veamos si ay bullicio dentro.

JUSTINA.- ¡O, válame Dios, que ya ha dado la una y no vienen ni han echo señal a la puerta! Y mi señora, que estará esperando por mí, que la entré a llamar, pensará o que yo me he dormido o la hemos burlado. Pero gente veo sobre la pared al puesto de la otra noche. Dos son. Voy a llamar a mi señora para que vea cómo quiere hablarlos o que los ayudemos a baxar.

FLORIANO.- Tened la cuerda vosotros que yo baxo, que ya he visto por qué.

FELISINO.- Baxa seguro.

BELISEA.- ¿[De] dónde vienes tan despavorida?

JUSTINA.- Anda, señora, que ya es tiempo, que están sobre el muro aguardando.

FELISINO.- Pues ya están dentro, guardemos, hermanos, el cordel para la buelta; que de Fulminato bien podemos descuydar por esta noche.

JUSTINA.- Ea, señora, cata que será mala criança hazer esperar tanto aquel cavallero.

BELISEA.- Ve tú, Justina, por tu vida, y háblale como vieres, que yo no puedo acabar conmigo tal maldad y atrevimiento tan fuera de mi costumbre y tan contra mi condición.

JUSTINA.- En esso, señora, me havrás de perdonar, porque ay personas y lugares adonde no caben bien burlas, mayormente que pues este señor viene en tu nombre no es como la plática del paje de la noche passada, que hemos de andar con disfraçes y una por otra. Que pluguiera a Dios que fuera yo tú en esse caso, dexando aparte los merescimientos, que ya ovieras visto quán liberalmente y aun sin quiebra de honra ni bondad lo uviera hecho con quien tanto me amasse como él a ti; y adonde los estados ni condiciones de las personas no desvían mucho los que el sólo amor havría de bastar a ligar más y más. Pues el amor no se paga sino con amor, so pena de ingratitud; y el amor no consiste en las buenas palabras, pero como dizen: ‘obras son amores, que no buenas razones’. Ansí que, por mi vida, que has de yr, y luego, y muy doblada de tu condición natural y muy halagüera, y muy de palacio y muy llena de muestras de amor, pues sé bien que por mucho que te esfuerçes a mostrar que le amas, no te pagarás a ti mesma en la satisfacción de lo medio de lo que en el coraçón yo sé que tienes de su amor. Y perdóname en lo que atrevidamente te digo, pues ya lo posiste todo en como yo lo guiase, que por mi salud, que si otra cosa hiziesses, que a él ayudando y a ti no obedesciendo, pues ya ni es tiempo ni ay sazón ni cumplen alteraciones ni encogimientos, que a tu cama que tú fuesses, a él llevasse por la mano; y hasta cumplir tu palabra que le mandó venir, y el como yo lo encamine que te hablasse, que yo le dexasse contigo solo. Y en lo que toca al hazer tú o no, allá hiziesses como Dios te ayudasse. Pero mira, mira si es perezoso en buscarte que dentro están los dos; y él viene ya hazia acá. Mas huelgo que en tal caso que te arguyan de perezosa, a la verdad. Pero mira que en hablarle y saberte haver con él, como dicho tengo, te noten de sabia y

buena, y honesta y del palacio, antes que de encogida y turbada, como quien deseando temes.

BELISEA.- ¡Ay, mi Justina, que todo lo que me dizes y persuades lo entiendo y lo desseo! Y con quererlo y parecerme bien así, estoy tan turbada y tan temblando que no sé de mí.

JUSTINA.- Pues ya él nos ha visto, que vienen para acá, yo quiero como en Prado abrir el camino a tu turbación y a su buena medida.

— ¡A, cavallero! ¿Quién os ha traído a las manos nuestras fiándoos de quien no conocéis?

FLORIANO.- La potencia de esa señora, que conmueve mis potencias según su libre querer, me ha traído a que agora, como su cautivo, me humille a le suplicar con atrevimiento que perdonando mis demasías me dé las manos para que se las bese, como siervo a su señora.

BELISEA.- Bien quisiera, señor Floriano, que me hallaras con aquella furiosa indignación que mi honestidad y honra y gravedad requería tener para en tal caso, para que así pudiera y osara reprehender tu atrevimiento en esta entrada, y mi descuido de quien yo soy en mi venida a te oír a tal hora. Pero pues para esto, por tú me haver salteado primero y yo acudir tarde a mirar por mí, no ay lugar ya, bástete que sin decirte las causas que me habían movido a lo que agora he hecho, sepas que vengo muy determinada de te oír, pues con tan importunos medios lo has desseosamente procurado. Y en el darte las manos ni pedirte las tuyas, hasta que veamos por qué, te descuida y me perdona. Y porque primero quise oírte que començarte a pedir, pues ya te he oído publicar tan por mío, agora te quiero como a tal començar a mandar, y sea lo primero que te tornes a poner en pie luego. Agora que te hallo buen obediente, determino, para hazer más por ti, mandarte lo segundo, y es que en este cenadero al sonido d'estas fuentezicas te sientes en este poyo. Y luego, porque vaya cumpliendo mi palabra de hazer algo por ti, me quiero yo sentar en el mismo poyo, par de ti. Peo mira que el verme sentar tan cerca de ti pienses que es más para mejor oírte y responderte sin sonido de voz que para despertar en ti algún atrevimiento de los que soléis tener los hombres en semejantes trances puestos que agora tú, porque como a cavallero, a quien se deve todo acatamiento y cortesía, no te tendré apartado para oírte. Y también, como a mi enfermo, según te publicas, te quiero tener más a mano para te curar el mal que en ti yo hallare ser culpable. Y así te aviso que con esto, que a tu parecer llamas gran favor, no buelen con juveniles alas de mancebo los tus pensamientos a hazer asiento en alguna liviandad, ni tus manos salgan de la compostura exterior que mi honestidad les mandare. Pues en lo primero, te havrás contigo mesmo como amante mancebo; y en lo segundo, te havrías conmigo como desmandado siervo; y en nivelar tu compostura y gravedad con la mía, harás como generoso, noble y sabio y virtuoso cavallero. Y sepas que tanto estaremos sentados así juntos quanto no salieres punto d'estas reglas que te he leído, sacadas de toda glosa que les puedas poner para en escusa si excedieres, ni para culpa en mí si cumpliere lo que digo de te dexar como libre, no obedesciendo tú como siervo que se dize ser de amor.

FLORIANO.- Tu tan suave razonamiento oviera bastado a me hazer conceder en quanto me mandas y adelante mandares, aunque no uviera en mí la obligación que ay a no salir punto de tu querer. Por tanto, como cavallero, tu siervo por merescimiento y esclavo por tu amor, te prometo de no tomar de tu voluntad más de lo que me manifestaren tus palabras. Porque a tan grande merced, como me hazes en darme audiencia, no se puede ni deve servir con menos servicio.

BELISEA.- Pues en esto verás, señor Floriano, cómo —atendiendo a lo que algún día te dixe ya— te amo con muy sano y llano y hermanable amor, pues que creyendo la palabra que agora me diste me descuidaré de recatarme, fiándome en todo de ti. Y verlo has, en que huelgo que a solas me propongas tu razonamiento.

—Tú, Justina, apártate a essa entrada del cenadero; y esse gentil hombre, por venir con quien viene, yo huelgo que habléys los dos, con que sea a vista mía, sin perjudicar al crédito que de entramos se deve tener.

POLYTES.- Por mi parte te beso las magníficas manos por tan buen principio de las grandes mercedes que de ti esperamos.

BELISEA.- Agora me di, señor Floriano, qué es lo que de mí quieres, pues tan al cabo me dizen que te ha puesto la necesidad de hablarme. Y sepas que si cosa me pidieres que dentro de los límites de la razón, mi honra en pie, te pueda y deva otorgar, ansí sabré sin gran encarescimiento cumplirlo; como si también fuere por avieso camino de virtud, para hurtarlo y rechaçarlo y negarte con un muy libre cortés lo que tu **¡Error! Marcador no definido.** descomedido pidiere. Y junto con esto, quiero que sepas de mí que viendo en ti por qué, te sabré amar y mostrar toda obra de limpio y casto y llano amor.

FLORIANO.- Bien quisiera, mi señora, que no me ovieras limitado los meneos para poder y osar hincarme de rodillas a te pedir las manos, las cuales aun ansí sentado por te obedescer te besaré si me las das por tales favores y mercedes como de mi señora.

BELISEA.- De esso aparta el cuyidado. Y dime si quieres algo más hablarme, que pues tú vienes a esto, yo quiero primero oÿr tu razonamiento antes que tú de mí sepas el intento de mi baxada a te oÿr, como agora estamos, en tal tiempo y lugar. Porque sepas que primero quiero oÿr el cabo de tus razones, que te riña tus demasías y importunidades passadas y atrevimientos en tantas cartas y mensajerías tuyas a mí, que no te he dado alguna ocasión a ello, mas de la que tú te has querido ocasionadamente tomar. Porque a te començar a reñir antes de oÿrte, quiçá que la pasión despertara en mí la gana de no te escuchar y en ti atajaría la osadía en el proponer, por donde ni tú dirías lo que quieres ni yo te respondería lo que devo. Por tanto, con brevedad, según lo pide el tiempo, y manso, según lo pide el lugar, y libremente, según te es concedida la ocasión, di lo que quisieres. Y ten las manos muy metidas en toda obediencia, según te he pedido.

FLORIANO.- ¡Ay, ángel mío, y mi señora Belisea!, la más acabada y más perfecta en todo género de perfección, de mí la más amada, la más temida, la más reverenciada, ¿qué os podré dezir de mí? Porque en verme delante vos, vuestra majestad ata mi lengua, vuestra alteza desvanesce mi juyzio, vuestro valor despide mi baxeza, vuestro merescer entierra mi atrevimiento. ¿Que os diga que soy vuestro?, injurio vuestro gran merescer. ¿Que os diga que me tenéys muerto?, heos confessado por vida de mi vivir. ¿Que os llame mi señora?, no sé aún si me acceptáys por vuestro. ¿Que os diga que estoy enfermo?, hago agravio a vos, que sois mi salud, ante cuyo acatamiento no puede en cosa vuestra por amor parar mal. Pues deziros, alma mía, que estoy sano, no me dexará mentir este mi vuestro coraçón, ni los mortales sospiros concederán conmigo ni las vertientes de mis ojos

permitirán que os engañe. Porque dado que yo huelgue en penar y morir y passar todo tormento por el vuestro amor, y aun teniéndome en ello por ganancioso en dichas y dichoso en suaves tormentos, no creo que querrá consentir el corazón, que pues es vuestro y de la dorada flecha del vuestro amor está herido, sino que se diga y se publique y manifieste su pena, con [el] qual sufrir gana muy gran cumbre de gloria; ni aun tampoco querrá dezir, ni sabrá hablar la lengua, sino en el idioma y plática que supo hablar quanto ha que yo supe amaros. Porque después que comencé a os querer, como luego se descubrió vuestro merescimiento y mi baxeza, luego con la demasiada fuerza de la ocasión, creciendo más y más la pasión, nunca la lengua supo sino loaros y temeros y quejarse del mal del corazón. Por tanto, señora de mi libertad, pues hasta en esto bien sé dezir que soy tan vuestro que en mí no tengo parte sin vos, suplícoos que así como en cosa que es vuestra vos pongáys aquello que vuestra voluntad quisiere hallar en mí, y entonces digo que no os callaré cosa. Mandad vos a mis sentidos y potencias interiores que buelvan en sí, robados de la majestad de la gloria vuestra; no para que se les sea hecho tanto agravio que del todo dexen de ser vuestros y del todo sean míos, pero para que en mí sean instrumentos de vuestro querer y entonces os sabré dezir qué quiero. Aunque bien sé que no sabré jamás dezir sino de vos, ni sabré qué pueda querer, sino sólo bien quereros y siempre quereros. Pero mirad, señora mía, que en lo que os pido no miréys al dezir de mi lengua sino la gobernades vos, pero a lo que dessea mi voluntad. Porque si yo sin vos me hallasse, no sería mío, pues me he renunciado y dedicado todo por vuestro; y el querer vos apartarme de ser vuestro es por demás, excepto si no me apartáys de la vida, y aún allí, si querer tuviese, siempre sería vuestro. Y así, pues, que tan ajeno estoy de mí y tan vuestro soy de vos, no me preguntéys a mí de mí, pero preguntaos a vos de mí y en vos sabréys qué es lo que os quiero pedir. Porque si pregunta me hiziér[e]des a mí, ha de ser de vos, pues sabré dezir, no lo que ay, pero lo que mi lengua bastare a explicar de vuestro merescimiento, hermosura, bondad, majestad, alteza de gloria.

BELISEA.- Agora que, señor Floriano, has concluydo tu largo razonamiento, y a tu propósito muy bien hablado por cierto, te quiero dezir, y digo, que quisiera que la muestra tan al descubierto que te he mostrado del amor que te tengo con la ocasión que a conocer esto de mí tienes en haverte permitido venir, o, por mejor hablar, en haverte mandado y querido que viniesses a este lugar, me dieran libre rienda para te hablar lo que la razón me mandava y yo sé que deviera dezirte. Pero porque veo bien ya que es por demás ni bien abscondirse el fuego en el seno ni aun yo tampoco poder encubrirte que te amo y quiero y estimo tanto, que ni yo te lo sabré dezir ni sería a mí lícito dezírtelo, ni tú debes inquirirlo de mí, vistas las muestras tan al descubierto del favor presente que tienes de mí como de mucho más merescedor. Pero basta, que tan en aventura de mi honra y tan despedido otro todo temor, he venido forçada a oír tu querellas. Y porque sepas que te amo, digo que no digo bien en dezir que vine forçada, porque ni en ello merescería delante ti, si así fuese, ni tan poco, si culpa en mi venida ay, la quiero echar sino sobre mí, pues a solas me atreveré a poner por ti a toda pena. Pero mira, como sabio cavallero, que todo este gran camino de amor que en mí te voy descubriendo no es otro del que te prometí la primera vez que me hablaste y te hablé; aunque, porque veas cuánto tienes en mí, si lo sabes conservar en ti, te quiero descubrir un punto de amor

más que tienes en mí, y es que dado que te ame, como entonces te dixe por hermano, por agora la corriente furiosa del amor continuando su curso ha hecho en mí un tal remanso, donde hallo en mí un más profundo ser de amor que entonces, el qual ha venido por aguaduchos tan secretos que, aunque casi siento que me voy anegando en la tal creciente, no alcanço el cómo ni por dónde creció tanto este río de agua tan suave de amor en mí tan obscuro y amargoso corazón.

JUSTINA.- ¡Ay, por un solo Dios, que seas, señor, comedido! Que si uviera mirado en ello mi señora, no me fuera bien d'estos tus retoços y burlas; y también hasme hecho desadvertir de las más bien habladas razones que jamás pensé de oÿr de entramos a dos.

POLYTES.- Altamente ha hablado ella, y en tanto favor d'él, que no sé que más espera, sino tiempo arrepentido y ocasión perdida.

JUSTINA.- ¿Y qué más había de hazer?

POLYTES.- Yo te lo mostrara luego a faltar terceros. Pero con todo esso, algo se han rebullido desde callaron. Pues callemos nosotros, porque piensen ellos que están solos, porque la soledad suele ser una de las más emparentadas hermanas de Cupido.

JUSTINA.- Si no tornaran a hablar, yo te demostrara cómo te he calado por muy malicioso y por más atrevido. Pero, por amor mío, que te reposes un rato y oyamos.

BELISEA.- Cata, hermano y amigo mío en sano amor, que me parece que debes querer perderme antes de tener por cierto el tenerme ganada. ¿Y cómo, no te bastava lo que hago contigo, ni te basta a vedar lo que te tengo avisado, para que no me anduviessen tus manos con mis tocas?

FLORIANO.- Ángel mío, la sobrada gloria en que me hallo me tiene tan fuera de mí para mejor gozar de vos que no tengo a mucho haveros injuriado sin saberlo yo. Porque a certificarme vos que os he enojado y dándome licencia vos para ello, como señora de mi vida, yo con este puñal por mi mano me castigaré luego en vuestra presencia. Aunque temo que no podría yo matarme por mí; por tanto, pronunciad el sí de que lo aceptáys y veréys cómo más viviré en morir vuestro que viviré en vivir mío.

BELISEA.- ¡Ay, torna luego el puñal a la vayna, que me turbas!

—Ven acá, Justina. Yrnos hemos, que me parece que es tarde y aun también que he oÿdo ruido arriba.

FLORIANO.- No me quieras quitar, mi señora, tan presto de la gloria.

BELISEA.- Por agora te contenta con lo hecho, con saber que no lo tendrás otro día si más no estás sujeto a lo que te yo mandare.

JUSTINA.- Dime tú qué castigo meresce este cavallero, que aunque más armado venga te vengaré yo d'él.

FLORIANO.- Si vos truxéssedes el mandado de mi señora, no habría hazero de Milán que os resistiesse, ni aun de vos me osaría yo defender.

POLYTES.- Cata, señor, que es más brava esta donzella de lo que parece.

JUSTINA.- Pues, aun vos no sabéys bien quien soy.

POLYTES.- Pluguiesse a Dios, y a mi señora Belisea, que lo pudiesse yo saber como yo desseo.

BELISEA.- Pues por cierto, paje, que si el señor Floriano quiere que yo os la entregue devida y libremente.

FLORIANO.- Que se haga todo lo que mandares.

BELISEA.- Pues luego quiero que me des de tu mano a esse paje, que le quiero yo gualardonar los trabajos que ha passado en sus mensajerías, y penas en sufrir mis ásperas respuestas.

FLORIANO.- Pues él ya hizo lo que devía en ponerse de rodillas en tu poder, también con él te besaría yo las manos si me las diesses por la merced que a mí me hazes en hazerl[o] a cosa mía.

BELISEA.- No te las daré yo a ti las mías. Pero quiero que hagas que estos dos se las den el uno al otro y los cases de tu mano en mi nombre.

FLORIANO.- Dad acá, Justina hermana, essa mano, que por vengarme de vuestras amenazas quiero luego que se haga lo que mi señora os manda. E yo os le doy como a sangre mía, pues lo es, de mi mano por marido, con quedar en obligación, porque os lo devo, de os dar — allende del proprio patrimonio y mayorazgo que el paje tiene — con qué viváys honradamente, como vos lo merescéys. Y luego quiero, pues tengo licencia de padrino de mi señora Belisea, que os abracéys como desposados y beséys las manos a mi señora por la merced que os ha hecho.

POLYTES.- Pues en todo he cumplido lo que se me ha mandado, os suplico, mi señora y a ti mi señor, que me deys las manos, pues confío en Dios de os las besar por mis señores a entramos en la mesma unión.

BELISEA.- Levantaos, galán, que agora os tendré yo en más, que al fin bien reluzía en vos ser de tan alta sangre en vuestro seso y prudencia, y agora quiero que venguéys a vuestro señor de essa leonaza.

JUSTINA.- Porque la turbación de lo que me ha sido mandado en presencia de tanto merescimiento me escusa en hablar en lo hecho, callando en ello como obediente, os pido luego a entramos un don que acompañe a la merced passada.

FLORIANO.- No sería razón negaros rezién desposada la primera cosa que pedís; yo os le otorgo por mí y por mi señora.

JUSTINA.- Pues tú, mi señora, no has de ser menos liberal en el concederme el tu **¡Error! Marcador no definido.** que fuiste en me mandar.

BELISEA.- Que digo [que] también te doy el **¡Error! Marcador no definido.** que me pides, pues tengo de ti crédito que no pedirás cosa que no sea buena.

JUSTINA.- Pues el don ha de ser que tú, mi señora, des esse **¡Error! Marcador no definido.** que me diste agora al señor mío, Floriano, en la manera que me le mandaste dar a mi esposo Polytes. Y tú, señor Floriano, al tanto te pido en don que te otorgues por esposo y marido, según la ordenación de Dios y de la Sancta Iglesia, de mi señora Belisea.

FLORIANO.- A mí me parece que havéys jugado a luego pagar. Pero pues del tal juego yo salgo solo el ganancioso, digo que os obedezco y doy el **¡Error! Marcador no definido.** de la palabra que me pedís, en cuya señal os doy mi mano derecha. Y también suplico a mi señora, que pues es mi favor lo que pedís, que os obedezca.

JUSTINA.- Anda, señor, que el **¡Error! Marcador no definido.** de mi señora yo te quedo por él. Por tanto, confirma el vínculo del tal sí con las pazes del rostro, según a mí me lo mandaste en el mismo caso.

POLYTES.- ¡O, hi de Dios, y cuán hambriento abraço y beso que la dio! Y ella que se lo desseava, y aun quiçá lo trañan ellas dos ansí urdido entre sí. [Ap.]

BELISEA.- ¿Paréscete, Justina, que has dado buena cuenta de mí?

JUSTINA.- A la fe, señora, nadie ha de pensar: ‘d’esta agura no beberé’, como dicen. Y mira que lo que está de Dios, Él lo encamina. Y pues él es ya tu esposo y tú su muger, de oy más tractad de vuestros cuydados, que nosotros dos nos entenderemos en los que nos mandastes tomar. Y agora como a mis señores os quiero hablar libremente. Ya veys que comiençan a salir arreboles del alva, y pues esto lo governó Dios sin lo pensar nosotros, y el tiempo ni lugar no os dan espacio para más, aprovando entramos lo hecho, búsquese medio para en lo de adelante; tú, mi señora, le manda venir otro día, que yo y el mi Polytes nos avendremos. Y pues, señora, como dicen: ‘qual por ti, tal por mi’, habla ya algo, y con el **¡Error! Marcador no definido.** que digo los manda yr, que si te pesa que se vayan a mí no plaze mucho. E al fin, acá nos quedaremos llorando a medias y esperando a las parejas, pues ‘cada qual ama su ygual y siente su bien y su mal’.

BELISEA.- Véote, Justina, tan desembuelta y yo me hallo tan cortada, que con un **¡Error! Marcador no definido.** que he dado no sé que te diga, mi señor Floriano, sino que pues ya el día nos amenaza, que es despartidor de semejantes obras y Dios lo ha querido encaminar de manera que te aya de llamar mi señor, digo que holgando y teniéndolo por bueno, pues ya quedo por tuya, me buelvas a ver mañana en este lugar a la hora de esta noche. Y porque de lo hecho la turbación me quita el saber, ni bien lo que hago ni de poder dezir bien lo que quiero, te ve luego con Dios. E tú, Justina, toma essa llave y ábreles aquella puertezilla del jardín, y muy passo, porque no tornen a saltar las paredes con peligro y bullicio.

FLORIANO.- Pues, mi señora, me voy por obedesceros. Lo ángeles queden en vuestra compañía.

BELISEA.- Y a ti, mi señor, lleven seguro. Anda, Justina, y desembuélvete, que aquí te aguardo.

JUSTINA.- Mi señor Floriano, pues el tiempo no da lugar a largas pláticas, la buelta será por esta puerta, que yo estaré a punto en tocando con el dedo para abrir. Y cata que vengas muy a buen recaudo y no vengas solo.

FLORIANO.- No osaré venir sin el vuestro Polytes. Quedaos a Dios. Yd luego a mi señora, que paresce que quedava penada.

JUSTINA.- Esto está concluydo y bien hecho, pues agora mi señora y yo jugaremos dos por dos al descubierto, y resto abierto.

BELISEA.- ¿Fuese ya aquel cavallero?

JUSTINA.- Señora, sí fue.

BELISEA.- Pues dime agora, ¿paréscete que me has puesto buena? E di, ¿no fuera razón que

miraras más por mi honra y de la casa de tu señor y mi padre, en que aunque yo quisiera errar no me dexaras tú?

JUSTINA.- Anda, señora, que ni agora ha havido deshonra donde interviene Dios ni esta estada es ya cumplidera. Por eso éntrate, cerraré la puerta.

BELISEA.- Pues sea muy passo. Y presto me da la mano por esta escalera que no puedo de cortada andar; y callando nos vamos a mi cámara.

Argumento de la scena xxxiij

Saliendo Floriano y Polytes por la puerta del jardín les acometen Felisino y Pinel, pensando ser otros. Vanse todos a casa de Floriano [y] tracta con Polytes a solas de lo passado.

Felisino. Pinel. Floriano. Polytes.

FELISINO.- ¡O, pesar de la casa sancta de [la] Mecha, con tal gente tan emboscada, que ya la hermana de Phebo comienza a manifestarnos el día y aún ellos buena que buena! ¡Aun qual haría si por nuestros peccados los han empastelado allá dentro! Porque de mugeres toda trayción se puede presumir. ¿Qué haremos, hermano Pinel?

PINEL.- Ya al principio me determiné de guiarme por ti. Pero mira si no has oído lo que poco ha que oí, menear la puerta falsa de aquí del jardín.

FELISINO.- Pues, hermano, vamos a ellos. Y si aya otra gente fuere, saldrán mis sospechas ciertas y si no ya por demás es atender al passo por do entraron, que no hazen bullicio por aquí de querer salir.

PINEL.- Pues vamos y muramos; o vengamos a nuestramo, si otros son.

FLORIANO.- Mira si parescen esos moços. Pero, daca este montante, que aquellos que allí vienen me parece que nos quieren acometer.

POLYTES.- Está quedo, señor, que si no son más d'estos dos que han asomado, poco mal nos pueden hazer.

PINEL.- ¡A ellos, hermano; mueran o entremos en la casa con ellos!

POLYTES.- ¿No oyes, señor, qué denodados vienen Felisino y Pinel?, que Fulminato estará guardando la posada.

FLORIANO.- Anda, guarda essa capa y déxame entrar en ellos, que no deven ser los que piensas. —¿Quién viene? Hablad. ¿Quién sois o defendeos?

FELISINO.- ¡A, hermano, que Floriano es éste!

—¡A, señor, repósate, que tuyos somos hasta la muerte!

FLORIANO.- ¿Pues qué venida es éssa? ¿Venís huyendo o havéis visto otra gente?

PINEL.- Señor, nuestro huyr era venir en vengança de tu persona, pensando que eran otros los que salían, estando nosotros en vela al puesto de tu entrada aguardándote. Pero, loado Dios, que todos estamos seguros.

FLORIANO.- Pues Fulminato, ¿qué es d'él?

FELISINO.- Señor, si esse valiente no estava dentro contigo, no lo hemos visto.

POLYTES.- Vamos, señor, que aclara el día, que Fulminato estará durmiendo, porque sus hazañas no son para en compañías, sino para solo.

FLORIANO.- ¿La cuerda no la dexássedes en el muro?

PINEL.- Yo la llevo, señor.

FLORIANO.- ¿Vistes si queda rastro en la pared para poner sospechas con la claridad?

FELISINO.- Señor, no, porque el muro es de fina argamasa. Quanto más que, quien algo supiere pónganos la demanda.

FLORIANO.- No lo he por esse temor, pero porque si oviesse sospecha, en ser en casa de mi señora, temo el menor sonido en su quiebra.

POLYTES.- Señor, el lugar por donde vamos, que es la calle, no guarda secreto; por esso, andando y callando, no se suelte palabra de que se coge sentencia. Porque en la pared, aunque quede huella, si no queda çapato, más se dirá que entravan a hurtar fructa que a escalar la casa, que está después por sí con buenas paredes.

FLORIANO.- Sea lo que fuere. Pues estamos en casa, tractemos de otra cosa. Tú, Polytes, súbete conmigo. Y vosotros Yos a reposar, y por el día buscadme a Fulminato y habladme todos tres juntos. Y en lo hecho, aya todo silencio.

FELISINO.- Señor, en todo pierde cuydado.

—Pero agora, hermano Pinel, me di, ¿qué tienes determinado de ti?

PINEL.- Yrme [a] desarmar y dormir un rato.

FELISINO.- Pensé que me salieras a otra cosa; por esso también quiero yo hazer lo mesmo, que Fulminato, si es vivo, él nos buscará con alguna hazaña o patraña suya.

PINEL.- Diga lo que se pagare. Vamos de aquí.

FLORIANO.- ¿Qué te parece, Polytes, cómo la fortuna, que otras vezes me tornava muy atrás su rueda, agora tan sin pensarlo me encumbró tanto?

POLYTES.- A la fe, siempre fue así, que ‘al que Dios quiere bien, la casa le sabe’, porque vemos que encaminando el hombre sus cosas por consecución de algún fin, si el tal es de Dios y Dios lo encamina, ni ay barranco que lo quite ni estorvo que lo desvíe. Porque Dios da siempre al hombre como lo meresce, y le inclina para lo que es y le da saber y fuerças para lo que Él le crió, por donde cada día acontesce que vemos un hombre muy constante, muy orgulloso, muy importuno, muy desvelado tras alguna cosa y otros tiempos le veremos luego tan dexativo, tan mortezino, tan olvidadizo, ten descuydado, que no sabiendo el por qué nos espantamos de tal extremo de vivir. Y esto es a mi ver porque de primero la naturaleza le empellava hasta venir al punto de aquello a que Dios le tenía. Y havido, como se quiera su natural inclinación, buelve al proprio ser suyo, porque el desseo de una cosa haze al hombre avivar por haverla en tanto quanto la estima y la ama, y después en más la tiene quanto más amándola la ovo con mayor difficultad; y así con tales variaciones que vemos en el hombre, dicen que ‘es mal animal de conocer de los hombres’. Y aunque perdonen mi largo razonamiento, digo que en lo que ha passado esta noche devemos de admirarnos de los grandes secretos juyzios de Dios. Y como no sabe el hombre a la mañana lo que será d’él al medio

día, y por tanto siempre cumple andar en vela y siempre tan aparejados al querer de Dios, que se haga su voluntad en nosotros más por su curso natural de virtud que por resistencia contra natural de vicio.

FLORIANO.- Has hablado tan compendioso que me has despertado a mirar si eres tú Polytes. Pero concluye la aplicación de tu plática al por qué de la materia en que tractamos.

POLYTES.- Mi señor, como toda la sabiduría es de Dios, no es dificultoso a su potencia dar noticia de sus cosas, o por sabios o por idiotas. Porque como para ello les basta poner por instrumento la lengua, y aun aquélla se la gobierna Dios a lo que Él les manda dezir, así es que en baxos supuestos puso Dios muy grandes cosas, porque en sí pusiessen más admiración y levantasen los juyzios de los que las oñan y vían a tener más atención a la potencia y sabiduría del Hazedor. Pero dexando si esto aconteció en mí agora o no, o que si me dio Dios alguna centellica de su saber para dezir como idiota lo que a ti, tan sabio, pusiesse en admiración, no me hallando capaz de tal infusión de Dios, digo que lo dicho me ha platicado la experiencia, que es muy sabia, madre de los hombres.

FLORIANO.- Así es, que dize la Scriptura que en los antiguos está la sabiduría; y el por qué, es porque ay la larga experincia. Pero como tus días no pidan esto en ti, quiero que declares la experiencia que tienes.

POLYTES.- Muy al juego del descubierto te víamos, señor, hasta agora descartar de una inquietud que tenías contigo, Víamoste con un levantamiento de juyzio; víamoste enfermo, triste, quexándote de llaga donde no víamos herida. Y víamoste lo que más era, muy puesto en parescer contra el común parescer de Dios, manifestado en las ordenaciones de su iglesia y sancta ley. Víamos haver dexado tu tierra, tu estado, tu reposo, tu governación de señoríos a que la consciencia te deverían obligar en muchas cosas. Víamoste seguir por buenos y malos medios, muy a costa de la honra, del alma, de la salud, de la vida, de la hazienda y del reposo de tu casa. Y como todo está visto en ti, mirando el por qué, víamos ser sola una muger que, aunque de grandes partes de merescimiento al parescer de los que te víamos, nos parescía que davas mucho más de lo que valía la joya. Y pensávamos que según quien tú eras, a menos costa hallaras quién te rogasse; y con todo, víamos que a más costa querías rogar. Y a todos, finalmente, los que algo nos dolíamos de tus daños, nos parescía que yvas muy agua arriba. Pero, concluyendo mi plática según lo que oy he visto yo sólo de los tuyos, digo yo solo que lo que hazías lo obravas tú y lo encaminava Dios, que de malos medios saca buen fin. Y así lo va comenzando Nuestro Señor en tus negocios, pues tan súbita y no pensadamente lo ha hecho Dios como jamás tú lo imaginaste. Y aun creo [que] con menos de lo hecho te dieras tú de antes por pagado, y bien pagado de tus afanes passados. Pero, al fin, Dios da quando da, como quien Él es.

FLORIANO.- Ha dicho tan grande verdad que, según lo que tú has dicho, has bien mostrado ser tu lengua más intrumento de Dios que de tu proprio entendimiento. Porque te digo que por tan sólo que mi señora me quisiera hablar diera, por poco, todo lo que me ha costado de costa temporal y spiritual y trabajo de la propria persona. Y agora, viendo que van las obras en mi favor más de lo que supo imaginar mi entendimiento ni dessear mi desseo, aún dubdoso pienso que ha sido sueño

lo que por mí en realidad de verdad ha pasado. Pero, dime tú si es imaginado o fue así, que con decirlo tú se asossegará mi espíritu affligido.

POLYTES.- Difficultosa cosa me pides, porque ¿cómo creerás a mi palabra si no crees a lo que en hecho ha pasado por ti? ¿Y cómo tendrás mi **¡Error! Marcador no definido.** por no mentiroso, pues tienes el de Belisea verdadero por dubdoso? ¿Cómo creerás a mí que fuy testigo, si no crees a tu señora, a quien y de cuya boca oyste tú mesmo que quedava y se otorgava por tuya? Dime, ¿cómo creerás a mí que te diga que fue sueño, si no crees a los abraços y besos que como a tu esposa le diste con su aplazimiento? Torna sobre ti; mira que agora te has de tener en más; mira que te has de tractar mejor; mira que ya Belisea tiene jurisdicción sobre ti; mira que te mandó bolver a verla la noche que viene, y que si no duermes la parte del día no podrás suffrirlo ni estarás para que ella goze de ti. Por tanto, da un rato de sueño al cuerpo y después, despierto, será instrumento de lo que tanto dessea tu voluntad, como es que ya fuesse hora y nunca se acabasse la hora de verte con tu señora.

FLORIANO.- En todo veo que gobierna oy Dios tu lengua. Yo quiero hazer tu parescer; yo me quiero yr a dormir porque tú hagas lo mesmo. Porque de oy más como por cosa que me fue encomendada de mi señora tengo de mirar más por ti. Y bien me acuerdo ya que por su mandado te dio de mi mano muger; y así por mi señora como por mí tengo gran obligación a te favorecer. Y con esto te ve a dormir y verme has antes de comer; y aunque no me aya levantado, no dexes de entrar a verme.

POLYTES.- Señor, reposa, que así lo haré con el ayuda de Dios que nos gobierna.

Argumento de la scena xxxiiij

Luego de mañana va Fulminato a Marcelia y cuéntale lo que le aconteció, haziéndola creer que dexó muerto al Despensero y a Grisindo. Y pide la plata que havía dexado el día antes llevando la cena. Vase Fulminato. Viene Felisino y Pinel, de los quales se informa mejor de lo que passó.

Fulminato. Marcelia. Liberia. Felisino. Pinel.

FULMINATO.- ¡O, quán a mi contento y sabor he dormido, que ya son más de las siete del día y no he visto oy ningún bullicio de gente de casa! Que aunque la cama no ha sido la mejor ni la más blanda del mundo, pero el desseo con que de dormir me eché en ella y el gran temor con que me acogí anoche me hizieran no sentir, aunque fuera cama de galera. Pero con todo esso, ¿a Floriano y a los que yvan con él, si los han ya muerto? Toda la casa está muy en paz; no deve de haver mal ninguno. Quiero antes que nadie me gane por la mano yr en casa de Marcelia, en achaque de yr por la plata que allá qued[ó] ayer y antes que otro la avise de lo que passó anoche. Haréla yo encreyente [de] lo que quisiere, y quizá hallaré rastro de mi capa de grana, que perdí por ganar la vida a bien correr anoche, que por ser tan conocida por mía me pesa más que por sólo perderla. También, si a dicha tomo lengua de quién eran los que anoche me ojearon, miraré cómo me cumple andar y de quién me devo guardar. Y si mucho fuere, que diga que dexé la capa. Como no yva conmigo quien me desmienta, todo será dezir que por alcançar los que me huyeron se me cayó. Y con esto [me] encamino a la mano de Dios.

MARCELIA.- ¡O, qué mal he dormido esta noche, que con el ruydo que anoche oÿ a la puerta no he podido sosegar de cuydado temeroso! Pero tú, Liberia, nada bastó a ponerte cuydado que te quite sueño.

LIBERIA.- ¡A la he, bien que no! Por mi salud, que ove harto miedo; pero como turó poco el ruido, tornéme a dormir, aunque todo se me ha passado en unos sueños pesados y desvariados.

MARCELIA.- Pues, por tu vida, hija, que yo soñé que oÿa dar voces al Despensero de Lucendo y que después le vía tendido muerto a estocadas, embuelto en su sangre.

LIBERIA.- Quasi lo mesmo fue de mi sueño, que soñé que vía yr huyendo a Fulminato y después le vía quedar muy mal herido. Y esto, madre, me paresce que lo vi tan claro que, a no ser malo dar crédito a lo sueños, lo tuviera por verdad.

MARCELIA.- Dios quiera que no sea algún mal agüero, porque ayer yo vi de mal talle al Despensero en contra de Fulminato, que tampoco huelga mucho de que él entre en esta casa. Y como Floriano havía de yr esta noche a ruar, Fulminato iría bien a punto y bien acompañado, y el Despensero si le encontró, siendo los otros muchos, matarle hÿan en favor del Fulminato. Y después los malhechores vendránse a mi casa para pensar de hazerme plazer. De donde las gentes sospechosas tomarán esto por indicio para se determinar a juzgar y a dezir que d'esta casa salió el

por qué del mal; y si esto es así, yo soy perdida. Y lo que más me confirma en estos escrúpulos es que ordinariamente tras los mayores placeres d'esta vida miserable suelen salir unos desaguaderos por donde con algún mal presente se olvide todo el bien pasado.

LIBERIA.- ¡Ay, calla! ¡Ay, madre, no seas, como dizen, 'la judía de Çaragoça que, llorando duelos agenos por venir, cegó'! Cata que lo que de Dios estuviere ordenado se hará, y a lo que Dios hiziere o permitiere, hemos de humillar la cabeça y subjectar nuestra voluntad. Pues si es cosa que Dios haga, nunca será sino para nuestro bien; y si Dios la permite, es por algún por qué que no alcançan los entendimientos humanos a escudriñar sin errar.

FULMINATO.- ¡Boto a mí, que aún no deve ser en piæsta gente! ¡Aun, aun si ó acá la tela de anoche y así se trasnocharon y entréganse agora que son cerca las ocho! Quiero llamar, que quiçá tendremos algún pece en la nasa. Y aun, boto al sancto calendario romano, que tengo de llamar con tanta priesa que no les dé lugar de tras paramentos ni de ascondrijos, sin que se sienta luego en la turbación que havrá en las señoras.

—Ta, ta, ta.

MARCELIA.- Corre, hija, pues estás vestida, que quiebran la puerta. Y algún mal ay; quiera Dios no sea la justicia. Pero mira primero quién es antes que abras, porque si no fuere cosa que nos cumpla, mejor le diremos con cortesía y por bien que se vaya estando en la calle que no llamando vezinos para tornarle fuera, hecho algún mal recaudo.

LIBERIA.- ¡O, vengáys quienquiera sea mucho en noramala más luenga que mayo, que tal priesa traéys tan de mañana! ¡Y no vistes el diablo que importunar tiene a despertar vezinos! ¿Quién está [a]¥?

FULMINATO.- Abre, hermana Liberia, que vengo de priesa a un poco.

LIBERIA.- Pues si hablaras con tanta furia como llamavas, pudiera ser que como acá no tengamos gana de haver enojos, ovieras de dezir tu mensaje desde la calle o aguardar que bien nos vistiéramos.

FULMINATO.- Buenos días, que oy poco madrugáys, pues ya han quedado de prima.

LIBERIA.- Acá no medimos el sueño al son de badajos ni andamos tan a punto al tin, tin de campanas, pues no esperamos ganar distribuciones. Pero esto te digo, y sube, que torno a cerrar, que nos has dado harta turbación.

FULMINATO.- ¡Subo, subo, que ya deven de haver acudido por acá las nuevas!

LIBERIA.- Sube, que allá nos contarás eso.

MARCELIA.- Buena hora venga contigo. ¿Qué pláticas son éssas?

LIBERIA.- A la fe, que a la mañana y a la tarde anda lleno de malicias. Pero dile que nos cuente no sé qué nuevas que trae.

MARCELIA.- ¡Ay!, dilo, porque veamos si nuestros sueños se absuelven.

FULMINATO.- Grandes soñaderas soys las mugeres quando dormís solas, aunque con todo esso aun no sé si acierto en esto agora.

LIBERIA.- Bien digo yo que todo eres malicias.

MARCELIA.- Anda, hija, que 'la piel mudará la raposa, pero su natural no despoja'. Déxale dezir lo que le pedimos.

FULMINATO.- Ya pensé yo que lo sabríades por acá, porque ya havrán tañido las campanas.

MARCELIA.- ¿Y a qué?

FULMINATO.- A finado.

MARCELIA.- ¡Ay, Dios! ¿Y por quién?

FULMINATO.- Por los que perdone Dios el alma, que el cuerpo esta espada y braço se le castigó anoche.

LIBERIA.- Y dinos ya qué es.

FULMINATO.- Que descreo de los quiciales de la puerta del cielo si aún hasta este punto no pensé que havía salido d'esta casa la celada.

MARCELIA.- ¿Qué celada? Cata que en esta casa se tracta toda verdad y llaneza con quien la ama.

FULMINATO.- Que huelgo de hallaros tan sin poderse sospechar de vuestro sosiego nada de la alteración grande que creo que havrá oy en el pueblo, y aun de la pasión que yo tengo de unos dos locos vellacos. ¿Pero qué digo mal? Perdonélos Dios, pues ya a mí me pagaron y agora están pagando a Dios. Dexemos lo que ya será público y dime qué se han hecho los platos de plata que quedé este día acá, que ya me muele el repostero.

MARCELIA.- Anda, que en mi casa seguros y guardados estavan y están. Y dime ya, ¿estotro qué fue? Porque la alteración de los sueños d'esta noche, con lo que agora tú propones, me tiene turbada.

FULMINATO.- No te turbes de pocas cosas, que quien ha de tractar conmigo ha de acostumbrar los oÿdos a oÿr destragos que este braço suele hazer. Pero sabréys que yendo anoche acompañando a Floriano en cierto negocio de harto peligro, mandándome yr delante para asegurar el camino, y al cabo de toda la calle par de Santiago saliéronme unos no sé cuántos, y pensando que lo havían con otro, finalmente de todos a los que menos corrieron alcancé unos dos. Y tengo por mí que murieron entramos.

MARCELIA.- ¡Ay, perdonélos Dios, si así es! ¿Pero cómo osas andar por las calles? Pues sabes que a lo menos se ha de temer la justicia, que anda muy executora.

FULMINATO.- Bien parece que aún no me conoces. Sí, que la justicia huelga de contentarme y dissimular mis cosas, quanto más que en este pueblo el padre no conoce al hijo, y más siendo de noche y con la presteza que yo lo hize, que quando salió gente a los alaridos, ya ellos quedavan dando cuenta a Dios y yo estava en la posada.

LIBERIA.- Y dime, ¿conocístelos?

FULMINATO.- Hize tan poca mención de ellos que tuve por poco saber a quién dexava tendido, pues no eran más de dos los que pude coger. Pero o yo mal conocí o eran criados de Lucendo, que pensaron oxearnos de su casa.

MARCELIA.- ¡Ay, cuytada yo, si así es!

FULMINATO.- ¿Escozióte? Pues espera, que yo te la armaré de veras.

LIBERIA.- ¿Y cómo te parecieron de aquella casa?

FULMINATO.- Porque como al apellido de los que traña heriendo caídos, como salieron candelas me parece que era el ya muerto el Dispensero de Lucendo; el otro apenas le conozco. ¿Pero qué es eso, señora Marcelia? ¿Qué tubación tan de presto nacida? ¿Era tu pariente o enamorado alguno de los muertos?

LIBERIA.- Y no digas ya malicias, que no caben en todo tiempo en burlas. ¿No quieres que lllore en sólo oír dezir muertes de hombres, en especial de aquella casa, cuyo pan comió mi padre toda su vida?

FULMINATO.- Agora te digo que tienes razón. Pero pues te veo, señora Marcelia, tan triste, fuera de lo dicho y venir por la plata, no te diré lo más que traña que te dezir de mi venida tan de mañana, que me preguntaste y con tanta priesa.

MARCELIA.- Di ya lo que te pluguiere, pues no abres boca sin malicia y dende arriba. ¿Pero qué buscavas tan de priesa?, que también tengo yo que hazer.

FULMINATO.- Venía en busca de Felisino y Pinel, y aun Polytes y Floriano, que los dexé solos anoche adelantándome a hazer lo que en summa te he dicho. Y después bolví en su busca y ni los hallé entonces ni en casa hallé rastro de alguno d'estos quatro.

MARCELIA.- ¡Ay, que no querrá Dios que a Floriano y a tales criados como aquellos aya sucedido algún mal! Daca, daca, Liberia, mi manto, que luego me voy a ver a Floriano o [a] saber qué es esto.

FULMINATO.- Mas quédate tú en tu casa que yo voy con esta plata, y allá lo que oviere después te avisaré. Y también porque aperciba a los continos y gente para librar a Floriano por la punta del espada. Y tú cierra tu puerta, que 'a río buelto, habrá oy grandes desmanchos'; que yo pienso que se ha de poner a cuchillo y saco medio pueblo si luego no hallo a Floriano. Y con esto te queda hasta la buelta.

(Allá quedaréys, diablos, que agora con el temor en casa les dexo y aun la señora que le escozió el golpe del Dispensero. Pues aun yo [o]s boto a tal que le ha de amargar si mejor no pisa. Y con esto aguijo a buscar esta gente en casa).

FELISINO.- Qualquiera cosa de essas que me has dicho, hermano Pinel, podrá haver sido de Fulminato. Por esso, marchemos allá, que aún estará en folga. Y luego daremos la buelta con él, que nos contará alguna valentía suya de las que suele. Y presentarnos hemos a Floriano, que con lo que devió de gozar anoche en su tardada en el jardín de la dama deve de estar con gana de hazernos mercedes. Y como dizen, 'quando nos dan la vaquilla, acudir luego con la soguilla'.

PINEL.- Pues vamos presto y bolvamos aña, que aun no daría yo la parte de mi ganancia por dos doblas, en especial que el ademán que hezimos del denodado acometimento quando él salió del huerto le obligará a nos hazer particulares mercedes a nosotros dos. Y por esso, no perdamos por postreros lo que merescimos por primeros.

MARCELIA.- ¡Ay, mezquina yo, desmamparada, si qualquiera cosa de aquellas que aquel diablo ha

contado es verdad!

LIBERIA.- ¡Ay!, calla, madre, no te congoxes así por el dicho de aquél, que no es possible que tanto reposo oviesse en el pueblo si a un tal cavallero oviessen muerto ni a ninguno de los otros; mayormente, pues ello no aconteció —si así es— lexos d'esta calle y no bulle justicia ni nadie. Tenlo por de las que suele Fulminato forjar.

MARCELIA.- ¡Ay, triste yo, que mis sueños no fueron en balde!

LIBERIA.- Y calla, madre, no te oya esso persona de juyzio, mayormente que según nos dicen los confesores es gran peccado creer en sueños.

PINEL.- ¿Qué te paresce qué passo de frayle combidado hemos traído?

FELISINO.- Subamos, pues está todo abierto.

PINEL.- Anda, que un descuydo presto se haze. Llama antes que saludes porque no te reciban con nora mala, y aun no veas por ventura lo que no querías, en epecial que quiçá el dexar la puerta abierta es haziendo del ladrón fiel por asegurar el campo, porque ya sabes que muchas vezes 'vale más buena cautela que mal consejo'.

FELISINO.- Antes buena cautela yguala a buen consejo en muchos casos. Pero subo llamando y hablando, pues la madre y la hija hablan.

LIBERIA.- ¿Quién sube por la escalera?

PINEL.- Gente de paz que andan a robar.

LIBERIA.- Si halláredes qué, será esso.

PINEL.- Buenos días, señoras.

MARCELIA.- ¡O, bendito Dios, que mejores nuevas veo que oÿ de vosotros!

FELISINO.- ¿Y qué tales?

MARCELIA.- ¡Ay!, que ya tenía el manto para yr allá, que me acabó Fulminato de dezir que él se apartó anoche tras no sé que gente y que como os quedó solos, temiendo de vosotros ser vivos, os buscó esta mañana y no halló ni allá ni acá nueva de vosotros. Y allá va medio corriendo otra vez en vuestra busca, diziendo que ha de poner a cuchillo el pueblo. E aun me aconsejó que tuviesse a buen cobro mi puerta cerrada porque no me saqueassen la casa a río buelto.

LIBERIA.- Y calla, madre, que bien te digo yo que 'quien de ligero cree, de ligero se arrepiente', mayormente de boca de quien por jubileo habla verdad. Porque dixo que dexava hechas muertes y destroços que no son para contar.

PINEL.- Agora me guarde Dios de tal hombre.

FLORIANO.- ¿Mas no viste, hermano, forjar aquél? ¿Cómo nos pudo él ver matar, pues que luego nos dexó y se puso en cobro? Y tanto que agora veníamos en su busca porque después nos mandó Floriano buscarle, y que todos le va[ya]mos luego a ver. ¿Pero qué armas traía?

MARCELIA.- No más de la capa negra buena cubierta y la espada en la mano y la cuera colorada rica vestida.

PINEL.- ¿Aun cuál hará si le tomaron la capa de grana anoche?

MARCELIA.- Dexando esto en que va poco, me dezid ¿cómo le fue a Floriano y qué tal está?

FELISINO.- ¿Cómo le fue?, él lo sabe, que estuvo dentro veynte horas. ¿Qué tal está? Quedó bueno, porque según lo mucho que él y Polytes estuvieron dentro, y nosotros dos que aquí estamos hartos de aguardar ya fuera, bien me parece que tuvieron tiempo para dexar las damas de manera que a los nueve meses nos publiquen lo que anoche estotros negociaron, porque este tal no es juego que usándole no se pregone a sus tiempos ciertos.

MARCELIA.- Pues dezidme, ¿havéys de tornar otra vez?

PINEL.- Señora, no nos pida de eso que no sabemos. Pero pedímoste licencia y perdón porque andamos en busca de Fulminato. Y es bien que le va[ya]mos a alcançar en casa antes que amonte a sus negocios, que tiene más que un abogado.

MARCELIA.- Pues yo me voy a oÿr missa y dar gracias a Dios que quedastes buenos. E tú, hija, cierra tu puerta y alaba a Dios. Y vosotros tomad vuestro camino, que yo voy por acá; y avisadme de lo que passa, si algo más succediere.

FELISINO.- Ansí lo haremos. Ruega allá a Dios por todos, pues vas tan sancta. Y tú, hermano Pinel, anda acá, demos buelta a negociar lo que nos cumple.

PINEL.- Encamina, que no te desmampararé.

Argumento de la scena xxxv

Belisea se queja de sí mesma por lo que ha hecho. Marcelia va a visitar a Belisea por también saber del Despensero, al qual encuentra saliendo de ver ya a Belisea. El Despensero y Grisindo dan relación a Marcelia de lo que se hizo de Fulminato y conciertan de yr los dos essa noche a cenar en casa de la Marcelia.

Belisea. Justina. Marcelia. Despensero. Grisindo.

BELISEA.- ¿O, alta providencia divina, cuán altos son tus secretos juyzios! ¿Quién me dixera a mí que havía yo de disponer del estado de mi persona sin el consentimiento de mi padre? ¡O, amor ciego! ¡O, amor niño! ¡O, amor falso! ¡O, amor lleno de dulce muerte y breve suavidad gustada con remate de grandes bascas! ¡O, plazer leve y veloce y breve de sensualidad, con muy largo escozimiento del arrepentir de la razón! Dime, amor, hasta agora de mí tan olvidado y no sabido ni entendido, ¿quién te me dio a conocer dento de mi encerramiento? ¿Quién te hizo tan amado de mí? ¿Quién a ti y a tus adalides y negocios te metió por las puertas tan cerradas de mi voluntad? ¿Quién te tractó tanto de mi amistad con la tuya tan travada que, propuesta la del que me engendró y tanto me ama, aya yo hecho lo que tú me mandaste desobedesciendo a mi buen viejo padre? ¡Ay, captiva de mí, que si te quiero negar no puedo; si te sigo, niego a mí [y] olvido a mi padre! E ya que en mi daño por te ser affectionada te quiera seguir, ni sé quién eres ni sé dónde te hallo ni tengo señas para te conocer, mas de en quanto a mí no me conosciere. ¿Dónde ha estado la castidad, de mí tan amada compañera? Porque aunque ni te he dexado ni pienso dexarte, a lo menos he dado gran rotura en el recogimiento de tu casa. ¡Torna, torna por ti sobre mis descuydos! Y si quieres no perderme o desseas que del todo no me pierda yo de ti, no me tractes ya como a bien mandada tuya con sola señal de lo que quieras, pero con agro castigo de lo que errare, con fuerça me compelle ya a hazer tu voluntad sin dexarme en cosa hazer la mía. Cata que ya no me dexes salir de la compañía de las tus familiares sirvientes: la quietud, la taciturnidad, la modestia, la temperancia, la ocupación de virtuoso exercicio, la prudencia, la simplicidad virtuosa, la buena y sincera sagacidad, con el ayo y guarda que a todas ellas tienes puesto, que es el recogimiento. Porque si como con haver dado pocos passos sin ellas me hallo ya tan lexos de tu casa que apenas y sin particular guía sabré tornar a ella, ¿qué será de mí?, ¿dónde iré a parar? Si te acordares que fuy tan tuya y me quisieres tornar a ver, ¿dónde me podrás hallar si así me dexas desmandar como libre? Pero, ¡ay de mí!, ¿qué es esto que digo? Pues si me buelven a mi passado encerramiento, con pensar de me apartar un momento del mi Floriano, ¿cómo será possible vivir un hora? ¡Ay, qué suya soy! Pues él me quiere, yo le busco, yo le amo, yo le desseo, yo le contemplo y su memoria me da descanso y poco me paresce el tiempo que le veo y mucha la tardança de su ausencia. Y pues ya yo por él me he olvidado a mí, y con razón, no tengo por mucho poder olvidar lo que la propria malicia aparta del hombre, que es la virtud y su tan amigable compañía, de que yo algún tiempo fuy solazada, querida y acompañada y

honrada. No es gran inconveniente olvidar o negar el amor natural paterno, pues son otra cosa ya distinta de los hijos, después que los engendran por seguir aquello que más el amor haze unos en voluntad, como son el marido con la muger y la muger con el marido. Pues así lo dize la historia verdadera y sagrada: que por la muger dexará el hombre el padre y la madre; y lo mesmo la muger por el marido, pues en estos dos que hazen un estado siempre deve haver unidad de voluntarioso amor. Pero, ¡o, cuytada de mí, y cómo estoy perdida, que ni duermo ni velo ni sé qué me hago, porque tengo los pensamientos tan esparzidos que con grande dificultad los puedo combidar a recogimiento! Quiero, si pudiere, ponerme a lidiar con el sueño, para que tras este mi spiritual cansancio me dé algún poco de reposo.

JUSTINA.- ¡O, cómo he dormido a mi seguro! ¡O, cómo tengo cuydados a parte con estar hecho lo que se ha hecho! Quiero agora, levantándome, yr a dar orden en lo por venir con mi señora Belisea.

MARCELIA.- ¡O, bendito Dios, que acá estoy y sin que me aya visto nadie! Quiero encaminar para arriba, pues veo abierto el aposento de Belisea. Entraré a ver qué haze, aunque por ser de mañana no será levantada con el trasnochar passado, mayormente que como primeriza en estos saltos, o quedará engolosinada o al menos espantada, si más no ovo de sola vista y habla; aunque según yo los vi a entramos en voluntad de picadillos, y según la edad los ayuda a ello, ya se havrán travado los parentezcos.

JUSTINA.- ¡Cata, cata, qué buen encuentro el mío! Aquella me parece la commadre, nuestra Marcelia. Algunas nuevas visitas deve de haver, que ésta no da passo sin por qué. Quiero hablarla, pues con me haver ya visto no lo escuso.

—¿Dónde buena tan en buenos días?

MARCELIA.- Por tu vida, y ansí te gozes, que no por más de ver a tu señora y a ti, porque por acá no tengo otras ovejas que guardar.

JUSTINA.- Pues a nosotras bien guardadas nos tienes para lo que te cumplieres. Pero ya que veniste, anda acá un rato conmigo a mi cámara; hablaremos a solas mientras que mi señora se levanta. Y agora que estás sentada, me has de dezir en breve qué es lo que buscavas, y claramente la verdad.

MARCELIA.- ¡Ay, maldita seas, cómo desembuertamente y con gracia dizes todo lo que quieres! Brevemente, vengo a veros; y claro, vengo a saber qué tal os fue anoche del juego. Y la verdad es que vengo a pedir las albricias de las nuevas bodas.

JUSTINA.- ¿Qué llamas bodas? Eso me parece, como dizen, ‘hija no tenemos y nombre le ponemos’. ¿Y cómo, aún no está bien puesto a assar y ya tú quieres llevar empringadas? Sí, que basta, pues que ya lo adivinaste, palabra sola de desposorio, que llaman clandestino.

MARCELIA.- Anda, hermana, que por aÿ van allá, quanto más que ‘Çamora no se ganó en un hora’ ni Roma se fundó luego toda. Pero, y dime ¿que ya os podemos llamar desposadas?

JUSTINA.- Por esso te avisé que hablastes claro. Has dicho de bodas y desposorios y lo que has

querido dezir que sabes, ¿y agora preguntas de lo que passó?

MARCELIA.- Pues así nos ayude a entramas Dios, como si en algo he acertado, que lo hablé por lo que tú me dixiste, que no porque sepa otra cosa.

JUSTINA.- Agora te digo que soy poco avisada, pues pensando que allá te lo avían dicho lo que passamos, y más lo que quisieron, yo por encubrir secretos descubrí la celada.

MARCELIA.- Y anda ya, que a mí, que las urdo y tramo, no ay qué me encubrir, pues al fin lo he de saber. Por esso, en breve me di lo que passó.

JUSTINA.- Pues ya te abrí el camino, quiero que lo sepas de mí, porque teniendo qué me agardescer, tengas obligación a callar. Sabrás que Belisea y Floriano nos desposaron a Polytes y a mí; y yo los desposé a ellos por una buena cautela. En summa es esto y no passó más hasta que ellos se fueron y nosotras nos quedamos con más de que han de bolver la noche que viene. E créeme que no habrá más que te contar para otro día ni otros días, aunque más vengan a menudo.

MARCELIA.- Muy espantada y alegre me has puesto con lo que me has contado. Pero espántome de que no sólo no ovo más, pero que aún respondes por lo de adelante. Pues cata que los tiempos y aun las compexiones y las condiciones se varían a las vezes. Pero no mira[s], mi Justina —que entre nosotras puede passar—, cómo sale verdadero lo que los hombres dicen de las mugeres, que ‘aquélla casta, que no es rogada’ y ‘aquélla no es havida, que no es combatida’ de la importunidad del varón. Porque si bien miras en ello, ¿quién pensara que todo el mundo derrocara a Belisea? ¿Quién algún tiempo la osara hablar de amor de varón? ¿Quién presumiera pensar inclinarla a la menor de las desembolturas que agora haze? ¿Qué rey ni cavallero pensara hallar la audiencia que agora Floriano, con las circunstancias que tú más havrás visto? ¿Qué te parece? ¿Qué me dizes a esto? Cata, que estas y otras cosas tales hazen hinchir a los sueltos escrivientes los libros de las inconstancias de nosostras las mugeres. Y, pues, haziendo lo que te mandó tu señora, no tienes culpa. Dime, dime, ¿no estoy en lo cierto?

JUSTINA.- Doy a la maldición esta muger, que tan calada y ciertamente dize lo que es la mesma verdad. [Ap.]

MARCELIA.- Anda ya, no te me corras por lo que acierto ni me hables entre dientes. Dime si ay en qué me retracte por mentirosa.

JUSTINA.- Que no sé qué te dezir en contra de lo hablado, porque te prometo que pocos días ha que tanto miedo tenía yo de nombrarle el nombre de Floriano que me temblavan las carnes en pensar que ante ella se oviesse de hablar palabra que no tractasse de cosa de sanctidad y virtud. Y aun para hazerla dezir el **¡Error! Marcador no definido.** de lo que le pedí, aunque ella lo amasse, no fue tan fácil que no lo ove yo de otorgar por ella. De manera que no creo que ay muger de su suerte, porque con ser yo cierta que le ama y le quiere, no querría quererle fuera de amor virtuoso. Así que quiere y no quiere; busca y teme hallar; goza y huye el gozo.

MARCELIA.- Anda, que todo es ‘no lo quiero, no lo quiero, etc.’ Y muchas vezes las mugeres negamos lo que se nos pide, desseando que se nos pida. Y esto es porque, aunque sea a costa nuestra, queremos que nos compren caro a quien rogándonos nos querríamos entregar, si la vergüença y gravedad y la honra, y en algunas el temor, no anduviesse de por medio. Y así muchas

querríamos que nos tomassen por fuerça —por desculpa nuestra— aquello que rogándonos y pidiéndonos, o lo negamos o no lo concedemos dissimulando. E si te paresce que no digo bien, enmiéndame.

JUSTINA.- Dizes tanto y tan bien en nuestro mal que por mi parte no quisiera que nos oyera algún hombre por mucho, porque no aprendiesse a cómo nos tener en poco.

MARCELIA.- E aun porque no le ay que nos oya, hablo yo a rienda suelta, porque más verdades se han de saber que dezir en todo tiempo. Pero dexando esto, mira si duerme Belisea y si querrá que la vea.

JUSTINA.- Anda acá y ver[la] hemos entramas; porque si no duerme, esto sé de mi señora, que podrás entrar sin portero, lo que no todos tienen con ella. Pero oye, que hablando está y quizá será entre sueños, como los negocios importantes suelen quedar en los fantasmas y soñarlos y aun hablarlos la persona entre sueños.

MARCELIA.- Pues entra passito. Oyamos, porque si duerme sería lástima quitarle el sueño, de que deve ella y aun tú andar hambrientas.

BELISEA.- ¿Dime, dime, pues, ya, mi señor padre, qué piensas hazer de mí, tan mala hija, tan descuydada, tan mal gobernada, tan sin acuerdo de sí mesma, en dar el **¡Error!Marcador no definido.** suyo a nadie para siempre sin el tuyo tener primero? Pero mira, mi buen piadoso viejo, que yo no lo hize; salteada fuy, requerida fuy, pidiéronme palabra de lo que no pensé; y aun también yo tengo el **¡Error!Marcador no definido.** suyo de ser mío, pero él no tiene mi **¡Error!Marcador no definido.** de ser aún yo suya. ¿Pero qué digo? Grande pena meresce la culpa que agora cometí en dezir esto, que si no le di el **¡Error!Marcador no definido.** de palabra, di el consentimiento y complacencia de la voluntad. Y entonces lo hize y agora lo apruebo, y agora y siempre soy tuya, mi buen Floriano. Que de Floriano soy, por suya me confieso y suya seré, y por suya quedé y por suya me glorificaré hasta la muerte. Perdóname, mi bien querido, en haver puesto en plática por duda lo que confieso y confessaré hasta la muerte. Pero, ¡ay de mí!, que si tú, mi Floriano, me olvidas yo soy muerta, y si doy el gualardón que tu buen amor me pide y meresce, yo soy perdida. Pero pues, menos daño será en que yo muriendo por ti gane honra tu fiel amante, que no en dar deshonor de mi linaje en hazer lo que el mundo dirá, que me amengüé y abatí, aunque yo pensé que ganaría. Espérame, señor mío, recibe contigo este espíritu y voluntad dexando este cuerpo para mi padre limpio y sin quiebra, y mandando y encomendando el alma a Dios que me la dió y compró. ¡Ay, que aunque me llama la muerte, la espero y recibo muy alegre por saber que les queda a mis parientes su sangre en mí limpia y mi cuerpo entero, y tú me llevarás esta voluntad! Ruégote que quando vengas a me ver, que si me hallares muerta sin ti, pidas y llesves este mi corazón, que por tuyo lo tengo, y a ti le mando entregar y restituyr, pues muriendo digo que soy de mi Floriano.

MARCELIA.- ¡O, qué razones de amante tan delicadas! ¡O, con qué sospiro tan del corazón a callado!

JUSTINA.- ¡Ay, mezquina yo, qué mal tan grande!

—Llega, llega, que tan muerta está como su madre. ¡Ay, mi señora! ¡Ay, mi bien! ¡O, desmamparada yo!

MARCELIA.- Calla, calla, no hagas alboroto, que desmayo es, que si miras le está saltando el vivo corazón, que parece que se le quiere yr para donde está Floriano.

BELISEA.- ¡Ay!, ¿quién me ha llamado de la lucha de la muerte con el nombre de aquél que me da la vida?

JUSTINA.- Esfuérçate, señora, mira que está aquí Marcelia.

BELISEA.- ¿Estás aÿ, Marcelia?

MARCELIA.- Aquí estoy, mi señora. ¿Dime qué tal te sientes? Y mira si mandas algo para Floriano, porque en dándome licencia tú le voy luego a ver y a dezirle qué tal quedas.

BELISEA.- ¡Ay!, no le digas que me viste mala, porque le darás pena.

MARCELIA.- Pues por tu vida, mi ángel, que si no te muestras más solazosa que le diga como te vi, tal que temí de tu vida. Y con esto, el que tanto ama, dale por muerto, y serás tú la causa por no te esforçar.

BELISEA.- Yo me esforçaré. Calla, que buena estoy y sana me hallo. Que no te espantes que tanta furia obre tanto en un tan flaco supuesto como el mío. Pero dime, ¿qué buscas por acá y si sabes qué tal está aquel cavallero a quien tú debes mucho?

MARCELIA.- Bueno está al que devo mucho y de quien espero de haver muy mayores mercedes después que tú le des una deuda, que de amor y esposo que le eres obligada.

BELISEA.- ¡Qué deuda es éssa, para salir d'ella? ¿Y cómo sabes tú que la devo en essa manera de contracto?

MARCELIA.- A mí, que sé muchas cosas de muchos que ellos no me descubrían de su buena voluntad, no me preguntes cómo sé esto, pues sabes que la sé. La deuda que le debes, si ya no me entendiste, temo el dezírtela.

BELISEA.- Si es porque está Justina presente, ella se saldrá luego fuera; aunque no ay cosa que a mí se me pueda dezir que ella no pueda bien oÿrla.

JUSTINA.- Señora, antes será bien que yo salga a guardar que no entre nadie, porque yo huelgo que te alegres a solas con Marcelia.

(Como que yo no entendí ya la deuda del matrimonio, que ella entendió también que le dixo la otra. Y aun, asuadas, que si Belisea toma los consejos de la que tiene delante, que presto sane en la sensualidad la concupiscible y aun enferme la razón en la voluntad con la obra de fuera. Pero 'allá lo aya, su alma en su palma'. No diga después de resfriado el gozo: **¡Error! Marcador no definido.**, de manera que salida la preñez a luz lo pague Justina en tinieblas de prisión o muerte, o deshonor o malaventura, porque la sogá ha de quebrar por lo más flaco. A la fe, allá se lo aburugen en secreto, que de tales secretos ganancia es perder la parte).

BELISEA.- Ea, pues estamos solas, ¿por qué no me dizes qué deuda es la que devo a Floriano?

MARCELIA.- Dévesle grande amor, grande voluntad, grande fe.

BELISEA.- ¡A!, todo esso le tengo pagado con otro tanto, porque si me ama como a sí, yo a él más

que a mí; si me tiene voluntad, yo se la di toda la mía; si me tiene fe, yo me negué a mí y negué a mi padre y negaré todo el mundo por solo su amor.

MARCELIA.- Pues para coser esse vestido de amor falta el hilo de las obras.

BELISEA.- ¿En qué más obras?

MARCELIA.- En, en darle... En darle tu...

BELISEA.- Y dilo, dilo. Acaba ya.

MARCELIA.- No oso.

BELISEA.- ¿Luego algún mal deve ser lo que dizes que le devo de dar, pues con te lo rogar no lo quieres dezir?

MARCELIA.- ¡Ay, ángelito, que no es sino la mejor y mayor y más estimada joya que oy de ti se le podría dar! La qual él haviendo y tú gozando, él sería el más felice amante de la casa de amor y tú una de las gozosas del mundo. Pero agora tú, enfermado más y más, él es el más penado de los penados, y con razón penado hasta que le des...

BELISEA.- ¿Dime ya el qué?

MARCELIA.- La joya preciosa de tu cuerpo.

BELISEA.- Con razón lo dudavas dezir. Pero dime, quien le da del cuerpo el corazón y le da las entrañas y le da la memoria y le da el entendimiento y le ha dado la voluntad, y le dará la sangre toda y le dará la vida, ¿qué don le daría en darle el desmamparado muerto cuerpo de tierra? ¿No te parece que le haría injuria darle en muestra de amor el cuerpo muerto, teniendo él en mí por suyo todo lo que en el cuerpo vive?

MARCELIA.- ¡Ay, la mi señora, que más muestran sentir tus respuestas vivas de mis dichos que saben dezir mis palabras! Pero mira que el que da parte al amante y reserva para sí parte, muestra que no le ama en todo.

BELISEA.- No te entiendo. Porque si dizes de la comunicación de los que se aman, no es muestra de defecto en amar el no comunicar lo que no sufre comunicación dentro los límites del tal amor.

MARCELIA.- ¡O, qué plazer es hablar contigo, pues avivas al entendimiento de quien te habla para que sepa hablarte! Y ansí quiero dezir, pues dizes que no me entiendes, que o a Floriano, que tanto te ama, ¿le amas como a hombre o como a ángel?

BELISEA.- Ámole por hombre, y parésceme más que ángel.

MARCELIA.- Pues luego hasle de comunicar como a amado hombre lo que la amante muger tiene comunicable en el tal amor con el tal amado. Y el amante hombre, por consiguiente, ha de comunicar con la amada muger lo que el tal amante hombre tiene debaxo el tal amor comunicable.

BELISEA.- ¿Pues essa reflexiva comunicación en qué consiste?

MARCELIA.- ¿Que aún hazes de la bova? Pues espera. Los amantes entre sí han de comunicar las voluntades, las haziendas, las hablas, las conversaciones y las personas, siendo —como dicho tengo— el amor de entre hombre y muger. Porque si son, o entramos hombres o entramas mugeres como tú y yo, mal podríamos comunicarnos en todas estas maneras de comunicación, pues

faltava el vínculo de la unión natural de los cuerpos. Pero de ti para Floriano y de Floriano para ti, faltando alguna de las sobredichas condiciones, no ay communicable cierto amor, y muy menos si la comunicación ha de ser de amores, como la de vosotros —Dios os guarde tan para en uno— [no] se permite faltar la principal, que consiste en la comunicación de los cuerpos y personas, de donde resulta la gloria yguale en los amantes. Y pues ya no creo que dexarás de haverme entendido, si quieres entenderme y tú sanar, digo concluyendo que, pues toda tú te llamas de Floriano y Floriano es todo tuyo, tú le debes a él dar quanto tienes y él a ti quanto puede. Porque esta ventaja tiene la muger en el mostrar el tal amor, que ella amando puede dar quanto tiene y él quedar certificado de que se le da todo lo exterior; pero él puede dar quanto él puede en tal caso y no quanto ellas quieren. Y esto mejor te lo declarará la experiencia comunicándolo, que no mi lengua parlandolo. Pero créeme, mi amor —mira, Dios te guarde de que eres niña y yo ya tengo muchas experiencias en esto que tracto y muchas lazerías en lo que vivo— que mientras te picares de estar tan entera toda tu vida, que entera te quemarás y entera te dessearás y entera te desharás y entera te comerá la tierra. Y al cabo al cabo, pues no ay quien nos oya, esso que tú ya me entiendes, para comunicarlo con el varón te lo dio Dios a ti y a mí y aun a la reyna. Pues allende de ser natural la tal comunicación para el aumento de las racionales criaturas, dizen —y aun digo que sé que es así— que en esto naturalmente dessea la muger al varón como la tierra seca el agua para produzir, y la materia a la forma para ser informada de ser perfecto. Y si tú quieres ser sana de todas tus indisposiciones interiores y exteriores, haz lo que te digo y culpame si mal te fuere y mal te supiere. Y con esto, callo.

BELISEA.- Tanto dizes y tanto rodeas, que aunque no quieran te han de entender los que te escucharen y aun creerte los que te entendieren y precipitarse los que te creyeren. Pero di, Marcelia, ¿y la honra de la donzella?

MARCELIA.- Que la ponga en poder y guarda de su marido, cuya es más al proprio.

BELISEA.- Peligrosa estás. Y porque veo que me derruecan tus persuasiones a creerte, y del tal creer saldría la obra y de la tal obra mi perdimiento, porque no tengo por muy limpias tus palabras ni por en todo sanos tus consejos para mí, cesse esta plática. Y porque huelgo que sepas con todo esso que amo y quiero a Floriano más que podría dezirte, vémele a visitar y la visita sea de mi parte. Y no le digas que estoy mala, pues si lo estuve fue hasta que me dixiste que él estava bueno. Y llévale este anillo que yo me quito del dedo del corazón para ver si con traerlo él tornará a cobrar la virtud que esta piedra solía tener para el mal de corazón, aunque no de los males y de la qualidad del mío, cuya raíz del mal procede de la infeccionada voluntad, herida del sensual querer. Y digo que le digas que se le doy en señal que quedo por suya, atendiéndole para el quando me prometió; y yo le atenderé la palabra que de mí tiene y agora de nuevo le torno a dar por ti. Y tú toma por la vista, y porque te hago embaxadora de gran entidad, que es del crédito de mi voluntad. Y quiero que de mi mano llesves esta cadena de oro con esse joyel de piedras ricas, y que pues le quito yo de mi cuello, le pongas tú al tuyo. Y ve con Dios, que vendrá mi padre como suele. Y llámame luego a Justina, que m'[h]e de vestir.

MARCELIA.- Yo voy con tu gran merced y con mucha mayor esperanza a cumplir tu mandado,

pues sé que seré bien recebida y aun gualardonando mi camino allá.

JUSTINA.- ¡Buena sales, hecha dama con tu joyel!

MARCELIA.- Porque sé que no te pesa que me la hayan dado, le saqué así como me lo pusieron, hasta que le viesses tú, y luego doy con él en la bolsa. Y tú entra a dar vestido a Belisea; y alégrala y alégrate, que también daré tus encomiendas hasta que veas al tu joyel, que tú tienes en tanto y más y con razón que yo éste. Pues éste cumplirá mis necessidades y aquél cumplirá tus plazer. Y pues así me acoges de vergüença, ve con Dios.

(Agora digo que no creo en sueños, pues tan al contrario me salieron en bien de tanto mal como ellos me representaron. Pues aun yo seguro que el anillo que no me rente poco. He allí el Despensero; mi sueño del todo mentira y aun la de Fulminato salió más aprovada. Visto me ha; quiero guardar estas joyas porque quizá no las conozca, ni aun no presuma cobdiciarlas como el otro necio mis ganancias, porque dizen que ‘ojos que no veen, corazón no dessea’.

DESPENSERO.- ¡A, señora! ¿Y por acá estava tanto bien?

MARCELIA.- ‘Bien o mal —como dizen—, mi casa le sabe’. Pero gran rato ha que entré a ver a Belisea.

GRISINDO.- Yo bien te vi, señora, pero pensé que eras otra, como andáys las mugeres quando queréys tan arreboçadas, que aun el marido no conocerá a su propia muger.

MARCELIA.- Ni aun con todo esso a vosotros los hombres espantamos para que nos dexéys, ni aun así nos podemos encubrir de los ojos placeros vuestros.

DESPENSERO.- Los ojos para mirar los dio Dios al hombre.

MARCELIA.- Dexemos essas pláticas agora. Y digo que huelgo, que me mintieron de vosotros unas ruynes nuevas.

DESPENSERO.- ¿Qué tales?

MARCELIA.- Que os havían muerto a entramos esta noche; y aun yo que avía soñado un sueño que salía a ello.

DESPENSERO.- Por esso dizen que no creas en sueños. ¿Pero quién te pudo dezir tal?

GRISINDO.- El valiente de la capa de añoche sería.

MARCELIA.- ¿Quién era ésse?

DESPENSERO.- Fulminato, que si le preguntas a Grisindo qué pies tiene, havrás plazer.

GRISINDO.- Pregúntenlo a él, que le valieron los pies que no le ancançasse, aunque me tengo por suelto. Pero de su valentía dará testimonio la capa que arrojó al Despensero, pensando que era toro.

DESPENSERO.- Callemos en esto, que tengo pena porque no le cogí.

GRISINDO.- Por Dios, que según corre que no le tomen sino es con lazos. Pues dezir que él esperará a un rapaz que le haga rostro, es por demás.

MARCELIA.- No acabo de espantarme de ver sus embustes, que oy me dixo que le avían salido un tropel de ellos y que a los dos que alcançó dexó muertos, y que al uno conoció con las candelas que sacava la gente al ruydo por las ventanas, y ésse dixo que eras tú.

DESPENSERO.- Pues porque para que rías bien lo que passó y comiences a creernos, muchacho baxa essa capa de grana que está sobre essa mesa. Y otro día conosce quién es cada uno; y tómalas, señora, o mira si mandas que te la lleve este moço. Y esta noche nos ten por combidados a cenar, que yo mandaré llevar todo reca[u]do a tiempo. Y sobre cena oyrás lo que passa, y aun con determinación, que si le cojo de camino, que él me pague hecho y por hazer.

MARCELIA.- No cures de enojos. Pero ve quando mandares, con que no vayas con gran tropel.

DESPENSERO.- Grisindo y yo solos. Por esso ve con Dios.

MARCELIA.- Yo me voy y llevo la capa so el manto, porque si la veen al moço es conosciada y descubrirse ha la celada.

DESPENSERO.- Hágase como mandares. Ve con Dios.

GRISINDO.- ¡Qué aguijar lleva el diablo! Grandes tramas deve de urdir con Belisea.

DESPENSERO.- Allá se lo haya. Muger son, ellas se entienden. Subamos, si quieres, que se nos enfriará el almuerzo que nos aguarda sobre la mesa.

GRISINDO.- Vamos luego y acuérdate de la cena que sea con tiempo.

Argumento de la scena xxxvj

Yendo Marcelia y subiendo sin llamar en su casa, asconde la hija un estudiante en una nassa de pluma y haze a la madre encreyente que tiene allá la criada de Gracilia huyda. Vase Marcelia a reñir a la Gracilia por la criada; entiéndelo Gracilia y dissimula con Marcelia. Vase Marcelia a Floriano con su mensaje de Belisea. Gracilia va a Liberia y echan el estudiante fuera de mala manera.

Marcelia. Liberia. Gracilia. Pinel. Estudiante.

MARCELIA.- ¡O, cuán dichosa he estado oy en venturas! Y pues oy todo me va de bien en mejor, quiero aguijar tras la fortuna e yr a mi casa a sólo dexar estas preseas y caminar por la ganancia que espero de Floriano. Pero qué encerrada está mi hijuela, y otras vezes tiene toda la casa de par en par. Ta, ta, ta. Asuadas, que según sus cuydados que duerme ella agora. Quiero ver si podrá caberme la mano y abrir esta aldava d'esta escalera. Bien está, hasta en esto tuve dicha de abrir tan presto. Y por tanto, dicen, que 'es peligroso el ladrón de casa'.

LIBERIA.- ¡Ay, mala landre me mate! ¡Desdichada y perdida yo, que mi madre suena ya arriba! ¡Ay, señor, por la pasión de Dios!, que te metas en aquella nassa de aquel rincón que está en lo obscuro, porque mi madre luego entrará acá en la cámara. Y en tanto, yo salgo a detenerla en palabras.

—¡Ay Jesús, madre, y cómo abres así la puerta sin llamar, que toda me has turbado de miedo, que pensé que era otro!

MARCELIA.- Mas estate tú dormiendo al cabo de medio día, ¿que así se haze la labor?

LIBERIA.- Mejor me ayude Dios que dormía.

MARCELIA.- Pero ace[c]havas los ratones. Mas con todo, ¿qué suena en la cámara? Espera, veré quién es.

LIBERIA.- Oye, madre, lo que passa, que es una poquedad, que havrás vergüença de oýrlo.

MARCELIA.- ¿Qué es?

LIBERIA.- De mi prima, que porque le quebró la su muchacha un cántaro la dexó medio muerta y ella se me acogió a casa, tal que no está de ver. Que, por mi vida, si ella se fuera a los alcaldes, como quiera si yo la dexara, que no le fuera bien a mi prima, en especial que ésta es una muchacha callada y esclava en servicio y sabe cuántas flaquezas ay en mi prima. Mira, pues, si fuesse con ellas a plaça, qué ganava mi prima, que no sabe sufrir algo.

MARCELIA.- ¿Pues qué es de la moça?

LIBERIA.- Aý la tengo medio por fuerça, que desde te oyó llamar, pensando que era su ama, se me abscondió. Pero como ya te reconocimos ser tú, estávame agora rogando que no te dicesse nada. Y creo que se metió tras tu cama, más arañada la cara que no sé qué me diga.

MARCELIA.- Anda, sácala acá.

LIBERIA.- ¡Ay, madre!, por amor de mí y por el siglo de mi padre que no la afrontemos, porque se ecomendó a mí que la encubriesse y mejor será que por bien yo la torne a mi prima que no que se nos huya de entre manos.

MARCELIA.- Pues luego estése, que yo la dexaré. Y quiero entrar allá a desembaraçarme d'esto que traygo.

LIBERIA.- Pues daca, que yo lo pondré allá.

MARCELIA.- Y calla, bova, que pues ella está escondida y yo no la buscaré, mejor es que me vea entrar y que no la veo ni hago caso de ella y ansí no pensará que yo sé que está dentro. Y luego en saliendo, yré a tu prima y le daré una mano sobre ello de lengua.

LIBERIA.- ¡O, soberana Virgen Sancta María, y guárdame oy con mi honra! Que yo no osaré entrar con ella dentro, porque si halla al otro yo no paro en esta casa.

MARCELIA.- ¿Dime, Liberia, por qué no hazes esta cama, que parece que puercos la hoçaron? En toda tu vida has de ser para nada. Cata, hija, que las moças han de ser calladas y desembueltas y suffridas y estar en su casa y no andar de vezino en vezino. Y cata que dizen que 'oy te reñiré y mañana te halagaré'.

LIBERIA.- Por mi salud, que aquella plática endereça mi madre a la moça, que piensa que está allá escondida.

MARCELIA.- Este joyel quiero guardar en este cofre mío, que la capa aquí se quedará sobre esta cama hasta que yo vuelva, que la coja y la guarde. Pero cata, ¿qué diablo de loba es ésta que está en este estradillo de mi cama? Y qué porquería tan grande. ¡Jesús, Jesús, qué hedor de orines que el jarro está derramado! ¡O, maldita sea esta lebronaza, que de un día para otro se los dexa en el jarro, que basta a dar pestilencia tal hedentina!

—Di, maldita tú seas, que huyendo salgo de tal hedor, ¿no puedes derramar los orines luego de mañana? Y aquella loba que allí queda, ¿cuya es o cómo está allí?

LIBERIA.- ¿Luego no te lo he dicho?

MARCELIA.- ¿Y qué?

LIBERIA.- Que diz que queda un abad o estudiante en casa de mi prima; y ella que dio en la moça y la moça tomó la puerta y con su loba a cuestras. A gran dicha, yo que asomé a la puerta, la vi que se yva a presentar y a quexar alalcalde Ronquillo, y llevaba la loba para testigo de las cosas de mi prima. Por esso, mire si hize chico bien en detener la moça, según yva denodada y mal parada y con su loba a vista de todo el mundo.

MARCELIA.- ¿Que esso passa?

LIBERIA.- No te añadido punto.

MARCELIA.- ¡O, maldita sea aquella loca, que nunca mirará lo que haze, que todo piensa que es

ser de su llaneza de condición! ¡O, hi de puta, pues a qué páxaro se yva la muchacha! Si una vez entrara en este barrio, por nuestros peccados, que hallara razonable presa. Y aquella necia, después de que él la eche la garra y la afrente, en Dios val con su sentenciar en cerco: ‘búscame por aÿ la suelda’.

LIBERIA.- Y aun por esso, madre, hize yo lo que he hecho.

MARCELIA.- Heziste lo mejor del mundo. Dame acá la loba y llevársela he so el manto y diréle lo que no quiera oÿr. Que por mi vida, que a mi sombra está tenida y honrada y acreditada, que no es poco en este barrio. Y mirad vos qué quenta diera de sí y de mí traerme alcaldes, y aun tales, a mi casa y a la suya.

LIBERIA.- Toma la loba. Aunque me paresce fuera mejor que por ella viniera mi prima para que así por fuerça yo haga los perdones.

MARCELIA.- Y calla, bova. ¿Y si está el dueño en casa, cómo saldrá? En especial si ya ay allá enojos sobre ella, de manera que los vezinos sean públicos testigos de nuestros occultos defectos. Quédate, hija, y mira por tu casa y por la honra; y no me aguardes a comer, pues tienes harta vianda; come y alaba a Dios. Y si el dispensero embiare algo, aderéçalo todo a punto. Y aun si vieres que es menester, llama a tu prima; o si no, essa su moça que te ayude.

LIBERIA.- ¡O, bendita sea la Reyna de los ángeles, que de tal piélagó me ha sacado! Pero agora queda otro barranco, en que sepa mi prima oÿr y sufrir y dissimular con mi madre. ¡Y estotro asno, maguera polidillo, y qué tanta ciscadera tuvo que ni guardó loba! Y quiera Dios que la cobremos; y también derramó los orines. Abaxo me voy para que si torna mi madre y allá no se hizo bien, acá lo tornemos a soldar de otra manera.

GRACILIA.- ¿Dónde bueno por acá, tan sobarcada, señora tía? ¿Traes algo que comer?

MARCELIA.- Traygo que reñir, que si en tu casa te hallara, como estás a la puerta, tú oyeras oy de mí. Veamos si es cosa de muger cuerda, y más teniendo el estudiante en tu casa, arañar la moça porque te quiebre un cántaro, de manera que si tu prima no la tomara esta loba ella yva buena a quejarse a Ronquillo de ti, tal que no yva para ver. Por tu vida, que mires más por la honra.

GRACILIA.- Ya, ya, algún trasparamento deve tener mi prima en casa y quiso escusarse conmigo, porque mi muchacha bien contenta y almorzada fue. Pero porque no lo entienda mi tía, quiero yo dissimular y hazer de la enojada. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Pues no me respondes? ¿Paréscete que ponías buena tu honra, y aun la mía, que tengo de tornar por ti de audiencia en audiencia?

GRACILIA.- ¿Y qué podía llevar aquella picuda, que yo la quemaré oy la lengua porque vaya con nuevas de lo que la persona no sospecha? Y dado que algo haga, es para los ojos de Dios y en su casa. Pero aquella novelera, golosa putilla, yo la marcaré oy, aunque en tu casa esté. Perdóname por ello y déxame yr por ella.

MARCELIA.- Anda ya, loquilla; no juegues así con la honra con rapazas que dirán lo suyo y lo ageno. Toma la loba y éntrate luego en casa y despide al dueño; y repósate y loa a Dios. Y después

te puedes yr con tu prima, que queda sola, y comeréys juntas y aun quiçá cenaréys, que yo voy a un poco de priesa y no sé qué espacio me darán allá. Y cata que no me has de dezir a la muchacha peor que su nombre por esta de agora; después, si otra hiziere, ‘que lo pague junto, como el perro los palos’. Y quédate a Dios y acójetelo luego con esse vestido, que no sabes quién passará que le conozca, y te oya y te entienda lo que passas dentro de tu casa; y también que ya sabes qué vezindado tenemos en este barrio, que todos son cintinelas de casas ajenas.

GRACILIA.- Agora, señora tía, ve donde vas, que bolviendo nos veremos y verás que no soy tan culpante como me hazes por el dicho de una muchacha, Pero al fin, por amor de ti, yo digo que toda mi justicia dexaré en tu mano, aunque mucho me violentas en no me dexar en mi casa hazer lo que devo. Pero ve con Dios, que ella hará otra y pagarlo ha todo.

(Agora que es ida, guardo por si o por no la loba, que siquiera por la infamia que me cuesta no la llevará con tan poco rescate el licenciado que deve tener mi prima, que poco más o menos, por lo que aquí vi este día, lo imagino. Agora voy a ver qué haze mi prima, que por mi salud que toma bien el officio de la madre, y aun que las haze y las cubre bien y aun saca bien brasas con mano ajenas).

LIBERIA.- Ya no paresce nadie, y mi madre ya la vi yr de en casa de Gracilia. Y pues deve de quedar bien soldada la quiebra, pues mi madre no bolvió a mí, quiero yr a echarle de la nassa y aun de casa. ¿Pero mezquina yo, que no sé que me haga de la loba?

GRACILIA.- ¿Qué hazes, prima? ¿Qué alboroto es este tuyo y el con qué fue tu madre a mí? ¿Qué tienes, qué tienes acá? Que por poco lo borraríamos todo, sino que quiso Dios que luego entendí en las pláticas de mi tía que devías tú de tener algún trasparamento.

LIBERIA.- ¡Ay, mezquina de mí, que estoy tan turbada y cortada que ni estoy para menearme ni para saber responderte! ¿Pero qué fue de la loba?

GRACILIA.- Mas dime, ¿qué fue del asno?

LIBERIA.- ¡Ay, mezquina, que en la nassa de la cámara de mi madre está!

GRACILIA.- ¿En aquel gran cestón que está en lo obscuro de la cámara?

LIBERIA.- En aquel donde vaziamos la pluma de unos cabeçales este día.

GRACILIA.- Hermoso estará en suda y en blando. Pero, asuadas, que será el matriculado de Sant Julián.

LIBERIA.- El mesmo es, mala landre me mate, que de importuno no pude valerme d’él.

GRACILIA.- Pues que lo pague como asno por esso, pues, [es] el gallillo loquillo de los requiebros de mi puerta destotro día. Déxame con él, que la loba no la viste él más; y aunque es poco por ser lo que yo creo, ya tú se lo havrías a él pagado. Y no te me corras, que por mi salud que hazes bien, porque tan donzella te pedirán agora por muger como antes. Pero dime, ¿qué haremos antes que buelva tu madre, si ya ella no lo entendió o vio o barruntó

LIBERIA.- Ella, ni poco ni mucho, sino que me creyó que tenía tu moça y que le tomé aquella loba que llevaba de no sé quién que quedava en tu casa.

GRACILIA.- Pues luego, por mi salud, que pues con tú hazerlo lo pago yo en la sospecha, que yo

haga de la bova como si lo oviera havido él conmigo lo que havrá contigo, si él no fue muy lerdo y tú muy bova, aunque no te tengo por tal.

LIBERIA.- ¡Ay, déxame a mí, si hize o no, de correr tanto! Pero mira que sin la loba no le echaremos de casa; ni aun por medio del día no sé cómo él yrá en cuerpo donde todos digan: **¡Error! Marcador no definido.** Cata que más hemos de mirar del interés.

GRACILIA.- Agora te digo que estás restituydora del todo. Pero he allí a Pinel, que soldará estos embaraços.

PINEL.- ¡O, señora Gracilia, qué mala eres de sacar de rastro!

GRACILIA.- ‘Donde no estoy no parezco, como el rey’. Pero ya pues Dios te traxo a tal coyuntura, ayúdanos a echar fuera un loco que se le ha metido en la cámara de mi tía a mi prima, que está tan mani[d]a de miedo que venga su madre y piense otra cosa.

PINEL.- Pues vamos luego, porque de priesa vengo a te hablar dos palabras.

GRACILIA.- Pues déxanos subir a nosotras; y si le pudiésemos hazer baxar, Dios qué bien, y si no, subirás a nos favorecer.

PINEL.- Aquí aguardo en el portal. Sea presto.

GRACILIA.- Pues mira, prima, que yo hablaré alto, de manera que él piense que soy tu madre. Y verás lo que oy hago por ti.

—¡A, Liberia! Di, maldita seas, ¿no te menearás más un día que otro? Acaba ya, que viene aquí el señor mi primo por essa nassa que está en mi cámara, que ya días ha que ma la pide para echar trigo.

LIBERIA.- ¿Y tú no ves, madre, que está llena quasi de pluma?

GRACILIA.- ¡Anda ya, maldita seas! Esté como estuviere, que tal se la he mandado. Desembaráçasela, no le hagas aguardar, que están aÿ los hombres que la han de llevar. Y tú ya sabes que él que es un renegado, y no cabremos aquí con él si luego no desembaraçamos.

ESTUDIANTE.- ¡O, al diablo encomiendo estas putas, y sino me tienen peor que pato con pluma y aun agora que me aya de ver nadie! ¡O, qué gran mal es andar el hombre sin armas, que yo saliera oy de manera que lo llevara el diablo todo! Pero no creo en los grados que tengo si aquí está mi loba; pero pues yo tengo el pago de mi locura, con esta capa de grana me cubro y boto a la mano de Dios. Pero no sé por dó tengo de salir ni cómo.

PINEL.- No me parsce que le pueden hazer baxar. Quiero amenazarle de acá.

—¿Qué es d’él, qué es d’él? Que no creo en tal sino le saco el alma si allá subo.

ESTUDIANTE.- No es cosa ésta de parar.

GRACILIA.- Ya, señor, no aya más. Déxale, por tu vida; no cures de subir que ya va por la escalera del corral huyendo.

PINEL.- Descreo de mí si no le tengo de conocer y sacarle el alma.

GRACILIA.- Tenle, Liberia, tenle, no suba y le mate, que yo miraré por esta escalera del corralejo que no suba nadie.

ESTUDIANTE.- A la fe, esto ya va de hecho. No me arrampen oy en esta casa puta. Salgo, que ‘más vale vergüença en cara’, etc.

GRACILIA.- ¡Ay, ay, Jesús, Jesús, el ladrón que lleva hurtada la capa!

PINEL.- Esto ya va de veras. Subo a ver qué es.

—¿Qué es esto, señora Gracilia? ¿Cómo estás tan emplumada?

GRACILIA.- ¡Ay, que va el loco y ladrón con su capa colorada arrebozado y sembrando pluma! Y veys cuál me paró al passar y aun me arrojó dos puntapiés, sino que me quiso Dios librar, que matárame.

PINEL.- ¿Y essa capa? Si es la que le falta a Fulminato.

LIBERIA.- ¡Ay, mezquina yo, que ella deve ser! ¿Y qué dirá mi madre?

PINEL.- Yo voy tras él, que no se me irá.

GRACILIA.- Calla ya, prima, que esto está hecho. Y si Pinel no le pudiere cobrar, ya todos le vimo salir con el hurto y delante todos se nos fue; no tienes culpa. Y también cuya es la capa la cobrará y aun nos vengará del que la lleva, pues ya sabemos quién es, quanto más que Pinel es tal moço que dará cobro d’él. Yo me voy a mi casa a poner en cobro la loba, que no lo sabrá si[no] Dios y nosotras. Y d’ella harás mañana en mi casa una saboyana, porque sepa el licenciado a cómo se vende la carne en tu tablaje. Y agora te queda y cierra bien tu puerta por si o por no, que yo voy a aguardar a Pinel que me quiere hablar; y si truxere la capa, allí la tendrás con la loba.

LIBERIA.- Pues ve con Dios, hasta que esto lo riamos otro día con más sosiego, plaziendo al Señor.

Argumento de la scena xxxvij

Estando Lydorio, el camarero, tractando con Fulminato de los que succedió a Floriano, llega la Marcelia, y con ella entra Lydorio a Floriano donde él está.

Lydorio. Fulminato. Marcelia. Felisino. Pinel.

LYDORIO.- Grande es el reposo que oy veo en esta casa. Dios quiera que sea para mayor bien, porque veo a Floriano metido en un camino que no sé qué tal querrá Dios que sea el paradero. Ayer tarde me parece que se tractava de que había de yr a verse con la que él llama su señora, y no me parece que quiso acompañarse de más de solos tres moços y un paje, teniendo tantos continos y gente de casta a su mandado que comen su pan. Pues andar de noche no lo tengo por bueno ni seguro; pero no andar muy a lo seguro téngolo por locura, porque de noche ni se conosce cuál es bueno ni cuál es malo. Pues ya que va de noche, mejor es que le digan **¡Error! Marcador no definido.**, por verle con autoridad y a recaudo, que no que digan **!Error de sintaxis, ¡.** Y lo que me parece mal es que no ay hombre en casa, ni continuo ni mayordomo, ni veedor ni otro que diga que le ha visto, mas de que dizen que duerme. Gran descuydo ha sido este mío, porque dado que yo haga la voluntad de Floriano en dexarle solo, pues él se acompaña de muchachos y gente de baxa suerte, pero al fin viendo yo el daño no hago lo que devo a la fe del buen duque Florineo, su padre, que en buen passo esté su alma. Cierta que de oy más la consciencia me carga y el temor del daño pide que yo ande más alerta sobre las cosas de Floriano. ¿Pero qué puede mi buen zelo y gran lealtad hazer con solo buen desseo y poca posibilidad? Porque el aviso y correction fraternal dévela dar el hombre adonde cabe y callarla donde con el consejo haréys mayor daño, y causáys malquerencia y cresce la malicia y dóblase la pertinacia. De manera que lo que se hazía en el que errava con sola inclinación moça y sensual y con persuasión de los aparejos y con falta de resistencia de la razón, después lo haga con doble peccado de voluntad maligna, peccando contra Dios con pretender de daros pena a vos que le avisastes y corregistes. De Floriano, pues, yo tengo lástima a su honra y gravedad y hazienda y alma. Lo primero porque le comiençan a cobrar en opinión de poco assentado y mal concertado en sí y en su casa. Lo segundo porque da parte de sus flaquezas y tracta y communica un duque Floriano y en ojos de una corte imperial con un paje y unos moços d'espuelas. Lo tercero, he lástima a su hazienda, que la veo andar baylando en manos de amigos públicos de ella y enemigos secretos de él. Y véole yr tras chismosos, tras rufianes, tras putas, tras alcahuetas y con gente que con su dones se honren, y de la honra d'él despedacen camino de los burdeles, do se gaste mal la hazienda del que la heredó bien y la posee bien, y la dispensa y gobierna mal. Lo quarto, he lástima a un alma que con ser por sí noble en ser hechura a imagen de Dios y con haverle dado Dios compañía de cuerpo, no de sangre y ralea vil pero noble y generosa y real, con todas estas circunstancias ella es peor tractada y más mal mantenida de virtuosas obras que si cayera en suerte de ser un porquero. Porque allí, tras su vil ganado, ella se

podía salvar; y aquí, mandando a tantos buenos y sabios y nobles y virtuosos y generosos, ella anda aperreada y hecha estropajo a la disposición de la sensualidad moça y libre y rica y mal aconsejada, como la ay en Floriano al presente, si Dios no lo remedia. Porque veo que el oÿdo y el creer de Floriano pende de las mentiras y embustes d'esta gente, que con él tracta a salvo de su ganancia y a pérdida de Floriano. Y veréys que no dará audiencia ni crédito a un criado antiguo, leal, servicial, amador de su honra, defensor de su persona, augmentador de la gloria de su estado; y aun, lo que peor y más peligroso es, que os cobrará enemiga porque le retraéys de los vicios, le desseáys la salud y le procuráys por la hazienda y le tractáys de ensalçar su honra. Y esto es porque ay oy en día pocos criados antiguos fieles bien medrados en las casas de los señores. Porque el fiel criado, condoliéndose del daño de su señor, atrévese con buen zelo y amor a le avisar y retraer; y como por esto ve que cae en desgracia del señor, álçase a su mano, busca un achaque; y el señor que huelga que él le tenga para yrse a su casa con sus hijos y muger, y dexa de autorizar el palacio del señor moço y mal aconsejado; y ansí faltan las muchas canas y sobran las muchas chismeras. Y aquéllos, por fieles, vanse con quitarles la ración porque no asisten, y darles a más librar —más por vergüença que compelle al señor que por voluntad que le combide— el medio acostamiento porque se van como buenos, y llévanle doblado los livianos que asisten porque se pican de andar más galanes que graves. Y porque éstos, con lo no merescer, por medrar se subjectan a todo, y los otros con haverlo ya merescido confían en su bondad y lealtad que merescen algo, y ansí oy en día la gente que más mentiras y más adulaciones oye y menos verdades espera son los señores, que se hazen enemigos de quien los ama, queriéndolos sanctos y virtuosos y amigos de quien los aborresce en la virtud. Porque tanto menos medra un criado sobervio quanto el señor es más humilde, y tanto más medra un criado luxurioso, que anda callejero y ventaneros los ojos a ver qué cobdiciar y a ver qué poder avisar al señor de que vio acullá la hermosa, quanto más el señor es dado a las mugeres. Y ansí se han tornado los palacios acorro de viciosos, porque se despueblan de viejos y se acompañan de moços, y porque ay poca audiencia de verdades y gran gula de mentiras, porque oy en día es muy cierto el vulgar: 'que mal me quieren mis comadres, etc.' Y por esto, con poca autoridad de los palacios, los sirvientes de pelillo, los mentirosos, chismosos, malsines, truhanes, dezidores maliciosos, chocarreros, como hallan audiencia en el señor ansí los tornan de su talle, si Dios y la buena condición no los difiende de inviciarse. Porque como dize el Psalmo: **!Error de sintaxis,** (. Y aun en tanto es muy peligrosa al bueno la mala compañía, en quanto más aÿna se nos pega la mala costumbre que no la buena, porque más daña una viciosa palabra que aprovecha un largo sermón. Y ansí dize la Escritura que corrompen las buenas costumbres las perversas palabras. Y el que quiere guardarse del mal no se deve fiar de sí mesmo, con dezir que tiene buena inclinación, que es sabio y alcança lo que es malo, que es noble y que la nobleza le combidará a la virtud. Porque donde no anda el favor particular de Dios y donde tercia la ruin compañía y la propria sensualidad obra, no ay muro firme que defienda, porque el señor no guarda la ciudad —dize el Psalmo— por demás vela el que la guarda. Que agora ninguno más sabio que Salomón, ninguno más rico, ninguno más acatado, pero ni le valió el ser rey ni le mamparó la su sabiduría ni se le acordó del favor que Dios le havía mostrado con terciar la sensualidad propria con

la compañía de las mugeres estrangeras que le hizieron ydolatrar, que es el mayor de los peccados, porque tras el negar a Dios nada queda que perder el hombre que algo sea. Pero aquí asoma una buena joya de los de la confradía. Quiero saber d'él lo que ha passado, aunque dudo si él sabrá dezirme verdad, ni aun yo pensar que él la diga para me obligar a creerle, porque el que por mentiroso es tenido, aunque diga verdad no es creydo.

—¡Ha, Fulminato! ¿De dónde vienes?

FULMINATO.- Vengo de la armería y de hazia Santiago.

LYDORIO.- Todo esso es un camino. ¿Por qué tú lo divides?

FULMINATO.- Porque allá fuy a diversas cosas, porque a la cal de Santiago fuy a buscar mi capa de grana que me havía dado Floriano en pago de la que me harparon los seys por su servicio y honra en la cal de Francos.

LYDORIO.- El que te la dio Floriano bien lo sé. El por qué: días ha que te lo oÿ a ti contar, que para tus hazañas pocas vezes buscas tú más testigos de tu lengua que lo relate. ¿Pero cómo la vienes de buscar y de allí?

FULMINATO.- ¿Luego no sabes lo que passó anoche?

LYDORIO.- ¿Y qué?

FULMINATO.- Pues porque no digas que no ay testigos de mis hazañas, preguntarlo has a los que ivan anoche con mi amo.

LYDORIO.- En tanto que ellos no parescen, dímelo tú brevemente, porque si llevare camino de creerse, creértelo he, y sino oÿrlo he.

FULMINATO.- Ya sabrás la yda de Floriano.

LYDORIO.- Bien la sé.

FULMINATO.- Pues también sabrás el a qué y adónde.

LYDORIO.- Presúmolo. Ven al punto.

FULMINATO.- Pues yendo por aquella calle, yo que iba delante asegurando el campo, salieronme unos quatro de través, que por yr ellos bien armados y a mí me ver con sola espada y capa, presumieron de se me atrever. Pero en dos palabras los puse en tal estrecho que por la calle abaxo, tomando las viñas, se me salvaron por pura pata. Yendo, pues, yo tan cevado en ellos y tan goloso de alcançarlos y ellos tan sueltos en el correr, me hizieron descuydar de la capa, hasta que oy la eché [de] menos queriéndola cubrir.

LYDORIO.- Son tus hazañas tales y tan estraños tus hechos que ni te culpo, porque yendo desarmado y siendo tan buen corredor y yendo ellos armados no los alcançaste, mayormente si corriades en oppuesto: unos para huyr de los otros. Pero pues que en tal caso y por tan buen señor perdiste la capa, quien te dio aquélla por un hecho te dará otra por esta valentía. ¿Pero a qué ivas a la armería?

FULMINATO.- Diziéndote lo que passé, bien debes de adivinar a qué iba yo a los armeros, porque las armas quedaron tales que no eran para traer, ni la espada buena para poder entrar en la vayna con mellas.

LYDORIO.- Dime, Fulminato, ¿cómo diste a adobar las armas, que yendo corriendo tras los otros

desarmado no llevavas, ni la espada se melló en los que por su buen correr no alcançaste?

FULMINATO.- ¿Cuéntasme los bocados? Pues espera, que yo te responderé por tiempo entero. Muy ganoso estás, señor Lydorio, de que no te calle nada. Porque como aquellos se me fueron por pies, vine a la posada y arméme con bolverlos a buscar; quando quise vestirme de sobre capa para tapar la malla, halléme sin capa, pero tomé otra. Y saliendo en busca de mi caça, topé otros seys, que en el herir no me parecieron los primeros; pero como Fulminato yva a buen recaudo, a fieros golpes los desbaraté, y aun heridos de ellos me tormaron las viñas todos.

LYDORIO.- Ya has contado de ti. Agora me di qué fue de Floriano y los otros.

FULMINATO.- Aunque con peligro por la falta de mi persona, pero con buena ventura, fueron y negociaron y tornáronse en salvo, porque yo había andado al ojeo.

MARCELIA.- ¡O, gracias a Dios que ya llegué acá y me pude descabullir de tan importuna cosa como este mayordomo del abad, que al cabo al cabo nunca veo que su árbol me da más de hoja de parola, y con quién lo ha!

LYDORIO.- Cata, cata, he allí la partera de los partos de Floriano. A buen tiempo viene para informarme de lo que passa, que hartó mal es el nuestro quando ha de preguntar hombre a una gente tal de los secretos del señor, que ellos no sirven.

—¡O, qu'en ora buena vengas, señora Marcelia! ¿Ay algo de bueno en tus nuevas?

MARCELIA.- Siempre yo las he traído buenas a esta casa. Y agora si me pones con Floriano no las habrá menos. Y que sé yo que en qualquier ocupación que él esté se desoccupará con el plazer de mi venida.

LYDORIO.- Eso creo yo antes que si fuera un varón de Dios. [Ap.]

MARCELIA.- ¿Dizes algo, señor?

LYDORIO.- No más de que pues tales nuevas traes y con tanta priesa, anda, acá entremos.

FULMINATO.- No miráys el majadero, que estando hablando conmigo me dexó y se va acompañando una menos muy poco que pública del burdel. Pues reniego de la espada de Sant George y aun de la escrivanía de Sant Lucas, si al cielo no se me acoge, si no escribo con el cuchillo del puñal en aquella cara puta el nombre de Fulminato, porque quien la comprare sepa que me deve mi décima; y aun que a Lydorio yo le dé a conocer cómo se despide otro día de la persona.

FELISINO.- ¿Qué es aquello que haze el valiente? ¿Qué tal tirar de barba tiene y dar de pie y mirar en arco? Quiero ver qué cuento tenemos nuevo y si son enterrados los de anoche.

—Di, Fulminato, ¿de qué te muestras tan enojado?

FULMINATO.- ¿Y cómo no lo tengo de estar? Y aun de mí mesmo.

FELISINO.- De essa manera tú mesmo harás tus amistades. ¿Pero qué fue?

FULMINATO.- De acordarme quán poco corrí anoche.

FELISINO.- ¿Heriéronte?

FULMINATO.- ¿Qué herir? Pluguiera a Dios que no me conocieran porque me esperaran y aun me lo pagaran, porque no es menester más de que me reconozcan los que saben mis golpes para que en viendo mi espada fuera me huyan; tanto que me pesa muchas vezes porque me conocen. Y así me dissimulo quanto me suffre la acelerada condición, porque si esto no fuesse más de tres gallillos traería yo de mi mano sin las crestillas de orgullo que traen tan salidillas. Pero ya sabes, hermano, que ‘mudar costumbre es a par de muerte’, que te doy mi fe que si con mi condición pudiesse acabar de ser algo asegurado que yo tuviesse más pesca, aunque no tengo redes ni aun caña.

FELISINO.- Por esso dicen: ‘cata que quien no assegura no prende’. Pero mira cuánta mentira ay en el mundo y aun embidia de tus hechos: ya avían dicho que te corrieron la çapata unos dos.

FULMINATO.- Dime quién lo dize, porque una tal vellaquería, quando vaya a oÿdos de mi amo, lleve ya el castigo a costas.

FELISINO.- No ay para qué sepas quién. Pero mudando hitos, no quiero que me digas qué heziste anoche, que luego disparaste a nunca más ver, porque bien presumo que andarías en passos de tu officio. Mas ruégote que me digas qué fue de tu capa de grana.

FULMINATO.- Huélgome que me ayas conocido, porque quiero como amigo —que otro no lo ha sabido de mí— que sepas que anoche fuy en seguida de unos no sé cuántos rufiancillos atrevidillos, y como los amonté, valiéndoles los pies, bolví en vuestra busca y nunca os pude encontrar. Pero para satisfazerme a mí mesmo, salté sobre el muro de la huerta de la dama; y como no sentí dentro bullicio, dexé de saltar dentro a buscaros allá. Y así tornando a saltar al suelo para venir en vuestro rastro por temor que me tendríades menester, y hallé que al subir de presto se me cayó la capa. Y voto a la sancta letra dominical d’este año de quarenta y siete, que en tantico que fue todo ello ni hallé ni rastro de quién me la llevase ni sonido de pies a quién seguir; y así me vine en cuerpo, dándoseme poco de una capa perdida por buen corazón. Y cierto, he pensado sobre ello y hallo por mi cuenta que algunos ladroncillos hijos de vezinos se deven de andar de noche siguiéndome a trecho de mí, como ya todos me conocen, para que si hago algún hecho ellos sepan contarlo por ganar honra en que estavan a mi lado, y aun también para coger las capas de los que ya saben que me han de huyr y jugar a, como dizen, ‘si me viste, alcéosla, y si no me viste, llevéosla’.

FELISINO.- Y aun esso devió de ser. Y cierto, que ellos se merescen poca cortesía. Pero cata allí a Pinel, que es buen testigo de cuánto ha que te buscamos, porque anoche pidiendo por ti Floriano, ya que veníamos, nos mandó buscarte y que todos tres le hablássemos oy.

FULMINATO.- Él también se huelga de saber mis hazañas, porque más lección toma en mis obras para sus cavallerías que en quantos libros tiene de romanos antiguos, pues en ellos lee de dízese, y en mí vee de házese; y como sabes, ‘ay gran rato del dicto al facto’.

PINEL.- Estéys en buen hora.

FELISINO.- ¿Cómo vienes tan alterado el rostro?

PINEL.- Pues no lo puedo encubrir, no quiero callar, que he corrido en servicio de Fulminato.

FULMINATO.- ¿Cómo así?

PINEL.- Porque un ladrón salió d'en casa de tu amiga con tu capa hurtada y aun sembrando pluma. Yo que llegava en tu busca y le vi salir de mala manera, y las moças gritando tras él, tomó su seguida y acogióseme en Sanct Julián, de arte que no pudiendo haverle bolví a Gracilia y contóme una farsa de que vengo atónito.

FULMINATO.- Pues esso quede para su tiempo, que yo voy a sacarle de la iglesia.

FELISINO.- Pues él va tan denodado, vámonos a buscar de almorzar.

PINEL.- Sigue, que después lo reyremos todo, que bien ay de qué.

Argumento de la scena xxxviiij

Sabiendo Lydorio de Marcelia de lo que a Floriano le ha sucedido, entran a Floriano. Marcelia le da su anillo que traÿa de Belisea, contándole lo que le allá avino. Floriano le manda para casar la hija en albricias con otras cosas que más passan de notar.

Lydorio. Marcelia. Polytes. Floriano.

LYDORIO.- Por cierto, tú me has contado grandes cosas. Y aunque yo siempre pretendí apartar a Floriano d'esta cosa, pero pues ella es tal y la cosa va tan travada, no culpo a Floriano, pues como mancebo le prendió el amor y como cavallero sabio se ha empleado tan bien que, si el padre de ella huelga, todo yrá encaminado por Dios y no tendré por tan vana la ganancia de nuestra jornada en llevar tal señora a los vassallos del duque.

MARCELIA.- Aÿ verás cómo, aunque a harto peligro mío, pero mis passos guiava Dios en servicio de tan buen cavallero. Y quiero que sepas que Lucendo, el padre de ella, con ser cavallero de tanta estima y casta y poder en el reyno, y con ser uno de los más sabios que oy tienen ditado en España, quiere y tiene en tanto a la hija que no pensará que erraré en cosa que haga; y hecho, qualquier cosa le perdonará ligeramente. Pero bien tengo yo por mí, que aunque he sido yo harta parte para ponerla en el grande amor que tiene a Floriano, que ni yo ni él ni todo el mundo la harán caer en lo que Floriano querría de ella luego. Y sey cierto que ella está de las enamoradas y penadas de amor de Floriano que jamás amor prendió. Pero está la más casta y constante en el no errar en tal caso que oy ay donzella en el mundo, la menos combatida y la más recogida y la más guardada que sea.

LYDORIO.- Por tanto, me confirmo en más pensar que nos la tiene Dios para que nos mande y la sirvamos; y con razón, pues pocas tales flores tendrá oy el mundo.

—¿Dime, Polytes, duerme aún?

POLYTES.- Mas ya se viste. Y salgo a que se vista el capellán a la missa, que la quiere oÿr.

LYDORIO.- Pues entremos, señora Marcelia, que ya ha mucho que te detienes.

MARCELIA.- Oyamos, si mandas, qué es lo que dize, que hablando está y no nos ha sentido.

FLORIANO.- ¡O, venturoso Floriano, cómo es poco el plazer que muestras para tu gran gozo! ¡O, mi señora Belisea, y si este suspiro te fuesse a dezir cómo estoy en tu contemplación! Pero bien sé que te devo más y más, y mucho devo a Justina; en gran cargo soy a la buena Marcelia y no lo perderá en mí. De manera que Polytes y Justina tengan bien con qué me servir, pues los casé y me lo mandó mi señora, cuyo es cuánto tengo y el señorío con ello. Y a Marcelia yo la daré con que en su casa mientras viviere tenga por qué se acordar de mí. Y a todos los de mi casa quiero hazer mercedes para que cada uno, según es, ansí sienta parte de mi alegría, pues a todos los de mi casa tengo obligación, que me siguieron sin pedirme dónde yo yva y me han servido honrosamente. Yo quiero que todos vean qué señora tienen porque yo la tengo. Y a mí me quiero yo tractar no como

mío, sino como cuyo me conozco. Por manera que con la mejoría de mi salud y con mi buena ventura crezca el bien y gozo de toda mi casa.

—¡Pajes, pajes! ¿Quién está [a]?

LYDORIO.- Señor, aquí estoy yo, que agora entro con Marcelia.

FLORIANO.- ¿Que a? está Marcelia? Bien me dava el alma que cosa de mi señora Belisea estava cerca de mí, de cuya participación crecía tanto mi gozo. Llégate acá, llégate acá, que ya te veo, que como a tercera de mi bien te tengo de dar un abraço. Y no te me enojas, que todo nasce de buen amor.

MARCELIA.- A la fe, si sus abraços me mantendrán. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Qué dizes, mi Marcelia?

MARCELIA.- Que me pareces adevino, pues agora vengo de en casa de mi señora Belisea, y aun si bien supieses qué de secretos te traygo.

FLORIANO.- Cata, hermana, que el corazón amante muchas vezes adevina. ¿Pero dime, dime qué me traes?

LYDORIO.- Dame licencia que me salga, porque te querrá en secreto esta dueña.

FLORIANO.- No quiero que te vayas, sino que pues es cosa de mi señora lo oyas todo para que te confundas viendo del bien que me pretendiste siempre quitar.

LYDORIO.- Por el favor y por la reprehensión, pues veo que tú acertaste y yo salí errado, te tengo en gran merced lo que me has dicho agora.

FLORIANO.- Pues oye y calla. Dime, Marcelia hermana, ¿queda buena mi señora?

MARCELIA.- Buena y más tuya que podrás creer, porque esta mañana me mandó que te lo certificasse y jurasse así.

FLORIANO.- ¡Ay, qué poco me monta que ella lo diga, si anssí no es!

LYDORIO.- Oye, señor, a Marcelia y cree a lo que tu señora dize.

FLORIANO.- ¡Ay, Lydorio, que muy con razón me riñes mi mal hablar! Y aun quisiera que con peores palabras me retraxeras de lo que el orgulloso plazer hizo desmandar mi lengua.

MARCELIA.- Pues oye, señor, lo segundo que te manda tu esposa dezir, que aunque esté Lydorio delante lo diré, pues son ya embaxadas de muger a su marido; aunque también hasta os besar a entramos las manos por mis señores no te devría a ti llamar marido y señor de mi señora.

FLORIANO.- Anda, Marcelia, que sin besarla a entramos llevarás de mí las mercedes. Y di.

MARCELIA.- Pues agora que no es tiempo de hablarte por circunloquios ni guardar secretos en esto, digo que tu esposa no ve la hora que la veas y te vea. Y así te embía a dezir que no faltes para la hora que te mandó y en señal de su esposa te embía como a su esposo este anillo, que yo le vi quitar del su dedo del corazón, y que quiere que luego te le pongas tú para que de tu mano, quando vayas, ella te le tome por tuyo. Esto es lo que me dixo con otras muchas cosas. Y quedame aguardando, que antes de yr a mi casa tengo de bolver a darle cuenta de lo que he hecho; y sepas que ya me dio mercedes de desposada. Agora he dicho mi embaxada; dame licencia, porque ando desmayada de çanquear en ayunas; y también es hora que tú ya comas.

FLORIANO.- Tus buenas nuevas he recebido de grande alegría y quiero hazer lo que me dizes en

comer, y aun quiero forçarte a que comas conmigo oy.

MARCELIA.- Señor, avrásme de perdonar, que no soy para tu mesa sin grande nota, en especial que me aguarda mi señora Belisea. Por esso mira qué mandas que le diga y dame licencia.

FLORIANO.- Pues que así quieres, te ruego que le des este papel en que lea hasta que yo vaya a mi glorificación a cumplir su mandado. Y quiero que le digas que esta mañana en su contemplación ocupado, yendo la mano escribiendo lo que la mente yva pensando, al cabo salió essa lavor, la qual no sé lo que es ni aun lo he leŷdo, mas de como lo he contemplado y lo hallé escripto de mi mano y que poco ha que lo acabé de escribir. Y en pago de tus trabajos quiero que te den, porque me dizen que tienes una hija para casar ya, para en dándole marido treynta mil maravedís. Y tú, Lydorio, harás la cédula y que le acudan con ellos el día que la madre la entregue a su marido. Y más quiero, que si a dicha la casare con persona de mi casa, que tú, Lydorio, seas padrino y le des para ayuda de los vestidos a entramos otros veynte mil maravedís, los quales tú tomarás de mi recámara y dárselos has de tu mano a la de ellos. Y quiero que les hagas la costa del día de su boda, como de tu mano honrosamente. Y a Marcelia darle has una librança de veynte cargas de trigo, que se las den esta semana para mantenimiento de su casa d'este año; y oy la lleven de comer de mi plato, porque no avrá guisado nada andando en mi servicio; y luego le den cinquenta ducados para sus menesteres. Y perdona.

MARCELIA.- Tus illustres manos me has de dar por mi señor.

FLORIANO.- Anda, hermana Marcelia, que no dexaré de siempre te favorecer. Ve con Dios. Y tú, Lydorio, dame presto de vestir; oyré missa y luego me den de comer, porque quiero yr oy a palacio, que ha días que no fuy allá.

LYDORIO.- Yo salgo a dar obra en todo. Tú, señora y hermana Marcelia, huelgo que lo ha mirado Floriano bien contigo; y porque por mí no lo perderás, mira quién te llevará los dineros y la cédula del pan y más la del casamiento de tu hija, que para lo llevará Fulminato, que es mucho tuyo, si quieres.

MARCELIA.- Mas antes bastará que los lleve Polytes, o si no, quien tú mandares.

LYDORIO.- Pues yo lo embiaré, aunque lo dexes en mi crédito. Y tú tracta de casar la hija, que yo haré lo que su señoría me mandó de muy libre voluntad, por cierto.

MARCELIA.- Nuestro Señor te lo pague, que bien conoces que tengo necessidades de pobre viuda, que luego tienes intento de darme la merced asituada por el que Dios en todo prospere. Y pues tienes que hazer y a mí no me falta, con tu licencia te encomiendo a Dios y me voy.

(Pero, ¡o, válame Dios, y si todo esto sale verdad, en buen ora entró esta gente por mis umbrales! Yo me voy a mi casa a esperar 'la vaquilla con la soguilla', como dizen, y si juegan a luego toma en lo de agora, yré alegre a ver a Belisea y tendré esperança de lo venidero. Y esta mi alegría quiero desde agora enfrenar con temperencia, porque de la mucha alegría y gasajado mío no sepan todos mi riqueza, y sabida no me tracten de la muerte. Porque diz que no ay vida más contada de días que la del rico, en especial de los que pretenden d'él más su moneda que dexará que no los consejos que les dará, y es bien escarmentar en cabeça agena. Porque a Celestina, según dizen, los dones de Calisto con la cobdicia de los que la tractavan le quitaron a ella la vida y a ellos la justicia en castigo.

Que dado que ella fue sagaz para los otros, a lo menos no lo fuera para sí en ganar y guardar, porque más prudencia quiere el guardar lo ganado que el allegar lo incierto. Y así los hombres que previenen sus cosas las menos vezes las yerran, porque dizen: ‘hombre apercebido, medio combatido’. Y con esto, encamino para mi casa loando a Dios).

Argumento de la scena xxxix

Fulminato, hecho el ademán de yr tras el que llevaba la capa, se va a Marcelia y pasan muchas pláticas. Despártense con la venida de Polytes, Felisino y Pinel.

Fulminato. Liberia. Marcelia. Gracilia. Polytes. Pinel. Felisino.

FULMINATO.- Reniego del sepulcro de Absalón y del sceptro de Roboán si no me burlo [de] Pinel, y que por hazer del valiente y echarme a cargo que corrió tras el otro por mi capa, dixo que la llevaba el ladrón, etc. Bien dicen que ni ay que fiar en los hombres ni son de creer todas palabras. Y pues fue mayor mi bovería en creerlo que su mentira en dezirlo, quiero que ‘pasen mocha por cornuda’ a pagar en la misma moneda. Y pues por aquí no hallo rastro de cosa mía, voy a Marcelia y sabré de ella por qué no me habló oy quando habló al camarero; y aun, si no me aplaca con algo de la ganancia y la hallo sola, si no la marco para que sepa en qué estima me ha de tener. Y aun le pediré mi capa, diziendo que la dexé en su casa, porque ni creo que dexa de ser puta con otros como conmigo ni aun de estas sus venidas tan a menudo la deve de haver ydo mal. Y pues yo la metí en el juego, ha de partir por medio la ganancia, porque tampoco no me tengo por tal que piense de albardarme sin que dé corcobos, porque no ay que fiar d’éstas que han perdido la vergüença y traen el alma en venta, porque no les da más penar por poco que por mucho, y ansí a todo hazen rostro diziendo: ‘preso por mil, preso por mil y quinientos’. Y pues dicen que ‘la tierra ni la hembra, quien no la ara en balde siembra’, quiero darle un torcedor con que me pague la capa, o que a lo menos por falta de no le mostrar yo el diente no piense de almorzarme y merendar y embaucarme, y al cabo diga que ‘ládreme el perro y no me muerda’, y echarle he la cuerda. Y de oy más, pues no me querrá restituyr, será bien que andemos a hecho y pago. He allí viene la hijuela d’en casa de la prima; asuadas, tales tres joyuelas para los lobos, que agora que bulle la ganancia todos hazen sopas en la miel del modorro, pues veo que esto todo le llueve a Floriano en casa, o por mejor hablar, le llueve de su casa.

LIBERIA.- Espantada vengo de cuánto paño traen estos estudiantes en un manto, que ovo saboyana en la loba y aun sobró a mi prima para un sayuelo; el diablo del sastre, que también sacó para su pendón. ¡Y maguera del corrillo, cómo se desasnava el buen rabbí y qué hazía de desboronar requiebros! Aunque mi prima con sus raposías ella le encestará, de manera que en el hazer de las ropas sea el sastre de Ciguñuela, que ponía la costa y hazía de balde la obra. Pero he aquí el que fuera bien escusado, en especial si busca la capa.

FULMINATO.- ¿Qué hazéys por acá?

LIBERIA.- Vengo de sacar una lavor de casa de mi prima, que verná agora tras mí porque sola he miedo.

FULMINATO.- ¿Y dó está tu madre?

LIBERIA.- Es yda a la joyería a buscar lavor de tienda. ¿Pero qué mandavas?

FULMINATO.- Vengo por mi capa.

LIBERIA.- ¿Y adónde la dexaste que vienes por ella?

FULMINATO.- Anda, que no estoy para burlas agora.

LIBERIA.- Pues si tú no vienes para mis burlas, menos estoy yo para tus veras. Y si te ensañas, ensáñate a solas, que yo buélvome para mi prima.

FULMINATO.- ¡Y válgala el diablo, y con qué raveada me dexó sin más ni más en blanco! Pues subo arriba y cierro esta escalera, que si veo en qué, yo me entregaré de mis daños.

MARCELIA.- ¿Quién sube aÿ?

FULMINATO.- Cata, cata, no ay que fiar en bagassas. ¿Y cómo me dixo que no estava acá la madre? ¿Pues aun si tuviesse algún gayón en casa? Pues subo, que si la hallo sola quiçá pelaremos el pato a medias.

—¿Paréscete que te han tomado de sobresalto en el hurto?

MARCELIA.- Siempre te armas más de malicias que despierten ira que no de armas que atemorizen contrario. Pero cierto, que mi hijuela pone tal cobro en la casa, que a haver qué, tenían buena medra los que juegan de alça ropa.

FULMINATO.- Lindo lançar de alesna ha sido ésse para te hazer pobre y para te escusar de no me dar mi capa de grana. Pues a la fe, también tiene culpa quien da la ocasión por poner mal cobro como el que lo hurta.

MARCELIA.- ¡Ay, Sancta María, y si es verdad que ha entrado ladrón en mi casa oy!

FULMINATO.- Gentil discante es ésse. ¿Si tú no lo sabes, quieres que lo sepa yo? Dame mi capa, no se cubra oy el diablo con ella en esta casa.

MARCELIA.- Agora que pienso que hablas de veras, di, ¿qué capa pides a mí?

FULMINATO.- La mía.

MARCELIA.- ¿Y dónde está?

FULMINATO.- ¡Qué renegadero para un tal renegador como Fulminato! ¿Dexando yo mi capa en tu casa, me preguntas dónde está?

MARCELIA.- Cata que tornes en ti. Y si buscas achaques para reñir, no conmigo, que en paz alabo a Dios en mi casa.

FULMINATO.- ¡Agora te canonizarán por sancta! Pero en tanto, acortemos razones y dame mi capa que te di a guardar.

MARCELIA.- ¿Y cuándo?

FULMINATO.- La noche que fuy a guardar a Floriano y los suyos, que si no por mí ya los comiera la tierra.

MARCELIA.- Y aun anxí xexona. [Ap.]

FULMINATO.- ¿Qué dizes entre dientes?

MARCELIA.- Que la busques por allá, donde se te cayó o la dexaste.

FULMINATO.- Aun pesará a tal con la caída. Bien sé que te la di por yr más suelto, para que por pies no se me fuesse nadie.

MARCELIA.- Aun quiçá lo creyera, sino que entreoŷ.

FULMINATO.- Pues dime quién te dize de mí otra cosa para que te trayga en su mesma gorra su cabeça.

MARCELIA.- Ya, ya, bien conozco tus blasones.[Ap.]

FULMINATO.- ¿Qué dizes?

MARCELIA.- Digo que no querría en mi casa altercaciones sin por qué, porque no puedo creer que dexasses caer la capa por huyr, un tan valiente como tú, de solos dos enemigos.

FULMINATO.- Essas y otras tales cosas te dirá a ti aquel chismoso de Lydorio. Pues no oyré missa antes que no me devan nada. Y aun quiçá vos, doña bagassa, si no os saco el alma, porque en mi presencia y sin más hazer caso de mí os me encerréys con nadie y que agora vengáys a parir antes de los nueve meses essas vellaquerías de que os empreñastes con aquel gayón, que se nos haze un ‘sancto de Pajares’, y al cabo deve de ser por ganar tierra con Floriano por malsín.

MARCELIA.- Calla, calla, infamador de buenos, malvado, que no abres boca que no sea tu lengua de vívora.

FULMINATO.- ¿No veys quán sin vergüença se me torna a los ojos?

MARCELIA.- Soy mejor que vos, que si no por mí no oviérades descargado los piojos de acuestas.

FULMINATO.- ¿Essas palabras a mí? ¡De las que tengo en la cara reniego si no os saco el alma! No os cale huyr por la escalera, que yo os acabaré oy los días.

MARCELIA.- ¡Virgen María de los Remedios, líbrame d’este furioso!

GRACILIA.- Bien te dezía yo, prima, que había yo visto entrar a tu madre en casa rato ha. Pero oye, oye, qué tropel baxa por la escalera.

FULMINATO.- ¡No os me yréys, doña mala hembra!

LIBERIA.- ¡Ay, Sancta María, valme, que gran mal es éste, que a mi madre oyo en el entresuelo y la escalera está cerrada! ¡Jesús, Jesús! ¡Justicia, aquí del rey, que mata aquel traydor a mi madre!

FULMINATO.- Pues yo reniego de todos los adoradores del sol si oy no quiebro la puerta y os embío a poblar la silla que en el infierno os espera.

POLYTES.- Quán a buen tiempo lleigo que no tendré que llamar, que en el portal veo a la de Pinel y la de Felisino. Pero, ¿qué es aquello, que dan gritos? Quiero agujar, que gente se allega.

PINEL.- ¡A, hermano Felisino!, al paje que hemos traído en ojo veo yr corriendo. Aguija, que algo

ay allá.

FELISINO.- Alarga el passo, que gente corre en cas de Marcelia.

POLYTES.- Apartaos fuera, rapazes. ¡A, señoras!, ¿qué es esto?

LIBERIA.- ¡Ay, señor, por un solo Dios, que matan a mi madre!

POLYTES.- Calla, calla, que mejor lo hará Dios. Cerrad essa puerta, que ya conozco quién es. No será nada. Mírame, señora Gracilia, por essa plata, que yo quebraré esta puerta del escalera que tan cerrada está por de dentro.

GRACILIA.- Daca y acorre antes que la mate.

FELISINO.- ¿Qué es esto? ¿Fuera, fuera, rapazes! ¡Ea, gente de pro, que no es nada! Andad con Dios, que todos somos de casa.

POLYTES.- Cierra, Pinel, essa puerta de la calle, no venga la justicia, que Fulminato no deve de estar agora en sí. Allá irás, diablo de puerta, qué rezia estava.

MARCELIA.- ¡Justicia, que me mata este ladrón!

FULMINATO.- No os valerán voces oy.

PINEL.- La puerta de la calle ya la cerré. Dale, dale, Felisino, a esse diablo, pues que tan mal mira por la honra de Floriano.

POLYTES.- Qué sin sentido está de pasión, que le tengo la espada por los gavilanes y el braço quedo y aun no lo siente.

FELISINO.- ¿Qué es esto, Fulminato? ¿Quieres que por tu locura hagamos aquí algún desatino?

FULMINATO.- Cata, cata, ¿y por dónde entrastes a quitarme de cevar el espada en putas carnes, ya que no alcancé a los otros?

FELISINO.- Y calla, y súbete arriba.

FULMINATO.- Pues dexadme el espada.

POLYTES.- Subamos arriba, que luego te la daré en te viendo más manso.

FULMINATO.- Dexadme, que yo acá haré oy a esta embaydora...

MARCELIA.- Vos mentís como un gran rufianazo. ¿Ansí me han de tractar en mi casa? Justicia demandando a Dios, y al rey me voy a quejar; y no tengo de parar hasta los pies de Floriano para ver si por serle yo tan servidora me han de maltratar los suyos.

PINEL.- Y calla, señora Marcelia, pues ya sabes que todos somos criados de Floriano, y por él te servimos y por tu persona te honraremos. Que bien sabes ya que Fulminato te ama y quiere, sino que tiene aquellos ímpetus primeros furiosos.

MARCELIA.- A la fe, el malaventurado, con las de seguida vaya él a tractar de fieros a cada passo, que en mi casa estoy y no le devo nada, y él a mí más que vale.

LIBERIA.- ¡Ay, madre!, no llores más y adereça esos atuendos de tocados, que pues lo quiere nuestra desventura que por hazer bien se nos atrevan como a solas mugeres, demos gracias al Señor

del cielo en todo.

MARCELIA.- Tú me causas esto, en andárteme fuera de casa.

GRACILIA.- Por mi vida, que no hazía sino yrme a mostrar una lavor. Pero pues en lo hecho no ay suelda, remédiese lo de adelante en mirar, tía, a quién das tu peurta y tu silla. Y tú, súbete luego arriba; y tú, prima, vamos a la puerta de la calle y abrámosla, porque oyo de fuera gran tabahola, y asoseguémoslo con sentarnos seguras a la puerta, y no llamemos testigos de nuestras flaquezas.

PINEL.- Bien hablas, señora Gracilia. Yo me baxo con vosotras por más assegurarlo todo.

LIBERIA.- Mas antes os yd entramos, porque la justicia no entre a escodriñar nuestros rincones. Que mi madre y yo nos yremos arriba y llevaré yo esos platos con que estás embaraçada.

GRACILIA.- Pues háganse las amistades luego.

PINEL.- Y aun ayudaremos a descorchar los platos antes que la vianda se enfríe.

LIBERIA.- Pues anda, madre, que subo delante.

MARCELIA.- Agora que hay terceros, quiero meter las cabras en el corral a este panfarrón con hazer de la enojada, pues tengo por qué, y dezir que me voy a quejar a Floriano. [Ap.]

FULMINATO.- ¿Parésceos que havéys hecho poco mal en quitarme de hazer servicio a Dios en quitar malos del mundo?

FELISINO.- ¿Y quién te hizo a ti Justicia de Dios? Calla, que no quieres mirar por la honra de la casa de Floriano.

POLYTES.- ¡Por Dios, la honra estaría buena, fiada de quien no la sabe estimar! [Ap.]

FULMINATO.- ¿Qué dizes, Polytes? Y dame mi espada, que no sé cómo te la fié.

POLYTES.- A la fe, a más no poder. Pero digo que si esto viene a oÿdos de Floriano, tú has echado oy buena madrugada.

FELISINO.- Y aun por esso temo yo que Marcelia no vaya con quexas, que no cabremos en casa con Floriano.

MARCELIA.- Esperad, pues, que yo os confirmaré en esse temor. [Ap.]

—Liberia, dame presto mi manto, porque así como estoy me voy a Floriano.

FELISINO.- ¿Veys lo que yo dezía? Que agora tracta de yrse.

FULMINATO.- Pues que no me dexastes acabarla, estorvalde la yda, si no yo la acortaré los passos antes que allá llegue.

POLYTES.- Esperad, que yo lo soldaré todo, que aquí viene en mi manga un paño, un buen acallanecios.

—¡A, señora Marcelia!, pues yo no fuy el malhechor, óyeme dos palabras en esta alcoba.

MARCELIA.- Por amor de ti más que esso haré, pero sea que me dexéys yr presto.

FELISINO.- ¡Ay, señora, no te fies de esse barbiponiente!

POLYTES.- ¿Pues mándoos yo tener embidia, señora? Ves, éste no es lugar ni tiempo de largas pláticas; cata aquí cincuenta ducados en oro todos y más esta librança. Y que Floriano te ruega que

luego comas esso, que por amor de ti tomé trabajo de traer, que te embía de su plato, que por su mano me dio su mesmo plato que le sirvieron. Y por amor de mí que perdones los enojos todos y no se hable más en lo passado; y de aquí adelante mira más por tu casa. Y mira que Felisino es muy tu servidor y harto ha reñido a Fulminato; por esso baste ya.

MARCELIA.- Por amor de ti mucho haré, y digo que no hablaré más en ello. Y tú toma essas quatro pieças de oro para guantes y no porfíes en no las tomar, y perdona lo poco.

POLYTES.- Por amor de ti las tomo. Y mira que ninguno d'éstos sabe nada d'esto, por esso sal a ellos y dissimula y cumple con todos y fíate de pocos.

PINEL.- ¡A, señora Gracilia!, pues ya se ha derramado el tropel que estava a la puerta y arriba ya callan con la paz, subamos a comer del alboroque.

GRACILIA.- Sumabos luego.

POLYTES.- ¡A, hermana Liberia!, dame mis platos.

LIBERIA.- En esta alazena están, como los truxiste.

POLYTES.- Señora Marcelia, Floriano te embía esto con que combides a Fulminato.

PINEL.- Esso me paresce bien.

FELISINO.- Y aun a mí me paresce que Fulminato desmanche dos rucios o uno de dos reales para el vino y fruta tras la comida; y no se repita aquí palabra de renzilla passada.

POLYTES.- Pues que quedáys apareados tres por tres y yo sobro del juego, con tu licencia, señora Marcelia, me voy, pues ya Liberia me ha desembaraçado y aun limpiado los platos. Y tú, Fulminato, toma las armas, aunque de derecho eran de la señora Marcelia.

FELISINO.- No passe la plática adelante.

FULMINATO.- Pues cata, hermano Polytes, que esto no buele en casa.

POLYTES.- Por mi parte queda seguro. Y todos quedéys con la paz de Dios.

MARCELIA.- Pues en pago de que he hecho todo lo que me has agora mandado, te ruego que buelvas por la respuesta de tu embaxada, pues el tiempo no da lugar a que agora tú te pares y yo no haga lo que he menester, que es comer, pues aún estoy en ayuna[s].

POLYTES.- Quédate a Dios, que todo se hará como mandares.

(Pero mejor te ahorquen, que no te entiendo; ni aun mejor yo viva, que tienes remedio conmigo)

GRACILIA.- Y voy a llamar mi moça que vaya por vino y lo que fuere menester, pues ya tengo los dos reales. Y en tanto poned la mesa, que no tardo nada con ayuda de Dios, pues aún no tengo gota en los pies.

Argumento de la scena xl

Hablando Belisea y Justina de sus cosas, sobreviene Lucendo y queriendo tractar con la hija de effectuar de casarla, ella se dize estar mala por dilatar el término de la respuesta de lo que el padre le pide.

Belisea. Justina. Lucendo.

BELISEA.- ¿Dime, Justina, qué te parece que podrá hazer agora aquél cuya memoria tiene ocupados todos mis sentidos? Porque te hago saber, pues ya no es tiempo de callarte cosa, que queriendo más recogerme para más quitarme de pensamientos penosos, el pensamiento que más me dexa atormentada es el que en otra cosa no me ocupa, sino en memoria de Floriano, porque le amo y quiero y con su memoria vivo y su ausencia me mata. Pero, ¡ay de mí!, que no puede mi poca libertad dexármele ver ni mi recogimiento me le dexa hablar; mi castidad me haze ilícita su conversación y el amor querría siempre conversarle; la honra de la casa de mi padre me cierra sus entradas y salidas secretas que la sensualidad querría; por manera que para más bien le querer me tengo de aborrescer a mí y a mis cosas. Pero, al fin, yo lo he querido y Dios lo tiene determinado, y así torno a dezir que soy suya y que nunca otro será señor de mi cuerpo sino Floriano, que lo es de mi voluntad.

JUSTINA.- ¡O, qué grande es el poder del amor que así desencasa un compuesto bien concertado y derrama una voluntad bien ordenada! [Ap.]

BELISEA.- ¿No me respondes, Justina?

JUSTINA.- ¿Qué te responderé, debaxo de la gran compassión que te tengo por la batalla que en ti ay de la sensualidad contra la razón, que tiene temor de perder la possession de su señorío en ti?

BELISEA.- Pues con más piedad y con más razón te apiadarías de mi triste corazón, que anda ya a punto de su perdimiento, si bien supieses mi mal, el qual aunque yo le passo, ni le sé ni le entiendo, mas de que veo que el tu compadescerte de mí me monta nada si el que tiene mi corazón no se apiada d'él. Y como temo que me olvida, no descansa mi voluntad ni cessa de pedir a mis ojos que se le pongan delante para que todas las potencias se aviven y reconozcan el bien de dónde les viene. E yo te digo, Justina, que yo bien querría que mi voluntad fuesse muy obedescida en esto, porque yo viéndole pensaría que no me olvidava, pues la ausencia es madastra del amor.

JUSTINA.- Quando el amor no es postizo, ni cresce en la presencia ni mengua en la ausencia ni se varía con los tiempos. Pues la voluntad y entendimiento de donde quiera buelan a ver lo que aman. Y Floriano, ¿amarte?, pruévalo bien los tormentos que le causava tu amor; ¿y dessearte?, bien tengo yo por mí que cuenta los momentos hasta verse en la hora y, visto delante de ti, presumo que a mí apenas cree, porque dizen que 'lo que mucho se dessea no se cree aunque se vea'.

BELISEA.- Pues que así me aseguras del temor que yo podía temer, y yo lo estoy bien de que él no deve tener duda de que le amo y jamás le olvido, ¿qué te parece que haremos en lo que

esperamos de nos ver? Pues ni yo le podré dexar de amar como a señor y amigo y marido ni podré hazer por él cosa que passo tuerça de la razón en guarda de mi honra y honestidad.

JUSTINA.- Pues que estamos a solas, ¿para qué tendré la boca llena de agua en no te dezir lo que por haver bien pensado no será possible callarlo, vista ocasión de dezirte desengañadas verdades?

BELISEA.- De esso huelgo, y no esperes de mí más licencia, sino que sin salva me digas lo que te paresce libre, ¿qué yo devo hazer tan captiva?

JUSTINA.- Digo que no presumas ‘tener las cubas llenas y las suegras beodas’. Y cata que si le amas [como] marido, que toda eres suya de justicia muger. Y si te honras de lo uno y te huelgas de verle y quererle, huelga de obedescerle. Pues mal merescerás la honra de su muger sin tener él el provecho del matrimonio, pues dizen que ‘honra y provecho no van en un saco’.

BELISEA.- Bien dixeras, que ya te entiendo tu intento, que ‘honra y provecho no van en un saco’, quando el provecho no deroga a la honra y quando la honra y el provecho son de uno. Pero agora tú quieres ascribirme a mí la honra, y tienes razón que lo es en ser suya, y a él el provecho en el gozo.

JUSTINA.- Pues bien sabes que quando velan los novios les dizen que serán dos personas en una sola carne. Porque quiero que oyas, que bien lo sabes ya, que la honra y provecho de tu marido es tuya, y la tuya de tu marido juntamente.

BELISEA.- Bien has hablado. Pero cata que la honra es cosa muy vedriada y muy sutil y muy frágil, y junto con esto la que haze inmortales los hombres, la que los haze de estima, la que les da imperios, la que los haze ser servidos, pues vemos que los antiguos por sola la honra arriscaron quanto fuera de ella tenían.

JUSTINA.- Así es, que la honra mayor contentamiento da al hombre que qualquier temporal otro provecho. Pero tornando a mi intento, nunca la muger pierde honra con su marido debaxo d’este vínculo de dos voluntades, no se teniendo respecto a otra disparidad, como es si él es de mucha estima y ella de baxa ralea o al contrario; o el uno en extremo pobre y el otro muy rico; o en las qualidades del alma, quando el uno moro o judío, o muy vicioso notoriamente y el otro notoriamente contrario de aquello. Pero donde no ay estos estorvos, quando dos personas que van a las parejas, que sólo ay la diferencia en ser el uno hombre y el otro muger, se ayuntan, como concurre Dios en aquel vínculo para hazer una persona de dos voluntades, que eran antes y después se tornan en una, allí ay mayor honra de entramos quando más entramos son sólo uno. Y con esto baste, porque no soy tan desvergonçada que tenga vocablos más claros, que ‘más vale vergüença en cara’ sobre tal vínculo ‘que manzilla en corazón’ con tan no castos pensamientos y tan desasosegados desseos.

BELISEA.- Embuelves tantas razones para concluir lo que quieres que algunas vezes como de los cabellos traes la razón para que aprueve tu justicia. Y por tanto, ya no quiero sino que, pues siempre me lo persuadiste, me aconsejes cómo se concluya. De manera que a lo que a Dios es notorio, que passa entre nosotros sin su offensa a mi parescer, sea público a las gentes sin escándalo, de manera que entiendan juntamente ser guiado por Dios. Pues sabes que no sólo el buen nombre le ha de buscar hombre con Dios, pero aun con las gentes.

JUSTINA.- Y aun es así, que el buen nombre vale más que toda riqueza, y que éste más tarde se cobra delante las gentes, y aún más presto se pierde con ellas que no delante Dios, pues el uno mira más en la voluntad y los otros aun calumnian las buenas obras. Pero lo que me parece en estotro es que, pues a las mugeres en semejantes casos no se nos permite acometer y aun se nos dan avisos para guardarnos de no ser acometidas —como flacas en la resistencia y muy impugnadas en esto a la virtud—, y al hombre, como más libre, lo uno y lo otro le es permitido, digo que Floriano te pida por muger a mi señor Lucendo, tu padre. Que como ello ya esté hecho y Dios lo ha encaminado, Él lo concluirá y hará que el viejo viniendo en ello, Dios se sirva, y vosotros gozáys y el mundo lo loe, pues no ay disparidad de las que arriba ya dixes de entramos. Y aún más digo, que si quieres la cosa más breve y mandas, yo lo hablaré a tu padre, aunque bien sé que arrastro paño de tan alto negocio para tan baxo delegado.

BELISEA.- Lo que yo quiero que tú hagas es que tú, como de tuyo, lo persuadas a Floriano esso.

JUSTINA.- Que lo haré, venida la hora. Pero allí viene mi señor solo; asuadas que venga a te hablar en casamiento, porque oy han estado con él dos señores, los más altos del reyno, que sé que tenían hijos que te recibirían por muger qualquier de ellos.

BELISEA.- ¡Ay, Justina!, si vieres que me quiere a solas, busca ocasión con que nos dividas presto, si no yo soy perdida.

JUSTINA.- Pierde cuydado. Pero cóbrale en estar sobre aviso en que no te cace en algo de Floriano, que ya sabes qué sabio y sagaz padre tienes.

LUCENDO.- ¿Qué hazes, hija? ¿Estás buena?

BELISEA.- Por cierto, señor, que aún no he tornado bien en mí desde estotro día.

LUCENDO.- No me maravillo, hija, porque tú eres delicada y el mal que entra poco a poco, sale de tarde en tarde. Siempre ten cuydado de mirar por ti y no salir de los consejos de los médicos para no tornar a recaer. Siéntate, hija, en tu estrado; y tú, Justina, salte allá fuera. Ya sabes, hija, cómo Dios lo manda y naturaleza inclina a los padres en el cuydado de la provisión de los hijos, en especial de aquellos hijos que la naturaleza más desnudó en su nascimiento. Porque un paxarito, después de sacados los hijos, en muchas cosas no tiene menester mirar por ellos, como es el vestirlos, el limpiarlos, ni el enseñarlos [a] hablar ni andar ni dezirles lo que han de comer, porque con solo traérselo mientras no son para yr por ello, naturaleza y la necesidad les dize cuál coman y cuál dexen; y un animal por su mesma manera, cada uno como es. Pero al hombre, con darle Dios esta excellencia de tener uso de razón, le hizo en lo demás menesteroso de las abundancias ajenas, porque de ageno viste y come y calça, y aun no a todos se les da el saberlo buscar, y hallado guardarlo. Y si el cuydado de los hijos así pende de los padres, much[a] más carga y solícita el de las hijas, como más menesterosas. Y como uno d'estos cuydados sea dexar en estado las hijas en que puedan servir a Dios, así yo con esta obligación natural, como por el gran amor que te tengo quito de mis propios cuydados muchos ratos del día para dar lugar a los que me vienen de continuo de verte ya en mis días en estado del matrimonio puesta. Y porque ya muchos de mis vezinos han caminado tras el pendón de la muerte y no sé cuándo a mí me llamará su trompeta, cierto que no he

de quedar, incierto del cuándo tengo de yr, queríate, hija, dar antes mi bendición con tu compañero en el thálamo conjugal. Muchos de grande estado al mundo te me piden, y a ninguno, aunque muy importunado, he dado **¡Error! Marcador no definido.** ni mano, porque te querría emplear —como thesoro que yo más estimo después del alma propia— muy a mi honra y tu contentamiento. Porque en todas las obras políticas del hombre humano habría de haver voluntad del que las obra, y en especial en este estado, que con pazes de gran bendición y contra voluntad tomado y en desgracia es gran servidumbre y vida peor que de galera. Por tanto, sin me detener más días, me di tu deliberada voluntad en esto, porque sobre aquella asiente yo la mía en la conclusión de lo que ya tanto y tantos me molestan. Y cierto, si en alguna cosa me parece a mí havían de hazer su querer las hijas, habría de ser en esto; pero hallo que por las leyes divinas y canónicas y civiles las costringen a no salir de la obediencia de los padres. E por esso, aprovándolo por bueno, tú harás mi voluntad en que me digas la tuya luego.

BELISEA.- Siendo yo la hija que más deve a su padre que de mi manera habrá en esta vida, nunca Dios quiera que comience en mí el exemplo de la ingratitud y mal consentimiento en el no te obedecer muy por entero a lo que me mandares. Porque si otras hijas son obligadas a sus padres porque son padres, yo a ti porque eres padre y madre y señor y regalador y abrigo mío. Pero más pienso que meresceré delante de ti en hazer tu mandado en esto, en forçarme a querer hallarme sin ti un hora, que no por otras causas que la honestidad suele mover a las honestas hijas en obedecer a sus buenos padres. Y ansí sepas que quando me dieres marido, le tomaré; quando me metieres monja, lo seré; y quando me mandares yr de tu casa, yré; y quando quisieres que no vaya, no yré, aunque tanto más mejor te obedeceré en que quieras que no te dexe, quanto menos regalo espero tener sin tu presencia. Pero más quiero como hija hazer tu voluntad que como regalada dessear mi contentamiento. Y ansí no determino de dezir a cosa que tu voluntad sea; ansí no te quiero sacar condición alguna, porque en apartarme de ti hallo la mayor pérdida que jamás hija perdió; y en no hazer tu voluntad sería la más de culpar del mundo.

LUCENDO.- Has hablado, hija, tan prudentemente que con tu **¡Error! Marcador no definido.** tan libre que me das me dexas más captivo mi querer al tuyo. Y ansí te prometo, al amor que te tengo, que tractando esto no te mire como hija en te mandar, sino como a muger en no hazer cosa sin tu expreso consejo y contentamiento. Y por esta razón te quiero en particular dezir quiénes son los que te me piden y con quién soy más inclinado a cerrar en esta cosa, para ver lo que de cada uno sientes.

BELISEA.- ¡Ay, mezquina yo, que agora que entramos en lo especial temo, que hasta agora todo ha sido querer en general y ansí no estava yo tan constreñida a declararme con quién quiero por nombre y a quién no quiero! [Ap.]

LUCENDO.- ¿A quién dizes que te inclinas más en lo particular, que no te oÿ bien? E ya te digo que ni por dezirme tu parescer te tendré por más atrevida ni por hablarme claro por menos buena y honesta.

BELISEA.- Señor, a Dios gracias, la poca contractación que tengo fuera de con mi gente me quita del vicio que llaman accepción de personas, en tachar a unos y aprovar a otros, pues at odos los

ignoro y a todos quiero bien; y a mí tengo por no merescedora del menor y más s[o]ez que tu voluntad fuere de me dar. Pero mira que viene Justina y deve de quererte algo.

JUSTINA.- Mucho va adelante la plática; quiero despartirlos.

LUCENDO.- ¿Quieres algo, Justina?

JUSTINA.- Señor, que mires que ha rato que se apeó el Adelantado Mayor, y deve d'estarte aguardando.

LUCENDO.- Pues voy, que esta plática se concluirá para la obra otro día, plaziendo a Dios. Quédate, Justina, con tu señora. Y tú, hija, mira que te solazes, pues de tu plazer huelgo yo mucho.

BELISEA.- Yo te haré esse plazer de oy más.

JUSTINA.- ¿Qué te paresce, señora, quán a mano tramé la mentira?

BELISEA.- ¡Ay!, que peor es si sale en balde, que luego tornará enojado.

JUSTINA.- Entonces no faltará otra, y otras diez, en especial que ya él vino endenates. Pero como viene tantas vezes, no sé si tornó a yr o no. ¿Pero cómo te ha ydo?

BELISEA.- ¿Qué quieres que me vaya? Pues ya a lo claro, quiere concluir de casarme.

JUSTINA.- ¿Y qué le dixiste?

BELISEA.- Que no saldré de su mandado.

JUSTINA.- Bien fue así. ¿Pero en lo particular, de quién te nombró?

BELISEA.- Ya lo començava quando nos atajaste. Pero quedó que otro día me lo dirá para que yo escogiesse quál mejor me agradasse a mi parescer.

JUSTINA.- Agora te digo que está andado el medio camino y piensa que ordena Dios esto. Yo aviso esta noche a Floriano para que sea él uno de los que te pidieren, para que si a bueltas de los otros te lo nombrare tu padre puedas cerrar con él, y así no se sentirá.

BELISEA.- Bien está. Así se hará bien. Encomendémoslo a Dios todo.

Argumento de la scena xlj

Estando en palacio Fulminato y Felisino y Pinel tractando de lo que aconteció a Fulminato con Marcelia, sobreviniendo Polytes y Lydorio, tractan de qué cosa sea la Fortuna, y después se desparten para yrse a apercebir para la jornada de la noche.

Fulminato. Felisino. Pinel. Polytes. Lydorio.

FULMINATO.- Agora que, hermanos, estamos en casa, quiero daros razón de lo que en casa de Marcelia vistes que passó, que me havéis pedido que os diga.

FELISINO.- Como ya te lo havíamos pedido tantas vezes, ya yo tomava el tu callar por respuesta.

PINEL.- Yo, porque sospeché que fue sobre la capa, callava yo ya, porque veo que no lo recibe Fulminato de buen gusto.

FELISINO.- Agora digo que me espanto de tantos chismosos, y por esso dizen que ‘el miel y la mentira para el fondo tira’, y así luego es alcançado un mentiroso. Dicho me havían a mí, pues, que anoche havían capeado a Fulminato, y aun que si no tuviera buenos pies que quizá con el capear fuera el caparle.

PINEL.- ‘Tirte afuera, esso malo era’. Pero dixéronme a mí que él dexó la capa por huyr de dos garçones que le corrieron la çapata. Pero como después yo mesmo la vi llevar al ladrón que yo no pude alcançar y sacarla d’en casa Marcelia, todo lo tuve por burlería.

FULMINATO.- No el balde dixo Esopete a su amo que no avía cosa más amarga ni más aguda que la lengua. Y no en balde es dicho: **!Error de sintaxis,** (, y que no ay peor cosa ni mayor pestilencia para toda congregación pacífica que la lengua doblada que siembra discordias. Y así huelgo que veáys qué crédito se ha de dar a semejantes flaquezas dichas de Fulminato de oy más. Pues que si dexé la capa caer fue porque no cayesse el ánimo desseoso de alcançar a aquellos vellacos, que sentí por más sueltos de pies que yo.

FELISINO.- A la fe, en tal caso poco es dexar la capa. Pero dexando esto, nos di qué avías con Marcelia, que no ay quien os entienda a los dos vuestras algaravías; vosotros os enojáys y os consideráys quando se os antoja.

FULMINATO.- Y aun essa más gracia me dio Dios, que nunca muger me acabó de entender, porque con ellas siempre os havéys de haver bien, vuestro derecho a salvo, de manera que si la castigaredes os tema y si la halagaredes no se os atreva.

PINEL.- Y aun así dizen que ‘la muger y la sardina, de rostros en el fuego’. Y aun que ‘la muger y el fuego para que luzgan, a çoçes’, aunque esto tiene haz y envés. Porque si la muger se aveza al castigo y os toma el pulso hasta quanto os pese la mano, tiene ya, como hecha a las armas, el ser castigada por solo daros enojo y salir con la suya.

FULMINATO.- A la fe, no la dexar criar malas costumbres desde nueva, porque una bestia mular, cobrando un siniestro, ella muere pero no le pierde, y así no menos es de la muger. Por donde

digo que el ser buena o mala una muger, todo consiste en saberla tractar a los principios, que la hazéys a la carga de vuestra voluntad.

PINEL.- Pues d'essa manera, ¿cómo quieres tú apoderarte con Marcelia, que la començaste a entrar al cabo de Dios os salve? Porque ni le podrás ya quitar la marca del que la selló primero ni las costumbres en que ya se ha criado y madurescido, y aun començando a envejecer la pienses quitar, pues ya en ella 'mudar costumbre esle a par de muerte'.

FELISINO.- Y aun por eso me pasesce a mí que haze mal Fulminato en querer domar ya yegua con potranca tan grande como la madre, en especial que no la tiene tan por suya que con tales tractos no le cambie por otro que la regale.

PINEL.- Mas quiçá está ya hecho, porque no la veo yo tan buena de contentar que con la ordinaria prebenda de Fulminato se mantenga. Pues hartar, bien vemos que es por demás, pues es muger y no vieja y suelta, que diz que 'buey suelto bien se lame'.

FULMINATO.- A la fe, en sólo el apetito hambriento de recebir y pedir la he hallado siempre suelta.

PINEL.- ¿Pues cómo? ¿Y agora sabes que la muger es un género de animal imperfecto que para suplir su imperfección en lo uno siempre dessea al varón como la tierra al agua? ¿Y no sabes que así abre las manos al tomar, que no sabe tener rienda en el recebir? Y no me pidas más de que sea una muger avarienta, que yo te la vendo por viciosa y confusión de toda virtud. Y si esto no es así, dígalo el señor Lydorio, pues lo traxo Dios a tan buen tiempo.

LYDORIO.- ¿Qué es lo que tengo de dezir?

FELISINO.- Que estava provando Pinel que el vicio de la avaricia es muy peligroso, mayormente en las mugeres. Esto te preguntan si es así.

LYDORIO.- Digo que dize muy gran verdad, porque así está escripto, que la raíz de todos los males es la cobdicia. Y aun, así dize el sabio que no ay mayor maldad que amar el dinero; y en tanto es malo el vicio de la avaricia que es contado por idolatría, que es dexar de adorar al Criador adornando la criatura.

FULMINATO.- En ley de christiano no ay peor mal.

LYDORIO.- Pues esse tan grande le causa la avaricia en el hombre, como vicio más detestable de los otros vicios, porque donde asienta roba todas las virtudes, y donde él está ay tiniebla; y este vicio es un ñublado de las virtudes, que todas las absconde. Y así aquel potente Marco Crasso amató en sí muchas virtudes que tuvo con sólo ser avariento. Y aun es vicio que con hazer robar lo ageno haze al que lo ha robado ser robado y enagenado de sí mesmo, por ser esclavo de la riqueza que ha robado y tiene; y así dizen que el avariento más es tenido de la riqueza que la riqueza d'él. A esta causa, muchos de los amadores antiguos de la sciencia desterravan de sus academias la riqueza por poder aposentar la sciencia, y de sus casas lançavan el thesoro por encerrar el sosiego, y de sus personas alongavan el amor del dinero por se hazer amadores ricos de la virtud.

FULMINATO.- Si las cosas havían de yr medidas por esse peso, a pocos convenía el peso de la moneda, y menos de la muger por lo que yo me sé.

LYDORIO.- Así es, que a todos es dañosa la avaricia y a la hembra es pestilencia, y aun pestilencia

de las modernas que no las hallan cura los médicos. Porque dadme una muger avarienta y no me nombréys virtud que le quadre ni vicio que no aya en ella o se presuma haver; porque si es moça y hermosa y avara, yo os la daré más común que el pan en la plaça y los abbades en las iglesias; y si es fea y moça y avara, potajes haze de su persona y embustes para contentar a los hombres para ganarles la moneda; que no se pueden nombrar porque faltaría tiempo, ni se deven dezir por la reverencia de las que son buenas.

FELISINO.- Y aun cierto, oy en día gran acatamiento se deve hazer a una muger buena.

LYDORIO.- Y aun en tanto se deve estimar la cosa, quanto con más difficultad se halla, porque sin perjudicar ninguna en particular, mi opinión es que pocas ay que quieran dexarse caer a la mano del hombre que no quieran que [l]es dé. Y si no lo sabéys, ¿quántas casadas y ricas y que tienen hechos los maridos a mandado suyo y muy a su mano, y viénense a pegar a vezes con uno que es asco verle?

PINEL.- Que digo, señor, —hablando con perdón— que aunque los maridos sean muy viles y los amigos muy loçanos y muy a desseo y contento de ellas, y ellas en extremo ricas, siempre quieren doblada substancia, que es la del marido en todo y la del amigo en el cuerpo y en la bolsa. E ya que les falte buena color para pedir a los pobres, que lo han de lazerear por darlo a ellas —que les sobra—, a lo menos toman achaque de pedir con dezir: **¡Error! Marcador no definido..**

FULMINATO.- Por el cerrojo de Burgos, que hablas como experto.

FELISINO.- Asuadas, que en tales andolencias se les desgaja a él el partido.

PINEL.- Sea lo que fuere, cada qual siente sus duelos y Dios remedia los de todos. Y di, señor Lydorio, hasta concluir tu plática, por qué, si no tractas de todo género de mugeres, injurias las unas y abonas las otras, porque a mi ver, más presa haze la avaricia en los viejos, aunque no alcanço el por qué.

LYDORIO.- Porque como les va faltando el mundo en el vivir, querrían tenerle —como dizen— por los cabeçones, y buscan la virtud adquisita terrena como les va faltando la virtud natural, y ansí todos guradan. Porque como ellos van faltando ya al mundo, ansí piensan que todo les tiene que faltar a ellos. Y por tanto buelvo a mi intento, que la avaricia en la muger, y muger vieja, es más peligroso mal porque la haze embaidora, hechizera, alcahueta y amiga y aliada del demonio.

FULMINATO.- Y aun pese a tal con las que desde temprano aprendieron todos esos officios.

PINEL.- ¡A¥ te duele aún! Pues con tu pan te lo comas, que a la verdad ello es ansí; que como ay oy en día imitadores de los virtuosos passados, también ay remedadores de los viciosos antiguos.

LYDORIO.- Y aun para el remedar los viciosos más precipites son las mugeres y para intentar un vicio qualificado. ¿Porque quién de los hombres intentará hechos procaces y nefandos y feos y malos en todo género, como muchas de las mugeres de los siglos primeros? Y porque calle[n] los que en historias sacras son referidos por la gravedad y magestad de las sacras escrituras, ¿quién, empero, yguala con la avaricia de aquella Tarpeia, siendo donzella y recogida, y a quien no faltava cosa en la casa del alcaide del Capitolio, su padre? Pues no diremos que andando por el mundo aprendió tanto que con avaricia pudiesse poner a Roma en el estrecho que la puso. ¿Quién, por tan poca cosa, hiziera tan gran mal como Eriphile en vender el marido tan bueno y estimado y que tanto

la quería? ¿Quién hiziera, con suzia carnalidad, lo que Pasíphae, muger del rey Minos? ¿Quién con saña vengativa perpetrara lo que las dos hermanas Progne y Philomela? ¿Quién por solos amores, aun no gozados ni aun más fundados, con sólo ver el amante y aun desde leños se dexara prender de la yerva de flecha de amor en la manera que Scylla para executar su venenosa ponçoña en cortar la cabeça a su viejo y dormido padre el rey Niso? ¿Quién se atreviera a lo que Myrrha, enamorada de su padre Cinara? ¿Quién pudiera abatir tanta gloria de reyes y desolar tantos reynos y acocear tanta gloria de famas de monarchas como el mal gobierno de la persona de Cleopatra en Egipto, ni Helena en Troya y Grecia, y si concluymos, con la nuestra Cava en España? Es nunca acabar escodriñar libros en buscar exemplos para probación de cosa en sí tan notoria.

FULMINATO.- De aquí infiero yo, para salir de la plática, que tenían razón los antiguos en tener por cosa de gran tomo y poder a la Fortuna, pues podía y bastava a favorecer a que personas tan affeminadas y s[o]jezes y flacas saliessen poderosamente con hechos de tanto mal y daño, como las antiguas que Lydorio ha contado y [como] muchas de las modernas, que yo me sé, que tracto con gente que las sabe y las haze. Pues más agudo tiene el ingenio una mala hembra para en males que diez varones para intemar de repente un mal y un caso feo y un hecho espantoso a los buenos y temeroso a los flacos.

FELISINO.- Pues, por Dios, que tú, Fulminato, levantaste plática cuya consideración muchas vezes me tiene atónito: ver quán dispares cosas encamina la Fortuna.

PINEL.- A la fe, los males encamínalos la astucia del nuestro enemigo, y accéptalos y aun óbralos la nuestra propia, y los bienes encamínalos el gobierno y providencia divina. Porque si yo quiero, y Dios quiere guardarme, ni basta una fortuna imaginada ni muger artera ni aun el diablo tan poderoso para derrocar a un mal que sea daño del alma, que en lo demás temporal callo, y subjétome al parescer de los sabios en esto y a la Iglesia en la fe.

LYDORIO.- Tú dizes bien, Pinel, que la escusa, que no los escusará a los que no quieren enmendarse del mal, es dezir que lo hizo el demonio, que fue su hado, que lo governó así la Fortuna, que fingidamente era deificada de los insipientes y ciegos antiguos, teniéndola por diosa con otros muchos mentidos dioses que ellos inventavan a sus propósitos cada uno.

PINEL.- Pues porque uno de los bordones comunes de los enamorados que hablan de sus amores, escribiendo o trobando, luego a mano tractan querellas de la Fortuna, nos di, señor Lydorio, algo de la Fortuna.

LYDORIO.- Digo que más querellas formaría ella de ellos si supiesse quejarse.

FULMINATO.- ¿Pues qué cosa es, que tanto de ella hablamos y tan poco la conoscemos?

LYDORIO.- Según el error de los antiguos, ella era una de sus dioses mentidos, como ya dixe, y fingiéronla que governava a su libre querer este mundo, y traía los hombres en una voluble rueda asentados, por manera que al que le plazía, bolviendo su rueda, baxava, y al que le plazía levantava; a unos dava lo que a otros primero quitava, y a unos vestía desnudando a otros.

FULMINATO.- Esso a cada passo lo vemos, que muchos que no merescían la sal que comen les sobra el bien, y otros que lo merescen y son para ello no tienen un pan; y unos bien sirviendo no medran y otros crescen sin por qué como esponja, con no ser para dar migas a un gato, porque

salga cierto el vulgar, ‘que da Dios havas a quien no tiene quixadas’. Y ansí como parezca que estas sean obras de Fortuna, cierto, como no guarde la justicia en su distribuyr, no deve de ser buena cosa.

LYDORIO.- La Fortuna es un súbito y no pensado caso de las cosas que suelen acontecer.

FELISINO.- Y aun ansí veo que la Fortuna es una manera de feria, que ‘cada merchán habla de ella como en ella le fue’. Porque la Fortuna por muchos es llamada, por otros culpada; por muchos desseada y por otros huyda; por muchos loada y por otros muy reprehendida; por muchos honrada y por otros baldonada y menospreciada y tachada. Por unos es tenuta por ciega, vagabunda, inconstante, varia, incierta, favorescedora de indignos y enemiga y contraria de buenos y valerosos y animosos, y por otra parte si la miramos la veremos en sus effectos totalmente contraria de todo esto.

LYDORIO.- Todo esso y aún más cabe en el ser, sin ningún actual ser de la Fortuna. Porque a las vezes vence la potencia de mil y el consejo de ciento con sólo uno, y amata la juventud y aviva la edad decrepita según le plaze, y ansí la llama un poeta inconstante, frágil, fementida, deleznable. Y por tanto, los antiguos que la adoravan por diosa la fingieron como donzella, ciega y con alas, y dábanle un cuerno o bozina en la mano para tocarle como a montería y con él derramava oro por una parte y esparzía sangre por la otra. Y dábanle en la otra mano un governalle de navío y poníanla un pie, sobre el qual se sustentava, puesto sobre un áncora, y en aquello declarando sus atributos que ellos le davan, entendiendo de ella que governava el mar y la tierra, porque tenía un pie en el áncora y el otro encaminava a poner sobre la tierra sin llegar con él al agua. Y que dava riquezas a unos y afanes y muerte a otros de los que seguían tras su llamado. Y llamava a son de montería por la inconstancia que ella en sí tenía y el poco sosiego que tienen los hombres que andan en la montería ocupados y por la incertinidad que a manera de caça, inciertas son las ganancias de la caça; y un muy engolosinado afán de incierta possession de lo que muchas vezes buscando, o no pueden descubrirlo o sólo lo pueden ver y las menos vezes cobrar. Pintavan más a la Fortuna ciega o bendábanla los ojos, significando que los favores o riquezas o afanes que dava son por un caso fortuyto y por un acaescimiento no pensado. Pero esto que ellos llamavan Fortuna y algunos llaman por nombre de hado, que también los ciegos gentiles cuydadosos de buscar dioses y descuydados de conocer al Dios criador verdadero veneravan las hadas, que ellos llamavan Parcas por diosas, hijas de la diosa de la necesidad, porque les davan poder aun sobre los otros dioses en lo que ellas disponían quanto a la governación de los hombres y del mundo. Y ansí dezían que lo que ellas tenían determinado entre sí que de necesidad acontescía y no por puro acertamiento. Pero esta fuerza o poder de los hados no tiene más ser ni más poder —como ni el de la Fortuna—, ni más eran de en quanto los que las veneravan les querían dar. Porque desde siempre que ay cosas causadas han de tener principio en la causa primera, y todas las cosas que en sí tienen successo y orden natural las dispone naturaleza imperada por Dios. Y todo lo que se haze, que su ser no sea privación —como es el peccado—, pero sea cosa que tenga ser, en quanto es causado procede de la causa primera, que es Dios, y es cosa ordenada; la guía y ordena y dispone la divina providencia y saber infinito de Dios, o que por sí o que por sus causas generales que en Él tomaron la tal virtud.

Porque ni ay más Fortuna ni ay más hado que fuerce al hombre a hazer lo que en su libre poder consiste, ni es escusación de los que quieren larga licencia para peccar dezir que les forçó el hado o la Fortuna, que si bien hazen, por Dios lo obran, y si mal, por sí mesmos. Puesto que quanto a las inclinaciones naturales variamente son en los hombres, que unos son más inclinados a un plazer o a un vicio que otros, y otros más a una virtud que otros, pero en solo esto ni consiste el merescimiento ni desmerecimiento ni es causa principal ni de nuestro bien ni de nuestro mal. E si el paje no saliera ya a llamarme, más dilatara en esto, porque es plática provechosa a mancebos que quieren saber oyendo y acertar sabiendo.

FELISINO.- Y aun así nos pluguiera a todos de que fuera ello adelante. Pero desde agora te lo suplicamos para otra semejante coyuntura y vagaroso espacio como el que agora hemos tenido, que no ha sido poco.

POLYTES.- ¡A, señor Lydorio!, Floriano llama a ti y a Fulminato.

FULMINATO.- Pues bien fuera que me embiara a dezir para qué, para que de camino llevara mis armas si el caso lo pide.

POLYTES.- Anda ya, que baste la capa que dexaste caer huyendo y la espada que yo te saqué de la mano algún día. [Ap.]

PINEL.- ¡O, pese a tal, que si te oyera no cupiéramos en casa! Y tú anda luego a Marcelia que te queda aguardando, y rogóme que te lo dixesse, que creo que te ha hallado buen fregadero de su comezón.

POLYTES.- Pue serle ha escusado pensar de rascarse con tal mano; a¥ está el bravo de Fulminato.

FULMINATO.- ¿Qué dizes de mí?

POLYTES.- Que entres a Floriano porque ya ha entrado el camarero, y llamándoos juntos pondrás sospecha en Floriano que te acovardas en la obra, si algo de tomo te quiere mandar.

FULMINATO.- Pues por quitar a él y aun a vosotros de esos escrúpulos, entro.

FELISINO.- Pues, Pinel, hermano, vamos a la despensa y prevengamos los cuerpos antes que por ventura los hallen flacos las armas si nos las mandan tomar.

POLYTES.- Y aun esso es lo acertado. Yo también entro tras Fulminato, que Marcelia, aunque sea entendida, a lo menos no será de mí ni o¥da ni cre¥da ni obedescida.

Argumento de la scena xlij

Marcelia lleva la carta y mensaje de Floriano a Belisea, con la qual y con Justina passa grandes pláticas sobre los bienes y males que ay entre los casados. Vase Marcelia a su casa y queda Belisea con Justina y leen el papel de Floriano. Justina torna a persuadir a Belisea que concluya el matrimonio con Floriano venida la noche.

Marcelia. Liberia. Belisea. Justina.

MARCELIA.- Pues que ya claramente he visto el desapegado amor que Polytes me muestra tan al descubierto, ni yo en le aguardar más hago mi provecho, ni aun para lo que le yo quiero ya que venga tengo buena esperanza d'él, y pues él tiene ya muger con quien cumplir y niña y apropiada a su juventud, quiero contentarme ya d'él con lo passado en lo porvenir, perdiendo esperanza. Pues si con no se hazer lo que queremos, esso hemos de querer que podamos, y 'ansí como ansí no lo avía gana', dixo la raposa. Yo quiero dar conmigo en casa de Belisea con la carta que traygo en el seno de Floriano, porque no es razón que tan presto 'a dineros pagados le muestre los pies quebrados'. Pero, ¡maldita sea esta rapaza! ¡Qué callejera se ha tornado, que no para de ydas y venidas en casa de Gracilia, que ni agora la veo para poderme yr ni he tenido tiempo ni ella ha parecido para preguntarle qué fue de la capa de aquel desuella caras! Voyme de aquí, que quizá de camino le daré mala ventura.

LIBERIA.- ¡O, bendito Dios, que ansí se ha hecho tan bien, que aún está mi madre arriba! Asuadas, que también habrá tenido ocupaciones acá, como yo en casa de mi prima con aquel diablo de ropavejero. Y no vistes el diablo cuántos rodeos traxo con mi prima hasta que la hizo quedarme sola con él, y aunque pienso que tan bien lo entendió mi prima como él, que lo negociava. Y aun como yo, que no me pesó mucho, a la verdad, porque al fin aquello me gané por el presente, y más mi savoyana muy a mi propósito y guarnescida, que por lo menos lleva una vara de raso y la costa de la seda de los pespuntos y la hechura, que por mi salud él me pagó harto mejor que un escudero peynado; aunque al diablo le encomiendo si con ser tan orgulloso no me dava un hedor de sí, que a hadafina me parece que tengo de oler toda esta semana. Pero pues tiene la persona lo que le cumple y a su provecho, 'passar cochura por hermosura'; que a mi prima, pues, le traygo la llave de la puerta que le cerré, quando venga por ella, si mi madre no está en casa, me tengo de mostrar tan enojada que con haverse hecho, yo quede por ser entendida y ella quede espantada de mí. Pero mi madre baxa; quiera Dios que de camino no ayamos bregas por la capa, que sabe Dios cuánto rehusó este trance. Pero al fin, el otro se quedará sin ella, y el que la llevó sin la loba; y con mi madre no faltará con qué la satisfacer, quanto más que pocos ñublados duran un mes ni tales renzillas allegan al año.

MARCELIA.- ¿De dónde vienes, di? ¿Nunca has de parar en casa?

LIBERIA.- Vengo de sacar esta labor de en casa de mi prima antes que le llevasen un dechado donde está, que es agora nueva y se la prestaron y muy de priesa una donzella que la hurtó a su señora por cosa muy preciada.

MARCELIA.- Pues dime, ¿qué fue de la capa de grana?

LIBERIA.- ¿Para qué, madre, buscas achaques de reñir conmigo el mal de Fulminato? ¿Ya no diste palabra a Polytes y a los otros de no hablar más en ello, pues ya el Fulminato la da por perdida pues en presencia de Pinel y de mi prima y mía se nos coló el ladrón con ella, que Pinel no bastó a le alcançar?

MARCELIA.- ¿Pues paréscete que fuera mejor para que tú te la cubrieras que no que la hurtaran por tu descuydo, ya que Fulminato la dexa?

LIBERIA.- A la he, bien así. Déxala él porque más no puede y aun por no se afrontar en dezir que la dexó caer por huyr de los otros. Pero, por mi salud, que no es tan franco que si él supiera que la teníamos nos la perdonara, y aun que si él supiera y gente no viniera, que él no lo había oy sino por sacarte alguna moneda por ella. Y aun, por mi salud, dexando todo esto, que en ser suya no la viesse nadie a mis cuestras, porque ni era mi honra ni él acabara de çaherir que fuera suya y me la había dado. Así que, madre, más me quiero libre descubierta que con capa de tanta subjección.

MARCELIA.- Bien dizes, pues, hablando la verdad. No te vayas de casa y cierra tu puerta, y adereça essa casa y ten avisada a tu prima que no te falte a la cena, pues la tendremos a discreción a costa agena. Y no te descuydes de la puerta quedar abierta, pues vale más que llame quien viniere, y no estando yo en casa a todos puedes escusar la entrada, pues más hemos de tener del ser buenas y honestas, porque al mundo maligno y a la vezindad sospechosa hemos de ser recatadas. Así que anda, cierra que lo vea yo, que luego torno.

LIBERIA.- Bien me ha querido Dios, pues tan a mi salvo se ha hecho todo. Yo quiero entender en adereçar mi casa, que a mí se me trasluze que esta noche havremos mi madre y yo tener platos y aun camas dobladas. Porque según veo, el dispensero si viene no querrá yr fuera a dormir, y si al compañero yo le albergo como a Felisino la primera noche sin que mi madre lo entienda, como aun no ha imaginado lo otro, yo andaré a las parejas con mi madre el camino del plazer sin gastar calçado del crédito de mi integridad. Y si no fuere así, salga por do saliere, pues al fin ello lo ha de saber y yo no lo tengo de dexar de hazer. Pues quiero, como dizen, ‘a tuerto o a derecho que mi casa vaya hasta el techo’, como lo va la de mi madre, pues ‘bien aya quien a los suyos sale’.

BELISEA.- ¿Qué hazías agora, Justina?

JUSTINA.- Estava pensando cómo nos ha de succeder esta noche y cómo diré a Floriano lo que le tengo de dezir.

BELISEA.- ¿Y qué es eso que le has de dezir?

JUSTINA.- Que te pida por muger mañana en todo caso.

BELISEA.- ¿Y que aún todavía te pases que será bien así?

JUSTINA.- Tanto que no me parece consejo mejor.

BELISEA.- Cata que estas cosas suelen salir muy a otro puesto que las encamina el desseo de los que las tractan, quando a Dios plaze.

JUSTINA.- Contra tal poder no ay lança enhiesta. Pero aquí no pienso yo que usamos contra Dios, sino con Él y por Él.

MARCELIA.- Bien me ha encaminado Dios, que no he visto ni he sido visto de cosa que ponga estorvo. Y pues ya me sé el por dónde, entro en busca de Justina.

JUSTINA.- Señora, señora, cata dónde entra Marcelia.

BELISEA.- Pues yo me entro a mi cámara. Quédate y llévala allá, pues que no ay por aquí quien nos vea.

JUSTINA.- A la fe, señora, como ladrón de casa, tan presto será contigo en tu cámara como tú, pues ya ella viene dentro.

MARCELIA.- ¡O, qué buen encuentro, hermana Justina! ¿Pues, y cómo huye de mí mi señora Belisea!

JUSTINA.- Calla y anda y sígueme, que te quiere en su cámara, pues esta sala es lugar común.

BELISEA.- ¡O, Marcelia, vengas por cierto muy en buen hora! Cierra, Justina, esa puerta de mi cámara y tórnate aquí conmigo; y tú, hermana Marcelia, te sienta aquí par de mí en este estrado. Y dime, porque acortemos pláticas pues es tiempo éste donde entran y salen las mugeres y aun otros a verme, ¿fuyste a lo que te rogué en casa de aquel cavallero?

MARCELIA.- Y luego de camino y vengo de vuelta, que antes no me ha dexado preguntándome cosas, vine a te dar la respuesta de lo que hize. Que yo le di tu anillo y él le puso luego con muy grande acatamiento en el dedo del corazón.

BELISEA.- ¿Pues qué hazía?

JUSTINA.- ¿Tórnome [a] apartar, pues que hablas en secreto, señora?

BELISEA.- Anda, llega, que bien huelgo que seas testigo del gozo que siento en hablar con Marcelia d'estas cosas. Pero dime, ¿qué hazía Floriano?

MARCELIA.- Señora, toma esse papel que a la sazón que yo llegué acabava de escrevir, que lo que dixo dándomelo fue: «Toma, hermana, y lleva a mi señora este papel para que, hasta que yo vaya a verla y cumpla su mandado, ella tenga en qué se ocupar en leerle. E dirásle que le suplico enmiende lo que faltare, porque yo no sé lo que en él va escrito, mas de que estando meditando en la gloria de su presencia, la mano adestrada por el entendimiento, yva escribiendo sin yo pensar qué escribía, aunque bien sé que pensava y meditava en mi señora; y sé también que la mano no sabrá escrevir cosa que no sea de mi señora». Ansí que en esto podrás ver lo que Floriano hazía; y en lo que agora te doy en este papel verás, asuadas, lo que él quería que tú hiziesses por él. Y mira que ya te lo he dicho de mí para ti, y agora te pongo por testigo a Justina que no me culpará Dios el no te

haver aconsejado, que mires que —por honesta y casta que seas— ya él es tu marido y tú su muger, y entre el marido y la muger para que aya perfecto vínculo de matrimonio son menester las cosas que te quiero dezir, si me das licencia.

BELISEA.- Antes holgaré de oýrlas y Justina no menos holgará, pues a ella, como a mí, incumbe saberlas. Y a ti, que lo has tramado y tienes tan buen crédito de mí y aun de ella, compete el dezir lo que la falta de experiencia a nosostras excusa no saber y a ti obliga a dezir.

MARCELIA.- Pues que ya me parece que, loado Dios que lo encaminó tan bien y lo acabará mejor, lo tengo de haver con entramas, digo que entre el marido y la muger, para que el estado del matrimonio les sea bueno de llevar, es menester lo primero que aya la liga del amor, y lo segundo el **¡Error!Marcador no definido.** del consentimiento de las voluntades en lo interior, y el **¡Error!Marcador no definido.** de las promessas en las palabras en quanto a lo de fuera. Y es menester que tengan un querer y una voluntad y un para en lo malo y un **¡Error!Marcador no definido.** para en la virtud. Es menester que aya paz en la habitación, porque donde no ay paz no mora Dios, y donde no mora Dios no ay ni puede haver bien de perpetuidad.

JUSTINA.- Por cierto, en todo me parece que hablas sabiamente y que no ay más que dezir.

MARCELIA.- Pues antes quiero que sepáys, pues os tengo de hablar al claro, que si no ay más que dezir en mí, que ay más que hazer en vosotras.

BELISEA.- ¿Y qué?

MARCELIA.- Los efectos del matrimonio, en quanto al ánima y en quanto es sacramento, díganlo los letrados castos y estudiosos. Pero los efectos en quanto al ayuntamiento de las personas dirélo yo, que ya por aver passado por ello me veo con una hija en mi casa viva y otro hijo que me llevó Dios al cielo. Y creedme, aunque entramas os miréys más y os concomáys más y os compongáys más, que mientras los maridos no os descompusieren de vírgines, que ni saldrá a luz el por qué del matrimonio ni aun faltará en vosotras qué dessear y en ellos de qué se querellar, y por esso dizen que ‘antes que te cases mires lo que hazes’. Y este refrán entiéndole yo así, que antes que la muger o el hombre se casen miren lo que hazen, que todo es en casa agena y todo será con peccado y todo será malo. Pero después de dicho el **¡Error!Marcador no definido.** la muger y el hombre, más es menester el hazer que el mirar, pues como dizen; ‘todo se cae en casa’.

BELISEA.- No tengo por buena tu declaración ni aun por seguro tu consejo, que ya no quiero dezir que no te hemos entendido adonde nos encaminan tus razones, porque esso ha de hazer la muger, de que no tengan que la retraher.

MARCELIA.- A la fe, ya, señora, sobre mojado lloverá, según veo, porque pues tú dixiste *sí* por donde te llamen casada, muy annexo es el dezir que havrás de salir preñada, pues en la preñez de la casada no se hablará de qué se empreñó, sino de que dio **¡Error!Marcador no definido.** por donde a ello se obligó.

JUSTINA.- Caro costaría si tras el dicho anduviesse el hecho, pues más serían las arrepentidas y aun las escarnecidas que las escogidas.

MARCELIA.- Y aun sin esso y con esso son más las arrepentidas; y quiera Dios que acabado el meollo del pan de la boda y haviendo de entrar por la corteza de los cuydados y sinsabores del

mantener de la casa y servir al marido y contentar a los hijos y pagar los criados, no os comience a salir el descontento. Pero porque ya han tocado a vísperas y a mí el cuydado de la casa me quita el reposo y a vosotras el regozijo que esperáys os quita el reposo, tú, señora Belisea, me da licencia para me yr, y perdón por lo hablado si en algo tengo excedido, y ruégote que no te arrepientas de no te haver aprovechado del tiempo. Y con esto me voy, porque tú puedas leer tu papel, que te lleva las atenciones en lo que te hablan. Y para el día de la boda no me despido de te venir presto a besar las manos y aun después a empañar los hijos.

BELISEA.- Eso será como Dios lo ordenare. Ve con Dios.

MARCELIA.- Los ángeles queden en tu guarda y Dios me dexe verte como yo lo he tramado y desseo para que me hagas continuas mercedes como a una dedicada a tu servicio. Y con esto, de tu licencia me voy a oÿr vísperas y encomendar estas cosas a Dios.

BELISEA.- Así te lo ruego que lo hagas, pues yo me tendré el cuydado de mirar por tus necesidades. Ve con Dios. Tú, Justina, torna a cerrar essa cámara y ven acá. Dime agora, ¿qué te parece quán al descubierto me he havido con Marcelia en le oÿr sus palabras, que algún día no se osaran dezir delante de mí?

JUSTINA.- Y aun por esso dizen que ‘de sabios es mudar paresceres’, según la sazón y los tiempos lo piden. Porque créeme, señora, que aunque no le quise favorecer en sus razones, pero bien veÿa que no yva tan fuera de camino que no nos convenciese en sus dichos, porque ya que te casas has de hazer, no lo que quieres, pero lo que debes. Pero porque en esto está ya harto hablado, te suplico, que pues estamos a solas y havremos menester el tiempo que nos queda, de ocuparle en dormir un poco antes de media noche porque no andemos desveladas después, según lo poco que esperamos dormir de media noche adelante. Por tanto, me da essa carta o papel para que yo te le lea y tú le vayas premeditando. Y aunque te parescerá que pido mucho, pero pues ya te tornaste a encerrar conmigo y no es razón de estar mucho sin le leer, y tú leyéndole querrás después darme parte de lo que diga, dámela luego en que yo te le lea, porque tu entendimiento ande más libre entendiendo lo que yo leeré y lo que tu buen esposo estava en ti meditando a solas.

BELISEA.- Aunque hago mal en poner su letra en otro poder, pero porque como dizes, tú leyendo yo vaya mejor gustando, toma y léemelo muy de tu espacio y según la autoridad de la escriptura lo requiere y mi contentamiento dessea, y el tiempo nos da lugar a ello pues no ay quien nos estorve. Y quiero, Justina, que agora muy del todo acabes de conocer lo mucho en que te estimo y lo mucho que fío de ti, pues te doy parte de mis cosas y las pongo a tus ojos que las vean antes que yo, y a tu lengua que me las relate antes que yo las aya gustado.

JUSTINA.- No quiero de nuevo rendirte gracias de esto, pues no bastaré a ello; pero porque no se pierda tiempo, de que tengas que te arrepentir, oye, que la letra es muy buena y legible y clara, conforme al entendimiento del que la notó. Que dize así la letra, que me parece, señora, que es en troba:

Contemplación de Floriano en ausencia de su señora

Dama de merescimiento,
a mis ojos más hermosa,
gloria de mi perdimiento,
alivio de mi tormento,
de flores de damas rosa.

Esperança de perdidos
ganados en os amar,
pues despertáys mis gemidos,
levantad vos mis sentidos
para que os sepan loar.

Hízoos Dios tan robadora
de coraçones humanos,
que vos quedáys por señora
de aquél que os viere a la hora
y él se queda en vuestras manos.

Y así yo, vuestro captivo,
pues miraros merescí,
con dichosa muerte vivo
y por gran gloria recivo
por vos me olvidar de mí.

Porque en veros, si quedara
fuera de vuestra prisión,
a mí mesmo condenara
y de mi poder quitara
este vuestro coraçón.

Porque quien de vos partiere
libre de vuestra cadena,
no sé qué más muerte quiere
que el rato que en sí viviere
fuera de cárcel tan buena.

Ansí quiero que sepáys
que no me es de agradecer
por dezir que me matáys,
pues más gloria en mí causáys
quanto es más mi padescer.

Pues por vos los amadores

tendrán gloria en ser vencidos,
venturosos mis dolores,
pues en la prisión de amores
soy de los esclarescidos.

Hízome Dios venturoso
en ver vuestra hermosura;
ganó nombre victorioso
donde quier que dezir oso:
¡Error! Marcador no definido..

Porque vista mi baxeza
de quien ve vuestro poder
mirando vuestra grandeza,
dirá que vuestra alteza
puesta en mí se va a perder.

Y así ruego no miréys
a vuestro merescimiento,
porque no os apiadaréys
d' éste, que morir veréys,
en tan dichoso tormento.

Mas mirad la obligación
que posistes en mirarme
para quedar yo en prisión,
donde pide la razón
que dessee no libarme.

Porque más seré perdido
quanto por mí me cobrare,
y en más gloria soy subido
y más soy favorecido
si por vuestro me nombrare.

Pues ternéys cierto de mí
jamás os poder dexar,
dama más linda que vi,
n' os offendáys vos en mí
queriéndome castigar.

No me juzguéys lisongero

por dezir que me matáys,
que de mayor muerte muero
porque no morí primero
y esto os ruego me creáys.

Y si por esto os paresce
que devéys de castigarme,
da la pena que meresce
al que por vuestro se offresce
y luego mandad matarme.

Porque vista la ocasión
que tengo para quereros,
fue forçosa mi prisión
obligando mi razón
a ser vuestro luego en veros.

Y así vos podéys hazer
como a cosa vuestra en mí;
mas si a mí pensáys perder
sin a vos en mí offender,
catad que no será así.

Mandastes que a veros fuesse,
aunque no havía que mandarme,
que quien vuestro rostro viesse
no es possible no se os diesse
por vuestro, qual quise darme.

Mas mirad lo que mandáys
y mirad lo que podéys,
que si la mano no alçáys
al tormento que me days,
muy presto me perderéys.

Y aunque pensáys que en perderme,
linda dama, no perdéys,
si sin vos podéys averme,
fácil os es deshazerme,
mas tal no me hallaréys.

Porque yo sin vos no vivo
y en vos no puedo morir;

cárcel de libre captivo,
pena do gloria recivo,
¿dónde yré sin vos no yr?

Vos, dama, soys mi esprança,
vos mi muerte, vida y gloria,
vos mi bienaventurança,
vos de mis males bonança,
vos pinzel de mi memoria.

Yo sin vos soy el perdido,
yo sin vos el que más muero,
yo sin vos el mesmo olvido,
yo sin vos el mal nascido,
yo sin vos quien mal me quiero.

Vos sin mí de más valer,
vos sin mí más sublimada,
vos sin mí soys de querer,
vos sin mí soys de temer,
vos sin mí soys adorada.

Yo por vos soy muy dichoso,
yo por vos quien resuscita,
yo por vos vanaglorioso,
yo por vos el más gozoso
que en casa de amor habita.

Y pues tal por vos me veys
y sin vos yo tal me hallo,
ni vos mi muerte querréys
y aun dezir que no podréys
matarme, oso affirmallo.

Lo uno, pues vos halláys
en vos, dama, mi vivir;
también porque os engañáys
si de nuevo vos pensáys
matar mi viejo morir.

Por tanto, mi nuevo amor,
despida mi nueva muerte

tu grande nuevo favor,
contra mi nuevo dolor
de nuevo causado en verte.

Y aunque yo por verte muero,
más muriera en no te ver,
que aunque así muero, no muero,
pues muero al vivir primero
que viví sin tuyo ser.

Comparación

Mi triste vivir pasado
que tu claridad no vía,
fue un tiempo de ñublado,
sepulcro triste y cerrado
que mi virtud consumía.

Un contino navegar
por un mar de pensamientos
con lastre de gran pesar,
sin governalle llevar
viento en popa de tormentos.

Andar de ciego sin guía,
comer que gusto no dava,
caminar do no sabía,
hablar lo que no entendía,
buscar lo que no hallava.

Un vivir muy soñoliento,
un ver de fiestas sin ojos,
casa muy sin fundamento,
cardo corredor al viento
llevado por mil antojos.

Mas después que la creciente
de aguas dulces del amor,
derivadas de tal fuente,
de dama tan eminente
me mostraron su dulçor,
la gloria de lo pasado

del todo me haze lançar
del gusto d'ello enojado,
bien como hombre mareado
lancé fuera el tal manjar.

Applica

Y así queda el corazón
de lo gozado vazío
y con nueva alteración,
lleno de doble pasión
con temor de algún desvío.

Porque en verle de mí ageno,
aunque para más salud,
dama, aunque por vos peno,
adóroos y a mí condeno
con temor de ingratitud.

Aunque yo no condenaros
osaré, sino serviros,
y con siempre dessearos
no oso, triste, llamaros
más claro que con sospiros.

Porque mi tan grande gloria
ha de ser muy embidiada;
tened vos de mí memoria
y así saldré con victoria
de todos sin más espada.

Aunque osaré afirmar,
con que algo me consuelo,
que nadie os sabrá amar
ni nadie os osa llamar,
pues voláys tan par del cielo,
pero yo que merescí
veros sin luego acabarme,
quando de vos me partí,
contemplando a vos en mí
tengo por justo estimarme.

Partíme sin os dexar,
dexando vuestra presencia,
que si por no me alexar
os pensáys de mí enojar,
dadme luego penitencia.

Porque menos no podré
de os dar tales enojos
ni ser vuestro callaré,
hasta que muerto tendré
la tierra sobre los ojos.

Y aún allí, si hablar pudiesse,
mi lengua os confessaría
por qué el corazón viviesse,
en el qual, si se abriesse,
vuestro nombre se hallaría.

Y así sé que si queréys
que no muera yo jamás,
en la mano lo tenéys,
y aún muy más me mataréys
con muerte que tura más.

Concluye

Concluyo, dama, al pediros
más gracias de las pedidas,
que si oÿs mis sospiros
veréys que en esto escriviros
mis ansias van esculpidas.

Y dichoso este papel
quando esté en vuestra mano,
mas yo dichoso por él,
que en lo pensar queda hufano
este vuestro captivo Floriano.

JUSTINA.- ¡O, alto entendimiento de hombre, y dichosa tú, señora, que tal esposo has cobrado, porque yo me embevescí en su lectura tanto, que ni he sentido ni entendido con quién lo había! Toma, toma, mi señora, que razón es que tengas tú un tal papel como éste, y aun razón es que

galardones mucho un tal captivo con le dar toda libertad que en ti pudiere, pues no menos libertas a ti. Y porque yo te siento que tienes gana de le tornar a leer, y con razón, yo salgo a entender que te den presto de cenar, porque diré que te quieres luego acostar.

BELISEA.- Anda, haz lo que te pareciere, que ni estoy bien en mí ni sé qué te diga de lo que siento, sino que me dexes, que quiero tornar a leer esta contemplación del que mi corazón ama.

Argumento de la scena xliij

Venida la hora, va Floriano a ver a Belisea y lleva consigo a Polytes. Floriano queda de pedir a Belisea por muger a Lucendo como venga otro día, y con esto se despiden y concluye la comedia.

*Floriano. Polytes. Fulminato. Felisino. Pinel. Belisea.
Justina.*

FLORIANO.- ¡O, soberano poder de Dios, y qué descuydo el mío! Que ya creo que es cerca del día porque me pasesce haver un año que me eché a dormir.

—¡Polytes, Polytes!

POLYTES.- Señor.

FLORIANO.- ¿Qué hora es?

POLYTES.- Dará[n] las onze.

FLORIANO.- ¿Del día?

POLYTES.- ¡Adova por a¥! [Ap.]

—Señor, digo que aun no es media noche.

FLORIANO.- Mira bien en ello, no te engañes y me destruyas.

POLYTES.- Todos los relojes he contado, y aun el chico de la sala no ha dado más de las onze agora.

FLORIANO.- Pues dime, ¿acuérdate bien si nos mandaron yr antes?

POLYTES.- Ya tornamos a las de antaño. [Ap.]

FLORIANO.- ¿Pues qué dizes?

POLYTES.- Señor, mandáronnos estar allá en dando la una.

FLORIANO.- Pues luego tiempo es ya de començarse a adereçar los que han de yr conmigo.

POLYTES.- ¡Qué hambre tiene el diablo de lo que tengo para mí que no ha de ser para cobrar! [Ap.]

—Anda, señor, que aún ay harto tiempo, porque como todos están ya prevenidos no es menester darles tan mala noche; basta llamarlos media hora antes. Porque para salir antes con antes y andar rondando allá la casa, ornando las calles, en lo primero se aventura a perder mucho y en lo segundo no se gana nada.

FLORIANO.- Pues dame ese discante. Y en tanto, apercibe a éssos, para que en dando las doze estemos todos para botar, porque más vale ganar por antemano que perder por punto menos.

POLYTES.- Toma, señor, cata a¥ la vihuela; y las velas quedan ardiendo. Yo voy a entender en lo que mandas.

(¡O, váleme Dios, y qué adelantadizo está Floriano en el cuydado de ver a Belisea! El se echó armado, como ha de yr, sobre la cama y aun no ha hecho sino sospirar, que no ha pegado ojo y ya se le haze tarde. Por esso dizen que es gran afán esperar, mayormente en tal caso, pues a mí bien

pienso que no me va menos que a él en yr a punto, pero dormido he un buen rato. Y aun Floriano temo que no va tan sobre seguro como yo, porque Belisea todo me parece que lo encamina por un amor virtuoso, si no buelve la hoja. Pero éstos me parece que están durmiendo de veras, como quien no les va nada en el yr o no).

—¡A, Fulminato!, asuadas que tú buscas cómo no yr allá esta noche. ¡A, Fulminato! ¿No despiertas?

FULMINATO.- ¡O, reniego del hijo de Latona! ¿Y qué andas trasgueando? ¿Y qué buscas ya tan presto?

POLYTES.- Que os llama Floriano.

PINEL.- Pues alto, démonos priessa a vestir.

FELISINO.- ¡O, cómo agora andava en lo mejor del sueño, y aun que te perdonara la muerte del Soldán por el sueño de hasta medio día!

FULMINATO.- No estamos en casa de tanto sosiego. Pero el mal que veo es que de catorze moços despuelas que somos y de quinze escuderos y otros tantos continos y otros tres tantos oficiales y una chusma de pajes, y los más hombres, toda la lazería ha de cargar sobre los que agora aquí estamos.

FELISINO.- Favores son de señor echar mano del criado de quien más se fía.

PINEL.- Y aun por esso llama Floriano a Fulminato a cada passo. ¿Pero qué te quería anoche que te mandava buscar de priesa? ¿Por ventura si eran quexas de la tu Marcelia?

FULMINATO.- No fueran luego más sus días.

PINEL.- Cosa de parlerías serían.

FULMINATO.- Pues no fue menos, sino que me pedía qué fuera de mí la noche de marras.

POLYTES.- ¿Y hablóte de la capa?

FULMINATO.- Quando fuere hombre contando, déxale acabar y no preguntarás sin razón, porque todo se anduvo y todo se lo parlaron, pero a todo le satisfize, que desque le dixe que me aparté en seguida de unos d'en casa de Lucendo, que sentí que yrían a hablar a su señor que nos avrían visto, por donde Lucendo reñiría con su hija Belisea, y yo por más correr y acortarles los passos perdí la capa, que aunque se me cayera una pierna que no la sintiera, pudiendo correr.

FELISINO.- ¿Pues en qué paró la plática?

FULMINATO.- En amonestarme que me oviesse bien con todos y en dezirme que ya tiene mandada hazer librea rica para toda su gente, porque quiere armar unos torneos. Y porque ellos no los osara hazer sin mí, mayormente que son de a pie, por contentarme me manda dar otra capa de las suyas, la qual luego me dio anoche el camarero, que vale por tres de la otra; sino que por el rico recamado no la traeré muy a la continua, si quiera porque no digan que las justicias no me la quitan y que disimulan conmigo y con otros luego executan.

PINEL.- Y aun éste es el renegadero d'estos palacios. Que éste por panfarrón medre más que tres buenos y fieles sirvientes. [Ap.]

FULMINATO.- ¿Qué dizes, Pinel? ¿Pésate de mi bien?

PINEL.- Peccado es la embidia, que me cabe mal en la posada. Pero digo que en todo eres

venturoso.

POLYTES.- A la fe, ‘al que Dios ha de ayudar, sábele bien hallar’. Pero si os paresce vamos de aquí, no salga Floriano.

FELISINO.- Vamos, que yo ya estoy hecho un reloj.

PINEL.- Pues yo para tenerme con dos no me falta hevilla, si piedras no andan, que desatinan de noche mucho.

POLYTES.- Pues, asuadas, que a todo eso vaya Fulminato con el faldamento de la capa por escudo y la espada en la vayna.

FULMINATO.- Pues no estás fuera de mi propósito, porque donde yo fuere, si soy conocido, no havré menester desenvaynar para que no dexe el campo franco.

POLYTES.- Oÿd, hermanos, que está Floriano tañendo y bien con la vihuela.

FULMINATO.- Sus cuidados y los míos todos son de un peso. Por Dios, no tenga él en más que le amanezca tañendo y dexarnos así bausanés, que yo tengo a quantos nos podrán salir al encuentro esta noche, y si no veldo, que ya comienza a cantar.

FELISINO.- Oye, oye, que aún no ha[n] dado las doze y allá no hemos de estar antes de la una, sino es para perder tiempo.

PINEL.- Pues por cierto, hartó ganado tiempo será gozar de tal música, aunque ni durmamos ni comamos. Oÿd.

Pavana de su señora

FLORIANO.-

Vos soys, Belisea, mi gloria cumplida,
mi bien todo entero, mi nueva esperanza;
por veros ya muero con tanta tardanza
por ver que la hora aún no es ya venida.

Al tiempo maldigo,
pues usa conmigo
con su tardanza de enemigo.

¡Ay, cuándo podré yo verme en la gloria
de aquel paraÿso de vuestro vergel!
Dichosas las plantas que vos veys en él,
mas yo más que todos en vuestra memoria.

Mas, ¡ay!, que hora veo
que muy poco creo
del bien que en vos halla mi desseo.

FULMINATO.- A la fe, al buen hombre acuérdansele los passos del pasto que allá devió de tener, y como cavallo castizo, con aquella reminiscencia relincha.

FELISINO.- Y calla, que ni gustas ni nos dexas oÿr. ¿Que con tal protanca no te parece que qualquier potro avivaría?

FLORIANO.-

Vos sola soys gloria por vos merescida,
pues otro ninguno no ay que os merezca;
vos soys de las damas la más escogida,
dichoso el amante que por vos padezca.

Mas, ¡ay!, si yo fuesse
quien solo os sirviesse
y solo quien por vos muriesse.

Vos soys el retracto del summo poder
que Dios a mostrado en las criaturas,
angélica imagen que acá en las baxuras
ensalcáys a Dios en tal os hazer.

Soys sola una
a quien Fortuna
obedesce desde la cuna.

Vos soys mi prisión y mi libertad,
yo vuestro captivo y tan venturoso
que es tanta mi gloria que hablarla no oso,
porque es offendida vuestra majestad.

Ansí yo callo
el bien que hallo
en ser vuestro libre vasallo.

Vos soys paradero de mis pensamientos,
vos soys el pinzel con que mi memoria
esculpe en mi alma tal contentamiento,
que en vos halla objecto de su mayor gloria.

Pues con gran razón
el mi corazón
descansa con tal contemplación.

POLYTES.- ¡O, qué alta pavana y qué bien cantada! Quiero, pues ya calla, entrar para que sepa que le aguardamos.

FLORIANO.- ¿Qué hora es, di, Polytes?

POLYTES.- Señor, acaba de dar las doze y todos están ya a punto.

FLORIANO.- Pues alto, vamos y cierra esta cámara; y el postigo de la puerta principal harásle quedar apretado.

—Pero di, Fulminato, ¿vas sin armas por te diferenciar de essotros que van bien a punto, o vas ansí más suelto para poder dar un arremetida a tornar a mirar por la casa, porque en tanto no nos roben?

FULMINATO.- Bien huelgo, señor, que me ayas entendido, porque para tantos ladrones como andan en estos tiempos no haze poco bien mi sagaz prevenimiento, en especial que a todo entiendo de acudir acá y allá. Y aun quiero dar una cala a las calles hasta allá porque podáys yr sin estropieço, si no fuere de cosa de espinilla.

PINEL.- Siempre el diablo ayuda a los suyos, que ya éste tiene con qué se nos escabullir como la otra noche, y aun con qué se lo agradezca Floriano como con gran valentía y ardid.

FELISINO.- A¥ verás que todo es ventura este mundo.

POLYTES.- Yo seguro, pues, que aunque él va delante, que antes que nos allá él esté en la cama.

FULMINATO.- Allá yrán estos necios, pues ya les hurté el cuerpo, buelvo a guardar la casa desde mi cama.

FELISINO.- Ya no paresce Fulminato.

POLYTES.- Antes se me antojó que hizo que yva delante y se abscondió al rincón del portal.

FLORIANO.- ¡Ea!, vosotros, venid callando, que ya estamos a la puerta de la huerta. Vosotros os apartad por a¥, donde aguardéys más secretos.

POLYTES.- Oye, señor, que dentro hablan.

BELISEA.- ¡A, Justina! ¿Duermes?

JUSTINA.- Antes oyo hablar a la puerta. Ya tocaron; la seña es aquella. Allá voy.

POLYTES.- Señor, ya abren. Si mandas, estemos a punto, que más vale por sí o por no que estemos para dar antes que para recibir.

FLORIANO.- Bien hablavas si yo no viniera a ver a mi señora, de donde no puede salir mal.

JUSTINA.- ¡O, bendito el señor que te me dexó ver bueno! Mi señora queda sola par de la fuentezica del cenadero. Por esso, acaba, señor, de entrar. Cerraré, que no la dexemos sola.

FLORIANO.- Pues yo voy allá.

JUSTINA.- Señor, perdona, déxame primero ver qué haze.

—¡A, señora!, dame albricias, que aquí mi señor Floriano.

BELISEA.- Passo, passo, loca, que yo te las mando.

FLORIANO.- Y aun yo también, pues de ellas mía es la ganancia. Y perdóname, que llegué antes que me lo mandasses.

BELISEA.- La licencia del entrar en la huerta te escusa en todas esas culpas, en especial que tu persona meresce mucho más; y el grande amor sano que te tengo se estiende a hazer yo mucho más por ti que esto que es perdonarte, donde sobre yo bien quererte y esperar de verte, no ha procedido yerro de tu parte en el llegar, si primero no le ovo de la mía en te mandar venir. Y ansí, dexando yo rodeos ni proemios, te sienta donde ya otra vez te dieron licencia, y tú no has desmerecido en mí porque no vaya muy adelante. Agora, pues, que señor mío estás sentado y yo sentada, te ruego me digas por qué tú allá en tu casa en mi ausencia —porque según el papel que me dio Marcelia ayer tarde— ni tú debes de haver dormido ni debes de darte de vagar a ti mesmo para pensar en lo que a tu salud cumpla. Pues mira que ya de oy más no quiero sino que como cosa de mí a mí querida y apreciada te tractes bien y a los tuyos, y pongas todo reposo en tu casa, tomándole tú en tu persona primero. Y lo segundo que te pido que me digas es, ¿para qué juntamente quieres que yo ni tú andemos hechos trasgos de noche y por los huertos sin dormir? Porque si lo hazes por obligarme a más amarte y a menos olvidarte, sepas que no tiene lugar en mí, donde el amor que te tengo pueda crescer más. Si lo hazes por pensar que tu cobdicia desordenada hallará algún momento, a bueltas de tantas muestras de amor y favores, descuydo en mi cuydado sobre la guarda de la integridad de mi persona, piensa [que] trabajas en vano pensar alcançar más de mí mientras nuestras visitas no tuvieren licencia de ser más de día y públicas que agora. Y pues yo a la bastarda he dicho lo que quiero, tú agora muy al breve me responde sobre lo dicho tu parescer. Y huelgo que aunque esos ayan oído mi tosco hablar, tu elegante facundia ya pueda yo oír sola. Por tanto, por hazerte plazer, pues bien sé que no vienes sino por sólo verme y sólo hablarme, apártate allá, Justina, aÿ en mi presencia, pues tienes también con quién devas hazer otro tanto como yo, con tanto que no aya en ti más que retraer.

JUSTINA.- Pues antes que me quexe de que me pidas zelos de mi guarda ni antes que yo haga lo que me mandas y lo que mi señor Floriano dessea, que es yo apartarme, quiero, si tú me das licencia y su merced me lo permite, hablarle yo primero delante de ti y aun del que trae consigo, pues mi plática será en bien común de todos, por tanto dévese preferir al bien particular.

BELISEA.- Algún desatino será, asuadas.

JUSTINA.- Señora, no me afrentes en presencia de tu querido, que también habrá quien torne por mí si por bien es.

FLORIANO.- Que tenéys justicia grande. Dezid lo que os paresce, pues conmigo es la plática, que con no me apartar de mi señora todo os oyré, para que ella dé la sentencia de vuestra justicia contra mí.

JUSTINA.- Antes seremos todos en tu servicio y favor y muy a lo manifiesto. Pero quiero desengañarte de una cosa, que por no la saber no podrás prevenirla, y aconsejarte otra, como a mi señor.

FLORIANO.- Dezid, mi Justina, lo que os paresciere, con que no sea en daño de mi señora ni en dissuadime de ser suyo.

JUSTINA.- Antes todo va a parar en esso que tú desseas y yo querría ver muy cumplido. Pero desengañote, que aunque te ama mi señora tanto como puede y más que [ni] te sabe ni osa dezir, ni

yo alcanço, a lo menos sé esto de ella, que aunque la fuerça del amor la trae a este lugar y la traerá todas las vezes que no aya estorvo y tú se lo pidas, pero en todo haze contra su condición. Y así, pues la amas tanto y la tienes por esposa —como lo es— tuya, no la traygas tan a su costa a tu contentamiento, en especial que ni tú podrás escalar los jardines cada noche ni ella estar en vela esperándote, y ni tú llevarás desque ydo más de saber que te ama y oÿr que te habla. Porque para yr más adelante, tiénese ella tan puesta debaxo de una llave de guarda de su persona y honra, la qual llave trae mi señor Lucendo, su padre, de manera que si no se la pides a él y él quiere darla, ni tú hallarás más thesoro del hallado ni ay más mineros que romper.

FLORIANO.- Por cierto, vos havéys hablado bien y vuestro consejo me deve de cumplir. Y digo que qualquier cosa haré que me digáys, pues sé que es para mi bien. Pero no sé qué llave es essa que tengo de pedir, que si es de oro yo la haría tan grande como la puerta mayor d'esta casa.

JUSTINA.- No son menester rodeos, sino que, mi señor, pues tienes el **¡Error!Marcador no definido.** de esposa de mi señora, que pidas el **¡Error!Marcador no definido.** de su padre y tendrás la por muger, como la Sancta Iglesia lo manda y tú lo desseas y ella lo querría y su padre no lo desdirá. Pero cumple que sea oy en todo caso, porque andan muchos tras mi señor que le han pedido la hija, y no lo turbes todo en ser postrero.

FLORIANO.- Por cierto, si ello consiste en sólo esso, que antes de comer le embíe de mi parte el más merescedor tercero y delegado que tuviere.

JUSTINA.- Pues sabe que montará tanto quanto desque ello hecho. Confío en Dios que me lo dirás antes de veynte días.

FLORIANO.- ¿Pues qué me monta a mí que me lo persuadáys vos si mi señora no me lo manda, para que sea el consejo y el mandamiento todo uno en gran merced mía?

BELISEA.- Señor, no osaré salir del mandado de Justina. Y así me parece que te aconseja bien para que nuestras cosas no anden siempre a lumbre de estrellas sino a claridad del sol, pues de ello Dios será servido.

FLORIANO.- Pues yo digo que lo haré como a quien tanto le va en ello. Y por el consejo os quedo obligado, Justina, y por la merced, sin esperar licencia, te tomo las manos y las beso.

JUSTINA.- Ya, ya, agora que me quedáys buenos obedientes, me aparto a usar de mi licencia a hablar contigo, señor Polytes.

—¿Paréscete que quedan buenos? ¿Pues ya tú tornas a tus porfías? Di, ¿paréscete que no as de guardar más tiempo, que estando delante de mi señora y allí junto no puedes poner freno a tus meneos y tassa a tus desseos?

POLYTES.- Perdóname, señora de mi vida, que les hablaste tan bien cortado y tan liberalmente y tan a punto todo hablado, que no sé cómo pudo la razón refrenarme en no te tomar en mis braços y arrebatarte delante de ellos al medio del razonamiento, y a ellos dar lugar que obrassen y a ti tender sobre estas olientes violetas, debaxo la suavidad d'estos jazmines tan bien encañados.

JUSTINA.- A la fe, agora os digo que sí. Por mi salud que havéys d'entrar por una puerta tú y tu señor, y que hasta que aquella llave que le dixe cobre, que no cobres tú más que él. Por esso, está como honesto, quedo acompañado, si no quieres como atrevido y desmandado quedar deshonesto

solo.

POLYTES.- Pues el amor que te tengo me manda que no te obedezca; mi atrevimiento me obliga a que te suffra quantas injurias me dixeris.

JUSTINA.- Pues tampoco pienses que está todo hecho en que, a trueque de hablar yo lo que quiera, te dexé obrar lo que desseas. Que si tú no miras más por mí, en que nos oyrá Belisea, miraré yo por ti en yrme para ella, de manera que dañes a tu señor y a ti.

POLYTES.- Anda, mi señora, que estos jazmines nos encubren y el armonía de las aves anteviene a nuestro sonido y el gargantear de la fuente atapa nuestro bullicio; quanto más que ellos están a solas y son dos y amantes, marido y muger, y entenderán en sumar sus cuentas.

JUSTINA.- Pues por mi salud que agora no sumes tú ésta. ¡Ay, desdichada yo, y qué tesón eres que no oso quejarme de tus demasías por no dar mala sospecha de mi deshonor y tu mal miramiento!

POLYTES.- Perdona, mi señora, que ‘donde fuerça ay, derecho se pierde’, y ‘do ay amor no cabe ocasión’, pues vale más ‘buena possession que larga esperança’.

BELISEA.- Agora que, señor mío, la sensualidad con permitirle lo razonable en ti querrá ser más atrevida para pensar que ‘dándole el dedo ha de llevar la mano’, y en mí la mía me podría hazer más olvidadiza y descuydada de lo que me ha mandado la razón, de lo qual no osaré exceder, parésceme que nos salgamos a nuestra mano con lo hecho; tú en que gozavas y desseavas y yo como tuya te di entrada en mi jardín para cogerla, que los hombres dezís que es fructa de palacio. Ansí que agora, amigo, te reposa, porque ni demos ocasión de que nos juzg[u]en los criados donde no tienen los amos por qué, y también porque avezemos a la sensualidad yr bien enfrenada por la mano de la razón, de manera que dándole la razón rienda corra quanto pudiere, y dándole la soffrenada pare sin más resabio ni corcobo de falta de subjection a quien lo manda que pare quando es justo y que se espacie quando se le permite.

FLORIANO.- ¡Ay!, señora de mi corazón, que os amo tanto que parece según la sensualidad que no quisiera amaros tanto por no obedesceros tan liberalmente por sólo no os enojar. Y junto con esto, véoos tan señora en favoresterme y tan buena y honesta en el governarme, que no tiene mi sensualidad, desmandada en el medio de su mayor contentamiento y gozo, atrevimiento ni fuerça para resistir a vuestra razón. Por donde oso dezir que quisiera poderos querer tanto como os quiero y hallaros algo menos buena que soys, porque ansí tan al descubierto no se vieran ser tan contrarios vuestra gran bondad con mi gran ardiente sensualidad; y en hazer lo que hago, en parar como me lo mandáys, quiero más ser cobarde hombre que desmandado y reprehendido vuestro amante.

BELISEA.- En tanto, mi señor, te tendré en más, en quanto tú teniéndome en más buscareis más licencias para gozar en mí lo que con la voluntad agora a su tiempo me tengo toda por tuya. Y ansí, pues, que con no hablar tanto como la otra noche, el obrar y ocupación de las manos parece que ha dado prisa a que se fuesse la noche y venga ya el día, sin offrecerme de nuevo por tuya me dexa entre los de mi casa agora mostrarme ser mía. Y con esta paz de todo amor, con las lágrimas en los ojos me despido contra mi voluntad, por la necesidad de la honra mía que tan por tuya, es justo que

me tenga en más de aquí adelante. Y ruégote que en lo que te he permitido tocar, sea como cosa tuya, y en lo que me he guardado, sea que me perdones como por cosa mía hasta que Dios lo ordene, el qual te guíe y te me dexe ver presto como yo desseo y mi honra me obliga.

FLORIANO.- Por yrme con la dulçura de vuestra plática no quiero azedar mi gusto con ya más responderos, de que con vuestra licencia me voy para entender en lo que Justina me aconsejó.

JUSTINA.- ¡Ay, señor mío, y qué mal lo has hecho conmigo! Pero, mezquina yo, que son ya despartidos y creo que han visto el daño que en mí has hecho.

POLYTES.- Señora, así havrán visto el bien grande mío. Y pues ya no ay tiempo para más razones, vamos con Floriano porque cierres la puerta.

JUSTINA.- Señor Floriano, Dios vaya contigo. Y cata que cumple que no pongas descuydo en lo que te dixe, porque a mi señor Lucendo le dan gran priesa y él dala mayor a la hija, y mi señora resiste hasta ver conjetura, en que si dize el padre que tú le pides por muger, pues la ama tanto que le ha de pedir su parescer y contentamiento, pueda ella sin nota suya dezir que quiere a ti, nombrado entre los otros.

FLORIANO.- Muy bien será así. Yo entiendo en ello oy, antes que coma. Y tú queda con Dios.

FELISINO.- Ya salen, hermano Pinel. Pues vamos.

FLORIANO.- Todos callando nos vamos que es tarde y no quiero que seamos conocidos por las calles ni vistos entrar de los de casa.

POLYTES.- Señor, todo se podrá hazer así, Dios mediante. Movamos.

JUSTINA.- Ya son ydos; Dios vaya con ellos. Ya he cerrado la puerta y ruydo hizo más que suele, que no parece sino que pregonan mi mal gobierno. Mezquina yo, que mal supe aprovecharme del consejo y buen exemplo de mi señora. Pero quiero yr allá, no sospeche algo, que agora me cumple a mí poner, como dizen, cuero y correas para que ellos concluyan su hecho, antes que por su dilación de la honestidad de mi señora se venga a manifestar la presteza de la poca guarda mía.

BELISEA.- ¿Qué has hecho allá tanto? ¿Fuéronse?

JUSTINA.- Sí, señora, y ya cerré la puerta.

BELISEA.- ¿Pues a ti cómo te fue con tu Polytes?

JUSTINA.- Señora, estávame contando de que antes que partiessen esta noche cantó Floriano a la vihuela, de mientras los criados se armaban para acompañarle, una pavana en tu loor y discantando la entrada del jardín, cosa muy alta y facunda.

BELISEA.- ¿Pues por qué no se la pedías?

JUSTINA.- Ya no me quedó por esso, que ya me quedó de haverla y traérmela para la primera vista, que Dios querrá que sea presto, porque bien viste cómo al claro se lo dixe a Floriano y aun agora al

despedirle a la puerta le torné a hazer acordante en ello, diziéndole el cómo se haga y por qué cumple que sea así y luego, y él quedó que no comería antes que te pida por muger. Y hecho esto, yo lo doy por concluydo.

BELISEA.- Vamos, cierra essa escalera. Yrme he a dormir un rato, que me hallo algo descontenta.

JUSTINA.- Vamos, mi señora, que esso causa la ausencia del tu esposo, pero presto se te quitará con llamarle marido para que os gozéys a honra vuestra y contento de mi señor tu padre, para que os dé Dios fruto de bendición que perpetúe vuestra casa, y ellos y todos digamos que:

Acaba la comedia no menos util

que graciosa y compendiosa, llamada Florinea,

nuevamente compuesta. Impressa

en Medina del Campo en casa

de Guillermo de Millis,

tras la iglesia Mayor.

Año de

1554